

A close-up, artistic shot of a person's eyes, looking directly at the camera. The eyes are light-colored and framed by dark, well-defined eyebrows. The background is a soft, out-of-focus blue.

*El SUR  
lo encontré en  
tus OJOS*

*Cherry Chic*



# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

1

2

3

4

5. Lorenzo

6

7

8. Lorenzo

9

10. Lorenzo

11

12

13. Lorenzo

14

15. Lorenzo

16

17

18. Lorenzo

19

20. Lorenzo

21

22

23. Lorenzo

24

25. Lorenzo

26

27. Lorenzo

28

29. Lorenzo

30

31. Lorenzo

32

33

34. Lorenzo

Epílogo

Agradecimientos

Referencias a las canciones

Biografía

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Compa**

## Sinopsis

Lola lleva toda la vida soñando con encontrar a alguien que comparta sus gustos por las maratones de series y películas desde el sofá. Alguien que adore comprar chorradas por internet, ir a la playa, aprovechar cualquier ocasión para comer y que se lleve bien con sus amigos y su familia, que lo son todo para ella. Pero, cuando ese alguien aparece, apenas cumple ninguno de los requisitos que Lola siempre ha deseado.

Y si hablamos de él... Bueno, si le hubieran dicho que un día alguien como Lola aparecería en su vida para quedarse, probablemente habría alzado una ceja y se habría reído con sorna. En sus planes no se encontraba el tener una relación, y mucho menos con alguien como ella. Sin embargo, el amor no entiende de personalidades. Ni de preferencias. Ni de requisitos. El amor, cuando es verdadero, solo entiende de risas que reconfortan, de abrazos que llenan y de besos que curan heridas profundas.

# EL SUR LO ENCONTRÉ EN TUS OJOS

Cherry Chic

Esencia/Planeta

*A mi familia, parte esencial de mi vida.*

*Al sur, escenario perfecto de mi día a día*



Por los sueños que nos quedan por cumplir  
Tira muros a patadas  
Abre puertas y ventanas  
Queda tanto por hacer...

VANESA MARTÍN

—Vale, Lola, respira. Tienes que tomar aire profundamente y calmarte. Que se note que las clases de yoga que sigues por YouTube sirven para algo.

Miro a mi alrededor e intento que el pánico no me domine mientras me repito esas palabras una y otra vez. Lola soy yo, por si no lo sabías. En realidad, lo lógico es que no lo sepas, porque acabamos de conocernos.

¿Que por qué me hablo a mí misma? Bueno..., a veces hablo sola. Vale, en realidad no es a veces, porque eso implicaría que lo hago sólo de vez en cuando, y la verdad es que lo hago siempre. Mi hermano dice que sería capaz de hablar hasta amordazada y amenazada de muerte, porque hay algo que me impide estar callada durante mucho tiempo, pero no soy una mujer pesada, lo juro, simplemente siento que tengo una opinión para todo. Que igual ni siquiera es acertada, pero tenerla, la tengo, y eso es lo que cuenta.

Hablo conmigo misma sobre todo cuando estoy nerviosa, tensa o a punto de sufrir un ataque de ansiedad, como es el caso.

Miro otra vez mis dedos llenos de sangre y cierro los ojos porque no puede ser que esté viviendo semejante pesadilla.

Claro que ¿de qué me extraño? Soy gafe. En serio, soy gafe. Mi hermano, mis amigos y mi abuela dicen que no es cierto, pero yo estoy convencida de que la mala suerte me acompaña allá donde voy.

Si no fuera así, no me vería en esta situación.

Aunque, para ser sincera, la culpa de todo esto la tiene el maldito Facebook y su capacidad para convencerme de hacer cosas absurdas, como

por ejemplo ir a la playa con un jodido bikini blanco. No parece tan mala idea, ¿no? Pero es que no he acabado.

A ver ahora: ir a la playa con un jodido bikini blanco mientras tengo el periodo.

¿No te parece que todavía sea tan tan grave?

Venga, pues probamos otra vez: ir a la playa con un jodido bikini blanco mientras tengo el periodo y uso una copa menstrual por primera vez en mi vida.

¿A que ahora ya vas viendo el sentido de mi agobio?

«Es muy fácil —decían en el post donde lo vendían, como si fuera la octava maravilla del mundo—. Te la pones por la mañana y te olvidas para todo el día, ni se nota que la llevas dentro.»

¡Ja! ¡Ni se nota! Claro que no, hombre, sólo es un trozo de plástico en forma de cubo metido en la vagina. ¿Quién notaría algo así? De verdad que algunas personas no están centradas, pero yo, que les hago caso sin conocerlas siquiera, menos todavía.

La cosa empezó a ir mal cuando leí en todas partes que tú la copa esta te la colocas y eso se hace el pulpo ahí dentro, porque se abre haciendo ventosa y ya no se mueve en la vida. Visto desde fuera, el asunto no parecía tan difícil y yo, que soy una tía optimista por naturaleza, pensé: «Si tanta gente habla bien del invento, no puede ser tan complicado». Y me fui a mi cuenta de Amazon para buscarla y ver las opiniones que allí exponían.

Yo el problema que tengo es que confío demasiado en las opiniones de Facebook y Amazon. En serio, cuando digo que confío demasiado me refiero a que suelo comprar mierdas que no necesito sólo porque he visto de casualidad que tenía más de diez comentarios y cuatro estrellas y media. Soy así de simplona: si algo tiene más de cuatro estrellas después de diez valoraciones, lo quiero. Sea una copa menstrual, una sartén que no se rompe ni aunque le pase un coche por encima o un afilador de cuchillos. Y no son ejemplos al azar, tengo la sartén y tengo el afilador. Una maravilla, oye.

Pero a lo que iba es a la copa de las narices. Me la compré y esperé mis veinticuatro horitas en casa a que el señor repartidor de mi zona apareciera con su cara de amargado y, además, cabreado, porque vivo en un cuarto sin ascensor y no todo el mundo es como yo, que pienso que, oye, así se me pone el culo como para partir nueces. No, hay gente a la que subir todas esas escaleras así, de sopetón y sin esperarlo, le jode la vida. El repartidor de Correos de mi barrio es una de esas personas. Siempre está resoplando, maldiciendo y gruñendo cuando abro la puerta. A veces me gustaría decirle que, dado que no tiene más remedio que repartir en mi barrio y que yo soy aficionada a comprar mierdas que no necesito, lo mejor sería que intentara tomarse con positividad nuestra relación, pero creo que sería capaz de mandarme a freír espárragos, así que me estoy callada. No porque me importe que se enfade conmigo, sino porque no quiero que empiece a perder mis paquetes por casualidad. Algunas personas son malas por naturaleza, y éste es uno de éstos. Sería capaz hasta de dejar sólo avisos en el buzón para que tuviera que ir a recoger todos los paquetes, te lo digo yo.

Dios, otra vez me he desviado del tema. A lo que voy es a que la copa me llegó y, como todavía no tenía el periodo, la guardé y decidí que no necesitaba practicar antes de usarla. Si, según las opiniones, eso era más fácil que recitar la tabla del cero. Sólo tenía que esperar al primer día de menstruación.

Bien, el primer día es hoy, y ha dado la casualidad de que mi abuela me ha llamado para decirme que iba a hacer pescadito frito de ese que tanto me gusta y que no cocino nunca porque..., bueno, pues porque implicaría cocinar, y yo eso no lo hago a no ser que quiera impresionar a alguien. Y en ese caso siempre suelo conseguir mi propósito: impresiono a la persona en cuestión, pero para mal, porque después de tragarse algo hecho por mí sólo quieren un poco de raticida y acabar con la agonía para no tener que probar el postre.

Mi hermano dice que yo sería capaz de servirle a alguien un vaso de agua del grifo y conseguir que estuviese imbebible. Mi hermano me quiere, aunque

no lo parezca, es sólo que le encanta decirme sus verdades y, teniendo en cuenta que vivimos juntos y que a veces él paga mi parte del alquiler, prefiero dejarle pasar esas cosillas propias de la convivencia y del día a día.

Pero, a lo que iba, que otra vez me he ido por las ramas (esto me pasa mucho, como ya has podido comprobar), es a que mi abuela iba a hacer pescadito frito y, claro, estamos en el sur, en verano, y mi abuela es la mujer más guay que conozco, así que negarme era imposible. Se lo he dicho a mi hermano, Edu, que se lo ha dicho a Daniel, uno de nuestros amigos y compañero de piso, y él se lo ha dicho a Manu, nuestro otro compañero de piso. Antes de darnos cuenta nos hemos trasladado todos de la ciudad al pueblo, y hemos estado comiendo pescado y planeando pasar la tarde en la playa. Todo iba bien, la copa esa era un poco incómoda, pero bueno, como parecía cumplir su función, no me he quejado y, después de comer y de tomar café, hemos decidido venirnos a la playa, siguiendo el plan.

Y aquí estamos, en la playa. Ellos, en las toallas tomando el sol junto a mi abuela, y yo, en el baño del chiringuito, intentando controlar mi ataque de pánico.

Todo iba bien hasta que me he metido en el mar y he sentido que la copa de las narices no se había hecho bien el pulpo, porque a mí la agüilla me subía, tú ya me entiendes... No he querido entrar en pánico, he informado a Daniel de mi problema y él ha soltado una carcajada y me ha dicho que me metiera el dedo un momento y me la recolocara. Es un guarro, y me lo ha dicho por fastidiarme, pero no he visto la idea tan descabellada, así que le he pedido que me hiciera de pared mirando a la orilla, y él, que ya me conoce, ha soltado otra carcajada y se ha puesto a silbar la canción de la serie «Verano azul» mientras yo apretaba los dientes y juraba venganza. He mirado a los lados y he agradecido que los bañistas estuviesen lo bastante alejados como para no darse cuenta de lo que estaba haciendo. He apartado el bikini a un lado, he metido el dedo con la intención de recolocar el dichoso invento y... y todo se ha jodido, porque yo he pensado que sí, que lo había

logrado, y he sonreído, y la vida ha vuelto a ser maravillosa. Me he dado un bañito, me he salido y me he tumbado en la toalla mientras Dani le contaba a toda la familia que me había hecho un dedo en el agua con él al lado. Mi abuela ha soltado una carcajada porque es que a moderna no la gana nadie, mi hermano ha puesto los ojos en blanco y Manu se ha cabreado porque decía que deberíamos haberlo avisado y que, si Daniel me había visto hacer guarradas, él también tenía derecho. Sabía que lo decía de broma para mortificarme y no pensaba darle el gusto, así que le he hecho un corte de mangas y me he puesto a tomar el sol.

Un cuarto de hora después me he dado cuenta de que algo iba mal, porque al sentarme para coger una botella de agua de la cesta de mi abuela he sentido un pinchazo en mis partes bajas y, como no quería que los cabrones de mis amigos se rieran más de mí, ni tampoco mi familia, he cogido un euro y he dicho que iba a por un helado al chiringuito. Me he metido en el baño y he decidido recolocarme la copa en un momento.

Y aquí estoy, con las bragas del bikini llenas de sangre, los dedos llenos de sangre y hasta los muslos llenos de sangre. Esto parece la maldita matanza de Texas. No dejo de mirar la puerta de esta cabina, intentando calcular mentalmente cuánto puedo tardar en abrirla, limpiarlo todo, volver a encerrarme, ponerme de nuevo la dichosa copa y salir de aquí corriendo para que nadie vea las braguitas manchadas, volver a donde están los chicos y mi abuela, envolverme en la toalla y largarme para siempre o hacer un agujero en la arena para enterrarme dentro, lo que me lleve menos tiempo.

El problema es que aquí no deja de entrar gente, claro, es verano y esto es un maldito chiringuito en una playa de un pueblo de Málaga que sólo tiene dos cabinas de WC, así que no debería extrañarme.

Intento respirar otra vez, tengo que calmarme si quiero salir de ésta o acabará por darme un infarto, y sólo me falta eso, para que alguien llame a una ambulancia y me saquen de aquí en camilla, con los brazos en cruz, la

copa en una mano y las bragas del bikini en otra mientras grito que no hagan caso jamás de las opiniones de Facebook y Amazon.

Una mártir en toda regla, no me digas que no.

Alguien llama con los nudillos a la puerta, otra vez, y vuelvo a decir que está ocupado. En serio, ¿por qué la gente llama con los nudillos a la puerta de un baño público? Si está cerrada es evidente que es porque hay alguien dentro. ¿Qué piensan? ¿Que llamando con los nudillos harán sus necesidades antes? ¡Al revés! Meten presión, estresan, y las necesidades dejan de fluir.

—Perdona, ¿está todo bien ahí dentro? —pregunta una voz de chica joven.

—Sí, sí. ¡Enseguida salgo! —exclamo sabiendo que no, no voy a salir enseguida porque la cosa aquí dentro se está poniendo chungueta.

He gastado todo el papel del baño limpiándome los dedos, los muslos y la maldita copa, pero ahora tengo que ponérmela de nuevo, así que es probable que vuelva a mancharme y, además, no sé qué hacer con las braguitas blancas, que, a estas alturas, parecen sacadas de una peli de terror.

—¿Estás enferma? ¿Necesitas ayuda de algún tipo? —vuelve a preguntar la chica.

Cierro los ojos, tomo aire y apoyo la frente en la puerta mientras mi culo sigue en pompa; imagina lo pequeño que es este cubículo y lo mucho que puede llegar a agobiar.

No me queda más remedio que contar con la ayuda de esta desconocida, así que cojo aire y me preparo para sufrir la vergüenza del siglo.

—¿Estás sola? —pregunto antes de nada.

—Sí.

—Verás..., tengo un problemilla de mujer.

—Ajá.

—No tendrás de pura casualidad un bikini de repuesto para mí, ¿no?

—¿Qué pasa aquí?

La voz de un hombre me tensa de inmediato. ¿Qué hace un hombre aquí? ¡Es el baño de mujeres!

—¡Fuera de aquí, pervertido! —grito desde dentro de la cabina.

—Tranquilo, creo que tiene algún problemilla.

—El problemilla lo tiene tu padre, que está recibiendo quejas porque alguien se niega a salir del baño —dice mientras llama con los nudillos a la puerta—. ¿Estás sola? Si estás con un chico, o metiéndote droga o alguna tontería por el estilo, te aconsejo que lo dejes estar. Te hemos pillado, así que sal ahora mismo y deja que los clientes usen el baño, por favor.

Mi frente sigue apoyada en la puerta, pero, en cuanto él vuelve a llamar con los nudillos, me siento en la taza del váter sin importarme lo más mínimo que pueda coger una infección o salir preñada gracias a todas las mujeres que han pasado por aquí antes para hacer a saber qué cosas. Me da igual, ya todo me da igual porque esto no podría ir peor.

—No estoy con nadie ni me estoy metiendo droga —aseguro con resignación—. Oye, ¿puedes largarte y dejarme con la chica?

—Ni lo sueñes —contesta el hombre.

Su voz es suave pero ronca, seria y tranquila, a pesar de que es evidente que está perdiendo la paciencia.

—Por favor, déjame con ella para que pueda ayudarla —dice la voz de la chica.

—No voy a dejarte a solas con una desconocida.

—¿Qué puede pasarme? —pregunta ella con voz risueña—. Haz el favor de no ser como mi padre y sal, porque, mientras estés aquí, ella no abrirá la puerta.

—Hazle caso, amigo. ¡La chica tiene toda la razón! —exclamo desde dentro.

—Sal —dice él llamando de nuevo a la puerta.

Los vellos se me ponen de punta, porque no ha sido una petición, sino una orden. Aun así, niego con la cabeza, a pesar de saber que no puede verme y, cuando me doy cuenta de ese pequeño detalle, hablo de nuevo.

—No, no salgo hasta que te vayas.



—Oye, no sé qué problema tienes, pero no pienso irme y dejarte a solas con mi sobrina.

—¿No confías en mí? —pregunto con socarronería.

—¿En una desconocida que se encierra en los baños públicos? No, por supuesto que no.

—Haces bien, yo tampoco lo haría. Hay mucha loca suelta.

Me muerdo la lengua en cuanto hablo porque, a ver, eso no va a ayudarme en nada. Yo es que a veces parezco lerda, de verdad. Suspiro, cansada de mí misma, mientras al otro lado se hace el silencio. Unos segundos después vuelven a aporrear la puerta.

—No te lo advertiré más: o sales, o llamo a la policía.

—¡Tito! —exclama la chica—. ¿Cómo puedes ser así? Sal de aquí, te lo digo en serio.

—No pienso irme y...

—¡Que salgas, te digo! O sales, o le digo a mi madre que te dedicas a meterte en baños públicos para espiar a las mujeres.

—¿Qué...? No serías capaz.

—No me pongas a prueba. Está deseando tener munición nueva contra mi padre, aunque eso implique meterte a ti de por medio.

—No harías eso, tú adoras a tu padre y sabes bien que tu madre sólo quiere hacerle daño...

—Lo sé y, créeme, me daría muchísima pena que mi pobre padre tuviera que sufrir otro ataque de ira de mi mami.

El silencio se hace en la estancia y yo me estoy calladita porque ya tengo bastante con ser la causante, sin querer, de que una chica le haga chantaje emocional a su tío.

Si es que los hijos de divorciados se las saben todas, oye. Yo, como no tengo ni padre ni madre, no entiendo mucho del tema, pero no me digas que no ha estado rápida la chiquilla. Para comérsela a besos, vaya. Si al final consigue ayudarme, la invito a un batido o algo, qué menos.

—Tienes dos minutos para convencerla antes de que llame a la policía.

Se oyen unos pasos y, cuando la puerta vuelve a cerrarse, suspiro aliviada. Por desgracia, se abre de inmediato, pero la chica informa a quienquiera que sea que el baño está averiado y poco después vuelve a hacerse el silencio.

—Oye, ¿en qué puedo ayudarte? —dice tras unos segundos.

—Verás..., he tenido un pequeño percance con el periodo, una copa menstrual y unas bragas de bikini blanco.

—Hostias.

—Sí, la situación aquí dentro es complicada, así que, si pudieras darme mucho papel, toallitas y un pareo, toalla o similar, me harías un inmenso favor.

—Vale, tranquila. —Oigo cómo trastea por el baño y, poco después, una mano aparece por debajo de la puerta y cojo el montón de papel que me ofrece—. No tengo pareo ni nada que puedas ponerte, pero voy a salir un momento para buscarte algo.

—¡No! —grito—. No, ni se te ocurra irte, porque si viene alguien más y se queja, tu tío acabará entrando y esto será un desastre.

—Pero tengo que buscarte algo...

—¿No puedes llamar a nadie? O, mejor, ¿puedes dejarme el móvil? Mi abuela está en la playa, la llamaré y vendrá en un momento.

—No tengo aquí el móvil, pero mi padre es el dueño del chiringuito, así que tranquila. Saldré, cogeré alguna toalla que tenga en el despacho y volveré antes de que te des cuenta, ¿de acuerdo?

Quiero gritarle que no, que ni de coña, pero antes de poder hablar oigo la puerta y sé que se ha largado dejándome sola, así que empiezo a rezar para que vuelva pronto. Limpio la copa, me la recoloco como puedo, odiándola con toda mi alma, e intento limpiarme los dedos, pero la sangre se ha secado y es complicado, aunque al menos me libero de la mayor parte. Mi bikini, sin embargo, no sobrevivirá a esto, a no ser que entre rápido en una lavadora.

La puerta se abre antes de que transcurra un minuto y sonrío, llena de

agradecimiento, pero cuando aporrear la cabina sé que no es la chica, sino el ogro de su tío.

—Los dos minutos han pasado. Sal de ahí inmediatamente.

—¡Fuera de aquí!

—¡Fuera tú de aquí! —exclama de mal genio.

—En cuanto venga tu sobrina me iré.

—Te vas ya o fuerzo la puerta.

Empiezo a hiperventilar, porque es alucinante que esto me esté pasando a mí. Va a darme un ataque de ansiedad y lo único que tengo para calmarme es... nada. ¡No tengo nada! Bajo la tapa del WC, me subo las braguitas, aunque sea manchadas, y me siento para intentar respirar profundamente. Él vuelve a aporrear la puerta y yo pierdo toda esperanza de que la chica llegue antes de que este energúmeno la eche abajo, así que, mal que me pese, me levanto, presa de un ataque de nervios, descorro el cerrojo que me mantiene a salvo y abro de un tirón dispuesta a fulminar con la mirada al cabronazo que intenta echarme de aquí.

El problema es que no tiene pinta de ogro, sino todo lo contrario. Sus ojos se abren con sorpresa al verme, supongo que porque estoy sudada, tengo el cuerpo tenso y las bragas del bikini llenas de sangre. No es mi mejor imagen, pero imponer, impone un rato. Su mirada se pasea de arriba abajo por mi cuerpo y me doy cuenta de lo azules que son sus ojos. Un momento del todo inapropiado para pensar en ello, lo sé, pero es que son alucinantes. Es alto y tiene cuerpazo, se nota, aunque vista pantalón y camisa. En agosto, en la jodida playa. En el momento pienso dos cosas: la primera, que debe de ser alguien importante o muy estirado; la segunda, que está tan bueno que hace que este incidente sea aún más bochornoso, porque esto habría sido mucho más fácil de llevar con un señor entrado en años, de barriga prominente, pelo escaso y un bigote enorme. No sé por qué lo pienso, quizá sea cosa de la confianza, porque no es lo mismo enfrentarme a alguien con un aspecto

impoluto que hace de inmediato que me sienta aún más avergonzada de lo que ya estoy.

—¿Contento? —pregunto enfadada—. ¡Ni soy una drogadicta, ni alguien echando un polvo en un jodido baño! ¡Soy una mujer menstruosa, que no es lo mismo que monstruosa, teniendo un ataque de nervios en un baño público!

—Joder —dice él antes de quitarse la camisa a toda prisa.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —pregunto enfadada, pero sin poder evitar fijarme en su esculpido cuerpo.

—Ponte esto —dice echándome la camisa sobre los hombros—. Te ayudará a tapar tu..., eh..., eso.

Meto los brazos por las mangas porque no estoy en posición de rechazar su intento de ayudar, la verdad. Por eso y porque, de pronto, me ha dado un bajón importante. Será cosa de los nervios.

—La culpa es de la copa —digo con resignación y pena.

—¿Qué?

—No confíes nunca, jamás, en las opiniones de Facebook y Amazon. Son el mal. —Él abotona su camisa en mi cuerpo y yo me quedo quieta como una estatua, no sé por qué—. Ha sido un desastre de día —digo al borde de las lágrimas—. Mi abuela ha hecho pescadito frito y yo sólo quería comer como una *cerdi*, darme un bañito y tomar el sol. ¿Era tanto pedir?

—No, claro que no —dice él sin rastro ya de la mala leche que tenía hasta hace unos segundos.

—La copa me ha jodido la vida.

Él frunce el ceño, me mira con sus impresionantes ojos azules y, cuando ve mi cara pálida, cansada y abochornada, sonrío con algo parecido a la dulzura, haciéndome pensar que debo de parecer tan patética como me siento, porque este tío no es de sonreír mucho, se nota, pero está haciendo el esfuerzo de su vida y, oye, lo valoro.

—No sé si te refieres a una copa de alcohol, pero tampoco quiero saberlo. —Hago amago de hablar y él me corta, tirando de las solapas de su camisa,

que ya está abotonada y cubriendo mi cuerpo hasta los muslos, lo que me hace pensar en lo alto que es él y lo enana que soy yo—. Ve a casa, date una ducha y olvídate de este día.

—Tu camisa...

—Tranquila, tengo muchas, y así puedo resarcirme por haberme portado como un idiota.

Me guiña un ojo, sonrío sin despegar los labios y sale del baño, dejándome claro que esta situación es tan incómoda para él como para mí.

Salgo yo también sin esperar a la chica y llego a donde están mi familia y mis amigos, que me preguntan de inmediato qué ha pasado, por qué he tardado tanto y de dónde he sacado esta camisa. Yo cuento mi aventura pensando, como buena inocente, que me entenderán y sentirán mi dolor, pero cuando acabo todos, hasta mi abuela, lloran de risa mientras yo pienso que son una panda de cabrones.

Rebusco en la cesta, cojo los pasteles que había comprado para merendar y me voy dando zancadas en un arranque de dignidad que acaba cuando llego a casa de mi abuela y me doy cuenta de que no tengo llaves, así que me siento en el escalón y espero a que ellos lleguen mientras pienso en lo genial que sería tener un botón de *reset* que eliminara este día de mi vida.

Al final, cuando mi abuela, mi hermano y mis amigos llegan, nadie se ríe de mí. Ellos dicen que porque son buenas personas, pero yo creo que es porque doy tanta pena aquí sentada con la camisa de un desconocido después de todo lo que ha ocurrido que han decidido que ya he pasado suficiente vergüenza para el resto del día.

—Ahora te das una ducha mientras te preparo un té fresquito y ya verás cómo te mejora el ánimo —dice mi abuela.

—Me mejoraría más con un chupito de algo, la verdad.

—No, alcohol para pasar la vergüenza, no, que de ahí a ahogar todas tus penas sólo va un paso.

Tuerzo el gesto porque no creo que sea así, aunque la entiendo. Mi madre era alcohólica. Digo «era», porque murió hace muchos años en un accidente de tráfico en el que también perdió la vida la parejita joven a la que se llevó por delante. Edu y yo éramos unos niños y por aquel entonces mi abuela ya luchaba por nuestra custodia, dado el historial de mi madre, pero eso no quita que fuese una muerte dura, sobre todo por el sentimiento de culpabilidad con el que cargó mi abuela, aunque ella no fuera responsable de nada. No hacía más que pensar en los pobres muchachos que habían muerto sólo porque el azar hizo que estuvieran en la carretera a la misma hora que mi madre invadía el carril contrario y se los llevaba por delante. Mi abuela, Carmen, no nos ocultó lo que había ocurrido. Siempre ha sido una mujer de armas tomar y se negó a ocultarles la verdad a sus nietos. Quería que llorásemos su muerte, es lógico, pero no intentó santificarla sólo porque estaba muerta. Ella fue la

culpable de acabar con su vida y la de dos personas inocentes. Era alcohólica, sí, estaba enferma, una cosa no quita la otra, pero, aun así, fue culpable y es algo que asumimos desde pequeños con bastante entereza, o eso creo.

Mi padre se largó cuando Edu era un bebé, así que su historia se cuenta sola. No lo recuerdo, puesto que me llevo con mi hermano dos años, así que era demasiado pequeña cuando se fue. Sólo sé que, cuando yo tenía cinco y Edu tres, nos fuimos a vivir con la abuela, que nos dio una infancia digna y maravillosa. Además, éramos la envidia del cole, porque pocas abuelas te llevan a hacer surf, te dejan pintarte el pelo de rojo (aunque fuera con spray lavable) y te hacen subir en motos de agua en verano. Así es Carmen, mi abuela, un torbellino que siempre ha estado dispuesta a vivir aventuras, pero con responsabilidad. No es una abuela al uso, desde luego; a lo largo de nuestra vida la hemos visto subir en globo, hacer *puenting*, tirarse en paracaídas de un avión, apuntarse a clases de surf, informática, chino y atletismo, entre otras cosas, y, en definitiva, sacarle el jugo a la vida.

Su físico, además, va acorde con su personalidad. Ahora mismo lleva el pelo corto y teñido de azul, pero ha pasado por tantas fases que no podría contabilizar los estilos que le he visto lucir a lo largo de los años. Suele vestirse con *leggings*, camisetas de colores o con estampados cantosos y zapatillas de deporte, porque dice que no entiende cómo sus amigas se ponen esos zapatos de vieja tan horrorosos que, además, tienen pinta de incómodos, con lo bien que va ella a todas partes con sus Adidas fucsia. Hace yoga cada mañana, cocina cosas buenas y saludables de lunes a sábado y los domingos hace pescadito, pasta o alguna cosa rica y grasienta que nos atrae como si fuéramos leones famélicos en busca de un buen trozo de carne.

Mi abuela Carmen es, en definitiva, la mujer más perfecta del mundo. Es así, me da igual que pienses que la mejor es tu madre o tu propia abuela, porque te equivocas. La mejor es la mía, pero, si quieres, podemos darle el segundo puesto a la tuya. Para que veas que soy un sol de persona.

—¿Nos quedamos a cenar? —pregunta Manu—. Es para arrasar con la

nevera o no.

—Os quedáis, haré ensalada para compensar la fritura de pescado —le contesta mi abuela.

—Yo no quiero ensalada, Carmen. Mejor salimos, yo invito.

—No vas a comer más guarrerías por hoy, Manuel. Haré una ensalada y, si quieres, una tortilla francesa, para que te quedes lleno.

—Yo con una ensalada y una tortilla francesa no tengo ni para empezar.

Me río y niego con la cabeza, porque este Manu es un exagerado. Adora la comida tanto como yo, pero, por desgracia, el deporte no es lo suyo, así que está un poquito entrado en carnes. A él le gusta decir que su problema es que los músculos se le derraman. Se mea de risa cada vez que lo dice, que es lo peor. Tiene el pelo rizado, corto y castaño claro, gafas de pasta negra y liga como nadie, a pesar de lo frikazo que es. En serio, es tan friki que su trabajo consiste en ser *youtuber*. Sí, de verdad, esas personas existen, no están sólo ahí, en la pantalla de tu ordenador. En el caso de Manu, hace vídeos acerca de..., pues mira, de cualquier chorrada que se le ocurra. Lo mismo habla de videojuegos, que hace tutoriales, que reseña artículos que le mandan las grandes empresas, mayoritariamente de cosas relacionadas con juegos o tecnología. Ah, sí, a veces también prueba comida rara y hace el tonto sin ningún motivo concreto. ¡Y le pagan por eso! Su trabajo es hacer el mamarracho y encima cobra, y más que todos nosotros juntos. El mundo se está volviendo loco.

El problema (o la suerte, según se mire) de Manu es que tiene algo que engancha mucho. Es de esas personas que crean adicción. Es guapo, incluso con sus kilillos de más, gracioso, inteligente y liga lo que quiere y más, pero porque tiene labia, sabe tratar a las mujeres y, además, el rollo este de ser *youtuber* crea mucha curiosidad, y de la curiosidad a la cama va un paso. De siempre se ha dicho. ¿O no era así? Bueno, da igual, tú me entiendes.

—Yo me conformo con la ensalada, si no, mañana no seré capaz de levantarme temprano para entrenar antes de ir a trabajar.



Éste es Daniel, el genio que me aconsejó que me metiera un dedito en el mar para recolocarme la copa. Claro que la culpa es mía por hacerle caso, cuando ya sé de sobra que él para todo tiene una solución, aunque no sea la correcta. Es arquitecto, así que es el único en casa que se levanta, se pone un traje y se va al despacho como un hombre de bien. A él tampoco es que le moleste, es un presumido y le encanta ponerse trajes caros, ligar con mujeres de clase alta y enseñar su cuerpo esculpido a la mínima de cambio. Está muy bueno, así, a las claras. Es moreno, tiene el pelo corto, los ojos color miel y una sonrisa matadora. Es alto, el deporte lo hace disfrutar de un cuerpo esculpido y, además, sabe cómo encandilar a una chica en menos de cinco minutos. Para Edu y Manu, es un héroe, pero yo sólo creo que es un fanfarrón que tuvo la suerte de nacer siendo guapo y, además, goza de plena confianza en sí mismo.

Yo es que estoy convencida de que al final todo esto es cuestión de autoestima. Si tienes confianza en ti mismo, la gente lo nota. Pasas de ser uno más a convertirte en alguien a quien seguir, porque olfatean tu seguridad, tu manera de pisar fuerte en la vida, y eso es lo que le pasa a Dani. Son muchas las veces que me encuentro contándole mis cosas (como, por ejemplo, que tengo mal puesta la copa menstrual) y pidiéndole consejo, aunque sepa que él no tiene ni idea del tema en cuestión, pero es que me habla con tanta rotundidad que me convence. Yo creo que, si quisiera, lograría que todos pagáramos su parte del alquiler. Por suerte, nos tiene cariño y no se aprovecha de nosotros.

Y, ya que estoy describiendo a las personas importantes de mi vida, debería hablar de él. De Eduardo Bravo, mi hermano. El mejor hombre del mundo; el único que ha conseguido que yo salga del pueblo para meterme en la ciudad, en un cuarto sin ascensor y compartiendo piso con sus dos amigos (aunque ahora también lo sean míos).

Tiene veintiséis primaveras, el pelo rizado, los ojos grandes, expresivos y de color avellana, es alto, delgado y con buen cuerpo. Mi hermano Edu es...

es mi vida entera, junto con mi abuela. Es informático y trabaja desde casa, muchas veces en proyectos en los que yo también estoy implicada. Le encanta jugar al póquer, los ordenadores y hablar con niños, padres y adultos en la lengua de signos.

¿Que cómo sabe él la lengua de signos? Fácil, la aprendió de pequeño, puesto que es sordo.

La verdad es que no recuerdo mucho de aquella época. Sólo sé que se dieron cuenta de que Edu era sordo, mi padre se largó y mi madre decidió que, en vez de ayudar a su hijo, iba a compadecerse de sí misma y acabar de entregarse a la bebida. Edu pasó su infancia culpándose de que mi madre bebiera, principalmente porque ella le decía sin reparos que no podía superar su enfermedad porque cada vez que lo miraba se hundía tanto que sólo el alcohol la aliviaba. Así de egoísta y mala podía llegar a ser...

Pero eso ya no importa. Ella nos dejó para bien o para mal, y nosotros nos criamos con mi abuela Carmen, que llevaba muchísimo tiempo pidiendo nuestra custodia. No fue la mejor manera de lograrla, claro, pero al menos tuvimos la tranquilidad de saber que no nos separarían en cualquier momento. Aprendimos la lengua de signos porque vivíamos en un pueblo pequeño de la costa, donde no había un colegio de sordos al que mi hermano pudiera acudir. Mi abuela siempre estuvo a favor de la integración de mi hermano, así que decidió que los tres iríamos a un centro especializado en la ciudad varias veces a la semana en el que aprenderíamos la lengua de signos, y Edu, además, aprendería a hablar. Y lo consiguió, vaya si lo consiguió. Al hacerlo, se nota que es sordo, claro, por cómo suena su voz, pero puede mantener una conversación sin problemas, siempre que la otra parte se asegure de hablarle mirándolo de frente para que pueda leerle los labios. Mi abuela no permitió que dejara de enfrentarse a las dificultades que se le presentaban en el colegio, a la hora de jugar con otros críos o cuando tenía que desenvolverse solo ante alguna situación que le creara estrés. Lo embarcó en un camino complicado y me arrastró con ellos para que lo hiciéramos los

tres juntos. A día de hoy, no podría estar más orgullosa de ella y de cada una de las decisiones que tomó por el bien de Edu, y por el nuestro como familia también.

Yo, por mi parte, nunca fui capaz de dejarlo solo demasiado tiempo. No es porque crea que es incapaz de desenvolverse, al revés, millones de veces me ha sacado él a mí las castañas del fuego. Pero es que es mi hermano, mi sangre, todo lo que he tenido siempre junto con mi abuela, así que, cuando me dijo que quería vivir en la ciudad y me pidió que me fuera con él, ni siquiera lo pensé. Dani, su amigo de la infancia, que por aquel entonces estudiaba en la universidad de la ciudad, tampoco dudó cuando se enteró de que buscábamos piso. Se puso en contacto con nosotros, nos propuso compartir gastos y no titubeamos a la hora de aceptar. Nuestro primer piso era enano y muy incómodo, pero, por suerte, Edu conoció a Manu estudiando informática y éste le habló de un piso que se alquilaba en una buena zona, pero que era demasiado grande y caro para él solo; necesitaba compañeros de piso. Mi hermano lo comentó en casa y fuimos a verlo y a conocer a Manu porque, total, no teníamos nada que perder. El piso era enorme y perfecto, constaba de cinco habitaciones grandes, una terraza enana, un salón cocina enorme y dos baños, uno en una habitación y el otro comunitario. Echamos a suertes quién se quedaba con la habitación con baño propio y gané yo. De no haber sido así, me la habría quedado igualmente, y ellos lo saben.

El caso es que, después de todos estos años, sigo pensando que unirnos los cuatro fue una de las mejores decisiones que hemos tomado en la vida. A estas alturas, ya no sabría qué hacer sin alguno de estos chicos, y espero no tener que averiguarlo nunca.

—¡Lola! —exclama mi hermano golpeando la mesa—. ¡Despierta!

—Perdón, estaba pensando en mis cosas. ¿Qué ocurre?

—Estamos discutiendo si cenamos pizza o chino.

—¿Eh? ¿Qué ha pasado con la ensalada?

—Ha pasado que la comida de verdad ha ganado la batalla —dice Manu

con una sonrisa satisfecha.

—Yo paso. Cenaré ensalada pidáis lo que pidáis. —Dani se cruza de brazos y nos deja ver que está hasta los huevos de que llevemos un rato discutiendo el menú.

—Luego no se te ocurra robarnos comida —lo increpa mi hermano—. Que tú eres muy de comer verde hasta que se te pone por delante algo que te gusta más.

—Perdona, pero yo soy un chico muy sano, no como vosotros, que moriréis de colesterol o arterias colapsadas antes de los treinta. —Me mira y sonrío con malicia—. Y a ti no te queda tanto para llegar ahí.

Me guiña un ojo y le hago un corte de mangas, porque sólo tengo veintiocho años. ¡Me faltan dos para los treinta! Además, cuando llegue, ¿qué? A mí eso de cumplir años me resbala bastante. No soy de las que se tiran la vida agobiándose por el paso de los años. Me gusta arreglarme, claro, pero no me preocupan lo más mínimo ni las arrugas ni envejecer. De hecho, soy de las que piensan que son buenas, porque significa que los años pasan y sigo viva, que ya es mucho, tal como está el mundo. No le doy excesiva importancia a mi físico, aunque me maquille siempre que salgo y me guste gastarme el sueldo en ropa y mierdas varias de internet que no necesito. A mí, para tenerme contenta, dadme conexión a internet y una tarjeta de crédito. Si sumáis alguna comida grasienta e insalubre a la ecuación, seré más feliz que un guarro chico en un charco. Soy así de simple.

—Vamos a comer ensalada y punto —dice mi abuela acabando con la discusión—. Os ducháis y venís a ayudarme.

—¿Necesitas ayuda para trocear una lechuga? —pregunto.

Ella me mira tan seria que hago el gesto de cerrarme la boca con una cremallera y me meto en el baño, porque con la tontería sigo vestida con la camisa de un desconocido y mi bikini está hecho un asco.

Me meto bajo el agua y la pongo todo lo caliente que pueda soportarla. Da igual que estemos en verano, adoro que el agua caiga ardiendo sobre mi piel

y, por lo general, hasta que tengo el pecho y las mejillas rojas y siento que el calor es insoportable, no salgo de la ducha. Eso acarrea algún que otro problemilla si gasto toda el agua caliente, pero bueno, la convivencia no podía ser perfecta, y yo necesito mis duchas de agua calentita y vapor para ser una mujer feliz y operativa. Además, después del día que llevo, me lo he ganado.

Cuando salgo, me envuelvo en la toalla y voy al dormitorio en el que crecí, reconvertido en sala de meditación, pilates y yoga, aunque aún tenga la cama nido de cuando era niña. Abro el armario en el que los cuatro tenemos ropa de repuesto para cuando venimos y cojo unos *leggings* y una camiseta ancha. Cuando estoy vestida, vuelvo a la cocina con mi abuela.

—Recógete ese pelo, que cocinar con tanta melena suelta es antihigiénico —me dice ella sin mirarme siquiera, lo que demuestra lo bien que me conoce.

Tengo bastante cantidad de pelo y lo llevo por debajo de los hombros. Es castaño oscuro, con suaves ondas que hacen que no sea ni rizado ni liso. Una vez me lo corté, pero todo el mundo me recomendó que volviera a dejármelo largo. A mí también me gusta más largo, pero porque así nadie se fija tanto en mis ojos, o eso creo. La gente de mi alrededor suele decir que tengo unos ojos preciosos, que son distintos, expresivos, enormes y especiales. Yo sonrío y lo dejo estar, pero lo único especial en mis ojos es que tengo heterocromía, soy consciente y no creo que sea un mérito, simplemente nací así. Uno de mis ojos es de color avellana con un halo verde alrededor. El otro es verde con un halo avellana. Sí, exacto, tengo un ojo de cada color y, aunque a primera vista puede pasar desapercibido, es algo que antes o después todo el mundo descubre. Es curioso, sí, lo entiendo, pero la gente se vuelve un poco loca cuando se da cuenta, como si fuera una creación única y especial del universo, cuando no es así. No es un don, es una anomalía y no tiene mayor importancia. Me jode muchísimo que me pregunten si veo por los dos igual, por ejemplo. A veces me canso tanto de contestar preguntas absurdas que me invento las respuestas. Una vez convencí a una chica de que yo por un ojo lo

veo todo más marrón y por el otro más verde. Como los filtros de Instagram. Se lo creyó. La gente no está normal de la cabeza, te lo digo yo.

La cosa es que yo no me veo especial, pero mi abuela asegura que sí, porque he sacado los dos tonos más bonitos de la familia. El color avellana, que comparto con mi hermano, y el verde, que comparto con ella. De pequeña me encantaba pensar en eso, porque era como llevar un poco de mis dos personas favoritas del mundo en mis ojos, pero, aparte de ello, pocos beneficios me ha traído esta anomalía.

Me hago una coleta frente a mi abuela, que me está hablando de que esta noche deberíamos hacer una sesión de meditación antes de que nos marchemos a la ciudad, pero intento evitarla porque, para ella, las sesiones de meditación pueden durar de diez minutos a tres horas y, aunque me encanta estar aquí, ha sido un día superintenso y necesito llegar a casa, meterme en la cama y dormir hasta mañana.

Cenamos ensalada (Manu, además, se come dos flanes porque dice que a él cenar sólo verde le da ardores), recogemos la mesa, fregamos los platos y nos despedimos de mi abuela hasta la semana que viene, cuando vendremos a atacar su nevera de nuevo.

Recorremos en coche los cuarenta minutitos que nos separan de nuestro piso en la ciudad y, cuando llegamos, nos encontramos con una de las amigas de Manu esperando en el portal. Pongo los ojos en blanco y agradezco que su habitación me pillé lejos, porque lo último que necesito esta noche es una sesión de sexo acústico. Le doy las buenas noches a la chica, que no me escucha, debido a que tiene la lengua en la campanilla de Manu, y subo a casa deseando poner fin a este día.

Cuando me meto en la cama, minutos después, cierro los ojos y le pido al karma, o a Dios, o a lo que sea que exista, porque algo existe, seguro, que mañana el día sea mejor que el de hoy.

Y que, por favor, por favor, por favor, pueda olvidar el incidente del baño y la maldita copa menstrual.

La mañana siguiente a mi catastrófica escena vivida en el baño de un chiringuito, me levanto tarde. Se ve que esta semana no es la mía. He dormido mal, no sé por qué, me duelen los riñones, tengo hambre y necesito café.

Entro en la cocina y saludo a Manu, que está desayunando cereales con un poquito de leche, que no es lo mismo que desayunar leche con un poquito de cereales. Yo creo que le traería más cuenta echar un chorrito en la caja y comer directamente de ahí. Al menos, no ensuciaría un plato, lo que, teniendo en cuenta que hoy me toca a mí fregarlos, sería un detalle. Se lo digo, pero me hace una pedorreta y, como me da miedo que haga otra y me lleguen cereales masticados, porque este tío es así de cerdo a veces, me callo y enchufo la cafetera.

—Son las once, tu hermano lleva trabajando en el proyecto de los Rodríguez tres horas y tú en la cama, pedazo de vaga.

Le hago un corte de mangas sin girarme para darle la cara. Es verdad que mi hermano hoy se está comiendo el trabajo solo, pero yo lo he hecho muchas veces y no me quejo, así que se siente. Lleno mi taza de café y me voy a la habitación que usamos para trabajar. La verdad es que encontrar un piso tan grande como éste fue una suerte. Está en el centro histórico y, aunque la construcción del edificio es antiquísima, el piso en sí está reformado. Lo único malo son las cuatro plantas sin ascensor, pero si lo miramos por el lado positivo, gracias a eso, el precio del alquiler no es

desorbitado. No es barato, pero no tenemos que donar un riñón para pagarlo, que ya es mucho.

Las cinco habitaciones son amplias, pero la que usamos como despacho, además, tiene salida directa a la terraza, que es enana, pero suficiente para tener una pequeña mesa redonda con dos sillas de hierro forjado. Dani dice que esto no es una terraza, sino un balcón grande y alargado. Él, como arquitecto, que lo llame como quiera, pero para nosotros va a seguir siendo la terraza, porque queda mucho más molón decir a nuestros amigos que anoche disfrutamos de una copa en la terraza que decir que salimos al balcón y nos apostamos quién se quedaba de pie y quién se sentaba en las dos sillas para bebernos un botellín de cerveza.

Entro en la estancia en sí, que consta de mesas alargadas con tres ordenadores que pertenecen a Manu, a Edu y a mí misma, porque Dani usa un portátil que lleva y trae de su trabajo. Una estantería enorme ocupa la única pared libre, además de las baldas que portan algunos de mis diseños, juguetes de Manu y mierdas varias. No limpiamos esas baldas desde que nos mudamos, creo, y ya me da miedo hacerlo, por si me encuentro una familia de arañas y tengo que desalojarla de malas maneras. En la estantería, además de libros, tenemos infinitos muñecos Funko Pop! (por si no lo sabes, son muñecos cabezones de cuerpo diminuto que se parecen a personajes de libros, películas, series, cómics, etcétera). Sí, somos unos frikis, bueno, sobre todo lo somos Manu y yo, porque Edu suele controlarse más y Dani prefiere estar en el otro bando; ese que se ríe de los de este bando, ya sabes. Aparte de los muñecos, las estanterías están llenas de libros (mal asunto si no fuera así), velas aromáticas, porque me chiflan, y tazas, porque las colecciono. De las cosas inútiles que compro en Amazon no hablaremos por ahora, porque el tema nos daría para llenar páginas y páginas.

También hay una varita mágica, imitación de la de Harry Potter, que pertenece a Manu y que tenemos prohibido tocar. No es broma, con las cosas de Harry Potter, propiedad de Manu, no se juega. En el suelo hay una



alfombra del comecocos; en las paredes, cuadros de diseños míos y algún que otro póster de videojuegos que Manu nos obligó a poner y en las ventanas, guirnaldas de luces que me encantan, aunque los chicos protesten y digan que el balcón parece la entrada de un puticlub. En definitiva, el despacho está decorado, en mayor parte, por Manu y por mí, porque Edu es un pasota y a él con que no le toquemos su mesa ya le vale, y Dani apenas lo usa, así que le da igual lo que hagamos siempre que él pueda utilizarlo si algún compañero del trabajo viene para hacer lo que quiera que hagan los arquitectos cuando se reúnen.

Palmeo la mesa para que Edu note la vibración y sepa que estoy aquí. Él me sonrío de inmediato y me señala la pantalla.

—Tengo la web casi lista. ¿Has podido descansar?

Sonrío y beso su mejilla, cojo mi silla y me siento a su lado asintiendo. No le digo que he dormido fatal, porque encima de que el pobre se está chupando este proyecto casi solo, no voy a ponerme quejica.

Además, ya nos queda poco para acabar este trabajo, que tanto me aburre, y entonces podré ponerme de nuevo con mis cosas. Yo no soy informática, por si te lo preguntas. Soy diseñadora gráfica e ilustradora y tengo mi propia empresa, en la que la plantilla consta de una persona. O sea, yo misma.

Me va bien, puedo decir que tengo trabajo para rellenar varios meses de mi agenda y no deja de salir, así que no me quejo. A veces, alguna empresa necesita que diseñe páginas web o cree programas específicos dentro de éstas y, para esos casos, recomiendo a Edu. O, cuando él necesita algo relacionado con el diseño, me recomienda a mí. De esta forma ganamos clientes y, además, compartimos ganancias sin tener que trabajar con alguien externo. ¿Es o no es un plan brillante?

—Tengo que grabar un vídeo nuevo, así que podéis largaros o guardar silencio para siempre —dice Manu cuando entra, y palmea la mesa para que mi hermano le atienda.

—Yo me pido guardar silencio, se me da bien —contesta Edu, porque es

un cachondo al que no le importa lo más mínimo reírse de sí mismo, siempre que sea con nosotros.

—Ja, ja, ja. Lo digo en serio, si os quedáis, no quiero oír ni una palabra, ni un resoplido, ni un chasquido... —Conforme va hablando, se centra en mí, que elevo las cejas un poco ofendida, porque, a ver, me está acusando directamente y eso está feísimo.

—Como si no tuviera yo cosas más importantes que hacer que fastidiarte a ti por gusto.

—A ver si es verdad, porque de momento se te está yendo la mañana y sigues en pijama.

—Yo en mi casa voy como quiero. Si me lo quisiera quitar y trabajar desnuda, también podría, y tú no tendrías derecho a decir nada.

—Créeme, si te lo quitaras, al menos me alegrarías la vista, ya que me jodes los tutoriales...

—¡Que yo no jodo nada!

—Lo que tú digas. —Hago amago de quejarme, pero él coloca el minitrípode sobre la mesa y me señala con el dedo—. A trabajar, señorita, no voy a discutir más.

Aprieto los dientes, porque odio que se ponga condescendiente conmigo. ¡Siempre consigue sacarme de mis casillas! Y lo peor es que puedo intuir el inicio de sonrisa que hay en su cara, porque el sádico disfruta poniéndome de los nervios.

Me muerdo la lengua para no contestarle y me centro en Edu, que me sonrío con dulzura, como si ya esperase que yo me cabreara. Resoplo y pienso, no por primera vez, que el problema es que nos conocemos todos demasiado bien. Ya sabemos cuáles son nuestros puntos flacos, así que a la hora de discutir no tenemos más que tocar ciertas teclas para acabar proclamándonos ganadores. Esta vez Manu ha estado más rápido, pero reconozco que, cuando de chingar se trata, yo soy toda una experta.

Al final nos ponemos a currar mientras Manu, de fondo, hace el idiota,

porque él dirá que eso es trabajar y bla, bla, bla, pero está probando comida empaquetada japonesa, pasteles extraños y demás. ¡A eso no se lo puede llamar «trabajar»! Se ponga él como se ponga.

La mañana nos cunde bastante. A las tres hacemos un parón, cuando llega la comida japonesa de verdad, porque con tanto vídeo de Manu al final me ha dado antojo. Comemos y seguimos un rato más hasta que Dani llega y comienza a hacer la cena, como siempre. Ninguno de nosotros pone pegas, porque las pocas veces que nos encargamos nosotros, por lo general, llamamos a algún restaurante y acabamos con el problema. Daniel se pone de los nervios, porque dice que no es justo que él cocine y nosotros no, pero siempre le contestamos que es tan fácil como llamar por teléfono a su restaurante favorito y ya.

Por suerte, nuestro amigo no es de éstos y no le importa arremangarse la camisa y meterse entre fogones, lo que lo convierte en un gran compañero de piso.

Bueno, Edu también cocina, la verdad. Al final, como siempre, los más vagos somos Manu y yo, que preferiríamos chupar limones de esos que llevan en la nevera desde que nos mudamos antes que hacer la cena.

Nos duchamos, nos ponemos el pijama (en mi caso, simplemente cambio uno por otro) y nos sentamos alrededor de la mesa para comernos la dorada al horno que ha hecho Dani. Dios, la chica que se lleve a este hombre será afortunada. Se lo digo y él se ríe y me guiña un ojo.

—Podrías ser tú.

—Uy, no, mira que he intentado colarme por ti, pero nada, oye, no hay manera.

Dani se ríe porque sé que piensa lo mismo que yo. Es verdad que está buenísimo, de verdad, es muy guapo, pero lo conozco desde que éramos niños y yo ya no lo veo como un hombre. Para mí es Dani, mi amigo, igual que Edu es mi hermano y Manu es mi otro amigo. Pensar en Dani o en Manu como pareja sería como pensar en tirarme a mi hermano. Me da repelús y me

hace fruncir el ceño de inmediato. Una pena, porque sé que sería feliz con cualquiera de los dos. O con los dos, ya puestos, porque Manu dice que a él no le importaría probar un trío. Una vez le dije que eso no podía ser, si siempre decía que me veía como a una hermana. Él me contestó que sí, que me veía como a una hermana, pero ahí estaban Cersei y Jaime Lannister para demostrar que el incesto es viable y excitante. Yo bufé, le tiré una pelota de goma antiestrés y ahí acabó la conversación para siempre. Obviamente, no hablaba en serio, conozco a Manu de sobra y sé que, en el fondo, no sería capaz de liarse conmigo.

—¿Cómo ha ido el día? —pregunta Edu a Dani.

—Bien, tenemos nuevo integrante en el estudio.

—Ah, ¿sí? —pregunto—. Y ¿qué tal?

—Parece buen tío. Ha estado trabajando en la empresa colaboradora de Estados Unidos unos años, pero cuando supo que mis jefes tenían una plaza libre la solicitó y lo aceptaron de inmediato porque, al parecer, es un crack, así que volvió para instalarse aquí y estar cerca de su familia.

—No será tan crack. Seguro que tú eres mejor —replica Manu.

Y no lo dice por alimentar el ego de Dani, es que de verdad piensa que es el mejor. Igual que Edu y lo mismo que yo, que no tenemos ninguna duda.

—No es una competición —contesta riéndose—. Es mayor que yo, tiene más experiencia, y eso siempre es un grado. Lo poco que he hablado con él me ha caído bien. Un poco serio, pero será que estaba cortado.

—Claro, el primer día en un trabajo nuevo nunca es fácil —digo.

—¿Lo dices por experiencia? —pregunta mi hermano recochineándose.

—Lo digo porque es la verdad. He visto las suficientes películas y series como para saber que el primer día de trabajo, escuela o lo que sea que implique ser el nuevo puede ser una mierda. Mira a la pobre Hannah, de «Por trece razones».

—¿Estás comparando a mi nuevo compañero con una adolescente que se suicida porque le hacen *bullying*? —Me encojo de hombros, porque igual no

ha sido la mejor comparación del mundo, y él se ríe—. En fin... Hablando de series, ¿quién se apunta esta noche a un maratón de Netflix?

Todos levantamos las manos de inmediato y nos reímos como niños pequeños que estuvieran recibiendo una bolsa de chuches del padre que se pasa el día fuera de casa y pretende compensar su ausencia con cosas materiales.

Lo sé, tengo una imaginación muy desarrollada, pero es que, en cierto modo, somos así. Dani se pasa el día fuera, nosotros tres aquí dentro y, aunque me encanta estar en casa, la comodidad de trabajar en pijama o en chándal y ponerme mis propios horarios, reconozco que hay días que me desearía tener una excusa para maquillarme, ponerme guapa y salir a la calle. Claro que, cuando esos sentimientos llegan, me maquillo, me pongo guapa y salgo, aunque sea para comer o pasear, así que no debería quejarme...

Acabamos de cenar, abrimos el armario de las porquerías, que es el más grande de la casa y contiene suficiente colesterol y azúcar como para causar diabetes a todo el edificio, cogemos patatas, chucherías y, lo más importante: pastelitos de la Pantera Rosa, que son lo mejor del mundo mundial, aunque cada uno sea una pequeña bomba de calorías, y nos vamos al sofá. Me pongo como una *cerdi* viendo la serie de turno y metiéndome entremedias con alguno de mis chicos y pienso en lo guay que es mi vida, aunque no tenga mucho glamur.

La semana pasa rápida, Dani trabaja a destajo y pasa muchas horas con su nuevo compañero, poniéndolo al día del funcionamiento de la empresa y, según mis teorías, yéndose de cervezas con él. Manu ya le ha echado en cara que llegue tan tarde a casa, y Dani nos ha recordado, con toda la razón del mundo, que no somos ni sus padres ni su mujer. A Manu que le dijera que parecía su mujer le sentó fatal, y replicó que no pensaba comerse su cena nunca más, pero eso lo dijo a las ocho de la tarde y a las nueve y media

estaba disfrutando de su puré de patatas y verduras salteadas, así que perdió bastante credibilidad.

A mí que llegue tarde me molesta un poco, porque lo echo de menos, pero no tanto como Manu. A Edu directamente le da igual, es el más pasota de nosotros, y estoy convencida de que debido a su tranquilidad nata también será el que más años dure. Manu y yo pereceremos de la manera más tonta el día menos pensado por culpa del estrés que sufrimos a causa de..., pues mira, no hay ni causa concreta, que es peor, porque significa que somos histéricos de nacimiento. Lo nuestro ya viene de serie y no parece tener arreglo.

Estamos a viernes por la noche, Dani acaba de llegar, son las dos de la madrugada y está bebido, aunque no borracho.

—Te parecerá bonito aparecer a estas horas y pedo —lo increpa Manu nada más entrar.

Yo levanto la vista de la pantalla de mi móvil pensando en el cortador de plátanos que acabo de comprar. Debe de ser genial, porque tiene veintiún comentarios y una puntuación de cuatro con uno, así que estoy contando las horas para tenerlo y probarlo.

Nota mental: «Comprar plátanos».

Edu se ha quedado dormido a mi lado con un libro sobre el regazo y Manu se ha levantado para mirar a Dani con los brazos en jarras. De verdad que es una maruja...

—No pienso pelearme contigo hoy, Manuel —dice Dani en tono cansado—. Sólo me paro en el salón para avisaros de que mañana he invitado a comer a mi nuevo compañero, así que más vale que limpiéis el piso antes de que llegue.

—¿Limpiemos? ¿No te incluyes? —pregunto.

—Me paso el día trabajando fuera, llego, me ducho, os hago la cena y me siento a las tantas ya. ¿De verdad vas a quejarte por tener que limpiar el piso en el que te pasas todo el día?

—Lo dices como si estuviera tirada en el sofá sacándome pelotillas de

pelusa del ombligo —contesto indignada.

Él resopla y nos señala, elevando las cejas y dejando claro que este asunto está empezando a crisparle los nervios.

—Mañana tenéis que dejar esto como los chorros del oro. No pienso discutir, y mucho menos intentar convencerlos porque, si no lo hacéis, podéis olvidaros de cenar saludable de aquí en adelante. A ver lo que aguantáis sobreviviendo sin cocinar.

—Nos las apañaríamos. —Manu estira el cuello muy digno—. Sabemos sobrevivir sin ti. Comemos cada día sin que tú tengas que cocinarnos y nos va de maravilla.

—¡Coméis cada día porque pedís comida en el restaurante de turno! Pero a ver lo que os dura el sueldo pidiendo comida y cena. ¿De verdad vas a echarme un pulso en esto, Manuel?

Y Manu, que tonto no es, niega con la cabeza y cierra el pico porque al final, con la tontería, nos vamos a meter en un marrón considerable. Con lo fácil que es estar callado y decirle a todo que sí, como hago yo... Dani no se sulfura y yo mañana paso un trapito así, por encimita, y todos contentos, pero este Manu es que se ofusca enseguida.

La discusión se acaba aquí porque hemos recibido un jaque mate, nos despedimos unos de otros y nos vamos a dormir mientras pienso que mañana voy a dejar la casa como una patena para que Dani esté contento y nos siga haciendo la cena. Es eso, gastarnos el sueldo en restaurantes o cocinar nosotros. Y, como no somos ricos ni me apetece morir envenenada, la única opción viable está bastante clara.

La mañana llega, nosotros limpiamos el piso de punta a punta y, para que Dani no se queje, nos duchamos y nos vestimos de personas normales y no de vagabundos. Edu se ha puesto un pantalón desgastado, una camisa vaquera y su perfume bueno, así que está para comérselo. Manu ha dejado las bermudas de lado y se ha puesto un pantalón largo y una camiseta planchada, que ya es

una concesión enorme tratándose de él, y yo me he vestido con un vaquero con rotos y una blusa de rayas marineras. ¡Hasta me he peinado! He abandonado mi moño alto, a lo nido de pájaros, y me he dejado el pelo suelto y con las ondas al natural. Le he preguntado a Manu y a Edu cómo me veían. Mi hermano ha contestado que estoy preciosa, mi amigo me ha dicho que, si no fuera yo, me tiraba la caña. Viniendo de él, es un gran cumplido.

Cuando oímos el timbre del portero nos alineamos en la entrada del salón, porque es la señal de Dani para avisarnos de que ha llegado y viene subiendo. Espero que su compañero no se ahogue mucho subiendo escaleras, porque el pobre podría pasarlo mal si llega medio asfixiado y nos encuentra aquí colocados nada más entrar.

La cerradura suena, la puerta se abre, Dani entra, sonrío y da paso a su compañero mientras yo sonrío dispuesta a ser la anfitriona perfecta.

Por desgracia, el karma tiene un pésimo sentido del humor y, de entre todas las personas que podían ser compañeros de trabajo de Dani, ha elegido al tipo del chiringuito.

Sí, el mismo que me sacó del baño amenazándome con llamar a la policía y el mismo que tuvo que dejarme su camisa para que yo pudiera tapar el desastre que había causado la maldita copa menstrual.

El mismo tipo al que deseé no ver nunca más para no tener que recordar el bochorno sufrido.

El que ha entrado con una caja de pasteles en una mano y una media sonrisa que se ha cortado en el acto al verme.

Yo, por mi parte, tengo mi propia sonrisa tan congelada que creo que, para cuando consiga poner un gesto neutro, van a dolerme las mejillas.

Esta comida va a ser, como poco, interesante.



Dani sigue sonriendo, ajeno a lo que ocurre en nuestras vidas. No se da cuenta de que ahora mismo estoy en modo vergüenza extrema y ni siquiera oigo lo que dice, porque estoy demasiado entretenida mirando los ojos azules de su compañero. Y, joder, qué azules son.

—Vaya... Hola —dice él, cargándose la oportunidad de fingir que somos dos desconocidos. Olvidar lo que pasó ya no es una opción—. Me alegro de verte, supongo.

—¿Cómo...? —Dani frunce el ceño mientras nos señala—. ¿Os conocéis?

—Algo así —digo de mala gana.

—¿De qué? —Mi amigo empieza a ponerse nervioso.

Lo entiendo, pues, teniendo en cuenta que este tío es su nuevo compañero, va a tener que trabajar con él muchísimas horas. Va a verlo a él más horas que a nosotros, de hecho, así que es normal que me esté pidiendo explicaciones. Estará rezando para que no sea un ex o algo parecido, aunque los conoce a todos, pero está temiéndose lo peor.

—¿Recordáis el incidente de la playa? —Ellos asienten y yo señalo a don Ojazos con desgana—. Era su camisa.

—¿Cómo que era su camisa? —pregunta Manu antes de abrir la boca de par en par y soltar una carcajada—. ¡No jodas! ¿El energúmeno que amenazó con sacarte a la fuerza?

—No fue exactamente así —dice el susodicho.

—Hombre, un dechado de amabilidad no fuiste...

Dani me fulmina con la mirada, porque se ve que, aunque Manu siga

riéndose a carcajadas, a nuestro amigo esto no le hace ninguna gracia.

—Te sorprendería la de cosas que hace la gente en los baños públicos o, en este caso, en los de un chiringuito.

—Tengo una ligera idea. Salí de uno con el cuerpo lleno de sangre y la camisa de un desconocido.

—Tanto como el cuerpo... Eres un poco exagerada, ¿no? —pregunta el susodicho—. Yo sólo vi un poco en..., bueno, que no fue para tanto.

—Claro, como tú no tuviste que soportar el bochorno... ¡A ti querría verte yo encerrado en un baño con una copa menstrual!

—Bueno, ya está bien, Lola, deja de avergonzarme —dice Dani interviniendo con toda la seriedad del mundo y mirándome mal.

La parte mala es que está cabreado, la parte buena es que, desde que Dani está en mi vida, ya sé lo que sienten los niños cuando sus padres les dedican miradas reprobatorias. Es como sentir, a ratitos, que sí tengo padre.

—No te preocupes —dice Ojazos, que desde ahora pasará a llamarse así, porque sigo sin saber su nombre. Se acerca y me tiende la mano para que la estreche al mismo tiempo que sonrío un poco. Muy poco, sin despegar los labios y sin arrugar su gesto, pero suficiente para que mi genio se aplaque—. Soy Lorenzo del Valle, encantado.

—¡Lorenzo del Valle! —exclama Manu—. Qué apellido tan guay, podrías tener un puesto en «Juego de tronos». —Y, a continuación, para bochorno de todos los presentes, se pone a hablar con voz grave y exagerada, como si fuese un hombre sacado de una de esas series que tanto nos gustan—. Soy Lorenzo del Valle, del sur de España, arquitecto de profesión, portador de camisas que presto a mujeres en apuros y heredero legítimo al trono de hierro.

Dani cierra los ojos porque está comprendiendo que, con la entrada que estamos dando, esta comida va a ser de todo menos aburrida. De aquí, el tal Lorenzo sale encantado o asqueado. Los términos medios ya no podemos contemplarlos. A mí se me escapa una carcajada, porque es que Manu es un

friki de cuidado, Edu está contenido, intentando seguir la conversación a base de leernos los labios a todos, y Lorenzo..., bueno, él sigue con la mano extendida en mi dirección y mira a Manu como si no tuviera ni idea de qué está hablando. Yo acepto el gesto, se la aprieto y, cuando consigo calmar un poco mi risa, hablo.

—Soy Lola Bravo, encantada. Disculpa a mi amigo, el amor por «Juego de tronos» se le escapa a raudales en momentos del todo inapropiados.

—Supongo que entendería mejor la broma si hubiese visto la serie —dice él en tono neutro, intentando sonar amable.

El problema de este hombre es que es serio de naturaleza. Se le nota, es sobrio, y eso, en un piso de gente inmadura e infantil, destaca mucho. Lo digo por Manu, ojo, que a mí a madurez no me gana nadie.

—¿No has visto «Juego de tronos»? —Manu abre los ojos y lo mira como si tuviese delante a un espécimen único—. Pero ¿cómo es posible?

—Bueno, ya está bien —dice Dani—. A ver si puede ser que pasemos de la entrada. —Mira a Manu con tanta seriedad que éste carraspea y olvida el temita, porque si sigue así se va a ofuscar y esto va a acabar como el rosario de la aurora.

—Yo soy Manu, como ya imaginarás —dice el susodicho mientras Lorenzo asiente y hace amago de sonreír. Sólo amago. Vamos, que estira los labios medio segundo y luego vuelven a su sitio.

—Yo soy Edu, encantado. —Mi hermano se adelanta un paso y estira la mano para estrechársela.

Yo me tenso por acto reflejo. Cuando mi hermano conoce gente siempre me pasa, porque algunas personas se ríen al oírlo hablar porque piensan que lo hace de broma, y otros, los peores y más crueles, se creen que tiene algún retraso y de inmediato se sienten cohibidos, incómodos o superiores. Una vez incluso una chica se acercó para ligar con él y, cuando lo oyó hablar, dio media vuelta y se fue sin buscarse siquiera una excusa. Edu se toma esto con bastante filosofía, en realidad, aquella vez en concreto se encogió de hombros

y sonrió sin más, pero yo me dormí llorando aquella noche, porque me encantaría hacerle el harakiri a cada ser humano que ose meterse o despreciar a alguien tan maravilloso como Eduardo Bravo.

Mi estado de alerta dura poco, por suerte, porque Lorenzo le estrecha la mano con su media sonrisa y asiente antes de hablarle.

—Encantado, Edu.

Otro punto a favor. Ni ha hablado demasiado despacio, ni ha gritado. Es algo que suelen hacer las personas también cuando lo conocen. Se piensan que, si hablan separando sílabas o a voces, se lo pondrán más fácil a mi hermano, cuando no es cierto.

Por un momento pienso que igual Dani lo ha puesto en antecedentes, pero cuando miro a mi amigo me doy cuenta de que no, porque acaba de relajar los hombros, así que él también estaba tenso. No me extraña, no somos partidarios de ir avisando a la gente que viene a casa de que Edu es sordo. No creemos que sea algo de lo que haya que avisar. Es así y punto; si alguien no puede asumirlo en el acto es que no merece tratar con él, por lo que supongo que Dani ha usado la misma táctica: ha dejado que Lorenzo actúe y ha aprovechado la ocasión para valorar cómo de bien o de mal va a caerle. Si pones sobre aviso a alguien, ya le estás dando margen para actuar, y nosotros no queremos a gente falsa ni sobreactuada a nuestro alrededor. Puede no parecer justo, o incluso una trampa, pero después de toda la vida juntos, tenemos muy interiorizadas nuestras costumbres y, en esta casa, o entras por la puerta grande, o no entras.

Después de los saludos iniciales nos vamos al fondo del salón, donde está la cocina y la mesa grande, en la que comemos siempre. Hemos pedido comida italiana en un restaurante, pero para que quede más presentable lo hemos puesto todo en platos bonitos y bien decorados. Que no se diga que no nos esforzamos. Dani nos da su aprobación porque sabe que no íbamos a cocinar ni locos, y yo voy a la nevera para sacar las bebidas de todos.

—¿Prefieres cerveza o vino? —le pregunto a Lorenzo, que se ha acercado a mí mientras el resto sigue poniendo la mesa.

—Vino, si es posible. ¿Dónde pongo esto? —Señala la caja de cartón de una pastelería famosa y yo le indico la encimera.

—Ahí mismo. Por cierto, no esperes algo de la hostia con el vino, lo único que tenemos es una botella que compré en Mercadona una vez por si venía alguien que quisiera una copa.

Él se ríe un segundo mostrando los dientes y a mí se me acelera el pulso, a saber por qué. Será que se le han arrugado las mejillas y resulta que está muy guapo cuando lo hace. O que su aire de hombre serio y estirado hace que me anote como un triunfo haber conseguido que se ría. Sea lo que sea, ordeno a mis pulsaciones que bajen inmediatamente y vuelvo a centrarme en el anfitrión.

—Seguro que está bueno.

Sonrío, saco unos botellines de cerveza de la nevera y los pongo en la mesa antes de abrir el armario de las bebidas alcohólicas, donde, entre restos de ginebra, whisky y ron, encuentro una botella de vino que tiene hasta polvo, fíjate si lleva tiempo ahí guardada.

—Esto ya es gran reserva —murmuro para mí.

—No te voy a quitar la razón.

Me sobresalto al oírlo tan cerca de mí y, cuando me giro, le veo justo detrás, casi rozando mi cuerpo y esperando con gesto neutro que yo abra la botella.

Por Dios, o este hombre es demasiado sigiloso o mi mente hace demasiado ruido.

—Yo te he avisado —contesto antes de reírme.

Luego, para la estupefacción de Dani, le sirvo el vino en una copa de cristal de Estrella Damm que robamos una noche que salimos de fiesta. Me encojo de hombros mirando a mi amigo y le entrego la copa al invitado mientras sonrío.

—Gracias.

—De nada. Espero que la disfrutes y, cuando Dani te pregunte qué tal, di que está rica, o nos someterá a tortura durante meses por haber osado darte mierda barata de Mercadona.

—¡Lola! —exclama el propio Dani, que está más pendiente de nosotros de lo que parece—. Perdónala, a veces se ofusca y dice la primera tontería que se le pasa por la cabeza. Deja que te busque una copa más apropiada para el vino —le dice a su compañero.

—Tranquilo. Lo importante es el contenido, no el recipiente.

—Que dé gracias porque no le ha encasquetado un vaso de los Minions, que es de lo que más tenemos gracias a Nocilla. —Manu habla tan en serio que se me escapa la risa.

En realidad, nos reímos todos, hasta el invitado. Bueno, todos menos Dani, que tiene una vena superhinchada en el cuello. Carraspeo, me acerco a él y tiro de su mano con suavidad, alejándolo de la cocina.

—Si nos permitís, necesito enseñarle una cosita a Dani.

Todos asienten y yo arrastro a mi amigo hasta mi dormitorio, cierro la puerta y, en cuanto me giro, veo cómo desata sus nervios.

—¿«Juego de tronos»? ¿Copas de propaganda? ¿Los Minions? En serio, cuando os dije que quería causarle buena impresión, ¿qué cojones entendisteis, Lola?

—Oye, cálmate, ¿quieres? Todo está bien, hasta se ha reído una vez, que ya es raro viniendo de él.

—¿Cómo que es raro viniendo de él? No lo conoces, no sabes cómo es.

—¿Me vas a decir que es una sonaja? Porque no lo parece.

—Es un tío genial, aunque sea más sobrio. Te dejó la camisa en el chiringuito, ¿no?

—Cierto, después de amenazarme con echar la puerta abajo.

Dani resopla y yo voy hacia él y lo abrazo para que se calme. Esto siempre funciona, es chantaje emocional de alta categoría y, pasados unos segundos,

me rodea por la cintura y besa mi cabeza antes de tomar aire profundamente.

—Lo siento, estoy portándome como un histérico, pero es que quiero que vea lo geniales que sois y...

—Lo verá. Y, si no lo ve, pues que le den, Dani. No necesitas su aprobación. No es tu jefe ni nada parecido.

—No, no lo es, pero es un buen compañero, e intuyo que podemos hacer grandes cosas juntos si nos llevamos bien.

Asiento porque lo entiendo. Otras veces nos ha presentado a gente del despacho y todo ha ido como la seda, pero que Lorenzo sea el que me prestó la camisa el día del incidente no ha ayudado en nada. Aun así, todo está yendo bien, y así se lo hago saber. Puede que la situación aún sea un poco rara, pero llegará un día en que podamos reírnos de lo que pasó en la playa sin el más mínimo atisbo de bochorno, estoy segura. Tras unos minutos, Dani sonrío, besa mi frente y echa un brazo sobre mis hombros mientras me saca del dormitorio mucho más relajado. Cuando llegamos a la cocina, los chicos ya están sentados y hablan con Lorenzo de «Juego de tronos», otra vez. Aprieto el costado de mi amigo para que se acuerde de mantener la calma y éste asiente de manera imperceptible, para que sólo yo vea su respuesta.

—Hombre, parejita —dice Manu cuando nos ve—. Estaba contándole a Lorenzo la trama de la serie porque me ha preguntado él, conste.

El susodicho asiente en dirección a Dani y sonrío antes de dar un sorbo a su vino.

—La verdad es que llevo tiempo con curiosidad. Al final tendré que verla sólo para poder conversar con la gente sin sentirme un inepto.

—Es un gran motivo para ver una serie de moda —digo riéndome antes de besar la mejilla de Dani y deshacerme de su brazo, que sigue sobre mi hombro—. Y ahora, vamos a comer.

La comida es tranquila y amena, contra todo pronóstico. Lorenzo es muy amable y, aunque es cierto que tiende a ser estirado y serio, se esfuerza por

integrarse en la conversación y no parecer antipático, que ya es mucho. Del incidente de la playa no hablamos más, y lo agradezco como nadie se imagina. A la hora del café, nos trasladamos a la parte del sofá, donde abrimos la caja que ha traído el invitado y devoramos los pasteles con tanta gula que por poco dejamos a Lorenzo sin ninguno. Él sonrío y nos asegura que no tiene mucha hambre, pero al final se come uno por no oírnos.

Todo está yendo bien, Dani parece mucho más relajado, pero yo no dejo de sonreírle, guiñarle el ojo y hacerle gestos graciosos para contribuir a que su estado de ánimo sea bueno. Quiero que se relaje y lo pase bien, porque esto consiste en que Lorenzo vea lo genial que es Dani, y no al revés, por mucho que mi amigo piense que tiene que impresionarlo.

—¿Qué os parece si bajamos luego a tomarnos unas birras a lo de Santi? —pregunta Manu refiriéndose al bar de un amigo en el que solemos reunirnos a menudo.

—Me encantaría, pero tengo una cena familiar esta noche y no quiero llegar más bebido de la cuenta —contesta Lorenzo.

—Tu familia es la del chiringuito, ¿no? —pregunto—. La chica a la que no llegué a ver te llamaba «tito».

—Sí, ella es mi sobrina.

Sonríe con un cariño que hasta el momento no le habíamos visto, y yo lo imito por inercia mientras pienso en lo asquerosamente guapo que es. Va vestido con un pantalón chino beige y un polo azul marino, nada especial, en realidad, pero sus brazos son anchos y se ciñen a las mangas del polo de una forma que..., y luego está lo largas que son sus piernas, ese pelo ondulado y negro, su barba y los labios de pecado. Joder, es que, si soy objetiva, es uno de los hombres más guapos que he visto nunca. Sin embargo, no es una belleza que esté de moda o causada por su estilo y su forma de arreglarse. Es un hombre guapo por naturaleza, de esos que sabes que envejecerán y seguirán levantando suspiros. Tiene una belleza rotunda, de las que no se van, aunque la moda cambie.



¿Sabes esos hombres que con barba son superatractivos y, sin ella, pierden toda la gracia? Pues a eso me refiero. A Lorenzo nunca le pasaría algo así. Puede dejarse barba, afeitarse, vestirse de chaqueta, con pantalón y polo o incluso con bermudas y seguirá siendo un hombre guapo. Recibo un apretón en mi costado de Dani, que se ha puesto a mi lado, y me río tontamente, porque soy consciente de que me he quedado un poco embobada, pero la culpa es suya por sonreír así.

—Parece una gran chica. Dale las gracias por su ayuda de mi parte.

—Lo haré. Seguro que le hace gracia saber que hemos vuelto a vernos. En fin..., debería ir marchándome.

—Claro. ¡Oh! Espera un momento. —Salgo disparada hacia mi dormitorio, cojo su camisa y vuelvo al salón para dársela—. Pensaba dársela al señor Eugenio, el vecino de abajo. Tiene más de ochenta años, pero le encanta vestir bien.

Lorenzo mira la camisa y luego se fija en mí mientras sonrío y se encoge de hombros.

—Regálasela, entonces, seguro que le queda mejor que a mí. —Me guiña un ojo, se despide de mis amigos y se va.

Y aquí me quedo yo, pensando que ninguna camisa del mundo podría quedarle a Eugenio, ni a nadie, mejor de lo que le quedan a él. Luego reacciono, pienso que sólo lo he visto una vez vestido con una camisa, porque lo de hoy era un polo, y me riño por babear, aunque sea un segundo, por él.

Pregunto a los chicos si vamos a bajar a lo de Santi, pero han cambiado de planes y prefieren hacer maratón de pelis, así que me meto en mi dormitorio, me quito el vaquero y la blusa y me coloco mi pijama de rigor para reunirme con ellos de nuevo.

Me siento en el sofá con una bolsa de Doritos y pienso, no por primera vez en los últimos tiempos, que lo que yo necesito no es un maratón de pelis o series, sino de sexo, porque mi sequía empieza a durar demasiado.

Por desgracia, salir a cazar por ahí supone un esfuerzo que no me apetece

lo más mínimo hacer ahora, así que pienso en el vibrador que guardo en la mesilla de noche y me digo, un día más, que ya encontraré a mi príncipe azul mañana, o pasado, o puede que un día me encuentre con que en Amazon venden uno que tiene más de diez comentarios y cinco estrellas.

¿Quién sabe?

## Lorenzo

Aparco frente a la casa de mi hermano, apago el motor del coche y acoplo la espalda al asiento mientras resoplo y pienso en el día tan extraño que he tenido hoy.

Cuando Daniel me invitó a comer a su casa esperé muchas cosas; imaginé un piso lleno de críos, pero luego supe que no tenía hijos, así que lo imaginé con una esposa dulce y cariñosa. Él mismo me dijo que no, que vivía en un piso compartido con amigos, y me sorprendí, porque tiene casi treinta años. No veo mal que viva con sus amigos, por supuesto, pero es responsable, al menos en su trabajo, maduro y atractivo, así que supuse que ya estaría casado o tendría una novia con la que compartiría su vida.

Claro que, dado mi historial, debería aprender que las personas no siempre hacemos lo que se supone que se corresponde con nuestra edad.

Suspiro y cierro los ojos un segundo intentando encontrar la manera de decirle a mi sobrina que la chica que huyó del baño del chiringuito es la novia de uno de mis compañeros de trabajo. Y no es porque me dé apuro, sino porque, mal que me pese, me he descubierto pensando en ella muchas veces.

Demasiadas, quizá.

Olvidar sus enormes y expresivos ojos horrorizados me cuesta, porque me sentí como un completo capullo cuando salió de la cabina y me di cuenta del motivo de su estado de pánico. Me sentí como un miserable por haberle hablado así, pero lo cierto es que he oído y visto tantas historias acerca de lo

que la gente hace en baños públicos que no pensé que... ¿Cómo demonios iba a acertar con algo así?

Una cosa sí que tengo que agradecerle a aquella escena, y es que, desde ese día, veo la menstruación con otros ojos. Antes era algo que existía, lo sabía, pero no me paraba a pensar en ello. Gracias a Lola y a su percance he aprendido que, para las mujeres, en según qué días, puede ser un auténtico infierno tener la regla. Me he prometido firmemente no volver a tomarme el tema a broma nunca más, y pienso cumplirlo.

Pero, más allá de la escena que vivimos, lo que a mí me sorprendió fueron sus ojos. Tan grandes, con esas pestañas tan negras y con ese algo que me encandiló, aunque no supiera bien por qué. Me he cabreado mucho cada vez que la recordaba y he sentido impotencia, porque lo peor de todo es que, si me hubiesen preguntado antes de hoy de qué color eran sus ojos, no podría haber contestado.

¿Sabes lo raro y frustrante que es que alguien te llame tanto la atención a pesar de no haberla visto bien?

Como las estrellas fugaces, que sólo ves una línea de color atravesar el cielo y se te queda grabada la imagen, pero si alguien te pidiera que dibujases una, lo harías con cinco puntas y un chorro de luz, sin pararte a pensar que, en realidad, las estrellas no son más que esferas ardientes. Las imaginamos de una forma y son de otra.

Eso me pasó a mí con los ojos de Lola. Sabía que había algo especial, pero no acertaba a averiguar el qué. Hoy, al mirarla detenidamente, he podido descubrir qué es. Tiene un ojo de cada color... ¡Es tan alucinante! Reconozco que, en cuanto he salido de casa y he subido en el coche, he buscado en Google por qué sucede eso en algunas personas y, al leer que es una anomalía llamada «heterocromía», me he sentido fascinado. He arrancado el coche, he emprendido la marcha hacia el pueblo en el que vive mi hermano y, durante todo el trayecto, he pensado en esos ojos avellana y verdes que han conseguido que, en más de una ocasión, durante la propia comida, me haya

quedado embobado con ella. Poco tiempo, apenas unos segundos, pero suficiente para ponerme en alerta y darme un rapapolvo a mí mismo, porque yo no soy de los que se quedan hipnotizados con las mujeres. Yo no soy de los que se quedan hipnotizados con nada, en realidad. Pocas cosas consiguen llamar mi atención lo suficiente como para querer mirarlas por largo tiempo.

Al parecer, ahora lo consiguen pocas cosas y Lola Bravo, lo que es un enorme problema por muchas razones, pero, principalmente, por el hecho de que su novio es mi compañero de trabajo. Respeto a Dani, tiene ideas muy buenas y, además, me gusta su forma de ser afable y cercana. Intuyo que podemos ser muy buenos amigos y no quiero cargarme eso antes de tiempo sólo porque he fantaseado algunas veces con su chica.

Además, todo esto es un sinsentido, por Dios. Yo no soy de fantasear con mujeres a las que he visto sólo un par de minutos, así que debe de ser producto del estrés y la adaptación que estoy sufriendo. Mi mente necesita despejarse y ha decidido que Lola Bravo es la respuesta. Mi mente, desde luego, está equivocadísima, pero ya la meteré en vereda y le haré ver que lo último que necesito en este punto concreto de mi vida es una preocupación que sumar a todas las que ya tengo.

Cojo aire, salgo del coche y decido tomarme lo de Lola como lo que es: una casualidad sin mayor importancia, más allá de la anécdota que podremos contar de ahora en adelante a nuestros amigos.

Llamo con los nudillos a la puerta y pienso también en Manuel y Eduardo, los otros compañeros de piso de Dani. Me han caído muy bien los dos, pero es cierto que son superdistintos entre sí, y también con respecto a Daniel. Me sorprende mucho que el grupo sea tan variopinto y, sin embargo, consigan llevarse a las mil maravillas, porque es obvio que la relación que mantienen los cuatro es excelente. También me sorprende que Dani y Lola quieran vivir con el hermano de ella y un amigo, pero supongo que el emplazamiento del piso les viene bien y están cómodos siendo cuatro en casa. Y luego está el hecho de que Edu sea sordo. La verdad es que nunca había tratado con una

persona sorda que hablara, como es su caso. Fui consciente en el acto de que era un problema de audición, por cómo suena su voz cuando habla, pero me he quedado alucinado con su capacidad para leer los labios y mantener una conversación en grupo. Es cierto que habla menos que el resto, pero teniendo en cuenta el ritmo rápido y ágil de las conversaciones, ya es suficiente que no se pierda.

—¡Tito! Menos mal que ya estás aquí. Tienes que convencer a mi padre de que me deje salir.

—Hola, cariño, yo también me alegro mucho de verte.

Ella pone los ojos en blanco y se mete en casa mientras yo sonrío y niego con la cabeza, porque la adolescencia de esta niña acabará por provocarle un infarto a mi hermano.

—Tito dice que puedo salir. —La oigo antes de entrar en el salón, así que no me sorprende que mi hermano me mire mal cuando aparezco en su campo de visión—. Díselo, tito.

—Yo no he dicho nada.

—Traidor.

—Ya está bien, Alba, te he dicho que no vas a salir hoy.

—Pero ¿por qué?

—Porque no has cogido un libro en todas las vacaciones. Dentro de unos días tienes las recuperaciones y, a este ritmo, repetirás curso.

—Pues claro que repetiré, lo tengo asumido.

Resoplo y miro de reojo a mi padre, que desde una esquina del salón sonrío sin despegar los labios y me guiña un ojo a modo de saludo.

—Y ¿no puedes asumir que tu responsabilidad es estudiar y empezar a comportarte como una persona civilizada?

—Madre mía, la chapa que vas a darme por querer salir un rato.

Mi hermano resopla, porque está llevando entre regular y fatal la adolescencia de su hija y, al final, en vez de contestarle, se da la vuelta y me sirve una copa del vino que reposa dentro del decantador. La acepto y pienso,

de manera irremediable, en la copa de vino que me ha servido este mediodía Lola.

Carraspeo y devuelvo mi atención al presente, donde está a punto de armarse un drama digno de una niña de quince años a la que prohíben salir a la calle una noche de verano en un pueblo costero.

Alba, mi sobrina, protesta, suelta tacos sin misericordia y de últimas hasta llora, pero no se sale con la suya y, al final, juega su carta favorita.

—A ver lo que le parece a mamá que me trates así.

—Teniendo en cuenta que le parece mal incluso la forma en que respiro, puedo hacerme una idea de su reacción —dice mi hermano con toda la calma del mundo.

Calma que no siente, por descontado, pero tampoco hace falta que la niña vea hasta qué punto le duele que le diga esas cosas. Los adolescentes muchas veces son crueles sin pararse a pensar en ello. Están tan centrados en sus propias necesidades y ese egoísmo típico de la edad que no pueden ver el daño que hacen ciertas palabras y actitudes.

Alba se encierra en su cuarto dando un portazo, pone la música a todo volumen y, cuando elige un tema de reguetón especialmente machista, mi hermano frunce el ceño y bufa.

—Lo hace para tocarme las narices.

—Sobre todo porque el reguetón ni siquiera le gusta —digo riéndome entre dientes.

—Lo ves gracioso, ¿verdad?

—La niña tiene su punto, no me digas que no.

—Sí, sobre todo cuando me chantajea o apunta la escopeta de rabia incontrolada hacia mí.

—Tiene el genio de mamá, ¿eh? —pregunto con sorna.

—Uy, no, mi hija es una adolescente. Mi exmujer sólo es una arpía.

—No seas hipócrita. Si de verdad pensaras eso, te aplicarías el cuento y dejarías de tirártela en cuanto tienes ocasión —dice entonces mi padre,

haciendo que yo tenga que toser para no soltar una carcajada.

Mi hermano se llama Antonio, como mi padre. Tiene el pelo negro, los ojos marrones, a diferencia de mi padre y de mí, que los tenemos azules, y rara vez se pone un traje de chaqueta. Es amable, inteligente, conversador, y se pasa la vida amargado por su exmujer. Principalmente porque ella es un ser despreciable que hace lo posible y lo imposible por imponer su santa voluntad siempre, pero también porque él es incapaz de mantenerse alejado de ella y del sexo salvaje que le ofrece.

Te preguntarás por qué no están juntos, si de todas formas no dejan de acostarse. La respuesta es sencilla: se desean con la misma intensidad con la que se detestan. Mantienen una relación agotadora a nivel emocional, y no me extraña que la niña esté revolucionada, porque entre la edad, las hormonas y que no es tonta y se da cuenta de lo que pasa entre sus padres, lo que no entiendo es cómo no se ha vuelto loca ya.

—Ya no es una cría. Se da cuenta de lo que hacéis y os manipula para llamar la atención —sigue diciendo mi padre.

—Papá, por favor, no te metas en lo que pasa entre África y yo.

—Me meto porque estáis echando a perder a mi nieta con vuestra irresponsabilidad. ¿Queréis estar juntos? Bien, que vuelva a casa, pero no por las noches para tener sexo rabioso, sino de manera permanente.

—¿Cómo va a volver, si no me soporta y yo a ella tampoco?

—Entonces que no lo haga más que para recoger a su hija cuando le toque, Antonio. No podéis seguir así, vais a acabar con la salud mental de esta familia.

Mi hermano guarda silencio y yo también, porque creo que mi padre tiene razón, pero también creo que mi hermano tiene que superar algún tipo de adicción a África, y supongo que eso lleva su tiempo. Que sí, que llevan separados ya más de dos años, pero no van a estar así toda la vida, ¿no?

—En fin... Voy a la cocina a calentar la cena —dice mi hermano antes de mirarme—. ¿Podrás convencerla de que salga de la habitación?



—Haré lo que pueda —murmuro antes de perderme por el pasillo y llamar con los nudillos a la puerta de Alba.

Ella no contesta, pero teniendo en cuenta el volumen al que tiene la música, es normal, así que empujo la manija con suavidad y entro de todas formas.

Está tumbada sobre la cama, boca abajo, mira hacia la ventana y juraría que está llorando, lo que hace que mis entrañas se revuelvan, porque odio que llore. Cuando una mujer llora, tenga la edad que tenga, me tensa, me siento torpe, impotente y, por último, hasta me cabreo, pero supongo que eso es porque mi ex solía jugar esa carta a menudo...

Suspiro y frunzo el ceño, porque éste no es momento de pensar en eso, así que voy hacia el altavoz en el que tiene conectado su teléfono móvil y bajo el volumen. Me acerco a su cama, la rodeo y me doy cuenta de que, en efecto, está llorando. Me siento en el borde del colchón y acaricio sus mejillas mientras ella me mira con ojos derrotados y labios temblorosos.

—No es justo que él pueda hacer todo lo que quiere y yo no. Sólo quería salir a dar una vuelta.

—Aunque suene a tópico, creo que sólo te riñe por tu bien. Tienes que estudiar e intentar recuperar el curso, Alba, aún estás a tiempo.

—Me importa una mierda el curso.

—Imagino, pero no te importa una mierda tu futuro, ¿verdad? —Ella me mira sin contestar, y yo aprovecho para seguir—: Oye, piensa que tu padre es un hombre coherente. En cuanto vea que estudias y te esfuerzas cada día, aunque sea un poco, cederá y te dará más cuerda. ¿O es que no lo conoces? Es un blando cuando se trata de ti.

—Supongo que es un blando cuando se trata de las mujeres de su vida en general.

Sonrío, porque hacerme el tonto no tiene sentido. Ella necesita que, en este momento, la trate como a la adulta que cree que ya es, y eso hago.

—Intenta pensar con frialdad y no dejarte llevar por tus impulsos, cariño.

Te prometo que te irá mejor.

—Es que tengo este genio que me puede..., es herencia de mi madre.

—No te creas, en esta familia también somos muy de genio.

—Tú eres más calmado. No te alteras casi nunca y siempre estás en modo neutro.

—¿Modo neutro?

—Sí, es genial, porque nunca te veo triste. Tampoco te veo demasiado contento, eso es cierto, pero bueno..., creo que eres feliz, ¿no?

—Soy feliz —digo con una seguridad que, en realidad, no siento.

—Te libraste de ella y seguiste con tu vida olvidándola de verdad, no como hace mi padre. De mi madre ni hablo...

Sé a lo que se refiere, quiere que le hable de ella, pero es que Alba sabe mejor que nadie que, cuando de ese tema se trata, todo lo que puedo hacer es guardar silencio o directamente dejar claro que no pienso comentar nada de lo que ya pertenece al pasado, por suerte.

—Tus padres necesitan tiempo para aclararse, pero un día lo conseguirán, te lo prometo. Llegarán a un acuerdo, ya sea permanecer separados o...

—Ya firmaron el divorcio, tito. ¿No te parece que el acuerdo debería haber llegado antes de eso?

Suspiro y la miro pensando en sus palabras. Tiene su parte de razón, no puedo negarlo, pero de todas formas creo que lo mejor para ella es no darle vueltas en exceso, así que decido tomarlo un poco a la ligera.

—Igual en el futuro organizan una boda por todo lo alto sólo para poder decir que son de las pocas personas que se casan, se divorcian y vuelven a casarse.

—Desde luego, no todo el mundo está tan tarado como para hacer algo así.

Nos miramos muy serios y, de pronto, ella se echa a reír, consciente de lo surrealista que es la situación que viven sus progenitores. Yo la imito y me río, contento de haber superado esta conversación y, para asegurarme de que no volvemos a ella, le cuento las noticias que tengo.

—¿Te acuerdas de la chica del baño del otro día?

—¿La menstruosa?

Me río y asiento. Todavía recuerdo a Lola gritándome que era una mujer menstruosa, que no era lo mismo que monstruosa. Cuando se lo conté a Alba se partió de risa, y no es para menos, porque esas ocurrencias no las tiene cualquiera.

—Ésa. Pues adivina qué.

—¿Qué?

—Es la novia de uno de mis compañeros de trabajo.

—¡No jodas! —Me río y asiento mientras ella se sienta en la cama con los ojos muy abiertos. Tiene el pelo negro y ondulado, ha heredado los ojos azules de mi padre, o de mí, porque sus padres los tienen los dos marrones, y sonrío de una forma que consigue robarme el corazón—. ¿La has visto?

—Dani, mi compañero, me invitó a comer a su piso. Me dijo que vivía con unos amigos y que seguro que me caían bien y así conocía a gente en la ciudad. He llegado allí con una caja de pasteles y, nada más entrar, me he encontrado de frente con ella. Es la novia de Dani. ¿Te lo puedes creer?

—¡Es superfuerte! —grita ella entusiasmada—. Y ¿qué ha hecho cuando te ha visto?

—Bueno, se ha quedado tan cortada como yo, claro, pero luego se ha recuperado y la comida ha ido bastante bien. Le ha regalado mi camisa a su vecino Eugenio, que tiene más de ochenta años, porque dice que le gusta vestir bien.

Alba se parte de risa y yo le prometo contarle todas las anécdotas que he sacado del piso de Daniel si se levanta y nos acompaña en la cena. Ella lo hace, intrigada por mis palabras, y, cuando nos sentamos alrededor de la mesa, les hablo de Edu, su sordera y su habilidad para leer los labios; de Manu y su forma de imitar la famosa serie «Juego de tronos», y de la copa de cristal de propaganda y el vino de Mercadona, entre otras muchas cosas. Mi

padre, mi hermano y Alba se ríen a carcajadas y yo pienso, no por primera vez, que esto es justo lo que necesito.

He tardado en verlo, pero ahora, por fin, sé que mi vida está aquí, junto a ellos, con la tranquilidad que sólo me aporta el sur y lejos de todo lo que me llevó a sufrir de mala manera.

Cuando salgo de casa de mi hermano, estoy todavía más seguro, si cabe, de que volver de Estados Unidos es lo más correcto que he hecho en mucho tiempo.

## 6

El miércoles por la tarde estamos en casa de mi abuela, en el pueblo. Bueno, falta Dani, que está en su trabajo, pero vendrá luego para cenar y dormir aquí, porque queremos aprovechar que agosto está terminando y sentarnos en el césped a mirar las estrellas, que es algo que hacemos todos los veranos desde..., pues ni me acuerdo.

Edu, Manu y yo nos hemos venido todo el día para ayudar a mi abuela a pintar la fachada de casa antes de que empiecen las lluvias. Que esto es el sur de España, ya ves, aquí no llueve y, si se le ocurre al cielo dejar caer agua dos días, nos ponemos en alerta roja pensando que nos ahogamos. Yo creo que Dios no nos manda agua porque somos muy de tomárnoslo todo a la tremenda, y lo mismo si nos tiene una semana como a los gallegos, por ejemplo, nos ponemos a fabricar el arca de Noé.

Total, que nos hemos venido a pintar porque mi abuela nos ha prometido tarta de manzana para cenar y ya ha quedado claro que, cuando hay comida de por medio, nosotros vamos a donde haga falta.

Manu está con una brocha haciendo los filos y los bordes, Edu está raspando las partes desconchadas, mi abuela está con el rulo y yo acabo de soltarlo todo porque Thalía está cantando en la radio la de *Arrasando*, y esa canción tiene algo que a mí me pone bailonga, así que agarro el escobón y me pongo a mover el cuerpo mientras canto y todos me ignoran.

—¡Arrasannnnnnndo! ¡Oye, papi, mámelo todo!

—¿Has dicho «mámelo»? —pregunta Manu dejando de hacer su trabajo y jodiéndome la actuación nada más empezar. Asiento de mala gana y él eleva

las cejas—. La canción no dice eso.

—Ah, ¿no?

—No.

—Y ¿qué dice?

—Dice: «¡Oye, papi, dámelo todooooo!».

Me quedo pensativa un momento y al final frunzo el ceño.

—Pues queda mucho mejor «mámelo», porque si los tíos pueden cantar canciones machistas todo el rato, las tías también. ¡Yo no quiero que me lo dé todo! ¡Yo quiero que se baje al pilón!

—¡Niña! —exclama mi abuela antes de mirar a los lados por si alguien me ha oído—. Te tengo dicho que esas cosas las digas en un tono normal, que van a pensar que he criado a una degenerada.

—Ay, *abu*, es que me dura mucho la sequía.

—Pues si tienes sed, te vas al río y te hartas de agua, pero no te pones en la fuente de la plaza a echarte cubos encima, ¿verdad?

No sé si he entendido bien la comparación, pero yo, por si acaso, y para que me deje tranquila, asiento. Mi abuela se queda la mar de contenta porque ella es así de moderna y de guay, y yo cojo otra vez el escobón, porque Manu ya me está reprochando que al final, entre el baile, el cante y el agua que ni bebo ni dejo beber, no estoy haciendo nada.

Cuando la noche se nos echa encima paramos y empezamos a recoger los trastos mientras hablamos de lo que podemos comer ahora cuando entremos en casa. Sí, lo sé, no tenemos más tema de conversación, o eso parece. Me encantaría contarte que hablamos de la Bolsa, política o filosofía, pero la verdad es que somos mucho más básicos. Por lo general hablamos un poco de trabajo, otro poco de cosas interesantes que nos pasan, y mucho, muchísimo, de lo que vamos a comer, lo que hemos comido o lo que nos gustaría comernos. Y en éstas estamos cuando una chica joven pasa por la acera y se nos queda mirando. Bueno, mira hacia donde están Manu y Edu, que de

inmediato se ponen a sonreír como dos idiotas. La chica saluda tímidamente y se aleja mientras los dos babean sin ningún miramiento.

—Ya he ligado, fíjate, y sin abrir la boca —dice Manu—. Es que tengo un *yonosecuá* que las vuelve locas.

Arrugo el gesto y lo miro sin entenderlo del todo bien.

—¿Un qué?

—Un *yonosecuá*, hija, es francés. A ver si aprendes idiomas, que eres una inculta.

Elevo las cejas con incredulidad, porque manda narices que el tonto del capirote este me diga a mí que estudie, con la burrada que acaba de soltar.

—¿Te refieres a que tienes un *je ne sais quoi*?

—Y ¿yo qué he dicho? —pregunta superserio.

Podría explicárselo, pero es que creo que no me merece la pena, porque esto va a llevarnos a una discusión y yo ya he tenido bastante con la cancioncita de antes.

—Sois tal para cual —dice Edu mientras entramos en casa—. A veces pienso que es como ver a dos clones.

—Ya querría ella tener este cuerpo. —Manu se acaricia la barriga cervecera mientras yo pongo los ojos en blanco.

—Ya querrías tú tener mis tetas.

—Las tuyas o las de cualquier otra, me iba a pasar todo el día magreándome.

La risa me brota de forma irremediable y le doy una colleja cariñosa, que es como las de verdad, pero cuando me mira mal pongo cara de inocente y le hago ver que el sensible es él, que no aguanta nada.

Ayudamos a mi abuela a cocinar el pollo asado y, cuando estamos poniendo la mesa, oímos el coche de Dani aparcar fuera. Sonrío de inmediato y salgo a recibirlo apoyándome en el quicio de la puerta y adoptando una pose sexy. Él se ríe en cuanto me ve y me guiña un ojo al tiempo que se pinza el labio y me mira con fingido deseo.

—Hola, cariñito, ya estoy en casa. ¿Me has echado de menos?

—Uy, sí —digo en tono meloso—. El grifo se ha roto y he necesitado a mi hombre para que me arreglara el goteo.

—Mmm... —Se acerca a mí, besa mi nariz y pellizca mi barbilla—. ¿Así que mi chica está goteando? —Asiento mirándolo con cara de viciosa de peli porno y él suelta una carcajada y me empuja suavemente hacia el interior de la casa—. Vale, tú ganas.

Doy unos saltitos de alegría en el sitio y elevo los puños al cielo, porque este juego rara vez lo gano. Por lo general, Dani aguanta mucho más. En realidad, es la cosa más tonta del mundo; fingimos ser pareja y tonteamos adoptando una actitud melosa y exagerada que acaba cuando uno de los dos no puede más y suelta una carcajada. El que gana le debe un regalo de un máximo de cinco euros al otro. Y, aunque te parezca mentira, no, no siento nada cuando lo hacemos. De hecho, también lo hago con Manu. Bueno, en realidad, Manu también lo hace con Dani. El único que no interviene es Edu, que es más cortado y nos jura que, en momentos así, agradece ser sordo para no oír el montón de cosas bochornosas que podemos llegar a decir en unos minutos.

—De regalo quiero un pintaúñas nuevo y un paquete de galletas con chocolate.

—Hecho. ¿Dónde están todos?

—Poniendo la mesa. ¿Qué tal el curro?

—Bien, estresante, para no variar. —Caminamos hacia la cocina mientras él sigue hablando—. Hoy he estado hablando con Lorenzo.

—Dado que es tu compañero, imagino que hablas con él cada día.

—Sí, me refiero a que hemos hablado de cosas personales. Hola, chicos.

—Saluda al resto y se acerca a mi abuela para besar su mejilla—. Hola, *abu*.

Sonrío, como cada vez que oigo cómo Manu y él llaman así a mi abuela. Me parece supertierno, y a ella se le iluminan los ojos, porque se da cuenta de que los chicos la quieren con locura, igual que nosotros.



—Hola, cariño. ¿Quién es Lorenzo?

—Ay, que no te lo hemos contado —le digo dándome cuenta—. ¿Te acuerdas del incidente del baño en la playa?

—Ajá.

—El hombre que me prestó la camisa ha resultado ser el nuevo compañero de trabajo de Dani. Se llama Lorenzo y, al parecer, el dueño del chiringuito es su hermano.

—Ah, sí, Antonio se llama su padre. No he tratado nunca con él, pero lo conozco de vista.

No me extraña que no lo conozca como tal, porque este pueblo es bastante grande, y en verano, además, triplica la cantidad de habitantes, así que es normal que muchos nos conozcamos de vista, pero poco más.

—Yo tampoco lo relacioné, la verdad. Alguna vez he estado en el chiringuito, pero ni siquiera me acuerdo de su hermano, si es que estaba por allí cuando yo fui. —Dani suspira y se encoge de hombros—. Todo esto tiene solución, porque Lorenzo me ha comentado que este sábado el chiringuito hará una gran espetada para despedir el verano, y quieren que vayamos.

Los espetos son un plato típico de Málaga. Consiste en ensartar pescado (tradicionalmente sardinas, aunque ya se hace de todo) en cañas largas, clavarlas en una barca llena de arena con carbón y dejar que se asen a fuego lento.

—¿Que vayamos quiénes? —pregunto.

—¿Qué más da? Es una espetada —dice Edu—. Yo quiero ir.

Dani le sonrío y asiente, dando por hecho que todos iremos. Yo no lo tengo claro, pero si hay comida...

—Quiénes queramos, es para todo el mundo —contesta nuestro amigo.

—Pues ya tenemos plan, mira. Nos venimos por la tarde, vamos a la espetada, nos cogemos un buen pedo, ligamos, echamos un polvo y a dormir la mona. —Manu ya se está poniendo en situación. Es un lince cuando de hacer planes de fiesta se trata.

—El polvo lo echas en la playa, en un hotel o en un baño público, porque a mi casa no vas a traer a una chica para usarla y luego olvidarte de ella.

—Pero, *abu*, ellas también me usan a mí. Es una cosa recíproca.

—En mi casa sólo vais a tener sexo con las personas que elijáis para tener una relación. Yo soy muy moderna, pero no voy a poner mis habitaciones de picadero, Manuel, digas lo que digas.

Mi amigo se calla porque sabe que la discusión está perdida y yo me quedo pensando en la espetada, en si voy a ir o no y en cómo estará Lorenzo de guapo. Que no es que me importe demasiado, pero si voy y me alegro la vista, pues mejor, ¿no?

Cenamos hablando de los nuevos planes y al final decidimos que sí, que vamos todos. Recogemos la mesa, nos vamos al jardín y nos tumbamos en el césped oliendo a flores y al repelente de mosquitos que me he puesto por todo el cuerpo. Miramos al cielo y pienso, no por primera vez, lo genial que es que podamos disfrutar de estos momentos juntos. Miro a mi abuela, que observa las estrellas con un brillo especial en los ojos y pienso, otra vez, en lo mucho que la quiero. No por nada es mi persona favorita del mundo, junto con Edu.

Si ahora mismo pasara una estrella fugaz pediría, sin pensarlo ni un segundo, que mi abuela no me faltara jamás. Suspiro con pesar, porque no me gusta pensar en la posibilidad de que un día ella se vaya, y devuelvo mi vista al cielo.

Sé que lo que voy a decir puede ser una tontería y muchos creerán que lo digo porque no he visto mundo, pero no es cierto. He estado en muchas partes y puedo asegurar, sin miedo a equivocarme, que las estrellas vistas desde el sur son más y brillan con una intensidad, a veces, abrumadora. O quizá es que pienso que, como aquí iluminan mi hogar, lo hacen con más fuerza que en cualquier otra parte. Como darle a un interruptor y activar miles de lámparas para poder dormir tranquilos.

El pensamiento me hace sonreír de tal manera que sé, con toda seguridad,

que esta noche voy a soñar cosas bonitas.

El resto de la semana es bastante rutinario. Dani se ha comprado unas zapatillas nuevas para correr y nosotros nos hemos reído y le hemos dicho lo de siempre: que correr es de cobardes. Aparte de eso, no ha pasado nada interesante.

Hasta hoy.

Estoy en el salón con mi hermano Edu y puedo ver que está nervioso. Lo siento porque soy su hermana, pero, sobre todo, porque está viendo una peli de acción sin subtítulos, lo que quiere decir que no se está enterando de casi nada. Toco su brazo y le sonrío con dulzura antes de hablarle en la lengua de signos.

—¿Estás bien?

—Sí. —Su respuesta no es la más extendida, así que sigo insistiendo.

—¿Nervioso?

—No.

—¿Seguro?

—¿Por qué debería estarlo? —me pregunta usando también las manos.

Un gesto más de que sí, está nervioso. Mi hermano habla a la perfección, pero se expresa mucho más rápido en la lengua de signos, así que suele utilizarla cuando está impaciente, nervioso o tiene mucha prisa por decir algo.

—Por nada —contesto sonriendo—. Alexia debe de estar a punto de llegar. Le dijiste a las cinco, ¿no?

—Sí.

—A ver cómo le va a Sara.

—Seguro que bien. Es muy lista.

Sonrío por inercia, porque tiene razón, la pequeña Sara es muy lista.

Y ¿quién es Sara?, te preguntarás. Pues es la hermana pequeña/hija de Alexia.

Y ¿quién es Alexia? Pues una chica de veintiséis años que trabaja como

camarera en el bar de Santi. Fue él quien nos contó que Alexia tenía una hija pequeña y sorda. Más tarde supimos que en realidad es su hermana, que la cría desde que nació, prácticamente, y que además está acabando la carrera de Educación Infantil a distancia. Sara, su hermana/hija, tiene tres años y se podría pensar que aún no se maneja bien con la lengua de signos, pero nada que ver. Gracias al esfuerzo de su hermana, puede comunicarse, a su manera y a un nivel adecuado para su edad, claro, pero Alexia se está esmerando por sacar adelante a su hermanita tanto como en su día se esmeró mi abuela.

Si hoy viene a casa es porque, después de conocer a Edu, la niña pareció enamorarse locamente de él, en sentido metafórico, desde luego. Siente adoración por él (no me extraña), y cuando vamos al bar de Santi éste avisa a Alexia para que la lleve al trabajo y así se ven. La niña se vuelve loca jugando con mi hermano y él se vuelve loco con la niña, y con la hermana de la niña, razón por la que, después de que todos le insistiéramos muchísimo, decidió armarse de valor e invitar a Alexia a casa un día. Le dijo que le gustaría tratar más con Sara, si no era un inconveniente, y ella aceptó de inmediato, lo que me hace pensar que igual, con un poco de suerte, también está colgada por él. Me encantaría ver a mi hermano feliz y me gusta Alexia, es una luchadora. Su madre la parió siendo muy joven y debía de tener el mismo grupo sanguíneo que la mía, porque pasó de ella gran parte del tiempo. Hace cuatro años apareció embarazada después de haber estado fuera de la ciudad largo tiempo y jurando que había vuelto a enamorarse. Pero adivina qué... El amor le duró lo que tardó su novio en darse cuenta de que el bebé que habían tenido era sordo. Dio a elegir a la madre de Alexia entre el bebé o él, y ella demostró que hay mujeres que no deberían parir jamás, porque lo eligió a él y se largó, cediéndole la custodia de su bebé a su hija de veintitrés años. Un año después ésta supo que había muerto por sobredosis.

Cuando nos contó la historia un día que nos quedamos hasta el cierre en el bar, después de meses conociéndonos, sentí que, en el fondo, no soy tan especial como pensaba. Hay muchas madres de mierda por ahí, y la historia

de Alexia es tan parecida en algunos puntos a la nuestra que me cayó mejor en el acto, sólo porque sé lo que duele que te desprecien así. Claro que ella, además, tuvo que cambiar su plan de estudio y su forma de vivir para adaptarse a la pequeña Sara, que trastocó su vida de manera rotunda convirtiéndola en madre. Alexia le ha contado que no estuvo en su barriga, porque no quiere mentirle, pero también le ha hablado de esa ley no escrita que dice que madre no es la que pare, sino la que cría.

—Oye, colega, ¿estás nervioso? —pregunta Manu entrando en el salón.

—Que no —dice Edu contestando de mala gana y sacándome de mis pensamientos.

—Todo irá bien. ¿Te has puesto el perfume caro? El que te regalamos por Navidad. —Edu no contesta, lo que significa que sí, se lo ha puesto, pero aun así Manu se acerca y olfatea su cuello hasta que mi hermano le da un empujón—. Vale, sí, hueles rico. Si yo fuera tía, me abalanzaría sobre ti.

Edu bufa y yo me río, porque me causa mucha ternura verlo tan tenso y nervioso por una chica. En realidad, si hago memoria, no recuerdo haberlo visto así nunca con otra. Ha tenido sus líos con mujeres y alguna que otra relación sin demasiada importancia, pero nunca he sentido que él quisiera ir más allá con ninguna. Una parte de mí piensa que Sara tiene mucho que ver, por su sordera, pero otra, la más grande, piensa que no, que Alexia posee cualidades de sobra para encandilar a un hombre. Tiene el pelo castaño claro, los ojos azules y unos labios que a veces me han hecho preguntarme cómo sería besarla, aunque sea chica; imagina si son bonitos. Es menuda y no muy alta, pero si de actitud se trata, no hay metro que consiga medirla.

El portero suena, la luz que tenemos conectada en la entrada, igual que en la habitación de Edu para que pueda darse cuenta de cuándo llaman, parpadea con fuerza y él se tensa un poco, pero, aun así, abre la puerta con una sonrisa que le dura todo el tiempo que tardan las chicas en subir los escalones. Cuando por fin entran en casa, sonrío y me levanto para recibir las.

Alexia trae puesto un vestido de verano azul cielo que hace juego con sus

ojos. Está preciosa. Joder, si fuera lesbiana o bisexual, ya estaría colada por ella, pero como soy hetero me limito a envidiarla un poco. Envidia sana, lo prometo.

—Lo de que vivíais en un cuarto sin ascensor no era broma, ¿eh? —le dice a Edu, que se ríe y se encoge de hombros.

—No bromearíamos con algo así. Es un suplicio para las visitas. —Se agacha para saludar a la pequeña Sara, rubia y de ojos azules, bonita como ninguna otra—. Hola, princesa, ¿cómo estás? —le pregunta en la lengua de signos.

—Bien —contesta ella igual.

Sara no habla mucho, de momento. Creo que le da vergüenza y se siente insegura. Además, apenas ha empezado a aprender palabras, así que se comunica, mayormente, con las manos.

—¿Quieres tomar un poco de batido?

—Sí, ¿podemos jugar a correr?

Edu se ríe y asiente antes de cogerla de la mano y llevarla hacia la cocina. Yo espero unos minutos, dándoles intimidad, y Manu, que es igual de avisado que yo, hace lo mismo.

Oímos las risas y, si miramos al fondo, gracias al espacio diáfano del salón cocina, podemos verlos a los tres interactuar. Son tan bonitos juntos que, si pudiera, iría hasta Alexia, le confesaría los sentimientos de mi hermano y le prometería un sueldo vitalicio si aceptara quererlo el resto de su vida. Por suerte, sé que eso no sería justo para Edu, porque él se merece que lo adoren por méritos propios. Y tampoco tengo dinero para pagarle un sueldo vitalicio a nadie, eso por descontado.

Pasado un rato, nos unimos a ellos para no delatar a Edu y que esto parezca una cita. Jugamos con la pequeña, charlamos con Alexia y, cuando están a punto de irse, decido intervenir un poquito, sólo un poquito, lo prometo.

—Oye, Alexia, ¿tienes planes este sábado?

Mi hermano se envara y yo sonrío como un angelito mientras Manu me mira con una ceja levantada y una sonrisa maligna en los labios.

—¿Para mañana? Pues trabajo en el bar, ¿por?

—Oh, ¿todo el día?

—Hasta las seis.

—¡Genial! Verás, un chiringuito de nuestro pueblo va a hacer una espetada para cenar y despedir el mes de agosto. ¿Te gustaría venir? Cenaremos, estaremos un rato en la playa y luego dormiremos en casa de mi abuela.

—Pues no sé. Sara...

—Lo pasará genial, no es un plan muy movido, y seguro que hay otros niños con los que pueda jugar. —Ella tuerce el gesto y yo me arrepiento un poco, porque a Sara le cuesta relacionarse con otros niños, pero, aun así, insisto—: Desayunaremos churros caseros. Si no te convenzo con esto, ya no lo hago con nada.

Alexia se ríe, mira a Edu para ver qué le parece a él mi oferta, supongo, y cuando ve su sonrisa se encoge de hombros y asiente.

—Venga, vale, nos vamos con vosotros.

—¡Genial! Va a ser un *finde* inolvidable, ya verás.

Ella sonrío con dulzura, quedamos en recogerla en su portal a las siete, para que tenga tiempo de llegar del trabajo, ducharse y preparar a Sara, y se marcha mientras yo doy saltitos en el sitio y miro a mi hermano como una niña pequeña la mañana de Reyes Magos.

—¡Ésta es tu oportunidad, Edu! Tienes que lanzarte.

—No —dice él rotundamente antes de perderse por el pasillo y dejarme aquí, con el ceño fruncido y con Manu, que está tan confundido como yo.

—Ven conmigo —susurra mi amigo mientras sigue a Edu.

Llegamos a su habitación y Manu se pone frente a él, hablándole en la lengua de signos. La aprendió cuando conoció a Edu y todavía me emociono al recordar que lo hizo a escondidas y un día, sin previo aviso, se puso a

hablarle con las manos mientras mi hermano se quedaba de piedra y yo lloraba como una magdalena.

—Oye, colega, ¿no vas a tirarle la caña a Alexia?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no quiero.

—Entiendo... Entonces ¿te importa mucho si lo hago yo?

Mi hermano se tensa tanto que creo que, si le doy un toque ahora mismo, se partirá en dos.

—¿Cómo?

—Bueno, tío, la chica es preciosa y yo no quiero pasar la noche solo, así que si tú no quieres...

—Si la tocas, te mato —dice hablando en tono serio y tajante, sin usar las manos.

Manu alza los brazos en señal de paz, le guiña un ojo y sonrío, haciéndole ver que todo esto ha sido una prueba.

—Pues si no soy yo, será otro. A mí puedes pararme, Edu, soy tu amigo y respeto tus sentimientos, pero si sigues así, un día llegará uno de la calle, se la ligará delante de tus narices y te quedarás con el corazón roto y la certeza de que podrías haber hecho algo, pero el miedo te lo impidió. Como un cobarde, tío, Jon Nieve no se sentiría orgulloso de ti.

Me río, porque iba muy bien hasta que ha metido a uno de los protagonistas de «Juego de tronos» en el discurso. Aun así, Edu se queda en silencio y no replica, lo que me hace pensar que algo le ha calado. Salimos de su habitación y rezo para que mañana se lance y le haga ver a Alexia que está interesado en algo más que en su amistad.

Y, si de paso conozco a un tío guapo, inteligente, gracioso y empotrador, mucho mejor, porque esto de ser celestina mola, pero a mí lo que de verdad me gusta es vivir el sexo en primera persona, así que espero que el karma me compense por haberle echado un cable a mi hermano.



Llegamos a casa de mi abuela repartidos en dos coches. Manu y yo en el de Dani, porque nosotros no tenemos ni patinete, y Alexia y Sara en el de mi hermano. No es que lo hayamos hecho aposta ni nada...

Bajamos y no necesitamos llamar a la puerta de mi abuela, pues está apoyada en el quicio. Sale a recibirnos con una sonrisa, pero no nos da ni un mísero beso. Se va directa hacia Sara y se agacha frente a ella, que se agarra a su muñeca con fuerza.

—Hola, preciosa —le dice en la lengua de signos—. Me llamo Carmen y estoy muy contenta de conocerte.

—Hola —dice la niña a modo de respuesta, aunque sonrío y se fija en su pelo, que esta semana es morado.

—¿Te gusta? —Sara asiente y ella se pasa unos minutos hablándole de su pelo y de los colores.

Somos conscientes de que la niña no habla casi nada en la lengua de signos, por más que lo haya aprendido desde que era un bebé. Sé que Alexia se preocupa por eso, pero Sara parece feliz. Creo que simplemente es más callada, y eso, unido a su sordera, hace que apenas se exprese. Necesita tiempo y seguir su propio ritmo. De momento se ríe con las cosas que le dice mi abuela, y eso, a mí, me vale, y sé que a Alexia también.

—Bienvenidas a mi casa —le dice a ella cuando se levanta y la saluda con dos besos.

—Muchas gracias, espero no importunarla demasiado.

—¡Qué va! Yo estoy encantada de que mi casa se llene de gente y, si son

chicas, mejor. Somos minoría, como ya habrás podido comprobar.

—Es verdad —digo metiéndome—. Mañana podremos arrasar con los churros y dejar a los hombres mirándonos con envidia, que es algo que normalmente pasa al revés.

Alexia se ríe y relaja los hombros un poco. Entramos en casa charlando, pero no pasamos mucho tiempo dentro, porque ya está atardeciendo y es hora de ir al chiringuito, no vaya a ser que la comida esté justa y nos quedemos sin cenar. Que sí, que eso es casi imposible, pero ¿y si pasa? Yo, cuando se trata de comer, prefiero no arriesgar.

Damos un paseo hasta la playa y tardamos casi una hora, no porque la playa esté lejos, que de normal se tarda menos de media, sino porque mi abuela hoy se va a parar a tener una charla hasta con el cura que la bautizó, si me apuras. Qué manera de hablar con todo el que se encuentra. Me recuerda a cuando salíamos a comprar con ella de pequeños. No había pasillo del súper en el que no se encontrara a alguien para cotorrear. Cuando por fin llegamos al chiringuito, hay una cola que flipas y se lo reprocho a ella, porque la culpa es suya.

—Hija mía, de verdad, parece que lleves sin comer dos meses. ¡Disfruta de la vida del pueblo!

—Yo la vida del pueblo la tengo más que disfrutada, *abu*, lo que quiero es comer hasta reventar.

—¿Te has dado cuenta de que ya tienes mentalidad de solterona? —dice Manu dejándome a cuadros.

—¿Perdona? —pregunto en tono indignado.

—Sí, estás pensando todo el rato en comer, cuando deberías pensar en encontrar un tío bueno y acabar con tu sequía, que a este ritmo vas a desgastar el vibrador ese tan mono que tienes en la mesilla de noche.

Dani, Edu, Alexia y hasta mi abuela se parten de risa mientras yo abro la boca de par en par y le doy un empujón así, sin medias tintas. ¡Será imbécil! ¡Yo no he desgastado nada! Y si así fuera, ¿qué? ¡Será que no hay en

Amazon otros mucho más molones! Los tengo en la lista de deseos ya porque soy una mujer precavida.

Aun así, reconozco que es cierto que, para ligar, se necesita un poquito de disposición, y yo últimamente voy a las fiestas sin ninguna.

Estamos en la playa y así, a ojo, yo diría que aquí hay ciento cincuenta personas. Supongamos que la mitad son mujeres, lo que me dejaría con setenta y cinco hombres y, de ahí, vamos a decir que quince son gais y otros treinta se pasan de la edad máxima que estoy dispuesta a aceptar o no llegan a la mínima. Eso me deja con treinta hombres operativos. La mitad estarán casados o tendrán novia, me quedan quince. Quitemos a diez que serán arrogantes, creídos, infieles y gilipollas en potencia, dignos sucesores del trono de «Mujeres y hombres y viceversa». Cinco, me quedan cinco, tres estarán superando una ruptura y sólo querrán follar por despecho, uno tendrá instintos asesinos o le gustará el sado, o tendrá la casa llena de animales disecados, porque uno así siempre lo hay en todos los grupos, aunque no lo digan.

El que queda es el hombre de mi vida.

Ay, por Dios... ¡El hombre de mi vida está aquí y yo con estas pintas!

—Mírala, ya se ha flipado haciendo cuentas —dice Edu sacándome de mis pensamientos.

Lo miro mal pero no le contesto porque, a ver, es verdad que estaba haciendo cuentas. Además, no me merece la pena responderle porque estoy muy ocupada analizando a la multitud para ver si encuentro a ese hombre perfecto que, por estadística pura y dura, se encuentra aquí.

—Vamos a buscar a Lorenzo para saludarlo. —Dani me agarra del brazo y me sonrío—. Procura no quedarte con su camisa hoy, ¿vale?

—¿Su camisa? —pregunta Alexia.

—Es una historia larga —dice Edu mientras coge a Sara en brazos—. Ya te la contaré cuando tengas ganas de reírte a carcajadas.

Alexia le sonrío con dulzura y yo estoy a punto de decir algo como

«Ainsss, qué bonitos sois», pero me controlo, porque sé que mi hermano no me lo perdonaría en la vida. Dani no me suelta el brazo para caminar y yo se lo permito porque así no me embobo con cualquier cosa, como es costumbre en mí. Llegamos a donde está la barca con el pescado ya asándose y se me hace la boca agua, pero Lorenzo no está aquí, así que seguimos andando hacia el interior del chiringuito y, cuando por fin lo vemos, me doy cuenta de que la comida no es lo único que puede hacerme la boca agua.

Joder, qué guapo es, el mamonazo.

Está hablando con una chica joven, muy joven, que espero que sea parte de su familia, porque podría matarlo si me entero de que alguien tan guapo echa a perder su valía ligando con adolescentes. Esa niña ni siquiera tiene dieciocho, así que sería, incluso, un delincuente.

—Menudo cerdo, si es que son todos iguales —mascullo mientras Dani frunce el ceño.

—¿Por qué dices eso?

Abro la boca y me encojo de hombros mientras sonrío.

—Nada, cosas mías.

Lorenzo va vestido con un pantalón largo beige y una camisa celeste arremangada. Está tan impoluto que, por un momento, me siento mal con mi vestido negro con sandías estampadas, pero Manu está a mi lado con un bañador de flamencos y una camiseta de *El señor de los anillos*, así que me consuelo y pienso que no soy la peor vestida de la noche.

Dani se adelanta y saluda a su compañero y amigo con una sonrisa, interrumpiendo su conversación con la chica y haciendo que Lorenzo pase de tener un gesto serio a sonreír abiertamente. Lo miro embobada y pienso, por primera vez en mi vida, que hay sonrisas capaces de despertar el aleteo de miles de mariposas.

—Me alegra que hayáis venido —dice mirándonos y saludándonos a todos.

Bueno, saluda a todo el mundo menos a mí, que me quedo la última.

Cuando se acerca, huelo su perfume y estoy tentada de aspirar con fuerza, pero consigo controlarme y sólo sonrío y le doy dos besos intentando ser amable, porque es la tercera vez que nos vemos y todavía queda algo de tensión entre nosotros.

—Muchas gracias por la invitación —le digo en tono cortés.

—A ti por venir. Bonito vestido.

Ya está. «Bonito vestido.» Es todo lo que ha necesitado para que yo sonría como una tonta. Si es que soy una facilona desde siempre...

—Gracias, me gusta la sandía.

—A mí también. —Sonríe sin despegar los labios y, cuando se da cuenta de que no voy a decir nada (porque estoy demasiado embobada mirándolo), sigue hablando—: ¿Te gusta el pescado?

—Me encanta el pescado. Y la fruta. —«Bien, Lola, muy bien. Eres una crack de las relaciones sociales.» Carraspeo y sigo hablando de lo primero que se me ocurre, porque no entiendo a qué viene esta barrera que parecemos tener Lorenzo y yo. No me gusta y tengo que derribarla, aunque sea a patadas —. Tú también estás muy guapo.

—Vaya, gracias.

—Y ¿yo no estoy guapo? —pregunta Manu a nuestro lado.

Yo ni lo miro, porque sé de sobra la pinta de mamarracho que tiene, pero Lorenzo sí lo hace, y noto perfectamente cómo las comisuras de sus labios tiemblan.

—Estás... interesante.

—Gracias, guapo —dice en tono meloso—. Soy un *influencer*, ¿sabes?, estoy creando un estilo propio que consiste...

—Consiste en coger lo primero que pillas del armario y ponértelo. Tienes suerte y todos esos frikis que te siguen te imitan. En eso consiste tu estilo propio —dice Dani, consiguiendo que yo suelte una carcajada y me relaje por primera vez desde que Lorenzo ha aparecido en escena.

—Lorenzo, te presento a Alexia, una amiga, y a Sara, su hija. —Edu nos

interrumpe a todos y yo no puedo evitar sonreír, porque el pobre está desesperado por integrar a las chicas.

—Encantado —dice él adelantándose y besando las mejillas de las dos—. ¿Cómo estáis?

—Muy bien, gracias. Es un restaurante precioso.

—Le haré saber a mi hermano tus palabras —contesta él sonriendo y centrándose en la niña—. ¿Y a ti, Sara? ¿Te gusta este sitio?

La niña se queda callada, porque todavía no puede leer los labios, así que no ha entendido nada, pero él, lejos de mostrar signos de contrariedad, sonríe y acaricia su mejilla.

—Es sorda —dice Alexia entonces, haciendo que Lorenzo abra los ojos de forma apreciativa—. No te entiende.

—Oh. ¿Habla por señas? —La chica asiente y él mira a Alexia con interés—. ¿Cómo puedo saludarla?

Ella sonríe de inmediato, agradecida con la muestra de interés y, como tiene a Sara en brazos, es Edu quien le enseña cómo decirle «Hola, ¿qué tal?» en lengua de signos. Lorenzo lo imita de inmediato mirando a la niña, y ésta sonríe y contesta «bien». Sara no es de hacer mucho más y él parece darse por contento, acariciando otra vez su mejilla y sonriendo con dulzura.

—Yo soy Alba, su sobrina. Como nadie me presenta, ya lo hago yo.

Miramos a la chica que estaba hablando con él hasta hace un momento y de inmediato reconozco su voz.

—¡Hola! —exclamo supercontenta, no sé por qué, supongo que es porque me gustó que me defendiera. Me acerco a ella y le zampo dos besos sin pensar que puede que me esté pasando con las confianzas—. Ya nos conocemos, aunque sea a través de una puerta.

Ella abre los ojos con sorpresa y suelta una carcajada mientras me abraza, haciéndome saber que es de tomarse todavía más confianzas que yo.

—¡Hola, Lola! Mi tío me ha hablado de ti. Me alegra conocerte. ¡Qué fuerte todo, ¿no?! Pensé que no volvería a saber de ti, y mira lo que es el

destino.

—Sí, yo también me quedé a cuadros cuando vi a tu tío en mi casa.

Nos reímos, les presento a mi abuela y, pasados unos minutos de saludos cordiales, Dani tira de mi mano y me señala la barca con el pescado.

—Aquí ya huele que alimenta, ¿qué tal si cogemos una mesa y cenamos?

Asiento, porque tengo hambre, así que me despido de Lorenzo y de la chica y nos vamos hacia una mesa libre mientras el resto del grupo nos sigue. Nos sentamos y, antes de que pasen diez minutos, nos estamos poniendo las botas a base de pescado y tinto de verano.

Adoro las noches así. La brisa corre aligerando el calor, el olor a mar y a pescado lo impregna todo y la música de fondo es excelente.

Pienso, no por primera vez, que las playas de mi pueblo son las mejores del mundo.

En la ciudad también tenemos playa, pero no es lo mismo. Allí ni siquiera voy a nadar. Las del pueblo tienen algo especial. Supongo que es ese algo que me transporta a mi infancia, cuando Dani, Edu y yo veníamos corriendo y nos pasábamos las tardes haciendo castillos de arena, bañándonos, bailando o, simplemente, investigando todas las calas hasta dar con una que nos pareciera lo bastante íntima como para hablar de nuestras cosas. Las playas de mi pueblo huelen a felicidad pasada, a sueños y a anhelos, y eso es algo que ninguna otra conseguirá nunca.

Cenamos, bebemos y, cuando pasan un par de horas, Lorenzo se acerca a nuestra mesa con dos hombres más. Uno es exactamente igual que él, pero mayor. Es guapísimo, pese a llevarme muchos años. El otro también es muy atractivo, se da un aire a Lorenzo, pero tiene los ojos marrones.

—Hola de nuevo, chicos, quiero presentaros a mi familia. —Lorenzo sonrío y señala a los dos hombres—. Él es Antonio, mi hermano y el padre de Alba, y éste es nuestro padre, que también se llama Antonio. —Nos señala y dice nuestros nombres mientras ellos asienten.

—Vamos a tenerlo fácil para recordarlo —digo sonriendo y saludándolos.

—Un placer conoceros. Sobre todo, a ti, Dani, mi hijo habla maravillas de tu trabajo.

—Es un honor, teniendo en cuenta su carrera —contesta mi amigo.

Acaricio su brazo y le sonrío inflada de orgullo al ver que Lorenzo aprecia su trabajo. No podía ser de otra forma, porque es buenísimo en lo suyo, aunque yo no entienda mucho, pero que lo diga alguien que tiene más trayectoria hace que todo se vuelva más real. No, más real, no, más rotundo.

—El honor es mío —dice Lorenzo guiñando un ojo—. La verdad es que es una gran empresa.

—Sí, sí, sí, pero antes de que empieces a hablar de trabajo y los demás nos perdamos, déjame informar a tus nuevos amiguitos de que están invitados a una copa —dice Antonio, su hermano.

Lorenzo frunce el ceño, no sé si por lo del trabajo o porque nos ha llamado «amiguitos» y quizá se ha sentido como si hubiese vuelto al colegio.

—Yo no diré que no a una copa nunca, jamás. —Manu se envara y palmea su barriga con fuerza—. Así bajo la cena.

—Para eso tendrías que beber tónica o similar, ¿no? —pregunta Alexia con un puntito de socarronería.

—Pues eso, un poquito de tónica con otro poquito de ginebra, por disimular el sabor de lo primero, que es muy amargo.

Nos reímos y Antonio llama a un camarero para que tome nota antes de despedirse de nosotros. Su padre lo sigue y nosotros pedimos nuestras copas. Después de unos minutos de conversación entre Lorenzo y Dani, suena una canción que me encanta y él interrumpe a su compañero para tirar de mi mano y llevarme hacia el trozo de arena donde la gente baila.

—Vamos, anda, antes de que me lo pidas tú, te saco yo —comenta haciéndome reír.

—Ahora volvemos. Te presto mi sitio, si quieres —le digo a Lorenzo, que ha estado de pie hasta ahora.

Él sonrío sin despegar los labios y no lo piensa a la hora de sentarse.



Llegamos a la arena, nos movemos al ritmo de la música y todo va bien, hasta que, en un giro, descubro a Lorenzo riéndose de buena gana con Alexia. Edu tiene el ceño ligeramente fruncido y yo, por alguna razón, también. O sea, no es que Lorenzo me guste, es que..., a ver, la idea de que Alexia viniera era que pudiera intimar más con mi hermano, así que no entiendo que se ponga a tontear con don Estirado.

—¿Estás bien? —me pregunta Dani acercándose a mí por detrás y pasando los brazos por mi cintura, quedando así de cara a nuestra mesa.

—Sí, claro, ¿por?

—Estás mirando hacia la mesa con cara de cabreo.

—No es verdad.

—Sí lo es. ¿Te pone Loren?

—¿Qué? ¡No!

—Ya...

Dani se ríe entre dientes y me hace girar en sus brazos, arrancándome una carcajada momentánea.

—No me gusta —le digo cuando nos calmamos un poco.

—Te pone burra, reconócelo.

—Está bueno, eso es un hecho.

—Y te pone burra.

—No me pone burra.

—Te encantaría follártelo esta misma noche.

—No es verdad.

—¿Segura?

—Segurísima.

—Vale, míralo bien. —Volvemos a la misma postura, él detrás de mí, pegado a mi espalda mientras los dos observamos la mesa. Le hago caso y miro a Lorenzo, aunque no entienda bien a qué viene esto. Entonces Dani susurra en mi oído—: Imagínate que se ríe así contigo. ¿De verdad me vas a decir que no te gustaría charlar con él, reírte, bailar y luego perderte entre los

matorrales de la playa para...? —Gimo con frustración y él se pega todavía más a mí sin dejar de susurrar—. ¿No te gustaría echar un polvo a lo bestia? Tiene cara de empotrador, seguro que te follaría hasta hacerte gritar.

Apoyo la cabeza en su hombro, imaginando, sin querer, lo que me está contando. Temblando de excitación, aunque no quiera reconocerlo.

—Eres un cabrón —susurro.

Él se ríe en mi oreja y besa la base de mi cuello mientras me abraza y me estrecha con fuerza contra su cuerpo.

—No, soy uno de tus mejores amigos, un hermano más, a todos los efectos, y, por alguna razón, creo que haríais buena pareja.

—Él es demasiado serio.

—Sí, y tú te pasas de optimista y alegre a veces, así que yo lo veo claro.

—Los tipos así no se lían con mujeres como yo, Dani.

—¿Te refieres a mujeres alegres, inteligentes y preciosas?

Sonrío con dulzura y me muerdo el labio, con miedo, inseguridad y un poquito de esperanza.

—¿Crees que sería capaz de conseguir que un tío así quisiera pasar conmigo al menos una noche?

—Creo que podrías conseguir que un tío así, y cualquier tipo de tío, se arrodillara a tus pies después de unas horas a solas contigo.

Sonrío, agradecida por sus palabras, pero niego con la cabeza.

—Tú pasas muchas horas conmigo y no te sientes así.

—Yo no te miro como a una mujer disponible, Lola, porque para mí eres como una hermana. Cuando te miro no me fijo en tus pechos o en lo que puedes hacer como mujer. No me excitas. —Me aprieta más contra su cuerpo para que note que, pese a nuestro estrecho abrazo, tiene razón y no está excitado físicamente—. Cuando te miro veo a la Lola de cinco años que me robaba el chocolate, o a la que lloraba cuando se raspaba las rodillas y me obligaba a llevarla a cuestas a casa de la *abu*. Te quiero, sí, te adoro, pero tengo claro que entre nosotros no puede haber más que una relación fraternal,

por desgracia, porque si pudiera elegir a quién desear o amar como mujer, te elegiría sin pensarlo.

Carraspeo para mantener a raya las lágrimas que han acudido a mis ojos, me giro y lo abrazo con todo el cariño que siento por él.

—Ojalá no te viera como a un hermano y pudiera enamorarme de ti.

Él se ríe, consciente de que lo digo en serio, y besa mi mejilla mientras me coge de la mano y me lleva de vuelta a la mesa.

—Vamos, antes de que Manu se ponga celoso.

Me río y, cuando llegamos a la mesa, el susodicho se levanta y exige su baile. Dani suelta una carcajada, lo coge de la mano y lo lleva al sitio en el que hace unos segundos estábamos nosotros. Cuando la música cambia y suena una canción lenta, se abrazan y empiezan a bailar pegados mientras nosotros soltamos una carcajada. Me siento en la silla de Dani y miro a mi lado, a Lorenzo, que me observa con una profundidad que me pone nerviosa.

¿Y si Dani tiene razón y hay una mínima posibilidad de que un hombretón así me saque de mi estado de abstinencia...?

## Lorenzo

Está preciosa. Está tan preciosa que hace que se me retuerzan las entrañas, porque no puedo dejar de pensar en ella y es la novia del único proyecto de amigo que tengo aquí. Sí, proyecto porque supongo que la amistad se forja con el paso del tiempo, pero Dani y yo hemos comido juntos cada día de esta semana y cada vez me cae mejor. Es amable, inteligente y cercano. Consigue que me sienta cómodo en el trabajo y no me trata como si yo fuera un viejo. Por el amor de Dios, sólo tengo treinta y cuatro años, él tiene veintiocho, así que la diferencia no es tanta, pero, por alguna razón, en la empresa todos me tratan como si yo fuese un ejemplo que seguir sólo porque he trabajado unos años en Estados Unidos. Me admiran y me envidian a partes iguales, así que piensan en mí como si tuviese veinte años más y hubiese llegado a España con la fórmula del éxito debajo del brazo. Si supieran cómo fue mi vida mientras estuve allí...

Daniel es el único que me trata de igual a igual. Se impresiona cuando le hablo de algunos trabajos, pero yo también lo hago cuando él me cuenta algunas ideas que tiene, así que siento que estamos en tablas.

Toda la semana he estado oyendo batallitas suyas con sus compañeros de piso. Me ha hablado de Manu y de lo bien que le va como *youtuber*; de lo orgulloso que está de él, aunque no se lo diga para no alimentar más su ego, ya de por sí enorme. También me ha contado cosas de la vida de Edu. Sé, por ejemplo, que Alexia es la chica de la que está enamorado, y no me extraña,

porque, ahora que la conozco, sé que, además de preciosa, es una mujer que está luchando tanto como ha luchado ya Edu. La pequeña Sara es la guinda, así que es comprensible que haya perdido la cabeza por ellas. Dani no me habló de la situación personal que sufrían las chicas, y lo entiendo, pues es algo delicado, o no quiso ahondar en datos privados por el momento, lo que también es comprensible, teniendo en cuenta que no nos conocemos tanto.

Y luego está ella. Lola. Dani me habla tanto de ella que, a ratos, estoy tentado de pedirle que se calle. No porque me moleste, al revés. He sabido tantas cosas buenas de ella en unos pocos días que empieza a resultarme difícil quitármela de la cabeza. Sé, por ejemplo, que le encanta bailar y cantar, aunque no lo haga especialmente bien. Sé también que adora comer y su plan perfecto es quedarse en casa atiborrándose de comida basura y viendo series o películas en el sofá. Sé que es una completa inútil para cocinar (palabras textuales de Dani), y sé que le encantan los canales de teletienda, aunque no le permiten verlos porque, al parecer, tiene un pequeño problema a la hora de controlar el impulso de comprar todo lo que le parece útil, aunque no lo sea. Según Dani, si le venden algo bien, lo compra, aunque sea la cosa más inservible del mundo. Eso me hizo reír, pero él asegura que, a veces, puede ser un problema.

Sé muchas cosas de ella, he podido ver cuánto la quiere durante toda la semana, pero, por si no me hubiese enterado, aquí están, bailando, abrazándose y susurrándose cosas al oído mientras yo los miro e intento distraerme charlando con Alexia.

En el fondo debería estar contento de que Lola sea la novia de Dani, porque yo lo último que quiero es una relación con una mujer. No necesito complicarme la vida, y ahora mismo quiero estar centrado en mi familia y en mi trabajo, pero eso no quita que haya pasado mucho tiempo desde la última vez que tuve a una mujer entre mis brazos. Que sean pareja tampoco es impedimento para que yo fantasee en la oscuridad de mi cuarto con la posibilidad de que Lola recorriese mi cuerpo con la lengua, o al revés. Está

mal, lo sé y, cuando la fantasía acaba, me quedo con unas sábanas mojadas por un orgasmo que me hace sentir culpable, pero no puedo evitarlo. Es como si, a veces, al meterme en la cama, ella viniera a mi cuarto. Casi no la conozco y siento que hemos vivido tantos momentos ya que se me hace imposible echarla de mi mente la noche que aparece.

Veo a Dani abrazarla por detrás y me pregunto qué sentiría si fuese yo el que tuviera ese privilegio. Me encantaría acariciar su cintura justo como lo hace él ahora. Bueno, no exactamente igual, claro, yo le quitaría la ropa y acariciaría su piel sin tapujos. En esa misma postura, la enfrentaría al mar, agarraría una de sus caderas con firmeza con una mano y utilizaría la otra para acariciar la base de su cuello, sus pechos, pellizcar sus pezones y deslizar mis dedos por su estómago hasta llegar al vértice de sus piernas. La masturbaría mirando el movimiento de las olas y me alimentaría de sus gemidos al tiempo que presionaría mi erección contra ella. Haría que estallase entre mis brazos y luego la penetraría desde atrás, mordiendo su cuello, apretando sus caderas y gimiendo como un salvaje, porque es así como ella me hace sentir.

Y sólo la he visto tres veces.

Pensar que alguien puede lograr que me excite de esta forma sin apenas conocerme es una locura. Me enerva darme cuenta de que mis instintos más primarios están empezando a afectar a mi cuerpo incluso en público, porque ahora mismo tengo una erección importante. La canción ha terminado y ella ha vuelto a la mesa, tomando asiento a mi lado mientras Dani saca a bailar a Manu. Me río al ver que la canción cambia a una más lenta y ellos, ni cortos ni perezosos, se abrazan y se mueven al compás de la música. Sin embargo, mi atención en ellos dura poco. Lola da un trago a su copa y veo cómo, al separarla de sus labios, se relame con ganas.

Eso, desde luego, no va a ayudarme a acabar con mi problema.

—¿De qué hablabais? —pregunta mirándonos a Alexia y a mí.

—Lorenzo me contaba cosas de su trabajo. ¿Qué tal el baile?

—Genial. ¡Deberías probarlo!

Alexia sonrío, Lola mira a su hermano y hasta yo puedo ver implícita la orden de que la saque a bailar, pero él parece incómodo con la idea, así que decido comportarme como un buen amigo. Si Lola no puede despertar su valentía con miradas, lo haré yo con acciones.

—¿Quieres bailar? —le pregunto a Alexia.

Lola me mira con los ojos como platos y Edu se remueve en su sitio. Sé que con esto no voy a ganar puntos en este grupo, pero creo que, a veces, es necesario que alguien te haga ver que en esta vida no hay nada seguro. Edu está enamorado de Alexia, lo sé porque me lo contó Dani, pero también porque es muy obvio. El problema es que no hace nada por estar con ella y eso también es muy obvio, así que tiene dos opciones: o se lanza a la piscina de cabeza y apuesta fuerte por ella, o se queda sentado mientras llega otro y se gana el privilegio de estar con una chica así. No quiero ser el privilegiado, como he dicho, lo último que deseo es una relación seria, pero no tengo nada en contra de hacer reaccionar a Edu, así que, cuando Alexia me sonrío, agarro su mano y me levanto.

—¿Te importa quedarte con Sara? —pregunta ella entonces a Edu—. Como no vas a bailar...

Él sonrío por toda respuesta, pero puedo ver la tristeza en sus ojos. Siento una punzada de culpabilidad, pero me recupero y pienso que Alexia necesita a su lado a un hombre valiente y capaz de asumir sus sentimientos. Aprecio a Edu sólo por cómo Dani me habla de él, pero creo que es hora de que luche un poco por lo que quiere. Si no por él, sí para hacerle ver a Alexia todo lo que está dispuesto a hacer por ella.

Llegamos a la pista y veo a Dani mirarme con suspicacia, como si estuviese intentando entender este movimiento. Me encojo de hombros levemente, sin que la chica se dé cuenta, y le guiño un ojo. Él se ríe entre dientes y niega con la cabeza, así que creo que ha captado el mensaje. Manu, sin embargo, frunce el ceño sin ningún disimulo. Me aguanto las ganas de

reírme, porque es muy parecido a Lola, le resulta imposible ocultar sus emociones, y eso, en el fondo, es muy tierno.

—¿Habías estado en esta playa alguna vez? —le pregunto a Alexia mientras bailamos al ritmo de una música que, si bien ya no es tan lenta como hace unos minutos, sirve para bailar pegados sin problemas.

—En ésta en concreto, no, pero sí he estado en el pueblo más de una vez. Es un sitio muy bonito.

—Sí que lo es. Se respira más tranquilidad que en muchas de las playas de esta costa.

—Es genial. Creo que, si pudiera, me quedaría aquí una buena temporada. La ciudad me agobia mucho.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué vives allí?

—Tengo un buen trabajo, pero, sobre todo, lo hago por Sara. —Sonríe un poco y se encoge de hombros—. Tendrá más posibilidades en una ciudad, aunque sea pequeña, como la nuestra, que en un pueblo. No quiero que la señalen demasiado por ser sorda.

—¿Crees que aquí lo harían?

—No lo sé, pero ya sabes cómo es la vida de pueblo. Hablarían más y... no me siento cómoda con esa idea. A veces he pensado que me encantaría llevármela a Nueva York. Dicen que en ciudades así todo el mundo va a lo suyo y a nadie le importa lo más mínimo lo que hagan los demás.

—Sí, eso es cierto, pero tampoco sería bueno para vosotras —le digo—. Sé por experiencia que la Gran Manzana puede comerte de un bocado al mínimo descuido. Es complicado hacer amigos allí.

Ella desvía la mirada de inmediato hacia la mesa en la que están todos, porque Manu y Dani ya se han unido a ellos. Edu nos mira y no hace nada por disimular cuando se da cuenta de que los observamos, Sara sonríe con algo que le dice la abuela y Manu, Daniel y Lola están riendo a carcajadas por alguna cosa que ha dicho el primero. Siento en mis manos el suspiro de Alexia y sonrío, porque sé que está pensando en mis palabras.



—Ellos han sido un soplo de aire fresco. Desde hace meses, mi vida es más alegre gracias a ese grupo. La única a la que no conocía hasta hoy era la abuela, pero parece tan genial como el resto, ¿no?

—Sí, desde luego. Es bueno que Sara y tú los tengáis cerca. —Alexia sonrío y asiente—. Y que Edu sea sordo le facilitará las cosas a Sara, ¿no?

Noto a la perfección su cuerpo tensarse y, cuando me mira, veo en sus ojos un anhelo tan grande que me parece una locura que Edu no haya sido capaz de darse cuenta aún de que esta chica está loca por él. Lo sé, lo noto en su forma de suspirar y en la sonrisa triste que me dedica.

—Él es maravilloso para Sara, y también para mí. Es un gran chico.

—Y guapo.

Alexia se ríe y me mira con sorna.

—¿Eres gay?

—No. ¿Por?

—Como has dicho que es guapo...

—Soy sincero. No me preocupa lo más mínimo reconocer la belleza de otro hombre cuando la veo. No soy de esos que se dan golpes en el pecho y aseguran que ellos no se fijan.

—Odio que los tíos hagan eso. —Me río, y ella me imita—. Es genial que pienses así. Y, sí, Edu es muy guapo.

—Hacéis buena pareja.

Alexia se ruboriza en el acto y yo estoy tentado de reírme entre dientes, porque es muy dulce.

—No somos pareja. Él no..., bueno, no está interesado en mí.

—¿Y tú en él? —Su piel se vuelve aún más rosácea, y sonrío—. Sigo diciendo que hacéis buena pareja.

—Él no me ve así, pero le caigo bien y adora a Sara, que es lo que a mí me importa.

—Yo creo que sí que te ve así, pero no sabe cómo lanzarse. —Sus ojos me miran con un poco de sorpresa y puedo ver el interés que derraman—. Quizá

necesita una señal. Un empujoncito.

Alexia se ríe y mueve la cabeza, despejándola un poco y, supongo, pensando en mis palabras.

—Es raro que me des consejos para ligarme a Edu nada más conocerme.

—Bueno..., en este grupo las cosas parecen ir a mil por hora siempre, ¿no crees?

—Sí, eso sí.

—Me caes bien y creo que seremos buenos amigos. ¿Tú qué dices? ¿Quieres ser mi amiga? —Ella suelta una carcajada y asiente—. Bien, pues, como amigo, déjame decirte que creo que tienes a Edu en el bote.

—Se supone que los amigos son sinceros y no se mienten.

—No lo hago. ¿Quieres que te lo demuestre?

Esta vez ya no se ríe, sus ojos están fijos en los míos y puedo ver el miedo, pero también la curiosidad, en su rostro.

—¿Cómo? —susurra.

Sonrío pagado de mí mismo y pienso que, por lo general, no soy el tipo de tío que anda metiéndose en relaciones ajenas. No lo haría si no fuera porque Dani me ha contado los sentimientos de Edu. Quizá esté jugando un poco sucio, no lo niego, pero creo con firmeza que, en este caso, lo que importa es el resultado.

—Voy a acercarme más, besaré tu mejilla y te susurraré alguna tontería al oído. ¿Crees que podrás reírte y batir las pestañas o hacer alguna de esas cosas de chicas que le indican a un hombre que está tonteando? —Alexia vuelve a soltar una carcajada y yo aprovecho para acariciarle la mejilla con la nariz—. Chiss —digo cuando se sobresalta—. Actúa con normalidad, como si te encantara esto.

—Dios, no sé qué demonios estoy haciendo. Igual se me ha ido la mano con el vino —susurra ella, como si pudiesen oírnos desde la mesa.

—No se te ha ido la mano con el vino. O sí, pero, en cualquier caso, sólo estamos haciendo una prueba, ¿recuerdas?

—¿Qué se supone que tiene que pasar ahora?

Yo beso su mentón y sonrío.

—Pues...

—Alexia. —La voz ronca de Edu nos interrumpe y me cuido mucho de no sonreír con arrogancia. Si no fuera porque lo he visto venir, aseguraría que se ha teletransportado. Alexia, en cambio, vuelve a sobresaltarse entre mis brazos y lo mira con los ojos muy abiertos. Él la observa muy serio, pero, al final, sonrío, carraspea y coge su mano, despegándola de mi cuerpo—. ¿No vas a bailar ni una canción conmigo?

Ella está anonadada, me mira sin saber qué hacer, y yo, en vez de ayudarla, sonrío con cortesía y me alejo de su cuerpo mientras Edu ocupa mi puesto y la abraza por la cintura. Cuando empiezo a alejarme, ella ha conseguido reponerse un poco y sonrío, lo que es una buena noticia.

Me siento en la silla de Edu y pienso que voy a terminar probando todas las sillas de esta mesa. Lola se levanta de su sitio, se sienta en el de Alexia, o sea, a mi lado, y pellizca mi brazo.

—¡Eh! ¿Qué haces?

Ella me mira con los ojos entornados. Está cabreada, o eso creo, pero ni aun así puedo dejar de fijarme en lo preciosos que son.

—¿Qué ha sido eso?

—¿El qué?

—El bailecito con Alexia.

—Lolita, afloja —dice su abuela, pero ella la ignora—. Dolores...

—¡Abu, por Dios! —La mira de inmediato con el horror pintado en la cara—. ¡No me llames así!

—Es mi tono de emergencia. Deja a Lorenzo tranquilo.

—¡Pero es que ha sacado a Alexia a bailar!

—Hasta donde yo sé, no está prohibido.

—Pero es que ella es de...

—De nadie —dice su abuela muy seria—. Ella no es de nadie más que de

sí misma, Lola. Es una mujer, no una propiedad.

Su nieta se queda paralizada y se ruboriza en el acto. Yo pienso de inmediato en lo curioso que es que el rubor de Alexia me parezca dulce y el de Lola me provoque ganas de arrancarle la ropa.

—Tienes razón, *abu*. —Se centra en mí y se muerde el labio con fuerza antes de bajar la mirada. Joder, qué bueno ha sido ese gesto—. Lo siento, no quería ser antipática.

—Tranquila —le contesto sonriendo un poco—. He lidiado contigo en situaciones peores.

—Vamos a ir a por una copita, amigo, antes de que acabes sin huevos — dice Daniel levantándose y arrastrándome fuera de la mesa.

Lola me mira con ojos cargados de ira y, no sé por qué, pero me resulta divertido provocarla. Mi nuevo amigo me arrastra al interior del chiringuito, que a estas horas parece más un pub que un restaurante. La música está alta y los grupos de gente se reúnen en las esquinas o en el centro, en la pista de baile.

—Siento si me he pasado —le digo a Dani.

Por supuesto, no lo siento en absoluto, pero no quiero parecer maleducado. Él suelta una carcajada y se encoge de hombros.

—Me mola que la piques, tranquilo, pero no quiero que te salte a la yugular hoy.

—¿Y eso?

—Porque te necesito para que me ayudes con un asuntillo.

—¿Qué asuntillo?

Él sonrío y pide una copa en la barra. Yo hago lo propio y, mientras esperamos que nos las sirvan, habla.

—Antes he visto a una tía hablar con tu hermano a lo lejos. Necesito que me la presentes.

—¿Qué? ¿Con mi hermano? ¿Qué tía?

Dani señala sin ningún disimulo una esquina en la que, para mi completa

estupefacción, África, la ex de mi hermano, charla con su hija, o sea, con mi sobrina.

—Ésa. Joder, está buenísima. ¿La conoces? Y, si no es así, ¿puedes decirle a tu hermano que me la presente? No me importaría acabar la noche entre sus piernas.

Boqueo un poco porque no sé cuál de todas esas palabras me horroriza más. ¿Buenísima? ¿Presentársela? ¿Acabar entre sus piernas? Pero ¿qué...?

Lo miro mal en el acto, indignado no sólo porque quiera tirarse a la exmujer de mi hermano, sino también porque él está con Lola. Hasta hoy he pensado que eran el grupo perfecto de amigos, la pareja perfecta dentro del grupo de amigos y...

—¿Cómo puedes ser tan mala persona? —le pregunto sin poder controlarme—. Tienes a tu novia a menos de cincuenta metros de nosotros. ¿De verdad me estás diciendo que quieres tirarte a otra? Y ¿qué vas a hacer con Lola? ¿La llevas a casa y la acuestas como a una niña pequeña antes de salir a... a...? Dios, qué asco das. Y yo que pensé que podríamos ser amigos y...

—¿Qué...? ¡Para un momento! ¿De qué cojones estás hablando?

Lo miro indignadísimo, pero, mal que me pese, lo que más me cabrea es lo mal que me he sentido yo toda la semana. Los remordimientos después de cada masturbación, pensando que era un pésimo amigo y que tenía que controlarme si no quería que Dani se diera cuenta de que fantaseaba con su novia. He intentado por todos los medios dejar de pensar en Lola, incluso esta noche, y aquí está él, diciéndome que quiere tirarse a mi excuñada. Me cabrea porque, como muchas veces pasa, me doy cuenta de que yo hago un esfuerzo enorme por comportarme como debo, en vez de como quiero, mientras que la gente se toma la libertad de hacer todo lo contrario.

—Eres un cerdo, Daniel, y, para tu información, esa tía es la ex de mi hermano y es una bruja. No lo digo yo, conste, lo dice él mismo, aunque pierde credibilidad cada vez que se la folla porque sí, están divorciados, pero

siguen liándose, pero aquí lo importante es que tú estás engañando a tu novia y pretendes que yo sea cómplice y...

—¿Te puedes callar un jodido minuto? —pregunta él.

Recoge las dos copas de la barra, me da la mía y la acepto haciéndole saber al camarero que le pagaré la mía después. La de Daniel que la pague él, que yo no pienso invitarlo. Él lo hace, me arrastra hacia el exterior del chiringuito, pero no por la parte de las mesas, sino por la de la playa, y, cuando estamos lo bastante alejados como para poder hablar sin que la música y la gente nos molesten, suelta una carcajada y me mira atónito.

—Lola no es mi novia, tío, vamos a empezar por ahí, porque te has hecho un lío importante, me parece a mí.

Frunzo el ceño y lo miro confundido sin desprenderme aún de la indignación.

—¿Cómo que no es tu novia?

—Es mi compañera de piso y una gran amiga, nada más.

—¿Nada más?

—Nada más. Ni ella quiere nada conmigo, ni yo con ella. ¿Por qué has pensado algo así?

—Porque..., bueno, no has dejado de hablar con ella, y luego están los abrazos, los besos y...

—Somos personas cariñosas, nos gusta tener contacto y, sí, nos tocamos mucho, pero no es algo premeditado ni sexual, te lo aseguro.

—Oh.

—Sí, oh.

Dani me mira con gesto divertido mientras yo asimilo la información y pienso, con alivio y vergüenza al mismo tiempo, que, después de todo, mis masturbaciones en solitario no eran tan malas. El alivio es porque ahora podré hacerlo sin remordimientos. La vergüenza es porque intuyo que mis momentos de «autoamor» van a aumentar considerablemente.

De pronto, siento que tengo las mismas ganas de volver a ver a Lola que

tenía antes de no verla. También siento que esa información da pie a una situación peligrosa que yo no quiero, o no quería, pero creo que contra eso poco puedo hacer, de momento.

—Oye, una cosita... Tu excuñada sigue tirándose a tu hermano. —Asiento y él sigue—: Y ¿es algo exclusivo? Porque, si no es así, a mí no me importaría...

—Yo que tú no me metería en ese lío. Créeme, África sólo puede traerte problemas.

—África..., joder, hasta el nombre lo tiene sexual.

Me río por primera vez desde que todo este lío se ha desencadenado y Dani, después de unos instantes, acaba riéndose conmigo y rascándose la nuca.

—Es mejor que volvamos dentro.

—Sí, tendré que buscar otra chica en la que poner mis ojos.

No le contesto, pero, para mis adentros, pienso que a mí me pasa justo lo contrario. Hasta hace unos minutos tenía que buscar a otra porque Lola estaba prohibida para mí, y ahora..., bueno, ahora no sé qué pasará, porque mi cabeza y mi cuerpo están trabajando a mil por hora en sentido contrario, pero sé que las cosas han empezado a cambiar y, me guste o no, esta noche va a marcar un antes y un después en mi vida.

Me muevo entre el gentío buscando a Lorenzo y a Daniel, porque no entiendo qué hacen esos dos tanto tiempo desaparecidos. Bueno, no lo entiendo, pero me lo imagino. Mi amigo lleva toda la noche mirando en derredor, como un león eligiendo presa, y me juego el cuello a que se ha decidido por una y se ha llevado a su nuevo amiguito de caza. Que a mí no me importa en absoluto, pero es que no quiero que acabe liado con una cualquiera. Daniel, igual que Manu y Edu, tiene que entender que la persona que elija para su vida tiene que gustarme, porque, si no, la convivencia en el piso va a ser un infierno. De la posibilidad de que ellos salgan del piso para vivir con otras personas no hablo porque me genera ansiedad, aunque esté mal. Yo sé que no es sano, que tengo que empezar a pensar que algún día encontrarán a alguien con quien hacer su vida, pero si soy sincera, no puedo pararme a pensarlo sin sentir rencor hacia esa persona, sea quien sea, y, como no es justo, prefiero no pensarlo.

—¿Buscas a alguien? —pregunta Lorenzo a mi espalda, tan cerca de mí que me sobresalto.

Me giro por completo y lo miro mal, porque aún estoy molesta con él. Que baile con Alexia lo puedo tolerar, sé que mi actuación antes no ha sido la mejor, pero le he pedido disculpas y eso de que ha lidiado conmigo en situaciones peores sobraba. Principalmente porque hacía referencia a uno de los días más bochornosos de mi vida. Un día del que, por desgracia, él forma parte. Pensando en ello, creo que lo mejor es dejar las cosas claras de una vez. Si él no ha tenido vergüenza a la hora de sacarlo hoy a colación, yo no



voy a tenerla a la hora de amenazarlo con que deje de hacerlo, así que tiro de su brazo y lo llevo hacia un rincón del chiringuito, porque este sitio se ha convertido en una especie de pub y la música está tan alta que temo no poder oírlo bien. Además, me da pánico que la canción se acabe y me pille gritando alguna barbaridad. Me ha pasado otras veces y no es una experiencia agradable.

—Oye, tenemos que hablar.

—Esa frase nunca trae nada bueno —me dice él.

—Eso es en las parejas, no se aplica a dos personas que apenas se conocen y...

—¿Qué? —exclama él acercándose más.

La música ha pasado de ser movida, tipo latino, a ser reguetón puro y duro, así que mi intento de mantener una conversación se está complicando.

—¡Que no se aplica a dos personas que apenas se con...!

—¡Espera! —exclama tirando de mi mano y arrastrándome hacia una puerta lateral.

Salimos del restaurante por el lado de la playa y me guía hacia un punto en el que sólo hay algunos matorrales. A la derecha, el mar, a la izquierda, la arboleda que tiene esta playa, y nosotros aquí, en medio, mirándonos y, de pronto, mudos.

—Había mucho ruido dentro —dice después de unos instantes—. ¿Qué decías?

Tuerzo los labios en un mohín, porque mi discursito pierde fuerza en mi cabeza. No sé, estando dentro, rodeada de gente y música, parecía fácil amenazarlo, pero aquí, estando solos, me doy cuenta de lo imponente que es y me siento un poco ridícula. Aun así, cuadro los hombros, porque no ha nacido todavía el hombre capaz de achantarme a mí, y suelto lo que tengo en mente, o algo parecido.

—No quiero que saques nunca más a colación el día que nos conocimos. Me avergüenza, y no es justo.

Lorenzo me mira muy serio y yo pienso, otra vez, que tiene unos ojazos. Dios, ¡es que son tan azules y tan bonitos! Y además tiene esa forma de mirar tan directa y penetrante..., como si pudiera ver a través de mí. Es algo que me fascina y me pone nerviosa a partes iguales.

—Tienes razón, no debería haberlo hecho, y lo siento.

—Bien.

—Bien.

Tamborileo con el pie en la arena, incómoda por estar con él aquí fuera y a solas, ahora que ya he dicho lo que pretendía. Deberíamos volver dentro y, cuando estoy a punto de decírselo, él habla de nuevo.

—Y, ya que estamos, me gustaría decirte que lo de Alexia no ha sido un intento de ligar con ella, sino todo lo contrario. —Frunzo el ceño de inmediato, y él sigue—: Sé que tu hermano está colado por ella y quería ponerlo celoso para que reaccionara, pero ni conozco a tu hermano más que de haberlo visto una vez, aunque Dani me haya hablado muchísimo de él, ni debería haberme metido en algo que no me incumbe porque...

—¡Es genial! —exclamo yo con una gran sonrisa, poniendo una mano en su boca, aunque haya tenido que ponerme de puntillas para eso, e interrumpiéndolo—. ¿Verdad que hacen una pareja preciosa?

No destapo la boca de Lorenzo y, aunque sé que sólo tendría que dar un paso atrás para quedar liberado, no lo hace. Sólo asiente con la cabeza mientras yo me río. Él estira sus labios en una sonrisa y yo lo siento en la palma de mi mano. Me hace cosquillas y sonrío de nuevo, porque tiene una boca mullida, los dientes alineados y una sonrisa capaz de derretir polares. De la suavidad que siento en los dedos mejor no hablo, porque dejaría constancia de lo necesitada que estoy de tener contacto con algún ser masculino que no viva conmigo.

—Vale, voy a destaparte la boca, pero tienes que prometer que vas a ser bueno. —Sus ojos se arrugan cuando sonrío de nuevo y yo entorno los míos—. Loren...

—No, de Loren, nada —dice dando, esta vez sí, un paso atrás—. Me llamo Lorenzo.

—¡Venga ya! Mucha gente te llama Loren.

—Pero tú no eres mucha gente. Tú eres... tú.

—¿Y Fonsi? Como el cantante.

Mi intento de reírme de él va a costarme caro, lo sé en cuanto veo su gesto serio y sus ojos mirarme con una frialdad que corta en dos.

—¿Quieres llamarme Fonsi?

—Sí, me mola, y seguro que nadie más te llama así.

—De acuerdo, Dolores.

—¡Eh!

—Has empezado tú, cariño.

Su sonrisa es triunfante, cruza los brazos sobre el pecho y eleva una ceja esperando que replique, pero es que ha ganado y seguir insistiendo es tontería.

—Lorenzo. Te llamaré Lorenzo.

—Mucho mejor, Lola.

Sonrío por inercia, porque me gusta su forma de ser. Sé que sólo nos hemos visto tres veces, pero he oído hablar tanto de él a través de Dani que es como si lo conociera desde hace más. Sé que es metódico, responsable, trabajador y muy simpático si se le da la oportunidad o él decide acercarse, puesto que en un primer contacto suele ser frío. Dani piensa que es para protegerse, pero yo creo que, simplemente, tiene ese carácter. No todo el mundo tiene que ser afable o extrovertido de primeras. Hay personas que necesitan un tiempo antes de dar más de lo necesario de sí mismas y me parece algo muy respetable. Sé muchas cosas de él, pero menos de las que me gustaría, aunque eso me haga replantearme un par de cositas. Para empezar, que no lo miro como se mira a un amigo, eso está claro. No pasa nada, puedo admitir que mi cuerpo reacciona a su belleza, porte, forma de ser o lo que sea. El instinto es así, reaccionamos ante ciertos estímulos y, al parecer, Lorenzo

tiene muchos puntos que hacen que mi cuerpo se pregunte qué pasaría si lograra convencerlo de darse un revolcón conmigo.

Eso sí, tengo la suerte de contar con un cerebro bien grande y bonito (bueno, todo lo bonito que puede ser un cerebro) que mantiene a raya mis emociones y me demuestra de muchas maneras que liarme con Lorenzo sería un grave error.

El problema de mi cerebro es que, a veces, cuando he comido o bebido mucho, como que se duerme...

—¿En qué piensas?

Sonrí y me encojo de hombros, porque ni loca pienso confesarle la verdad.

—En que deberíamos volver dentro.

—Y ¿por qué no damos un paseo, mejor? Hace una noche fantástica.

—Eh..., pues...

—Venga, sólo iremos hasta la arboleda o, si lo prefieres, hasta el agua. ¿Tienes miedo de mí? —La diversión en su tono despierta mi parte competitiva, así que bufo—. ¿Entonces?

—Los chicos y Edu...

—Sabrán cuidarse y pasarlo bien sin ti.

—Y mi abuela...

—Tu abuela se lo pasa mucho mejor que vosotros. —Sonríe y esta vez es él quien se encoge de hombros—. Oye, si no quieres, no pasa nada. Yo iré de todas formas, porque me agobia un poco el tipo de música que han empezado a poner, así que... Nos vemos, Lola.

Se aleja un par de pasos, se gira y comienza a caminar hacia la arboleda, mientras yo miro sus anchos hombros e intento tomar una decisión. Odio sentirme estresada en estos momentos. Verme atrapada en un «quiero y no puedo». Claro que..., ¿por qué no puedo? En realidad, nada me lo impide, así que, cuando Lorenzo pasa a ser una silueta, puesto que las luces del

restaurante han dejado de alumbrarlo, me apresuro y me acerco a él encargándome de hacer ruido para no sobresaltarlo.

—¿Lo has pensado mejor? —pregunta sin pararse y sin mirar atrás.

—Eso parece.

—Bien.

No se detiene, y yo intento dar zancadas largas, pero soy pequeña y él muy alto. Además, sospecho que lo está haciendo adrede. Este tío tiene un sentido del humor muy sádico. Llegamos a la arboleda, compuesta en su mayor parte por palmeras y arbustos, sin contar la vegetación salvaje que crece aquí, y lo sigo a través de un camino lleno de piedras. Pasados más de diez minutos, no aguanto más.

—¿Adónde vamos? —pregunto.

—A ningún sitio en especial.

—Ah, genial. Y ¿podríamos a ir a ningún sitio en especial, pero con luz?

—Oigo su risa entrecortada y elevo las cejas, porque no lo he dicho de broma

—. ¿Lorenzo?

—Sí, de acuerdo, iremos a un sitio con luz.

Resoplo cuando me doy cuenta de que me está tratando con condescendencia y pienso, no por primera vez, que Dani tendrá muchas cosas buenas que decir de él, pero a mí con actitudes así no termina de convencerme, la verdad.

—¿Sabes una cosa, Lola? —pregunta después de unos minutos.

—Dime. —He logrado ponerme a su lado, pero si acelera un poco, volveré a quedarme atrás.

—No encuentro un sitio con luz. De hecho, estoy rezando para que sepas volver, porque estoy andando sin mucho rumbo.

Me mira y, aunque no puedo vislumbrar mucho de su rostro, sé que habla completamente en serio. Me echo a reír sin poder remediarlo porque, a ver, pensaba que conocía esto como la palma de su mano. Cuando me doy cuenta de que Lorenzo no se ríe, carraspeo y palmeo su brazo.

—Tranquilo, hombretón, yo te llevaré a casa sano y salvo.

—A ver, que, si me pusiera, encontraría el modo de regresar. Esto tampoco es que sea una selva. De hecho, el trabajo del ayuntamiento deja mucho que desear.

—¿Lo dices como arquitecto o como hombre con el orgullo herido porque se ha perdido?

—No me he perdido. Simplemente, no sé hacia dónde vamos.

—Eso se llama «perderse».

—O tener un espíritu aventurero.

Me río de nuevo y asiento, dándole la razón, porque tengo que reconocer que, al menos, es ingenioso. Una cualidad que yo valoro muchísimo.

—Iremos a la orilla del mar y meteremos los pies en el agua.

—¿Por qué?

—Porque yo te he seguido hacia la nada y ahora tú tienes que hacer lo mismo.

—Llamar «la nada» a un jardín descuidado es un poco exagerado, pero ya te voy conociendo y sé que eres así.

—No empecemos, Fonsi, que te me sales del camino.

—En realidad, no. Puede que no sepa dónde estamos, pero me aseguro de no pisar la vegetación, por cutre que me parezca.

Suelto una carcajada y le doy un empujón con todas mis ganas, porque yo, a veces, si me emociono, me vuelvo un poquito bruta. Lorenzo se mueve del sitio, tropieza y maldice mientras yo me río con fuerza y echo a correr, retándolo a pillarme.

—¡El último que llegue a la orilla le debe un helado al otro!

Lorenzo me grita algo, pero no lo oigo, porque el mar suena con fuerza y el viento empieza a soplar también con ganas. Mi pelo se balancea al ritmo de mis zancadas, la humedad de la arena llega a mí e inspiro hondo mientras sonrío y cierro los ojos, deseando poder meterme en el mar justo ahora. Quiero darme un baño desnuda, nadar hasta agotarme y que alguien ponga,

por obra y gracia, un nórdico mullido en la orilla para envolverme en él cuando salga y quedarme aquí toda la noche, mirando las estrellas y pensando en lo genial que es este sitio.

Nada de eso pasa. Bueno, sí, llego a la orilla, mis pies se sumergen en el agua y, cuando una ola rompe y salpica mis rodillas, me río, intentando recuperar la respiración, y miro atrás, a Lorenzo, que acaba de llegar a donde estoy, pero se ha quedado unos pasos por detrás.

—Para ser tan pequeña, corres muy rápido.

—Es que no se trata de proporción, sino de potencia.

Él sonríe y juraría que he visto sus dientes blancos brillar, aunque sé que es imposible porque estamos rodeados de oscuridad, que, si no es absoluta, es porque la luna hoy alumbra con fuerza y del restaurante llega algún que otro destello, aunque quede bastante lejos.

—Eres una mujer potente, lo reconozco.

—¿Eso iba con segundas? —pregunto.

—Qué va. —Se ríe y se sienta de sopetón.

Entierra los dedos de las manos en la arena. No puedo evitar fijarme en lo largos que son. Sus pies lo siguen, se descalza y hace lo mismo; los entierra en la arena y, aunque no suspira en voz alta, sé que lo hace en silencio. Salgo del agua, voy a su lado y me siento mientras lo observo jugar durante unos instantes.

—Es relajante, ¿verdad?, sentir la arena colarse por cada parte de tu cuerpo, sobre todo entre los dedos —dice—. Es algo que eché muchísimo de menos los años que viví lejos.

—¿Por qué te fuiste?

—Trabajo, oportunidades, sueños sin cumplir.

—¿Por qué has vuelto?

Él para el movimiento de sus manos un instante y, después, habla.

—Ya trabajé y ya agoté las oportunidades.

—¿Y tus sueños? ¿Ya los cumpliste?

Lorenzo se encoge de hombros y sé que esa pregunta lo incomoda, porque su cuerpo se ha tensado un poco. Aun así, contesta.

—Algunos se cumplieron, otros se rompieron y otros resultaron no ser sueños, sino ideas preconcebidas de manera errónea.

—Vaya, que te llevaste más de un chasco.

—Algo así.

—Pues qué mal. Y ¿has vuelto por eso?

—He vuelto porque necesitaba sentirme en casa de nuevo. Necesitaba encontrarme con el sur de nuevo.

—¿Lo has conseguido?

Mi pregunta no le gusta, lo sé. Guarda silencio unos segundos y, cuando habla, me doy cuenta de que me he metido mucho más hondo de lo que tenía permitido.

—¿Y tú? ¿Te sientes en casa aquí?

Podría hacerle ver que la forma de pasar de mí ha sido muy descarada, pero soy de la opinión de que la gente cuenta lo que quiere y cuando quiere. No puede sentarme mal que Lorenzo haya pasado de contestar. Todos tenemos cosas dentro que no expresamos por miedo, precaución o, simplemente, falta de confianza. Entiendo su reserva, porque además Dani ya nos ha avisado de que le cuesta un poco confiar en las personas, así que sonrío y asiento sin vacilar.

—Sí, yo estoy en casa. Nunca he sentido que me faltara algo, la verdad. Al revés, si pienso en irme de aquí, dejando a mi familia o a mis amigos, experimento una angustia bastante asfixiante.

—Se os ve muy unidos.

—Lo estamos.

Él guarda silencio unos instantes y, cuando habla, me deja con la boca abierta, otra vez.

—¿Sabes que hasta hace un rato pensaba que Dani era tu novio?

Me mira con curiosidad, como si esperase ver algo concreto en mi



reacción, pero lo único que hago es soltar una carcajada y mirarlo con incredulidad.

—¿Y eso?

—No sé. El día que estuve en vuestra casa lo llevaste a tu habitación en un momento dado y, al salir, no dejabais de acariciaros. Dani habla muchísimo de ti, el baile de esta noche, los roces que he presenciado en las pocas veces que nos hemos visto..., para mí lo lógico era que fueseis pareja, no amigos.

—Nos queremos mucho, pero eso no significa que tengamos que ser algo más. Para mí Dani es como Edu, o Manu. Los quiero muchísimo, pero me da grima pensar en tener sexo con ellos.

Lorenzo sonrío, me mira con intensidad y, cuando habla, siento que mi cuerpo entero se tensa y ciertas partes de mí despiertan, exigiendo atenciones que, en este momento, no puedo darles.

—Y ¿piensas en el sexo con alguien, Lola? ¿Lo practicas? ¿O eres de esas chicas que se bastan y se sobran para recibir placer?

Abro la boca dispuesta a contestar, pero, mira por dónde, él acaba de conseguir que me quede muda.

¡Y eso sí que tiene mérito!

## Lorenzo

No entiendo qué me ha pasado. No me reconozco en las palabras que acabo de soltarle a Lola y, si lo pienso con calma, seguro que encuentro algún motivo para que me vea como un perverso, porque una cosa es bromear con una mujer y otra preguntarle a bocajarro si se tira a alguien o se conforma con masturbarse, como he hecho yo.

Juro que no pretendía hacerlo, de verdad. No he podido resistirme, ni siquiera sabía por qué lo hacía, simplemente... le he dado voz a un pensamiento que tendría que haber dejado encerrado. Si fuésemos amigos, todavía tendría una excusa, pero no así. No de esta manera.

Carraspeo y estoy a punto de disculparme cuando Lola irrumpe en carcajadas, descolocándome. Se está volviendo una experta en eso. Creo que el problema ha empezado con la aclaración de Dani de que no son novios. Algo se ha desatado y, aunque intento volver a atarlo, me está resultando imposible. No he podido resistirme a invitarla a dar un paseo, me he puesto en ridículo intentando guiarla a través de la arboleda y sin tener ni idea, luego he tenido que correr tras ella para llegar aquí y, aunque corro muy rápido, mi ropa no es la adecuada para hacerlo en una playa. Y ahora estoy aquí, deseando que Lola no empiece a insultarme cuando se le pase el ataque de risa.

—¡Guau! —exclama cuando consigue frenarse un poco—. Y Dani diciendo que te cuesta coger confianza. Si le contara esto...

—No lo hagas, por favor, ha sido una falta de respeto y lo siento mucho, pero...

—Tranquilo, Fonsi. —La fulmino con la mirada, porque odio ese diminutivo, pero ella sólo sonrío y empuja mi hombro con delicadeza—. No me molesta la pregunta, sólo me sorprende.

—Debería molestarte —digo en tono serio.

Y su risa vuelve, igual que mi incapacidad para entenderla. Cierto es que llevo tiempo sin tratar con mujeres más allá de las compañeras de trabajo, clientas o mi sobrina de quince años, pero precisamente por esta última pensaba que ya estaba listo para todo. Para ser sincero, después de tratar con ella, algunos días pienso que estoy listo para enfrentar a un maldito ejército. No quiero ni imaginar cómo se siente mi hermano, que está a diario con Alba.

—¿Por qué debería molestarme? Yo me he tomado muchas confianzas en un rato, así que está bien que te relajes y puedas preguntar cosas que te dan curiosidad. Porque tienes curiosidad, ¿no?

—Sí. —No miento, sería absurdo, pero tampoco me exployo más por miedo a acabar metiendo la pata. Otra vez.

—No tengo a nadie —dice ella como si nada—. Manu dice que voy a desgastar mi vibrador, pero no me importa, porque tengo muchos en la lista de deseos de Amazon.

La sorpresa es lo primero que me invade y, casi de inmediato, una carcajada me brota desde lo más profundo del pecho. Me siento incapaz de reprimirla y, además, hace mucho que no tengo unas ganas de reír así, a boca llena, de manera que lo dejo ir. Tanto me río que, en un momento dado, me echo hacia atrás y me apoyo en los codos mientras Lola me mira con paciencia, como si estuviera esperando que acabase para seguir.

—Perdón, perdón, es que lo de los vibradores ha sido...

—El que tengo ahora es rosa y hay una parte que tiene brillantina por dentro —dice ella en tono serio, lo que hace que mi risa vuelva.

—¿Qué parte?

—Las orejitas de conejo, ya sabes...

Esta vez mi carcajada es sonora, pero me dura sólo hasta que pienso en Lola abierta de piernas con un vibrador entre las manos, dándose placer, gimiendo, arqueándose en una cama... Que ella sea capaz de contarlo con tanta naturalidad, además, me gusta. Su cara no denota molestia, ni tampoco que esté de broma. Ella es así de sincera y no se esconde. Su semblante en este momento, además, es tan malditamente adorable que tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no quedarme embobado mirándola.

—Bien, gracias por la información. Si algún día tengo que comprar un vibrador, intentaré que tenga orejitas de conejo con brillantina dentro.

—Genial. Si lo encuentras, dímelo, igual me interesa comprar otro para mí.

Nos miramos y, esta vez, nos echamos a reír los dos. No puedo negar que ha sido una buena forma de romper el hielo entre nosotros.

—Y ¿nunca has pensado en hacerlo con Manu o Dani? Ya sabes, en plan amigos, pero con derecho a roce.

—No. Podría decir que eso acabaría con la convivencia, pero la verdad es que me resultaría demasiado raro verlos de ese modo. Puede que a veces bromeemos con el tema, pero no pasa de ahí. Sería como cometer incesto, y ellos piensan igual, estoy segura.

Asiento, creo que ya he cubierto mi cupo de preguntas íntimas por hoy, así que vuelvo a jugar con la arena que hay a mi alrededor y, cuando hablo, me sorprendo a mí mismo.

—Estaría bien que quedásemos alguna vez —digo con una seguridad que estoy lejos de sentir.

—¿Es un intento de ligar, Loren? —La miro mal y ella se ríe—. Lorenzo, perdón.

En realidad, mi propia familia me llama Loren, pero en ella queda raro. Quiero que diga mi nombre completo, quizá porque la imagino suspirando,

gimiendo y exhalando mi nombre así, con todas las letras, mientras entro en su cuerpo una y otra vez.

—Es un intento de hacer amigos —digo, porque contestar que no es un intento de ligar sería mentir, creo.

A ver, es cierto que quiero que sea mi amiga, igual que Manu, Edu y demás. Dani habla maravillas de ellos y sé que, con el tiempo, podría llegar a sentirme muy cómodo con todos. No conozco a nadie y siempre he sido muy social, aunque mi imagen de primeras no lo deje ver. Todo eso es cierto, pero hay una parte, cada vez mayor, que no puede evitar pensar qué pasaría si ella y yo nos lanzáramos en algún momento a tener una aventura.

Una locura, sobre todo porque yo no quiero nada serio con nadie, ni las complicaciones que supone empezar una relación, aunque sea sexual, con una mujer. Ha pasado mucho tiempo desde que dejé a mi ex, no la quiero, de hecho, ya antes de romper con ella estaba seguro de que no la quería, pero fue todo tan tormentoso que me prometí dejar pasar mucho tiempo antes de intentar estar con otra.

Sin embargo, aquí estoy, dando pasos en una dirección que ni siquiera yo conozco. Como antes, cuando la he guiado por la arboleda sin tener ni idea. No sé qué me pasa, pero cuando se trata de Lola, todos mis impulsos se activan, dejando a mi parte racional en ridículo.

—Estaría genial que quedásemos, sí. ¿Te doy mi teléfono? Así puedes llamarme o mandarme un whatsapp.

—Sí, vale. —Saco mi móvil, apunto los números que me dicta y la guardo en mi agenda de contactos—. Te llamaré para hacer algo un día de éstos.

—Genial. —Nos quedamos callados unos segundos y, al final, habla de nuevo—: ¿Volvemos?

Asiento, porque estar aquí más tiempo hará que se pregunten dónde estamos, y no quiero que piensen algo que no es. Que mi cuerpo no pare de pedirme más no quiere decir que tenga que dárselo. Mi cuerpo y mis deseos no siempre tienen la razón, es algo que aprendí hace mucho.

Cojo los zapatos en una mano y camino descalzo hasta llegar a la tarima de madera que nos guiará hacia el restaurante. Me los pongo mientras Lola me mira en silencio, caminamos de nuevo y, cuando estamos a punto de entrar en el restaurante, que a estas alturas parece una discoteca, ella agarra mi muñeca y me mira a los ojos.

—Me gusta el cine, los pasteles y la comida basura, pero también pasear y comer. Me gusta mucho comer. Te lo digo como posibles planes por si quieres hacer algo un día.

Sonrío sin despegar los labios y procuro no pensar que, mientras ella hablaba, yo me imaginaba besándola en cada uno de esos escenarios.

—Lo tendré en cuenta. Podríamos ir al cine, también me gusta.

—Pero en plan amigos, nada más.

—Sí, claro —digo de inmediato, aunque, sinceramente, tengo mis dudas.

Estoy a punto de seguir hablando, pero algo llama mi atención. En un lateral del restaurante, no muy lejos de donde estamos, un par de siluetas recogen una botella del suelo y escalan la pequeña loma de arena que hay por detrás del local para meterse entre los matorrales, supongo. Comienzo a caminar hacia ellos y Lola me coge de la mano.

—¿Qué haces?

—Asesinar a alguien.

—¿Qué...? ¿Por qué? ¡Espera un momento! —dice mientras me sigue a paso acelerado.

No la espero, reconozco esa silueta y, si no estoy equivocado, esta noche se va a armar una buena. Subo la loma de arena y veo las dos siluetas dirigirse al fondo. Procuro no hacer ruido, pero Lola viene detrás de mí y juro que, para lo pequeña que es, parece un elefante entrando en una cacharrería.

Me paro en seco cuando veo a la pareja besarse, reír por lo bajini y dar un trago a morro de la botella que tiene el chico entre las manos. Mi sangre se enciende y sólo puedo pensar en controlar mis instintos asesinos. Lola me susurra algo, pero ni siquiera la oigo. Me planto de unas zancadas frente a

ellos y corroboro mi sospecha. La he reconocido en el acto por el cinturón de brillos que lleva.

Ella está enredando su lengua en la del imbécil desconocido y, al darse cuenta de que está rodeada, se sobresalta, pero cuando, además, se percata de que soy yo quien la ha pillado, se pone de todos los colores. Sus ojos se abren alarmados y ahoga un gemido antes de hablar.

—¡Tito! ¿Qué haces aquí?

—Esa pregunta debería hacerla yo. ¿Qué haces aquí, Alba?

Mi sobrina balbucea algo incoherente y, cuando se da cuenta de que no la entiendo, comienza de nuevo:

—Andrés quería dar un paseo y...

—Andrés quería dar un paseo —digo yo en tono frío como el hielo mientras miro al susodicho, que parece encontrar el suelo sumamente interesante—. ¿Y Andrés tiene dieciocho años? —El chico niega con la cabeza y yo aprieto la mandíbula—. Contesta —le digo en tono seco y cortante.

—No, tengo dieciséis.

Le arranco la botella que tiene en las manos y leo la etiqueta: ron. Tampoco es que me hiciera falta leer, porque es la marca que yo mismo bebo, pero la intimidación es más efectiva si hago una especie de numerito antes.

—Y ¿cómo has conseguido una botella de ron si sólo tienes dieciséis años? ¿O es que la has robado?

—No soy un ladrón —dice él alzando los ojos y mirándome con fiereza. Tengo que reconocerle que, al menos, no se achanta—. La compré a través de un amigo en el restaurante. Él sí es mayor de edad.

—Y ¿de dónde has sacado tú dinero para una botella de ron del restaurante? Porque son bastante caras.

—Tito, por favor... —susurra Alba—. Sólo queríamos dar un par de tragos.

—Alba, tú mejor no te metas, porque ahora voy a empezar contigo, y lo

último que necesitas es buscarte más problemas de los que ya tienes.

Ella, que tonta no es, cierra la boca y mira con desesperación al tal Andrés. Entiendo que esté asustada, pero vamos, debería saber que no soy un hombre violento. Claro que los adolescentes son dados a magnificarlo todo, así que igual está pensando que voy a colgarlo por los huevos de una palmera.

Ganas no me faltan, eso es verdad, pero de tener el pensamiento a hacerlo realidad, en este caso, va un trecho largo.

—¿No vas a contestar? —le pregunto a Andrés.

—Tengo dinero. Mis padres me dan una buena paga. ¿Eso es delito?

—No, eso no, pero beber alcohol siendo menor de edad y, además, ofrecérselo a una chica con quince años, sí.

—No se lo he ofrecido. Ella me lo ha pedido.

No dudo que sea cierto, mi sobrina está atravesando una etapa rebelde que trae de cabeza a mi hermano, así que dejo de seguir por ahí y asumo que en esto los dos son igual de responsables. Sin embargo, me acerco al chico y me cercioro de mirarlo a los ojos antes de hablar.

—Escúchame bien, Andrés, si me entero de que vuelves a comprar alcohol para beberlo con mi sobrina, me aseguraré de que la policía te busque. Te detendrán, créeme, puede que esto no te parezca un delito grave, pero si tiro de contactos puedo hacer incluso que entres en un centro de menores. Y si por casualidad consigues salir de ahí, te haré la vida imposible, me dedicaré en cuerpo y alma a hacer que te arrepientas de haber comprado alcohol y, sobre todo, de habérselo dado a otra menor. Te faltará vida para penar lo más mínimo que hagas. No me conoces, pero te aseguro que, a malas, puedo ser tu peor pesadilla. ¿Me has entendido? —Él asiente con el miedo brillando en los ojos y yo señalo el restaurante—. Largo.

Se va corriendo y se lleva la botella consigo mientras Alba me mira con los ojos empañados de lágrimas. Ya no está avergonzada, sino furiosa. Lo noto en la forma que tiene de entornar los ojos y apretar la mandíbula, pero



me da igual. Por supuesto, ni tengo los contactos necesarios para encerrar a un niño en un centro de menores por beber alcohol, ni voy a dedicarme a joderle la vida a nadie, por mal que me caiga, pero eso el tal Andrés no tiene por qué saberlo y mi sobrina, tampoco. No soy partidario de educar a los niños con miedo, pero Alba necesita saber que alguien está poniendo pie en pared en sus salidas de tiesto.

—¡Es mi novio! —exclama saltando tal como esperaba—. ¡No tenías ningún derecho a amenazarlo, y pienso contárselo a mi madre!

—Hazlo, por favor. Dile también lo del morreo y el alcohol.

—¿Qué pasa? ¿No puedo besar a nadie? ¿Es delito, también?

—No, eso no es delito, pero, aun así, deberías hacerlo con cabeza.

—¡Lo estaba haciendo con cabeza!

—No lo parecía.

—Si Andrés me deja por tu culpa, te voy a odiar hasta que me muera.

—Bien, si Andrés te deja, no será por mi culpa, sino porque es un cobarde que casi con seguridad sólo quería que bebieras para poder meterte mano con más facilidad.

Alba me mira con los ojos muy abiertos y me siento mal, porque lo que he dicho es muy grave, pero es que creo firmemente que es lo que pretendía. No es mi instinto sobreprotector, es la realidad. Tiene dieciséis años, ha comprado alcohol por medio de alguien mayor y la estaba llevando a unos matorrales. Puede que sólo quisiera robarle unos besos castos a Alba, pero lo dudo mucho, tal como está la vida. Y si soy un alarmista, pues bueno, será cosa de la preocupación.

—A lo mejor era yo la que quería meterle mano. ¡A lo mejor quería follármelo incluso! ¿Quién eres tú para decirme que no puedo?

—¡Tienes quince años! Ni siquiera deberías estar hablando con esas palabras.

—¿Qué palabras? ¿He dicho «follar»? ¿Eso te ofende? —dice con desprecio y riéndose con sarcasmo.

—No deberías hablar así, Alba. El sexo es algo muy serio.

—¿De verdad? —Vuelve a reírse y eleva las manos—. Pues oye, ve y cuéntales esa milonga a mis padres, para empezar, porque estaban follando en el despacho hace sólo media hora.

Aprieto la mandíbula y veo el dolor en sus ojos. La incompreensión, la rabia, las ganas de rebelarse. Y ¿acaso puedo culparla? ¿Cómo le explico a mi sobrina de quince años que no debe tomarse el sexo a la ligera, si sus padres le demuestran con su actitud todo lo contrario? Me froto los ojos con cansancio mientras ella empieza a llorar y me odio un poco, porque no sé gestionar esto, maldita sea. No sé tratar con adolescentes, no las entiendo, no sé cómo ayudar a Alba y, desde luego, no tengo la fórmula mágica para borrar todo el dolor que siente, pero, aun así, ha hecho algo mal y tiene que entenderlo.

—Que los demás, incluidos tus padres, actúen como idiotas, no significa que tú tengas que imitarlos. Eres más lista que todo eso. Eres mejor que ellos, Alba.

—Si mi madre puede saltarse a la torera incluso el odio que siente por mi padre, yo puedo dar un trago a una botella de ron y acostarme con mi novio. Y no eres nadie para impedírmelo.

—No, desde luego que no. No soy tu sombra, no puedo estar encima de ti las veinticuatro horas, pero piensa en esto. Si detestas cómo actúa tu madre, ¿por qué quieres imitarla? —Ella abre la boca para decir algo, pero sólo le sale un sollozo. Frunzo el ceño y estiro una mano para acariciar su mejilla, con miedo de que me lo impida. Por suerte, no lo hace—. Sé que estás dolida y tienes derecho, cariño, pero actuar así sólo te llevará a sufrir más. Puedes beber con el tal Andrés, pero eso no te ayudará a entender mejor lo que pasa a tu alrededor. Puedes incluso acostarte con él, pero el motivo no debería ser nunca el rencor. El día que mantengas una relación sexual con alguien, el único motivo que deberías tener presente es el deseo verdadero. El respeto, la

confianza, la seguridad. Si no sientes nada de eso, sólo sumarás algo más a esa lista de cosas que te hacen sufrir día tras día.

Ella solloza, asiente y se va sin decirme nada, mientras yo me quedo aquí pensando en lo difícil que es todo esto, en mi hermano, en África y en cómo están perjudicando a su hija.

La adolescencia es muy difícil, sí, lo sé, igual que sé que los adolescentes tienden a exagerarlo todo y a hacer drama de cualquier cosa, pero, en el caso de Alba, si encima de todo le dan motivos, su vida corre el riesgo de convertirse en un desastre.

Sé bien lo que puede hacer una mala decisión con una persona, más si no se tiene la madurez suficiente, como es su caso. Quiero ayudarla, pero estoy tan perdido que no sé ni por dónde empezar.

—Lo has hecho genial —susurra la voz de Lola a mi espalda.

Me giro sorprendido, porque pensaba que ya se habría ido hace rato, sobre todo teniendo en cuenta que ha guardado silencio todo el tiempo.

—Gracias, pero no lo creo. Me siento como un inepto.

—Es lo que consiguen los adolescentes y los problemas familiares —susurra ella—. ¿Sabes una cosa? Dentro de esa quedada que tenemos pendiente, también entra la opción de tomar una copa y hablar.

—¿Hablar? ¿De qué? ¿De cómo mi hermano está jodiendo a su propia hija sólo porque no es capaz de superar su separación? ¿De cómo África es tan egoísta que únicamente le importa joder a mi hermano, para bien y para mal? ¿De que mi sobrina de quince años me ha hablado de tener sexo y emborracharse con una frialdad que me asusta? —Suspiro y me paso una mano por el pelo mientras niego con la cabeza—. No son temas agradables.

—No, pero son temas que tocan los amigos, y nosotros queremos ser amigos, ¿verdad?

Me encojo de hombros y la miro con seriedad.

—No soy bueno abriéndome, ni siquiera con amigos.

—Entonces quedemos para beber y hablar de sexo, pero quedemos.

Sonríe y se aleja contoneando las caderas y despertando el deseo que he conseguido retener sólo los minutos que ha durado la escena con Alba.

Me acerco la botella de ron a los labios, doy un trago largo y pienso que esta noche ha sido tan surrealista que creo que, llegados a este punto, lo mejor que puedo hacer es marcharme a casa y descansar.

Y, si de paso consigo no soñar teniendo sexo con Lola Bravo, o usando su vibrador, o haciéndome sexo oral, o cualquiera de mis otras fantasías, mucho mejor.

Vuelvo con mi familia justo a tiempo de ver a mi abuela coger en brazos a Sara, que se ha quedado dormida. Alexia no está, y Edu apura su copa mientras se pone de pie, así que supongo que la fiesta se ha acabado.

—Ey, ¿dónde está Alexia? ¿Y Manu y Dani? —pregunto acercándome.

—Alexia, en el baño; Manu ha ligado, y Dani se ha ido antes que Lorenzo y tú y no ha vuelto, así que supongo que también. —Mi hermano me mira entornando los ojos—. ¿Y tú? ¿Dónde has estado?

—Con Lorenzo.

—¿Con Lorenzo? —pregunta elevando las cejas.

—Sí, con Lorenzo. ¿Qué pasa?

—¿Te has liado con él?

—¡No!

Reconozco que he sonado ofendida, pero, por dentro, he pensado que ojalá, porque Lorenzo ha resultado ser bastante simpático en la intimidad. A ver, no es que en grupo no lo sea, pero está todo ese rollo de ser más estirado. Estando a solas, he podido ver a un hombre que sabe bromear y, sobre todo, que puede hacer preguntas muy... interesantes. No me digas que lo del vibrador no ha sido para partirse de risa. Claro que yo, en silencio, he deseado que se ofreciera a sustituirlo, pero eso es porque él es prácticamente perfecto en cuanto a físico se refiere y yo llevo demasiado tiempo sin catar el sexo. Reconozco también que, cuando le he dado mi número de móvil, he deseado que me llame alguna noche en plan desesperado diciéndome que no

puede imaginar vivir un día más sin que me abra de piernas. Bueno, esto, pero dicho de una manera más dulce, que yo es que soy un poquito bestia.

Eso no pasará, pero, oye, tener otro amigo nunca va mal. No siempre tengo que salir con mis chicos, ¿no? Hay que abrir horizontes.

—Y, si no os habéis liado, ¿por qué te has ido con él?

—Hemos dado un paseo, hemos charlado y hemos vuelto. ¿Qué tiene eso de malo?

Miro a mi abuela, que sigue ajena a nuestra conversación y está entretenida pasando su rebeca por encima de Sara. Edu me mira dudando, pero me conoce demasiado bien y se ha aprendido todos mis gestos, así que sabe de sobra que, cuando miento, me muerdo la mejilla por dentro. Después de unos segundos asiente y sonrío clavando la vista en alguien por encima de mi hombro. Me jugaría una teta a que ese alguien tiene el pelo castaño y los ojos azules y, cuando me giro, sonrío complacida de tener razón. Alexia ha vuelto y nos sonrío con esa dulzura que la caracteriza.

—¿Nos vamos? —pregunto.

—Sí, nosotras sí, porque Sara se ha dormido, pero si queréis quedaros no tengo problemas. Podéis darme la llave y...

—Nos vamos todos —dice mi abuela acercándose—. Mañana tengo grandes planes para vosotros y os conviene estar despejados.

—Y ¿qué pasa con Dani y Manu? —pregunta Edu.

—Oh, déjalos que disfruten, mañana se acordarán de esta noche, os lo prometo.

Me río maquiavélicamente, porque conozco esas frases de mi abuela y sé que mañana, como tengan resaca o falta de sueño, lo van a pasar muy mal. El problema es que me atraganto con mi propia saliva y, por poco, muero aquí de la manera más tonta mientras mi abuela pone los ojos en blanco, Edu sonrío con condescendencia y Alexia me da palmaditas en la espalda. Es más mona, mi proyecto de cuñada...

Cuando el ataque pasa, por fin, nos vamos a casa y nos acostamos. Mi

abuela reconvirtió mi dormitorio en el cuarto de meditar y hacer yoga, pero, por suerte, no quitó la cama nido en la que dormía de pequeña, así que, después de convencer a Alexia de que lo mejor es que ella durmiera en la cama de la *abu* Carmen con la pequeña Sara, mi abuela y yo nos vamos a mi antiguo dormitorio. Nos metemos cada una en una cama y, cuando estamos a punto de apagar las luces, la oigo:

—Me gusta esa chica. Espero que ni ella ni tu hermano se hagan sufrir demasiado antes de dar el paso de estar juntos. Sobre todo por la pequeña Sara.

La miro con los labios entreabiertos por la sorpresa y me pregunto, no por primera vez en mi vida, si mi abuela Carmen es medio bruja. Siempre lo he pensado y, aunque de mayor el pensamiento de que simplemente es una mujer con experiencia en la vida ha ganado fuerza, hay momentos en los que es inevitable que me lo plantee.

—¿Cómo sabes tú que...?

—Porque más sabe el diablo por viejo que por diablo, niña. Buenas noches.

Da media vuelta, apaga la luz y yo me quedo aquí, mirando su silueta en la oscuridad y pensando que mi abuela Carmen es la mejor del mundo.

El despertador suena a las siete y media. Protesto lo indecible, pero mi abuela me promete churros, así que muevo el culo y me arrastro hacia la cocina. Edu, Alexia y Sara ya están allí.

—Buenos días —murmuro—. ¿Cómo habéis dormido? —le pregunto a Alexia.

—Muy bien —dice ella por señas, para que Sara la vea. La mira y le sonrío—. ¿Has dormido bien?

—Sí —dice la niña con las manos.

Sonrío y beso su cabecita antes de ir hacia la cafetera y servirme en una jarra de cerveza de medio litro.

—Eres una exagerada. Un día tanto café te dará problemas —dice mi abuela detrás de mí.

—Quiero churros —respondo ignorándola.

Ella se ríe entre dientes y saca la masa de la nevera.

—¿Dónde están Zipi y Zape? —pregunta mientras prepara el aceite para freírlos.

—Dormidos, pero no los oí llegar —contesta Edu.

Alexia lo mira asombrada en el acto, pero cuando mi abuela y yo estallamos en carcajadas, se relaja y se ríe. Mi hermano es un cachondo.

—Yo sí que los oí —dice ella—. Tropezaron con algo, rompieron algo y escondieron algo. —Hace un mohín y nos mira con culpabilidad—. Ahora me he convertido en una chivata.

—Esas cosas no las tenemos en cuenta en esta casa, tranquila. Puedes delatar a quien te dé la gana. Nuestra premisa es no tener secretos. Si los tienes y te pillan, la culpa es tuya.

Alexia se ríe con las palabras de mi abuela y yo sonrío encantada, porque tiene razón, pero también sé que lo ha dicho, en gran parte, para que ella se relaje. Y eso que desde ayer parece otra. Habla y se ríe sin preocupación, creo que ya no se siente como una intrusa, o eso espero, porque quiero que vuelva aquí muchas veces, y me juego el culo a que Edu está pensando lo mismo que yo.

—¿Podemos despertarlos con agua helada? —pregunta mi hermano.

—Dios, qué maligno es eso, ¿no? —le contesta Alexia.

—A veces tengo un puntito de maldad muy interesante.

¿Eso ha sido una sonrisa bajabragas? Miro a Alexia y, cuando la veo suspirar con disimulo, sonrío, porque sí, lo ha sido. Parece que por fin alguien va a lanzarse...

Al final no hace falta echarles agua fría a Manu y a Dani, porque aparecen dando tumbos y se dejan caer en un par de sillas mientras bostezan, se frotan los ojos y suplican por un café. Me levanto y sirvo dos tazas más de medio



litro. Las jarras cerveceras son de lo más útiles en esta casa. Ellos me lo agradecen con suspiros resacosos.

—¿Valió la pena? —pregunto.

—Sí —dice Manu.

—No —contesta Dani al mismo tiempo—. Toda la noche intentando pillar algo y sólo he conseguido fijarme en una divorciada que sigue tirándose a su ex y en una chica con novio, que además me dejó muy claro que iba a partirme la cara si osaba mirarla de nuevo. Menos mal que en mi huida como un buen cobarde me encontré con Lorenzo, que salía del restaurante para ir a casa. Lo convencí de que se quedara y estuvimos juntos hasta las tantas. Menuda cogorza.

—¿Él también se emborrachó? No pensé que fuera de éstos —pregunto de manera inevitable.

Y es que, me guste o no, imaginarlo de fiesta con Dani me revuelve algo desagradable en el estómago, porque sé cómo es mi amigo. Le encanta acabar la noche con una mujer y, por alguna razón, no quiero que Lorenzo sea igual. No parece un mujeriego empedernido, pero...

—Teniendo en cuenta que lo has visto unas pocas veces, no sabes cómo es —contesta Dani.

—No te creas, anoche estuvo con él «dando un paseo» —dice mi hermano.

Y, sí, hace el gesto de las comillas con las manos, porque se ve que se ha levantado gracioso.

—¿Qué? ¿Con Loren?

—Se llama Lorenzo —lo corrijo.

Mi abuela da un palmetazo en la mesa, frente a Manu, que acaba de dar una cabezada de la manera más tonta.

—Yo lo llamo Loren —sigue Dani.

—Pues no le gusta, no deberías.

—Déjate de chorradas. ¿Estuviste con él?

—Sí, pero sólo dimos un paseo y charlamos. ¿Qué tiene de malo?

—Hombre, algo tendrá, cuando no me ha dicho nada.

—Y ¿por qué tendría que contártelo, según tú?

—Vivimos juntos, eres como mi hermana. Debería contármelo y tener presente mi opinión al respecto.

—¿Debería tener presente tu opinión para dar un paseo conmigo? —Él asiente y yo suelto una carcajada—. Madre mía. ¡Abuela! A éste no le hagas churros, que viene del Paleolítico y va a salir a cazar un bisonte o algo así, ligerito, para desayunar.

Todos se ríen. Todos menos Dani, que se ve que la resaca no le está sentando nada bien. A ver, que sí, que es muy sobreprotector con todos, no sólo conmigo, pero no le he visto hacer un interrogatorio a Alexia. Además, que Lorenzo y yo no hicimos nada, pero si así fuera, él no tendría derecho a meterse y punto.

—¿Por dónde disteis el paseo? —pregunta de nuevo.

—Fuimos a África a nado y volvimos. ¡Que me dejes en paz!

Él hace una mueca de disgusto y mira a Manu y a mi hermano, pero el primero está muy ocupado intentando no dormirse y el segundo está jugando con Sara a dibujar sobre una servilleta, así que no le hacen ni caso. Mi abuela, sin embargo, se planta frente a él y lo señala con un dedo.

—Tienes que dejar que los demás hagan con su vida lo que quieran, Daniel. Entiendo que la quieres y que te preocupas por ella, yo también, pero no por eso me creo dueña de decisiones que, como adulta, sólo le corresponden a ella.

Estoy por levantarme, aplaudir y hacerle la ola. Qué mujer más sabia. Cuánto mola la *abu* Carmen. Dani se da cuenta de que tiene razón porque me mira con culpabilidad, y yo le sonrío para hacerle ver que no pasa nada. Entiendo que se preocupe por mí, es muy sobreprotector y no es la primera vez que tenemos una discusión por eso. El problema es que al revés pasa igual. De hecho, me extraña mucho no estar de morros por Alexia, pero es

que ella me encanta y es sorprendente porque, hasta ahora, he sido incapaz de imaginar una mujer que estuviera con alguno de mis chicos y me cayera bien. Supongo que es cuestión de que ellos encuentren a la correcta y yo asimile que no tengo derecho a opinar. Eso sí, espero que vayan poco a poco y que la que encuentren Manu o Dani me entre por el ojo, o pasaré a vivir en el Paleolítico yo también.

Desayunamos churros y, cuando acabamos, mi abuela nos informa de que ha alquilado unas tablas y nos vamos a hacer surf. Doy un grito de felicidad, porque me encanta surfear y, además, el viento que hace hoy invita a ello. Alexia nos mira con cara de espanto y nos dice que no sabe y que se quedará en la arena, pero no le hacemos ni caso y, cuando llegamos, le damos una tabla y un traje de neopreno.

—Sara vendrá conmigo, que tengo más experiencia —dice Edu—. ¿Te parece bien?

—No vas a hacer surf con mi hija —contesta ella con cara de pánico.

Nos reímos y Edu niega con la cabeza.

—Haré paddle surf. Tendrá su neopreno, su chaleco salvavidas e iré muy muy lento. Será como un paseo en barca.

—No es una barca, es una tabla, Edu.

—Tranquila, confía en mí.

Ella se muerde el labio, mira a la niña, que está ocupada jugando con las cuentas de la pulsera de mi abuela, y, al final, asiente y sonrío.

—Confío en ti —susurra.

Edu sonrío agradecido y yo también, porque sé que esto era importante para él y Alexia ha demostrado, una vez más, que está dispuesta a dar pasos en su dirección.

Nos preparamos, nos vestimos y nos vamos a la playa.

Ya en el mar, Manu no hace más que caerse, Dani surfea bien, pero porque él siempre lo hace de maravilla, mi abuela es directamente la mejor de todos, Edu rema con suavidad por el agua mientras Sara ríe y aplaude y

Alexia lleva colocada boca abajo en la tabla desde que hemos entrado en el agua.

—La finalidad de esto es que te pongas de pie y surfees —le digo sonriendo.

—Estoy bien, gracias.

—Pareces Rose agarrada a la tabla del *Titanic*.

Ella se ríe un poco y se muerde el labio mientras mira a un lado, donde están Edu y Sara.

—¿Crees que es seguro?

—Lo es, y Sara se lo está pasando de maravilla.

—Eso sí.

—¿Qué me dices? ¿Nos levantamos y hacemos el intento?

Ella suspira, me mira y asiente, así que empezamos a intentar coger olas. Se cae muchísimas veces, pero, pasado un rato, consigue relajarse y disfrutar de la sensación de estar en el mar tratando de atrapar olas. Puede que el surf consista en ponerse de pie y deslizarse por las olas, pero, personalmente, creo que también consiste en disfrutar de caerte, levantarte e intentarlo de nuevo. Al final te cansas tanto que sales del mar con una relajación que te dura ya todo el día.

Alexia debe de pensar como yo, porque, cuando damos por finalizada la mañana de deporte, se ríe a carcajadas y no deja de hablarle a Edu de todo lo que ha hecho. En realidad, no deja de contarle todas sus caídas, pero él sonrío y la mira como si le estuviera contando que ha subido al Everest haciendo el pino puente.

Llegamos a casa, comemos y, cuando voy a preparar la mochila para volver a la ciudad, recibo un whatsapp de un número desconocido.

Soy Lorenzo, ¿sigues en el pueblo?

Corto y preciso, muy de su estilo. Sonrío, grabo su número en la agenda y le escribo a toda prisa.

Sí, salimos en breve, ¿por?

Su respuesta es inmediata:

Vente conmigo a la ciudad. Tengo café y no quiero hacer el camino de vuelta solo.

Me pongo nerviosa, pero me recuerdo de inmediato que quedamos en ser amigos. Esto no es nada raro, sólo querrá charlar y hacer el camino acompañado. Además, tiene café y eso siempre es un aliciente, porque después de la mañana de surf necesito activarme de nuevo, así que sonrío, contenta de haber encontrado una excusa para aceptar, y le pido que me recoja al cabo de media hora. Le mando mi ubicación y salgo del dormitorio con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué pasa? ¿Has encontrado una seta alucinógena en tu cuarto? —pregunta Manu—. ¿Me das?

—Tú no tomas drogas.

—Mi droga son las mujeres. Anoche estuve con una rubia que me hizo con la lengua un...

—Para, Manuel, por favor. Si sigues, igual vomito los churros, y sería una pena.

—Mi historia también iba de churros. De uno enorme y...

Hago el gesto de vomitar y le doy un empujón mientras entro en el salón con sus risas de fondo. No digo que me voy con Lorenzo porque, si no, van a estar dándome la lata con preguntas tontas hasta que él llegue, así que dejo que el tiempo pase y, cuando oigo el sonido de un claxon, sonrío y cojo mi mochila mientras mi familia me mira extrañada.

—Chicos, os veo en casa. Me voy a la ciudad con Lorenzo.

—¿Qué...? —pregunta Dani—. ¿Qué significa eso?

—Significa que voy a subir este bonito pandero en el coche de Lorenzo.

—¿Está ahí fuera?

—Sí, pero...

Dani sale disparado y yo abro la boca de par en par, porque no puedo creerme que esto esté pasando de verdad. Mi abuela lo sigue, Sara sigue a mi abuela, porque se ve que la encuentra tan genial como nosotros ya, Alexia sigue a Sara, Edu la sigue a ella y Manu resopla y nos sigue, pero porque no hacerlo ya quedaría mal. Parecemos una maldita procesión y no puedo imaginarme la cara de Lorenzo cuando vea a todo el mundo pendiente de él.

—¿Qué significa que vas a irte con Lola hasta la ciudad? —pregunta mi amigo en cuanto lo ve.

Yo estoy demasiado ocupada babeando. Lleva un vaquero y una camiseta blanca y lisa de manga corta. Nada especial, pero verlo vestido de manera informal me ha puesto a cien. O será que no lo esperaba. De todas formas, es más la postura que tiene lo que me hace pensar en lo buenísimo que está. Hasta que Dani le ha hablado, estaba apoyado en la puerta del acompañante, cruzado de pies y brazos mientras miraba el jardín de mi abuela.

—Hola, Dani. —Le sonrío a mi amigo con naturalidad, como si éste no estuviera mirándolo mal—. ¿Qué tal?

—¿Por qué no me dijiste que estuviste paseando con Lola?

—No pensé que tuviera que hacerlo.

—Creí que éramos amigos.

—Y yo, pero no entiendo por qué debería contarte algo así. —Nos mira a todos y frunce el ceño por primera vez—. ¿Te supone un problema?

—Que vayáis a pasear, no, pero que me lo ocultes, sí.

—No lo ocultaba, Dani.

—¿Seguro?

—Seguro. Di un paseo con Lola y no te dije nada porque no fue importante. ¿No eras tú el que quería que me hiciera amigo de tus amigos? ¿Has cambiado de idea?

Dani duda unos segundos y, al final, parece que le llega el entendimiento divino y sonrío, relajando los hombros.

—Esta resaca está siendo una mierda. Siento haber sido tan capullo.

Lorenzo sonríe y asiente, como si no pasara nada, y yo me cabreo, porque, a ver, a m ı no me ha pedido perd on y esta mañana me ha armado el l ıo, pero bien. Me parece superinjusto y...

—Eh, Lolita —dice Dani poniéndose delante de m ı—.  Me perdonas?

—Has sido un mamón.

—S ı, pero me he puesto celoso. —Abro la boca de par en par y él se encoge de hombros—. Supongo que Lorenzo era ajeno a nuestra familia hasta ahora y quería conservar su amistad para m ı un poco mías.

Vale, ahora s ı que abro la boca.  Todo esto es porque est  celoso por Lorenzo, en vez de por m ı?

No me gusta que se ponga como un hermano sobreprotector, pero creo que me gusta aún menos que quiera quedarse a Lorenzo para él solo.  Es imposible! Lorenzo debería ser patrimonio de la humanidad únicamente por lo bueno que est , aunque estoy segura de que Dani vomitar a si le hablara de su físico, porque él se refiere a su amistad.

—No pens  que fuera un problema para ti compartir a tus amigos del trabajo con nosotros. T  nos trajiste aqu ı y tú eres quien nos ha unido.

—Lo s e, y estoy contento, de verdad, pero entiende que a veces necesito mi espacio. Me encanta mi vida con vosotros, pero siento que lo compartimos todo, absolutamente todo. Da igual lo que yo tenga porque una parte os pertenece de manera irremediable. Y est  bien, me gusta que sea as ı, pero también me gustaba pensar que tenía a alguien ajeno a nuestro piso y que, aunque os hicierais amigos, yo iba a estar por delante. —Frunce el ceño y chasquea la lengua—. Es un pensamiento inmaduro, egoísta e impropio de m ı.

Lo abrazo y beso su cuello porque no creo que sea inmaduro. Yo misma me he sentido celosa de las personas que comparten sus vidas muchas veces. Es cierto que no tengo la necesidad de tener un amigo fuera de nuestro piso, pero puedo entender que él se sienta agobiado a veces. Somos muy absorbentes, sobre todo Manu y yo, que no sabemos dónde está el límite y a

veces nos comportamos como amigos y otras como madres, novias celosas o hermanos pequeños, según nuestro estado de ánimo y la situación. Eso es algo que tendremos que manejar de alguna forma, supongo.

—Te entiendo, pero ¿te molesta que seamos amigos?

—No —dice él sonriendo—. No, al revés, me alegra. Lorenzo es genial. —Lo mira y sonrío—. Y tú..., más te vale cuidar de mi chica.

—Hasta donde yo sé, no es tu chica, pero lo haré de todas formas.

Dani se ríe entre dientes y yo también lo hago, porque a esto me refiero cuando digo que no sabemos poner límites.

—¿Podemos dejar de dar la nota? —pregunto—. Me encantaría volver a casa.

Lorenzo abre la puerta del acompañante con una gran sonrisa y yo admiro su cochazo por primera vez. No sé qué marca es, pero es negro, elegante y caro, muy caro, se nota. Me subo y me despido de mi familia con un gesto de la mano mientras ellos me sonrían. Como si me fuera un mes a la guerra o algo.

—Desde luego, el hombre que se atreva a conquistarte va a tenerlo jodido con tu familia —murmura Lorenzo cuando arranca y nos vamos.

—Sí, pero si es capaz de aguantar a esta panda de mequetrefes, es que es amor verdadero.

Suelta una sonora carcajada y acelera mientras yo pienso, alucinada, que hay risas que deberían poder guardarse en un bote de cristal para no olvidarlas nunca.



Lorenzo conduce en silencio, es metódico, parece calmado y, cuando me fijo en su rostro, no da la impresión de estar sufriendo la resaca del quince, así que lanzo la pregunta que ronda por mi cabeza sin pararme a pensar, como casi siempre hago.

—¿Te emborrachaste anoche?

Él me mira medio segundo y luego centra la vista de nuevo en la carretera.

—Me tomé unas copas, sí, ¿por?

—No pareces resacoso.

—No lo estoy. Me tomé unas copas y, cuando me noté mareado, paré.

—Ya, pues Dani no paró.

—Lo sé, estaba con él. —Sonrío y cambia de marcha—. En realidad, no me apetecía mucho estar de fiesta. No estaba de humor y, cuando nos separamos, pensaba irme a casa, pero me interceptó y me pidió que me quedara. No supe decirle que no.

—No pareces el tipo de hombre que tiene problemas para negarse a hacer algo que no le gusta.

Y no lo digo ni como un cumplido, ni como una especie de insulto. Lo digo porque es la verdad. Lorenzo parece seguro de sí mismo y me cuesta mucho imaginarlo dudando a la hora de decir que no a algo.

—No lo soy, pero él necesitaba un amigo, y yo quiero serlo. —Frunce el ceño y chasquea la lengua—. Eso ha sonado como si tuviera diez años y fuera el nuevo en clase, ¿verdad?

—Qué va, hombre, es normal que quieras hacer amigos. Lo contrario te

haría parecer un ogro y, con esa cara, sería un desperdicio.

Lorenzo se ríe y me mira de reajo, otra vez. Está tan guapo cuando hace eso... A ver, es que yo creo que este hombre es de esos que están guapos hasta enfadados.

—Gracias, supongo. Tú eres preciosa, pero no quiero decírtelo y que pienses que arruino nuestra amistad.

—Acabas de decírmelo.

—No, acabo de compartir un pensamiento contigo. Si en ese pensamiento había información acerca de ti y decides quedarte con ella, es responsabilidad tuya.

Me río y le doy por válido el argumento, porque es ingenioso y a mí eso me puede. Hacemos el camino charlando, le pregunto por su sobrina y me cuenta que no le habla desde ayer. Puedo ver lo mal que eso lo hace sentir y lo escucho cuando me dice que puede que amenazar a un chaval de dieciséis años no fuera muy inteligente, pero ahora lo pensará dos veces antes de beber con Alba. Yo tengo mis dudas, pero no se lo digo para no ponerlo más tenso. Su sobrina no es ningún extraterrestre; es una adolescente que ve un reto en cualquier negativa, y su tío acaba de ponerle uno enorme. Con esas edades, por lo general, adoran hacer justo lo que tú les pides que no hagan. No sé por qué son tan cabroncetes, pero en la mayoría de los casos es así. Luego está la madre que te dice que no, que su hijo es perfecto y no sabe lo que es la rebeldía propia de la edad, pero ésas son las menos y, sinceramente, sí que me parecen extraterrestres. O mentirosas. No me creo que un crío, o cría, hasta arriba de hormonas no tenga una salida de tiesto. ¡Si las tenemos los adultos! Pero bueno, esto ya entra en la intimidad de cada quien. No me voy a poner a preocuparme por los adolescentes del mundo. Yo con lo que vi anoche tengo más que de sobra hasta que el instinto maternal se me despierte.

El camino de cuarenta minutos se hace cortísimo. Cuando aparcamos siento que podría quedarme lo que queda de tarde hablando con Lorenzo,

pero no quiero abusar, así que me despido de él, le cuento que tengo cosas importantísimas que hacer y subo a casa.

Me doy una ducha, me pongo el pijama, me siento en el sofá y cojo la tableta para entrar en Amazon, a ver qué hay. Compro unos tenedores para comer caracoles con buenas valoraciones. A mí los caracoles no me gustan, pero di tú que un día se me planta visita y adoran comer caracoles. Estaría feísimo no poder complacerlos. Luego me quedo embobada con un robot de limpiar que pasa la mopa, aspira ¡y hasta friega! Qué pasada. Ojalá me sobrarian casi trescientos euros, porque tiene más de ochocientos comentarios y cuatro estrellas y media. Eso es que debe de ser bestial.

Manu y Dani llegan a casa y me cuentan que Edu cena con Alexia. Al parecer, ella los ha invitado a los tres, pero, según Manu, se notaba mucho que sólo quería allí a mi hermano, así que han sido buenos amigos y se han venido.

—Sólo espero que el capullo se comporte —dice Manu.

—Al revés, que no se comporte y se lance de una vez. Edu necesita un polvo. —Miro mal a Dani y se encoge de hombros—. Echarlo con la mujer de la que está enamorado es un extra importante.

—¿Un extra importante? Dios, qué imbéciles sois los tíos.

—Perdona, pero no nos metas a todos en el mismo saco. —Manu se sienta a mi lado y me quita el móvil de un tironazo.

—¡Eso es privado!

Él no me hace ni caso, accede a mi cuenta de Amazon, entra en la zona de pedidos y resopla.

—No lo necesitas, y lo sabes. Te juro que, como sigas así, te llevo a una reunión de éstas para desengancharte.

—¡Yo no estoy enganchada!

—¡Has comprado tenedores para caracoles, Lola! O estás enganchada o estás colgada, y no sé qué es peor.

Me pinzo el labio con fuerza, porque puede que los tenedores hayan sido

un vicio.

—Puedo cancelar el pedido, pero piensa en lo guay que quedarías comiendo ganchitos con esos tenedores tan chulos.

—O aceitunas —dice Dani—. Déjalo, ya le daremos utilidad.

Y, así de fácil, los dos se contentan con mi pedido y yo pienso, no por primera vez, que, o están igual de colgados que yo, o es que en realidad no estoy para que me encierren.

Nos pasamos la tarde tirados en el sofá, comiendo guarrerías y despotricando de las películas que hemos elegido para ver. Es una gran tradición que tenemos. Elegimos una peli que ya sabemos de antemano que no va a gustarnos y luego le sacamos todas las faltas del mundo, porque lo de ver una peli buena para decir que es buena no tiene demasiado sentido, por mucho que sea lo que hace la mayoría. Que ver una mala para decir lo mala que es, tampoco, pensarás tú, pero somos así..., otra explicación no sé darte.

Los tres primeros días de la semana pasan sin pena ni gloria. Trabajamos, comemos, discutimos, salimos. En fin, cosas típicas de compañeros de piso. Mi hermano no se tiró a Alexia, por si te lo preguntas. Es un poquito cobarde, este muchacho, pero cenaron, rieron y quedaron el lunes, que era el día libre de ella, para ir a pasear con Sara, así que volvió como en una nube. Estamos a miércoles y todavía no ha conseguido bajarse de ella, así que el paseo debió de ser muy bueno. Por el camino que lleva, cuando por fin se acuesten juntos se pasará un mes en los mundos de yupi.

Los tenedores de caracoles llegaron y molan mucho, aunque sólo los usáramos la primera noche para comer patatas y taquitos de queso.

Y ahora, vamos a lo importante, porque es miércoles por la noche, estoy metida en la cama y Lorenzo acaba de escribirme un whatsapp que no sé bien cómo contestar, principalmente porque ha empezado con la imagen de un vibrador enorme, rosa y con cierto parecido a un delfín. Se compone del pene de imitación, que tiene dentro unas perlas plateadas que lo hacen parecer

estrambótico al máximo, y un poco más abajo hay una especie de cabeza de delfín de silicona que sirve para masajear el clítoris. El mensaje dice lo siguiente:

Lo vi y me acordé de ti.

Suelto una carcajada, porque no me esperaba esto por nada del mundo, y le contesto:

¿Me estás diciendo que tengo cara de vibrador? ¿O que piensas en mí usando estas cosas? Te agradezco la foto, pero me da grima imaginar a un delfín comiéndome el clítoris. Además, si no es de Amazon, no tiene más de cuatro estrellas y más de diez valoraciones, no me sirve.

Su respuesta se hace esperar un poco, pero cuando llega me deja alucinada y divertida a partes iguales.

Mejor, es de AliExpress, la aplicación por excelencia para comprar chorradas.

¿Y te fías de una aplicación llena de virus para comprar? Además, hay muchos farsantes ahí, luego a saber qué te llega.

Se conecta, me lee y tarda unos instantes en contestar, pero al final lo hace, para mi alivio, porque esta conversación, de pronto, está siendo lo mejor de todo el día. De toda la semana, si me apuras.

En AliExpress puedes encontrar mil mierdas que te decepcionen al llegar a casa si no te fijas en las valoraciones, pero virus, que yo sepa, no.

Estoy a punto de contestarle que los chicos me aseguraron en su día que sí, que AliExpress es malísima para el teléfono o la tableta. Que incluso usarla

por ordenador ponía en peligro mis datos, mi seguridad y bla, bla, bla. Esos mamones se quedaron conmigo. ¡Me convencieron de que no la usara para que no tuviera posibilidad de comprar nada! Dios, qué capullos son. Aprieto los dientes y contesto a Lorenzo.

Voy a instalarla ahora mismo. ¿Cómo se llama el vibrador? Por curiosidad.

Jajaja. Curiosidad, ya... Se llama RomeoNight Dolphin.

Suelto el móvil en la cama y me tapo la boca con las manos para que la carcajada no resuene en todo el piso. ¿Se puede ser más cutre a la hora de elegir el nombre de un vibrador, por Dios? Le escribo a Lorenzo con un montón de emoticonos. Todos los que encuentro riéndose y la flamenca, porque la flamenca del WhatsApp es que pega en cualquier conversación.

Toma nombre molón, sí, señor.

Un respeto, que tiene más de trescientos comentarios y cinco estrellas.

¡Qué me dices! Ahora sí que tengo que verlo.

Y lo hago. Me instalo la aplicación y busco el vibrador por el nombre que me ha dado. No te lo vas a creer, pero resulta que tiene razón. ¡A la gente le encanta! Además, flipa, porque vale ocho euros. ¡Ocho euros! Si fabricarlo costará eso o más, ¿no? Ay, pues yo, siendo así, quiero uno, pero antes, por si acaso, le escribo a Lorenzo.

¿Estás seguro de que no van a entrarme virus ni van a robarme todo mi dinero si meto los datos de mi tarjeta aquí?

Para mi completa estupefacción, Lorenzo me llama por teléfono. Pienso durante unos instantes si cogerlo o no, pero, al final, como no quiero quedar

como una niña, contesto. Eso sí, no hablo y dejo que sea él quien empiece la conversación.

—Siempre que te asegures de comprar algo con bastantes comentarios y estrellas, yo estaría tranquilo. Hola, por cierto.

—Hola —digo riéndome y un poco avergonzada—. Gracias por el consejo. Voy a echarle un ojo. No es que me interese comprar uno, pero, claro, a ese precio...

—Te entiendo, yo estoy pensando comprar un par de cosas. —Suelto una risita y casi puedo ver su ceño fruncirse—. ¿Qué?

—¿Quieres un RomeoNight?

—¡No! —Su carcajada es estruendosa y pienso, otra vez, en lo genial que es cuando se ríe así—. Le he echado el ojo a un llavero y un par de chorradas para adornar el piso. Nada importante.

—¿Tienes el piso sin decorar? —pregunto intrigada por saber algo más de él.

—Más o menos. En realidad, se lo tengo alquilado a mi excuñada, así que todo está a su gusto y me hace sentir incómodo.

—¿La madre de Alba?

—Sí, lo compró cuando aún estaba casada con mi hermano. Se veía a sí misma como Carrie, la de «Sexo en Nueva York», y decidió que necesitaba un apartamento para trabajar, así que compró éste en el que vivo. Y, por si te lo preguntas, apenas lo usó. Se dio cuenta de que, en realidad, no era tanta la necesidad y decidió sacarle rentabilidad alquilándolo.

—Vaya... ¿Tenía dinero para comprar un piso así, por antojo?

La risa entrecortada de Lorenzo me hace fruncir el ceño, porque esta vez se nota que no es divertida. Diría que es entre sarcástica y molesta.

—África está forrada. Es una de las razones por las que su matrimonio con mi hermano nunca funcionó. A él le va bien en el restaurante, pero nunca ha aspirado a ser más de lo que ya es. Ella siempre quiere más de todo. Más compromiso, más hijos, más dinero, más lujos... Es agotadora. —Suspira y

chasquea la lengua—. No debería hablar así de la madre de mi sobrina, pero es que es una arpía, te lo juro.

—Tranquilo —contesto con naturalidad—. Si se divorciaron fue por algo. ¿Alba está con tu hermano provisionalmente? —pregunto intentando no sonar metiche.

—Vive con él. Ella tiene una vida demasiado ajetreada, o eso dice. Al principio tuvieron la custodia compartida, pero después de que se llevara a la niña de viaje un par de veces haciendo que se saltara incluso las clases, mi hermano se puso firme. Ahora Alba va con su madre cuando le apetece, a veces dos semanas al mes, a veces un día..., la niña manda, aunque no sé si es lo más adecuado, pero ellos sabrán...

—No parece una situación fácil.

—No lo es, y ellos actúan de manera irresponsable, inmadura y egoísta, así que se complica más. —Suspira y vuelve a chasquear la lengua—. Es demasiado fácil hablar contigo. Por lo general me cuesta meses hablar de mi familia, y tú ni siquiera tienes que preguntarme para que lo suelte todo.

Sonrío y me muerdo el labio, porque me gusta que diga eso. Me gusta pensar que tengo algo especial que lo obliga a hablar conmigo. Una tontería, lo sé, pero de todas formas me hace ilusión. También pienso que es posible que Lorenzo se sienta solo a veces, porque, exceptuando a Dani y a su familia, no tiene gente con la que hablar, y dudo que con ellos se desahogue así.

—Me gusta hablar contigo —le susurro con sinceridad.

—Y a mí —dice él en tono bajo—. ¿Podré llamarte más noches?

—Siempre que veas algo tan genial como el RomeoNight en internet. —Nos reímos y carraspeo, porque creo que la conversación se ha puesto seria, a pesar de las bromas—. Al final no me has dicho dónde vives.

—En el centro —dice.

—¿En el centro de la ciudad?

—Ajá. A tres calles de ti, para ser más exactos.



—¿En serio?

—Sí.

—¡No lo sabía!

—No te lo dije.

—Dani tampoco me lo contó. Es un capullo.

Lorenzo se ríe y me dice que no, que no lo es porque no tiene tanta importancia, pero la tiene. ¡Claro que la tiene! Está aquí al ladito, yo lo hacía viviendo a las afueras y pensaba que lo vería sólo cuando quedáramos a conciencia, pero, siendo así, puedo encontrármelo incluso un día en el súper. De hecho, lo raro es que no me lo haya encontrado ya. Se lo comento y él me recuerda que lleva poco tiempo aquí y no ha salido casi nada aún. Hablamos de lo genial que es vivir en el centro, como estar cerca de todo, comprar lo que queramos en cualquier momento, hacer actividades, salir a mezclarnos con la gente... Y lo malo, como la gente borracha de madrugada dando gritos, el olor a pis en algunas calles después del fin de semana o fiestas de la ciudad en las que todo el mundo se reúne por aquí. Hablamos de eso, de su piso y del llavero con forma de rascacielos que ha pedido él. Le cuento lo de los tenedores de caracoles y se ríe, pero me asegura que le encantaría probarlos un día, y hablamos un poco más del RomeoNight y todas las variantes que hay en internet.

A la una de la madrugada, bostezo y me doy cuenta de que llevamos hablando de todo y de nada más de una hora.

—Creo que acabo de tener la conversación telefónica personal más larga de toda mi vida —le digo mientras lo oigo reírse.

—Y yo, pero ha estado bien, ¿no?

—Ha estado muy bien.

—Deberíamos dormir.

—Sí, me caigo de sueño.

—Hablamos pronto, ¿de acuerdo?

Sonrío y le digo que sí, que hablamos cuando él quiera. Cuelgo el teléfono

y suspiro mirando al techo. Hacía mucho que no sentía este revoloteo en el estómago. No estoy hablando de amor, ni siquiera de algo serio. Sé que él quiere ser mi amigo y nada más, pero yo no puedo evitar que mi cuerpo reaccione. Me siento atraída por él, por su físico, y, cuanto más lo conozco, más cuenta me doy de que su personalidad es algo que también atiza mi deseo. Es rápido de mente, inteligente, culto, divertido... ¿Cómo no iba a sentirme atraída por él?

El problema es que quiero que sea mi amigo y, si lo meto en esa zona, donde ya están Manu y Dani, no podrá salir de ahí nunca. Cierto es que por mis compañeros de piso nunca he sentido esto, ni siquiera al principio, pero es por eso precisamente por lo que tengo que pensar mucho y muy bien si quiero dejar que el revoloteo crezca o si me compensa más comprar algo que lo mate en Amazon.

Corrijo: seguro que en AliExpress hay algo y es más barato.

Por el momento, me obligo a no abrir la aplicación, o me darán las tantas mirando artículos chorras. Me tapo con las sábanas, cierro los ojos y me duermo convencida de que esta noche soñaré con Lorenzo o con el RomeoNight. De hecho, con suerte, puede que lo haga con los dos a la vez.

## Lorenzo

—Pero ¿tú para qué le cuentas nada a Lola de AliExpress?

No he hecho más que llegar al estudio cuando Dani se me echa encima.

—¿Qué?

—Esta mañana nos ha montado un pollo de alucine porque le mentimos diciéndole que no se descargara AliExpress, que tenía muchos virus. Nos ha contado que le has dicho que no es así y la has animado a comprar. — Resopla y me mira mal—. ¿Cómo se te ocurre hacer eso, insensato? ¿Tú sabes el peligro que tiene esa mujer con una aplicación así? Esto nos va a costar un disgusto y, como al final terminemos en un grupo de terapia para compradores de chorradas compulsivos, vas a acompañarla tú, ¿te enteras? Porque yo ya tengo bastante y...

—Para, para, para un momento. ¿No te molesta que hable con Lola pero sí que le recomiende AliExpress?

—Pues claro, porque lo segundo puede jodernos la vida a todos. Con lo primero no se la jode nadie. Bueno, sí, te la jodes tú, porque si le haces daño, te mato, pero ése es un tema que trataremos en otro momento.

—No voy a hacerle daño, sólo somos amigos.

Dani se ríe entre dientes y asiente.

—Ya, claro, y yo por las noches me pongo tacones, minifalda, y salgo a explorar la ciudad.

—Tienes buenas piernas, no me sorprendería tanto.

Daniel bufaba e intenta no reírse, pero no le sale. Al final opta por hacer amago de pegarme, aunque sea de broma. Me da con el puño en el hombro y me señala con el dedo índice.

—En serio, has despertado una bestia que no sé cómo vamos a calmar de ahora en adelante. Te hago responsable, así que más vale que colabores cuando la cosa se ponga fea.

—No seas exagerado. Lola es una mujer adulta, se controlará solita.

La carcajada de Dani me hace fruncir el ceño.

—En esa frase no hay una sola palabra que tenga sentido. Cuando nos llene el salón de enanitos de cerámica o cosas así, ya te lo volveré a recordar.

—Suspira y suelta su maletín sobre la mesa, porque ni siquiera lo había hecho aún, tan entretenido como estaba en echarme la bronca—. ¿Te gusta?

La pregunta no es casual. Puede que intente fingir que sí, pero no lo es, y no sé qué pensar al respecto. Sé que Dani es muy protector con Lola. Al parecer, Manu y Edu también, o eso dicen ellos, pero creo que es Daniel quien más se preocupa de cosas que no le conciernen. En este momento, por ejemplo, podría negarme a contestar. El problema es que quiero que seamos amigos, ya lo voy considerando así, de hecho, por lo que me encojo de hombros y contesto con sinceridad, pero intentando no sonar borde.

—Me atrae, pero entre nosotros no habrá nada más allá de una simple amistad.

—¿Por qué?

—No estoy interesado en una relación.

—¿Ella lo sabe?

—No se lo he dicho explícitamente, pero vamos, no hace falta, porque nosotros no tonteamos.

—Hombre, hablar hasta las tantas por el móvil un día laborable significa algo...

—Sí, significa que, como amigos, hemos conectado, o eso creo. No te montes películas, Dani. Puede que Lola me atraiga, pero no soy tonto y sé

que estar con ella sería una tontería.

Él valora mis palabras y, al final, asiente.

—Sí, en el fondo creo que sí sería una tontería, ¿sabes? Si sale bien, genial, pero si sale mal, tendríamos que cargar con una situación muy incómoda, y como pretendo que formes parte de nuestra tribu, sería un rollo.

Hay algo decepcionante en su respuesta, no sé por qué. No debería ser así. Ha dicho lo mismo que, objetivamente, debería pensar yo. Liarme con Lola sería una pésima idea, pero, cada vez que me planteo todo esto en serio, siento, aunque sea por un segundo, que sería muchísimo peor no hacerlo. Podría jurarme que resistiré, que no permitiré que nuestra amistad se desborde, pero es que siempre he sido pésimo haciendo este tipo de juramentos y soy experto en saltármelos, así que sólo voy a decir que espero que podamos hacerlo juntos. Que ella no se sienta atraída por mí ayudará, sin duda. No creo que Lola me vea como algo más que un amigo, así que me va a tocar confiar en ella para que ninguno de los dos meta la pata.

Injusto, sí, pero es que ya vengo de vuelta en la vida. Sé lo que puedo esperar de la gente, pero sobre todo sé lo que puedo esperar de mí mismo. Soy responsable, maduro y de ideas claras, o eso puede parecer desde fuera, pero desde dentro hay algo que me empuja a seguir mis instintos siempre. Por lo general, consigo retener esta rama mía, pero a veces se rebela y todo se complica. Ya lo hizo la última vez, acabé en Estados Unidos, lejos de mi familia y viviendo un infierno que sólo terminó cuando la desesperación fue tal que tuve que decidir si ella o yo, porque los dos ya no cabíamos en la misma casa, la misma ciudad ni el mismo país.

No quiero volver a pasar por eso. Ya me he sentido pisoteado para los restos. Odio esa parte de mi vida porque es la demostración de que haber sido un hombre con determinación no me libró de pecar justo de lo que pensé que no pecaría nunca. Ni siquiera voy a jugar la carta de hombre herido y resentido con su pasado, porque, si bien dolió lo indecible, no siento rencor. Ahora que todo ha acabado, lo único que siento es alivio.

Algún día encontraré a la mujer adecuada, estoy seguro. No estoy roto del todo. Tengo problemas de confianza, lo asumo, convivo con esa certeza día a día y, aunque tengo la esperanza de encontrar a alguien en un futuro, hay días en los que me pregunto si no estaré mejor así, solo. Quizá no estoy hecho para relaciones serias. A lo mejor sólo sirvo para tener sexo esporádico y ocuparme de mi trabajo y mi familia. Puedo sobrellevar eso sin sentir que se me escapa el control de las manos. El problema es que cuando pienso en mi yo del futuro y lo imagino solo, sin chica, sin hijos, o mascotas, o una casa en común, o un proyecto, sea el que sea, siento que algo por dentro se agujerea y arde. No me rindo, Alison está en el pasado desde hace mucho. Nuestra ruptura ya queda lejos y ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que sentí amor por ella, porque mis sentimientos murieron mucho antes de que todo acabara. Ése no es el problema. El problema es que no sé si, llegado el momento, seré capaz de confiar en una mujer de nuevo. No quiero ser cruel y pensar que será algo que vea sobre la marcha, porque eso significa que esa mujer en concreto sufrirá y será una especie de conejilla de Indias, ¿no? El pensamiento es un tanto miserable. No quiero hacer daño a ninguna mujer y, sin embargo, no estoy seguro de cómo debo demostrarme a mí mismo que estoy listo para seguir adelante, más que intentándolo.

Hay muchas cosas que no sé hacer, ni plantearme, pero una sí tengo clara, y es que Lola me atrae muchísimo, pero el sexo, ya sea serio o esporádico, debe quedar fuera de toda posibilidad con ella, porque si quiero ser su amigo, no puedo cagarla con una relación más personal. No sería justo para ella, ni para mí. Si me apuras, tampoco sería justo para Dani, Manu y Edu. Sobre todo para el primero, que ya es alguien importante en mi vida y en mi día a día. No quiero tener problemas con él, y sé que la amenaza de matarme si hago daño a Lola puede sonar exagerada, pero no lo es del todo. Puede que no llegue a matarme, pero estoy seguro de que, si intuyese que la he cagado con ella, me daría una paliza de la que me costaría recuperarme.

Por suerte, no vamos a tener que pasar por eso. Principalmente porque

Lola ríe y charla conmigo como si fuese un amigo más. No la veo coquetear ni nada parecido, aunque a veces dude, así que, al menos de momento, puedo estar tranquilo.

Por mi parte, no voy a dejar de llamarla o buscar su cercanía, pero porque me gusta estar con ella. Me hace reír. Su forma de ser, tan natural y alegre, hace que sienta deseos de empaparme de todo eso que ella vive y respira cada día. Quiero reír tal como ríe ella, ver la vida con sus ojos y, cuanto más la conozco, más lo pienso. Por eso, cuando recibo un whatsapp suyo invitándome a cenar para enseñarme algo genial, no puedo más que sonreír y procurar que Dani no note nada, porque algo me dice que seguiría con la charla, y soy un hombre maduro, responsable y amigo de sus amigos, pero no soy un hombre tonto y no me apetece lo más mínimo oír una ristra de advertencias/amenazas, así que me paso el día trabajando con él, afianzando nuestra amistad y deseando que llegue la hora de salir.

Llego al restaurante en el que me ha citado Lola y la veo sentada a una mesa apartada de un grupo bastante grande y ruidoso. Los mira con el ceño fruncido y no puedo evitar sonreír, porque ya me he fijado otras veces en que le resulta imposible ocultar lo que piensa. Su cara lo muestra sin ningún tapujo, lo que es genial, porque siempre es sincera, pero también peligroso, porque no se guarda nada para sí, o eso creo, y es un problema.

—Buenas noches, ¿llego tarde? —pregunto sobresaltándola.

—¡Hola!

Se levanta y me abraza con una naturalidad que me hace sonreír un poco. Me sorprende, porque hasta ahora sólo nos hemos besado las mejillas, pero supongo que, después de nuestra conversación de anoche, la confianza queda redefinida.

—¿Cómo estás? —Ella me mira y sonrío, como si acabase de preguntarle la cosa más genial del mundo.

—Muy bien, ¿y tú?

—Bien, hambriento.

—Este restaurante te encantará. Tienen cosas superricas. Es caro, pero como pagas tú, no hay problema.

Me río y nos sentamos uno frente al otro mientras elevo una ceja.

—¿Pago yo? ¿Lo has decidido tú sola?

—Somos amigos y los amigos se invitan a cenar. Hoy pagas tú y así tienes excusa para llamarme y exigirme una cena de vuelta. —Me guiña un ojo y me río de nuevo.

—Es un gran razonamiento.

—Gracias —dice en tono presumido—. ¿Cómo ha ido el día?

—Bien. Dani me ha echado la bronca de buena mañana.

—¿Y eso? Pero si no es tu jefe, ¿no?

—No, no lo es. Me la ha echado como amigo, no como compañero. No está muy contento con que te haya desmentido eso de los virus en AliExpress.

—Ay, de verdad, qué exagerado es. Le gusta un drama más que a las actrices de telenovela. Espero que le hayas dicho que no tiene ningún derecho a echarte la bronca. En todo caso, soy yo la que tiene que enfadarse con él y con el resto por mentirme, como si fuera una niña pequeña. ¿Qué piensan? ¿Que no puedo controlarme? Pues llevo todo el día con la aplicación instalada y, aparte del RomeoNight, no he comprado nada.

—¿Has comprado el Romeo? —pregunto riendo—. ¡Bien por ti!

—En vista de que tú no me lo has regalado...

—¿Qué habrías dicho si me hubiese plantado en tu casa con un vibrador enorme, rosa, lleno de perlas y con una cabeza de delfín para tu...? —Lola estalla en carcajadas y yo hago una mueca divertida—. Pues eso, habría sido raro e incómodo.

—Sí, pero me lo habría quedado de todas formas.

Nos reímos y pienso que a esto es a lo que me refiero cuando digo que quiero empaparme de Lola y de su forma de ver y vivir la vida. Acepta las



cosas de una manera tan sencilla que me deja con la boca abierta.

No voy a imaginarla con el vibrador de las narices, eso no, porque entonces tendré una erección y estoy un poco cansado de que mi cuerpo reaccione siempre de esa forma a la presencia de esta mujer. Tengo que controlarlo, igual que controlé las ganas de fumar cuando dejé de hacerlo, hace ya unos meses. A veces todavía siento que daría lo que fuera por un cigarrillo, pero luego me recuerdo que no es sano para mí y me obligo a dejarlo estar.

Pues con Lola el modo de operar ha de ser el mismo. Ella es buena como amiga, pero como nada más.

Ayudaría que no fuera tan genial, ni tan preciosa, ni tan... tan..., pues tan Lola, pero bueno, es lo que hay, mejor aprender a controlarme rápido. Cuanto antes mate este deseo, antes podremos tener la relación de amistad que los dos queremos.

—Te habría pedido una reseña después de usarlo y eso sería aún más incómodo —le digo.

—¿Te imaginas? Valoraría el producto y te diría todo lo que no me gusta, para que, la próxima vez que me regalaras un juguete sexual, lo tuvieras en cuenta.

—Puedes probarlo, hacerme la reseña igualmente y, así, sé cuáles son tus gustos, por si un día tengo que hacerte un regalo...

Conforme hablo, me doy cuenta de que yo razono mucho, pero luego hago todo lo contrario. Como si mi mente y mi boca no supieran conectarse. Las palabras en sí podrían haber sonado a broma si no lo hubiese acompañado de un tono sugerente que me ha salido solo, lo juro. Digo estas cosas, me excito, me arrepiento y vuelta a empezar.

Y sólo llevamos aquí unos minutos.

—Si tienes que hacerme un regalo, pídemme una lista antes. Me encargaré de hacer una bien bonita con objetos de todos los tamaños y precios, para que elijas el que más te guste.

Me río y asiento, admitiendo que ella ha ganado esta discusión. Mi erección también admite de buena gana que ella es la ganadora... Dios, o esto empieza a calmarse, o la noche va a ser un suplicio.

Charlamos de nuestro día, Lola me cuenta el proyecto en el que está trabajando, ahora que Edu y ella han acabado el trabajo que tenían pendiente. Me habla de él, de cómo hacen encargos juntos a veces, y de lo mucho que le gusta trabajar en casa y que su hermano esté con ella. La escucho atentamente y siento un profundo respeto por el amor incondicional que siente por Edu. Yo quiero a mi hermano, pero admito que hemos pasado por rachas en las que no estábamos tan unidos.

No puedo imaginarme a Lola alejándose de Edu de la forma en que Antonio y yo lo hicimos alguna vez. Ella habla de él de tal manera que queda claro que es una parte vital e imprescindible en su vida.

Me cuenta también que parece haber avanzado un poco con Alexia, aunque no tanto como ella querría. Yo sonrío y la escucho mientras me habla de todo lo que se le pasa por la cabeza. También me habla de Manu y Dani. Mucho. Tanto que, al acabar la cena, siento que los conozco todavía más. No es una queja, conste, me gusta ver que se lleva tan bien con ellos. No negaré que, en algún momento de la conversación, he pensado que ojalá algún día hablase de mí con tanto cariño, pero he vuelto a centrarme de inmediato.

Me pregunta por Alba y le cuento que sigue sin hablarme. No contesta a mis llamadas, ni a mis mensajes. Antonio me ha preguntado qué ha ocurrido, igual que mi padre, pero paso de contarles lo que sucedió. Mi hermano se pondría como un energúmeno y, sinceramente, confío en que Alba haya aprendido la lección. Lo que sí he hecho es anotarme una conversación pendiente con él este mismo fin de semana, o cuando lo vea, porque tiene que cortar esa relación insana con África. O la corta, o empiezan a salir en serio, pero no pueden seguir haciendo sufrir a la niña de esa forma. No me hará caso, lo sé, pero al menos lo intentaré.

—¿Por qué te viniste de Estados Unidos?

—Necesitaba volver a casa, ya te lo dije.

—Hubo algo más, estoy segura. —La miro fijamente y ella entorna los ojos—. Algún día me lo contarás.

—Puede.

—Bien. Entonces, algún día, quizá te cuente algo superimportante que hay en mi pasado.

Eso despierta mi intriga y me apoyo en la mesa mientras la miro con una sonrisa, sin despegar los labios.

—¿Qué hiciste, Lolita? ¿Robaste? ¿Mentiste? ¿Asesinaste a alguien?

—Peor, mucho peor —dice con un tono de voz maléfico que no le pega nada—. Y ahora, vamos a pedir el postre. Aquí tienen una tarta de galletas que está como para correrte en las bragas.

Hago una mueca y chasqueo la lengua antes de que ella se encoja de hombros.

—Eso ha sido muy vulgar —le digo antes de pensarlo mejor—. Dicho esto, dudo mucho que yo llegue a correrme en las bragas, principalmente porque no llevo.

—Que llevaras bragas sí que sería vulgar, y una pena, porque no pareces del tipo pervertido.

—No me conoces bien.

—Cierto. ¿Las sueles llevar, entonces?

—Las bragas, no. La perversión, todo el tiempo.

Ella se sonroja, yo me empalmo más y doy un trago a mi copa pensando que ésta, definitivamente, no es la forma de dejar a Lola sólo en la zona de amistad. Ella suelta una risita y carraspea.

—Acabas de ponerme nerviosa, así que mejor pedimos el postre y comemos. Podemos hablar del tiempo, si quieres.

Me río, porque me encanta que admita de tan buen grado que la he puesto nerviosa y, aunque una gran gran gran parte de mí quiere ver hasta dónde puede llegar ese nerviosismo si sigo soltándole cosas del estilo, me controlo.

Me doy un guantazo mental, pedimos el postre y no le hablo del tiempo, pero sí de las formas de edificios que más me gustan. Cuando la veo bostezar, sé que he acertado con el tema. Es justo lo que necesitábamos para relajar la tensión.

Salimos del restaurante, nos despedimos y quedamos en vernos pronto, pero no concretamos nada, y casi mejor, porque siento que, cada vez que hablamos o estamos juntos, necesito unos días, u horas, para recuperarme y volver a tener el control de mí mismo.

Me marcho a casa y pienso en todas las formas que tengo de controlar esto que me remueve y reluce cada vez más en nuestras conversaciones.

Tengo que hacerlo, me guste o no. Por mi bien, pero sobre todo y dados mis problemas de confianza, por el suyo.

Estoy en el supermercado mirando la vitrina de compresas y tampones. Todavía faltan días para mi periodo, pero, después de la última experiencia, he llegado a la conclusión de que voy a probar la copa en casa y, para salir a la calle, voy a optar por lo tradicional, al menos mientras me acostumbro.

Lo importante no es que esté aquí parada mirando compresas, no, lo importante es que Lorenzo acaba de entrar en el mismo pasillo y se ha quedado tan tieso al verme que estoy a punto de irme, sólo para ahorrarle este trago.

Hemos pasado una semana rara. La cena del lunes fue genial al principio, llegué a sentirme incluso excitada, para bien, digo, porque por un momento pensé que igual sí teníamos la posibilidad de acabar teniendo sexo sin compromiso, pero a media cena, cuando más interesante estaba la conversación, él cambió un poco su comportamiento. Empezó a hablar de edificios y me aburrí lo indecible. Me sentí mal, porque comprendo que no siempre vamos a tocar temas interesantes para mí, pero es que esto de la arquitectura no es lo mío; ya me pasa cuando Dani intenta explicarnos algo, que me cuesta la vida prestar atención, y Lorenzo se puso tan pesado con las formas geométricas y otras cosas por el estilo que, cuando llegué a casa, me sentí aliviada y un poco cabreada, porque no sabía si lo había hecho a propósito y por qué. No sé, no me cuadraba el cambio tan brusco de comportamiento. Aun así, intenté dejarlo pasar, pero el martes no supe nada de él, ni el miércoles, ni el jueves tampoco. Ayer le mandé un whatsapp preguntándole cómo estaba, lo vio, porque salió la doble palomita azul, y no

me contestó. ¡Y no hay nada que soporte menos que eso! ¿Por qué lo hace la gente? ¡No me leas, si no quieres saber nada de mí! Pero leer algo y no contestar, eso es de ser un cerdo.

No insistí, no soy yo dada a arrastrarme, y fue él quien dijo que quería ser mi amigo, aunque luego cambiase de opinión.

Ahora yo tengo un paquete de tampones superabsorbentes en la mano y él me mira como si fuese una aparición en medio del desierto. Sé que está cohibido, lo que me demuestra que sí le pasa algo conmigo. Dani sigue hablando de él como si nada, así que sé que sólo está raro conmigo. Y podría darme la vuelta, largarme y ponérselo fácil, pero es que no me da la gana, porque es él quien tiene que avergonzarse de su comportamiento, no yo, así que sonrío con malicia y señalo los preservativos que están al lado de las compresas.

—Los de efecto retardante están aquí, por si los necesitas.

Eso ha sido un insulto en toda regla. Lo sé. A veces soy un poco *perri*, pero es que él me ha enfadado, así que la culpa es suya.

—Hola, Lola.

Se acerca y me sonrío con cortesía, pero no es una sonrisa sincera. Sé que no conozco mucho a Lorenzo, pero lo he observado lo suficiente como para saber que esa sonrisa es educada. Nada más.

—Mmm —contesto por respuesta.

Mi actitud es tan indiferente que estoy a punto de decirle: «¿A que jode?», pero no lo hago, porque entonces vería lo mucho que me molesta su comportamiento.

—¿Qué tal?

—Bien, gracias. —Cojo una crema que no sé ni de qué es, pero se la estampo en el pecho sin mirarlo y hablo—: Dicen que va bien para las erupciones testiculares. Un placer verte, hasta luego.

Me doy la vuelta pensando que no sé si existen las erupciones testiculares, pero no importa, porque debe de haber captado mi mala leche, que es lo

importante.

—Eh, Lola, espera un momento. ¿Qué ocurre?

Me voy hacia el pasillo de las verduras, que está justo detrás, y pongo toda mi atención en leer los ingredientes de una ensalada envasada. Qué genios son estos de Mercadona, que ya mismo, por ponerlo más fácil, te puedes comprar a un señor que te meta la comida en la boca, porque esto de hacer ensaladas con distintos ingredientes y hasta con tenedor es una genialidad. A mí la lechuga no me hace mucha gracia, pero como Lorenzo me ha seguido y estoy en pleno ataque de dignidad, cojo una César y la pongo en la cesta, junto a los tampones.

—Nada, no pasa nada —digo sin mirarlo aún—. Lo siento, tengo prisa.

Recorro el pasillo de la verdura porque yo con la ensalada ya tengo para una semana de comida sana. Además, confío en que Dani nos siga cocinando todas las noches.

Giro hacia otro pasillo y, cuando me doy cuenta de que es el de los pasteles, patatas y mierdas varias, sonrío, porque esa simple visión me levanta el ánimo.

—Lola, para, por favor.

Lo hago, me paro, pero porque tengo al lado los pastelitos de la Pantera Rosa y los Tigretón, no porque él me lo diga. Cojo una bolsa de plástico y empiezo a meter pasteles como si me fuera la vida en ello. La cierro, camino un poco y me paro frente a las patatas: Pelotazos, Doritos, Risketos y todo lo que pille. Mi cesta se llena hasta arriba mucho antes de que yo esté lista para dejar de comprar comida basura de forma compulsiva.

—Lola, ¿me estás ignorando?

—¿Yo? —Me giro, lo miro a conciencia y sonrío—. No, sólo te veo, y no te contesto, que es una cosa que tú también haces y no pasa nada, ¿no?

—Leí tu mensaje, pero estuve liado, lo siento.

—Mira, Fonsi, vamos a dejarlo...

—No me llames Fonsi.

—Perdone usted. —Suspiro con frustración, porque he hecho eso para molestarlo, lo admito, pero es que estoy bastante cabreada—. Mira, no estoy teniendo un buen día, así que es mejor que te dediques a hacer tu compra. Ya nos veremos por ahí en otro momento.

—Te prometo que estaba muy liado. Quería contestarte, pero...

—No me mientas, Lorenzo —le digo muy seria—. Si no querías contestarme por lo que fuera, bien, tus motivos tendrías, pero no me mientas, aunque sea una tontería, porque entonces dejaré de tenerte respeto como persona. No hay nada peor que un mentiroso.

Él asiente y traga saliva, sabiéndose pillado en falta. Yo me doy la vuelta, decepcionada, después de todo, e intento no pensar en la rabia que me da que estemos así. Pensé, de verdad, que podríamos ser amigos, pero supongo que, desde que nos conocimos aquel día en la playa y en aquellas circunstancias, estábamos abocados a mantener una relación extraña.

Lorenzo me adelanta, se pone frente a mí, suelta su cesta y sujeta mis hombros para que lo mire. Lo hago y me arrepiento al instante; sus ojos, tan azules como el cielo de Málaga en agosto, me traspasan hasta el alma. Me desestabiliza y no me gusta, porque no hemos llegado a tener tanta confianza como para sentirme así. Es demasiado raro y, cuando se acerca más a mi cuerpo, mi corazón se desboca y me pone en alerta.

—He sido un capullo, pero el lunes en la cena yo... —Coge aire y mira a un lado antes de volver a centrarse en mí—. Estaba pasándolo tan bien que me tensé, porque sentí algo más que amistad, ¿entiendes? Yo no quiero una relación ahora mismo, de ningún tipo, pero cuando estoy contigo mi cuerpo se rebela y... —Suspira y cierra los ojos un segundo—. Ven conmigo a comer, por favor. No quiero hablar de esto en un pasillo del supermercado.

—A mí no me molestáis, ¿eh? —dice una señora que hay cerca de nosotros—. Niña, dile que sí, que como te niegues, me acoplo yo. ¡Hombretones como éste hay pocos!

Cierro los ojos y se me escapa una risa entrecortada, porque es increíble la



poca vergüenza que tiene la gente. Lorenzo se acerca más a mí y sonrío con picardía.

—Di que sí, por favor —susurra—. No quiero comer con una desconocida. —Señala con los ojos a la intrusa, que, lejos de sentirse ofendida, espera pacientemente, apoyada en su carro de la compra, mientras le da gusanitos a su nieto—. Por favor...

La risa se me escapa otra vez, porque esta situación es demasiado extraña. La parte buena es que no soy rencorosa. Puedo darle la oportunidad de hablar y explicarse, sobre todo después de haber dicho eso de que su cuerpo se rebela en mi presencia. ¿Significa eso que le pongo?

Ay, calla, calla, que lo pienso y se me acelera todo. Tengo que calmarme y no parecer una desesperada, así que me encojo de hombros, señalo el pasillo y luego lo miro.

—Tengo que comprar algunas cosas más y llevarlas a casa. Elige un restaurante cercano y mándame la ubicación.

—Estamos en el centro, estoy seguro de que puedo elegir algo que te agrade.

Bufo, porque es tan educado que me hace gracia. Estoy tentada de decirle que a mí me lleva a un Burger King y soy feliz, pero como se supone que voy a ir en son de paz, me callo.

Hago la compra y la llevo a casa, tal como le he dicho, aunque no era imprescindible que lo hiciera porque no hay nada que pueda echarse a perder, pero es que estoy vestida con unos *leggings* y una sudadera naranja fosforito. Llámame presumida, pero no quiero plantarme a comer en ningún sitio con un moño despeinado y estas pintas. Me pongo un vaquero, un jersey fino y las Converse. Me recojo una coleta con peine, que ya es un logro, y salgo. No me he arreglado en exceso, ni siquiera me he puesto más maquillaje aparte del rímel que he usado esta mañana, pero al menos no parece que venga de dar un paseo por las acequias de la ciudad.

Lorenzo me envía la ubicación, tal como hemos quedado, y resulta que ha

elegido un restaurante a dos calles de casa. Elegir no era complicado, tampoco. Esto es el centro, y otra cosa no, pero bares tenemos para aburrir.

Entro en el sitio y me doy cuenta de que se ha quedado a medias entre un restaurante elegante y una taberna de tapas. Me gusta, está limpio, huele bien y hay ambiente, lo que es algo muy importante, porque esto es como las valoraciones de Amazon: si hay mucha gente, es porque tiene más de cuatro estrellas.

—¿Qué tal? —pregunta nada más verme—. Estás preciosa.

Bufo y me siento dando un culazo, en plan niñata indiferente.

—Ahórrate el rollo ese de los piropos sólo para contentarme. ¿Hay pan? Tengo hambre. —Él sonrío un poco y yo me enciendo para mal, no sé por qué—. ¿De qué te ríes?

—Estás preciosa cuando te enfadas, y esto no es un piropo, porque me molesta mucho haber sido quien ha provocado ese enfado.

—No estoy enfadada, yo no me enfado nunca porque tengo un carácter buenísimo y enfadarse acorta la vida.

—¿No estás enfadada conmigo?

—No —miento como una bellaca—. Me dio rabia que me ignoraras, pero puedo vivir con ello, Fonsi, no eres tan importante.

Él entorna los ojos, molesto porque lo haya llamado otra vez por ese diminutivo, y yo sonrío, pagada de mí misma.

—Si te sirve de consuelo, he visto tu mensaje como cincuenta veces desde que lo mandaste.

—Ah, muy bonito, no sólo no me contestas, sino que te recreas.

—No lo entiendas así.

—No veo otra forma de entenderlo.

—Tienes que dejar de ponerte a la defensiva si quieres que esto funcione.

—Eres tú quien la ha cagado. Cuando lo arregles, dejaré de estar a la defensiva, si es que lo estoy, porque yo soy una persona muy noble y no me gusta ponerme a malas.

—Se te nota.

La ironía se ha detectado desde el espacio, pero no pasa nada, yo también puedo jugar a eso.

—Soy un sol de persona. Ayudo a la gente mayor a cruzar las calles, una vez corrí un rato detrás de un billete de cincuenta euros que le salió volando a una chica un día de levante. La pobre llevaba un bebé en brazos y yo me inflé a correr, lo recuperé y se lo di, porque soy supermaja. Doy las gracias siempre y pido las cosas por favor. Soy simpática, amable, y dejo buenos comentarios de las cosas que compro, aunque me parezcan un mojón. Y contesto a los mensajes de mis amigos, porque no hacerlo es una cosa muy fea, ¿sabes?

—Yo lo único que sé es que eres jodidamente bonita hasta cuando te cabreas y me echas la bronca. —Abro la boca para replicar, pero es que tengo el corazón atravesado en la garganta y se me está haciendo difícil hablar—. Tienes razón en todo —sigue diciendo— he sido un capullo, lo sé y me siento mal, lo creas o no. Y ¿sabes qué es lo peor, Lola? —Niego con la cabeza, hipnotizada por su tono de voz meloso y su mirada penetrante—. Lo peor es que no he dejado de pensar en ti en toda la semana. Le he preguntado por ti a Dani cada día, aunque lo haya encubierto preguntando también por el resto. He pensado en llamarte cada día, pero no sacaba el valor suficiente.

—¿Valor? ¿Necesitas valor después de que hayamos tenido conversaciones hablando, incluso, de vibradores? Y sin apenas conocernos.

—Ése es el problema, precisamente. Apenas nos conocemos, pero cuando hablo contigo es como si no pudiera guardarme nada para mí. Me apetece contarte todo lo que se me pasa por la cabeza. Soy un hombre reservado, por lo general, me gusta mucho socializar, pero valoro mi privacidad, y contigo no la tengo. La primera noche te hablé de mi vida, de la de mi sobrina, incluso te conté dónde vivía y por qué.

—No creo que eso sea algo malo...

—Lo es, porque a medida que te lo cuento me acerco más a ti, y a medida

que me acerco más a ti... —Suspira y se calla cuando el camarero llega para tomarnos nota.

Ahora mismo tengo unos deseos irrefrenables de decirle que se largue, que venga a tomar nota más tarde, o nunca, porque camarero más inoportuno no hay en el mundo.

—Sigue, por favor —digo cuando se va por fin después de que yo haya pedido lo más caro de la carta, convencida como estoy de que pagará él. La venganza se sirve fría, aunque espero que la comida venga caliente—. No te cortes ahora.

—Sabes lo que voy a decir.

—Sí.

Lo sé, claro que lo sé, me lo ha insinuado en el supermercado y no soy tonta. Lorenzo se siente atraído por mí, algo que estaría celebrando de muchas maneras ahora mismo si no fuera porque lo ha asumido de la peor manera posible. ¿Tan malo es que su cuerpo quiera tener algo conmigo? ¿Qué pasa? ¿No soy lo bastante buena? Frunzo el ceño ante el pensamiento y él habla de nuevo, como si intuyera que mi humor se está ensombreciendo aún más.

—Lola, yo nunca he creído en los flechazos ni en los cuelgues de buenas a primeras, pero creo en la química, en el poder de la atracción cuando conoces a alguien. Creo firmemente en eso desde que te conocí.

—Nuestro primer encuentro fue muy raro y...

—No fue el encuentro lo raro entre nosotros, fueron tus ojos los que me atravesaron la primera vez. Fueron esos ojos, también, los que me jodieron vivo la segunda vez que te vi, porque supe que se me iban a clavar dentro. Es lo que hacéis las personas como tú.

—¿Las personas como yo?

—Sí, nunca he conocido a nadie así, pero he oído a amigos hablar de personas como tú. He visto películas, lo he leído en libros... Eres de esas

personas que llegan y arrasan con todo; de esas que yo creí que no existían. Personas que llegan, te tocan y cambian tu vida para siempre.

—Y ¿eso es malo? —pregunto sin saber si sentirme halagada o triste, porque no parece contento con sus palabras.

—No es malo, pero... —Suspira con fuerza y sigue—: Antes de volver a España era un hombre muy jodido, Lola, soñaba con poder regresar y librarme de una carga que me oprimía cada día. Necesitaba reencontrarme con el sur. Ahora por fin estoy aquí, y lo último que quiero es complicarme la vida.

Hago una mueca con la boca y convierto mis labios en una fina línea. Cuadro los hombros y lo enfrento de cara, sin achantarme.

—¿Eso soy? ¿Una complicación?

Él se ríe entre dientes con sequedad y mira la mesa unos instantes. Piensa con detenimiento sus siguientes palabras y, finalmente, habla.

—Eres una complicación, sí, porque me han bastado un puñado de conversaciones y un par de salidas juntos para que yo sienta que la mejor parte de mi nueva vida hasta el momento es ésa en la que tú entras, y no te haces una idea del puto miedo que da eso. —Da un trago a su copa, la aparta y apoya los antebrazos en la mesa para acercarse a mí y dejar su rostro a centímetros del mío, poniéndome al borde de una crisis nerviosa—. No, no lo sabes porque tú estás ahí escuchando cómo vomito todo lo que llevo reteniendo desde que nos conocimos. No hace ni un mes, por Dios, es una locura y, sin embargo, no puedo dejar de pensar en las ganas que tengo de llamarte, escribirte o salir contigo un rato.

—Eso es bueno —susurro yo contenida—. Significa que nos llevamos bien, ¿no?

—Significaría sólo eso si mi cuerpo no se empeñara en reclamar más.

—¿Más? —pregunto con un hilo de voz—. ¿Más, en qué sentido?

Sé que me he lanzado a la piscina de cabeza, también sé lo que él quiere decir, pero necesito que me lo diga con todas las palabras.

—¿De verdad no lo imaginas?

—Quiero que me lo digas.

—Vas a joderme la existencia, ¿verdad?

—No más de lo que vas a jodérmela tú a mí si sigues comportándote como un imbécil.

—Lola...

—Dímelo, demuestra que eres un poco idiota a veces, pero al menos no eres un cobarde.

—No lo soy.

—Demuéstralo.

—Lola... —Se acerca más y la punta de su nariz roza la mía—. Si te lo digo, es posible que me cargue esta amistad antes de que empiece.

—Cobarde —digo retándolo.

Mi respiración está acelerada, y estoy segura de que puede oír los latidos de mi corazón retumbando desde donde está, pero da igual, el reto me sale solo.

—Los chicos saldrían perjudicados, también.

Me río con sarcasmo y me echo hacia atrás en mi silla, dejo la servilleta en la mesa y me levanto mirándolo con altanería, decepcionada porque veo cómo flaquea y, aunque tenga razón, me habría gustado que se lanzara de una vez.

—No te preocupes, lo dejamos y nos olvidamos de todo, así no perjudicamos a nadie. Voy al baño y, cuando vuelva, el tema se habrá acabado para siempre.

—Lola, espera.

—No, has tenido tu oportunidad para hablar. Cuando vuelva, empezaremos de cero como amigos y nada más.

Camino con dignidad hacia el baño, pero estoy arrepentida al máximo de este arranque de genio. Siempre me pasa igual, soy tan impaciente que me

cargo las mejores situaciones. Si hubiese presionado un poco más, Lorenzo habría dicho lo que quiero que diga, pero es que soy muy puñetera, a veces.

Además de todo, está el miedo que he sentido cuando me ha nombrado a los chicos, porque es cierto que él es amigo de Dani y su compañero de trabajo. Si nosotros damos el paso de enredarnos en lo que quiera que sea esto, la relación de ellos puede dañarse, y no quiero eso para ninguno de los dos.

Entro en el baño, hago pis y, cuando me estoy lavando las manos, veo a Lorenzo entrar con toda la calma del mundo.

—Señoras, ¿pueden dejarme a solas con mi novia? Tenemos una fantasía que cumplir.

Las dos mujeres que hay a mi lado salen del baño con una risita nerviosa y yo abro la boca del todo, porque no sé a qué viene esto.

Lorenzo se acerca a mí, me giro y me apoyo en el lavabo mirándolo con los ojos como platos. Él está serio, pero decidido a hacer algo, no sé el qué, pero me pone tan nerviosa imaginarlo que, como siempre, salto.

—¿Por qué has hecho eso? No puedes estar aquí, si el dueño se entera...

—El dueño no se va a enterar y yo voy a tardar poco. —Coloca las manos a cada lado de mi cuerpo, las apoya en el lavabo y roza su nariz con la mía—. Te deseo, Lola. ¿Quieres que sea sincero y valiente? Pues eso es lo que pasa. Te deseo con una fuerza tan brutal que empiezo a pensar que voy a volverme loco de tanto imaginarte en situaciones sexuales y comprometidas a más no poder, de tanto masturbarme con esas fantasías que tejo a diario.

—Lorenzo...

—No quiero una relación, no pienso salir jodido otra vez de una, pero no puedo controlar esto, y es justo que tú lo sepas. Si he tomado distancia es porque no quería llegar a este punto; no quería presionarte o hacerte sentir incómoda, pero me retas, me enciendes, me cabreas y me calmas con un par de posturas y frases. Tu facilidad para alterar mis emociones me abrumba y me asusta, pero no soy un maldito cobarde y tenía que demostrártelo.

—Y ahora, ¿qué? ¿Caigo rendida a tus pies?

—No —dice él riendo con sarcasmo—. Nada de eso. No sé si tú sientes lo mismo, pero, aunque así fuera, dudo que sea buena idea que nos metamos en algo así. No tengo ni puta idea de qué hacer, pero al menos, ahora, la carga es compartida. Antes has dicho que, al volver del baño, seríamos amigos y nada más. Ahora, más que nunca, está en tu poder decidirlo. Si sales y hablas del tiempo, aplicaciones de compras o cualquier otra chorrada, entenderé que no hay nada que pensar, porque tú no quieres lo mismo. Si, por el contrario, te pasa como a mí... Bueno, entonces tendremos que tomar una decisión.

Roza la punta de su nariz con la mía en un beso de gnomo, se separa de mí con decisión y sale del baño dejándome mareada y abrumada por sus palabras. Me esfuerzo por calmar mi respiración entrecortada, me giro y me miro en el espejo.

—Ay, Lolita, qué bien se te da meterte en problemas...



## Lorenzo

Me siento de nuevo a la mesa y dejo ir el aire que he contenido casi todo el camino desde el baño.

Joder.

¿Cómo puede ser que se me dé tan bien cagarla? Se supone que, con la salida indignada de Lola hacia el baño, acababan nuestros problemas. No volveríamos a tocar nunca más el tema de esta tensión sexual no resuelta y seríamos amigos. Era eso lo que yo quería, fue por eso por lo que no le contesté el otro día al mensaje, y es por eso por lo que me he estado reprendiendo a diario. Tengo un cacao tan grande en la cabeza que, cuando ella vuelve, no sé si ansío más que diga que sólo somos amigos o que también me desea y quiere lanzarse a..., pues no sé a qué, porque, como le he dicho, en ese caso tendremos que tomar una decisión, y dado lo indeciso que estoy últimamente...

—Las cosas van a ser así —dice sentándose—. Vamos a ir paso a paso, porque, aunque a ti te lo parezca, no soy chica de meterme en la cama de un tío a la primera de cambio. Tú quieres tener algo conmigo. —Me mira esperando una respuesta y asiento levemente, porque negarlo no tiene sentido—. A mí me atraes y llevo mucho tiempo en dique seco, así que entre tú y un RomeoNight...

Frunzo el ceño en el acto y la miro mal. No pienso ser un simple vibrador. Ya sé que no quiero nada serio, pero ¿no puede tener un poco más de tacto al

decir las cosas? Ella me devuelve la mirada elevando las cejas, como si no entendiera mi gesto.

—No me gusta que me compares con un vibrador, me hace sentir como un objeto.

Lola se echa a reír y yo frunzo el ceño aún más. Dios, no la entiendo, eso es lo peor de todo, que creo que somos demasiado diferentes y, el noventa y nueve por ciento de las veces, no tengo ni idea de qué va a decir a continuación.

—No te comparo con un vibrador, al revés. Te digo que, entre un juguete sin vida y un hombre de carne y hueso que, encima, está tan bueno...

—Gracias por el cumplido, tú eres preciosa.

—Lo sé.

Me río entre dientes, porque es la demostración de que, en efecto, nunca voy a conseguir cogerle el punto a esta mujer.

—¿Entonces...? —pregunto.

—Vamos a hacernos un Sheldon.

—¿Quién es Sheldon? —pregunto intrigado.

Ella abre la boca por la sorpresa y me mira como si acabase de salir de una nave espacial.

—Dime, por favor, que sabes quién es Sheldon Cooper. —Niego con la cabeza y ella se sorprende aún más, si es posible—. Sheldon Cooper, el protagonista de «The Big Bang Theory».

—¿Es una película?

—¡Por el amor de Dios! ¿Cómo va a ser una película «The Big Bang Theory»? ¿De verdad no sabes qué es? —Niego con la cabeza y ella resopla—. Cuando se lo cuente a Manu, se va a caer redondo.

—Preferiría que me aclarases qué es antes de contárselo a Manu.

—Es una serie bestial de televisión. Trata de unos frikis y... ¿Sabes qué? No te la voy a contar. Hoy mismo empezamos a verla.

—Ah, ¿sí?

—Sí, claro que sí, no puedo hablarte de tácticas de Sheldon Cooper sin que conozcas a Sheldon Cooper. Es como... como... como intentar que un ateo haga la comunión vestido de marinero así, de buenas a primeras, sin darle antes un par de explicaciones. Hay que ir paso a paso.

—Pero ¿qué pasa con lo nuestro?

—Paso a paso, Loren, paso a paso.

—Me llamo Lorenzo —replico.

—Ay, hijo, qué picajoso eres. Venga, paga, que nos vamos a tu piso.

—¿A mi piso?

—Si quieres, vamos al mío, pero cuando Manu sepa que no sabes qué es «The Big Bang Theory» te va a tocar lidiar con sus bromas.

—Vamos al mío —contesto de inmediato.

Ella se ríe, llama al camarero y le pide la cuenta. Yo pago, pensando que ni siquiera hemos tomado los postres y que esto va demasiado rápido. O sea, no es que lo nuestro vaya demasiado rápido, sino la situación en sí. ¿Vamos a mi casa a ver una serie? Y ¿qué pasa con nuestra conversación pendiente? Yo no necesito conocer a ningún Sheldon Cooper para saber lo que quiero de Lola. Ella tampoco debería necesitarlo, ¿no?

—¿Tienes palomitas? —pregunta mientras salimos del restaurante y, cuando niego con la cabeza, chasquea la lengua—. Entonces tenemos que volver al súper.

—Has comprado antes un montón de guarrerías. Ve a tu casa y cógelas.

—Ni hablar, la comida basura que entra en casa ya no vuelve a salir. Manu me mataría.

Resoplo, porque no entiendo su relación con Manu, ni con Dani, ni con... Bueno, no la entiendo a ella, punto, así que me limito a dejarme llevar al supermercado y cargar con una bolsa de palomitas, otra de patatas con sabor a jamón y una bolsa de chucherías que no nos acabaremos en la vida. Además, compra latas de refrescos y cervezas como para un regimiento. Por

un momento estoy tentado de preguntarle si es que ha invitado a todo el barrio a mi casa, pero como sé lo sarcástica que puede llegar a ser, me callo.

Entramos en mi apartamento un rato después y ella lo deja todo en el suelo, sin esforzarse en buscar la cocina.

—¡Antes tengo que fisgonearte la casa!

Me quedo en la entrada con un montón de comida basura en los brazos y la sensación de que Lola está arrasando mi casa y mi vida de una forma un tanto descarada. No es que yo sea lento, es que creo que es demasiado para asimilar así, de pronto, sobre todo porque yo sigo pensando en nuestra conversación pendiente y ella parece haberlo olvidado todo.

—Jo, ¡cómo mola tu piso! Tenías razón en que es un poco femenino, eso sí. Serán los muebles. Con las cosas que has comprado para adornar, seguro que le das tu propio toque.

—Eso espero.

—Bueno, venga, pon Netflix.

—No tengo Netflix.

Lola suelta un insulto bastante desagradable y viene hacia mí a pasos agigantados. Me mira con esos enormes ojos bicolors y se acerca más para... ¿olerme?

—¿Me estás olfateando? —pregunto extrañado.

—Sí, quiero asegurarme de que no eres un extraterrestre o algo.

—No soy un extraterrestre. No estoy puesto al día con las series y demás. Trabajo mucho y me he mudado hace poco.

—Dime, por favor, que tu televisor tiene internet para que pueda conectar nuestra cuenta.

—No necesito tu cuenta —contesto en tono seco—. Si quiero contratar Netflix, lo haré por mis propios medios.

—¡Pues hazlo! Porque tenemos que ver «The Big Bang Theory».

—Sigo sin ver la relación que puede tener una serie con esto nuestro.

—La verás. —Hago amago de protestar, pero Lola me fulmina con la mirada—. ¿Tú quieres saber lo que hay debajo de esta ropa, colega?

Entorno los ojos y, de pronto, doy un paso al frente para adentrarme en el piso, pasando de su actitud. Está hiperactiva, por Dios. O sea, sé que es así, ya la voy conociendo y, por todo lo que Dani cuenta de ella, es como si llevara un siglo a su lado, pero conmigo no va a jugar la carta de la intensidad. Mi compañero ya me ha contado que, cuando quiere algo, se dedica a abrumar a su opositor; lo embrolla tanto que a la otra parte le cuesta pensar y, mientras, ella va haciendo su santa voluntad. No será así conmigo, eso lo tengo claro, así que suelto las cosas en la mesa de la cocina y, cuando ella entra, me acerco, sujeto sus mejillas con delicadeza, pero con firmeza, y la obligo a mirarme.

—Yo quiero saber lo que hay debajo de tu ropa tanto como lo quieres tú, si no, no estaríamos haciendo todo esto. —Ella no contesta y yo acaricio sus mejillas con los pulgares—. Vamos a ver esa maldita serie para que pueda entender de qué hablas, pero antes vas a contestarme algo muy sencillo: ¿somos sólo amigos o algo más?

Lola me atrapa con su mirada; pretende ser dulce y melosa, está intentando salirse con la suya y es fascinante ver cómo, pasados un par de minutos, que a mí se me hacen eternos, sonrío y se alza de puntillas, acariciando con sus labios mi barbilla.

—Seremos algo más cuando conozcas a Sheldon al dedillo.

—Ya estamos tardando en contratar Netflix, entonces.

Lola suelta una carcajada, besa mi mandíbula y se aleja hacia el salón mientras yo me quedo aquí pensando que, para no querer inmiscuirme demasiado, siempre acabo siendo yo el que le exige más.

Se supone que yo soy el que no tiene claro si quiere algo, pero aquí estoy, deseando tragarme esa serie de principio a fin sólo para que me explique su teoría y poder arrancarle la ropa. Y lo peor no es eso, no, lo peor es que estoy seguro de que esta situación irá a más.

Sólo espero que esa serie del demonio no tenga demasiados capítulos.

—¿Cómo han podido hacer algo tan horrible? —pregunta Lola un rato después.

Yo la miro sin saber si reírme o compadecerme de su estupefacción.

—No lo veo tan grave.

—¿No ves tan grave que Netflix haya retirado «The Big Bang Theory» de su catálogo? ¡Es una catástrofe! Tengo que avisar a Manu.

—No vas a avisar a Manu —le digo cogiendo su teléfono cuando ya lo tiene en la mano. Lo echo a un lado y me acerco más a ella—. Necesito que me cuentes lo básico de esa serie, y de ese tío, para que podamos tomar una decisión, Lola. Yo no puedo vivir con este estrés.

—Es que el plan era tan bueno... Quería ver series contigo, ya tenemos las chuches, y la cuenta de Netflix y todo...

—Dame una respuesta y luego veremos cuantas series quieras.

Ella suspira y se recuesta sobre el respaldo, como si no supiera bien qué decir. Al final, tras mucho pensarlo y cuando yo ya estoy sufriendo un tic nervioso en el ojo, se decide a hablar.

—Quiero que firmemos un contrato en el que ponga por escrito que vamos a mantener una relación sexual satisfactoria para las dos partes.

—¿Un contrato?

—Exacto. Quiero una cláusula que diga que el contrato se romperá de manera definitiva e irresoluble cuando uno de los dos se enamore del otro.

—Eso no pasará —digo a la defensiva—. No quiero una relación seria.

—Yo tampoco, por eso lo mejor para nosotros es no olvidar nuestros objetivos. Así podremos disfrutar del sexo, pero tendremos un papel obligándonos a no perder la cabeza, porque el sexo, si es bueno, puede hacer que las personas cometan muchas tonterías.

—¿Tú tampoco quieres una relación seria? —pregunto.

—No con alguien que tiene tanta alergia a mantener una. Lo que sea que

te pase está relacionado con tu pasado, y yo ya he tenido mi dosis de hombres con mierdas pasadas que no pueden superar para enfrentarse a una nueva relación. Soy una mujer inteligente y sé bien cuándo me conviene mantener este corazoncito a salvo.

La miro con la boca abierta, intentando comprender esta nueva faceta suya. Es pragmática, lista como ella sola y deliciosamente sexy cuando habla de contratos, aunque éste implique firmar cláusulas extrañas. En un primer impulso, estoy tentado de aceptar sin más, pero me obligo a pensarlo un momento. Parece la solución perfecta, tendríamos sexo, lo pasaríamos bien, y ninguno de los dos saldría herido porque ya hemos firmado de antemano lo que podemos y no podemos hacer. La única pega que se me ocurre es la de la exclusividad, y así se lo hago saber. Si vamos a tener sexo regular, no quiero que se vea con otros hombres. Ella me dice que está de acuerdo y que exige lo mismo; cuando asiento, me habla de ponerlo por escrito, si es que acepto, y vuelve a preguntarme si estoy de acuerdo.

—Supongo que sí, aunque todo sea tan... frío.

—Oh, no será frío, ni rápido. Firmaremos el contrato, pero eso no significa que me arrancaré la ropa a la mínima de cambio. Tendremos que ganar confianza y la relación no será de esas de acabar con una jornada de sexo y hacer como si no hubiera pasado nada. Seremos amigos en todos los sentidos, sólo que, además, nos acostaremos juntos.

—Te entiendo, pero ¿no es eso una relación?

—No, para nada. En una relación todo es peor, porque existen los reproches y nosotros no nos los haremos, porque no somos novios ni nada parecido.

Estoy de acuerdo, así que sonrío ampliamente y agradezco al cielo que tenga un cerebro tan brillante. Es la solución perfecta, de modo que, cuando me pide que traiga mi portátil, en vista de que no podemos ver la famosa serie, accedo.

Dos horas después, nos hemos dado un atracón de comida basura y

miramos cómo se imprime el documento que legalizará nuestra extraña relación de amistad y sexo. Estampamos nuestras firmas y luego, en vez de arrancarse la ropa, como yo esperaba, a pesar de que ella haya jurado que no iba a hacerlo, se va hacia el sofá, coge el mando y palmea a su lado.

—Ven aquí, que voy a enseñarte un par de cosas de la mejor plataforma de entretenimiento del mundo.

Yo me siento y me paso las siguientes horas viendo las series que ella añade a mi lista, para que no olvide verlas, recomendándome películas de ficción que ni siquiera me suenan y hablándome de un maratón de un fin de semana entero.

—¿No vas a irte a tu casa?

—No, vamos a dedicarnos a ver series, comer como cerdos e insinuarnos hasta que a ti te duela la erección permanente que tendrás y yo sienta que mis bragas jamás volverán a estar secas.

—Dios, qué vulgar ha sido eso.

—Te la ha puesto dura, reconócelo.

No lo reconozco, pero ella mira mi entrepierna y sonrío con altanería mientras yo pienso que Lola va a traer a mi vida sexo, pero también un caos que considero tan necesario como aterrador.



Lorenzo está mirándome.

No sería algo raro de no ser porque lo hace constantemente desde que hemos entrado en su piso. Ahora mismo estamos viendo «Stranger Things», porque este hombre tampoco había oído hablar de esta serie y yo he flipado tanto que la he puesto de inmediato, pero claro, si él se dedica a mirarme a mí más que a la tele, de poco se va a enterar.

—Te aviso que luego no vale estar preguntando por el hilo. Como no estés atento, no te vas a enterar de nada.

—No me entero ni prestando atención, la verdad, así que te miro a ti, que me gusta mucho más.

Me río entre dientes y miro a la pantalla. Me estoy sorprendiendo con mi capacidad para fingir que todo esto es de lo más normal para mí. Le he obligado a firmar un contrato, por Dios. Nunca en mi vida había hecho algo así. He intentado parecer experimentada y resuelta, creo que lo he conseguido, de hecho, pero hay una cosa que le he dicho a Lorenzo que es lo más sincero que ha salido de mi boca hoy, y es que él tiene demasiadas mierdas pasadas y yo estoy decidida a poner mi corazón a salvo.

Quiero acostarme con él, está claro, ese hombre es el pecado hecho ser humano. Independientemente de que como persona parezca alguien decente, a pesar de conocerlo desde hace menos de un mes, lo que me ha llevado a tomar esta decisión ha sido su físico. Sus hombros anchos, sus caderas estrechas y unas piernas que se intuyen esbeltas; sus labios gruesos, su nariz recta y, sobre todo, sus ojos azules. Son tan penetrantes y expresivos; tan

calientes y fríos al mismo tiempo que vivo debatiéndome entre desnudarme de buenas a primeras o esperar un poco más.

Este fin de semana no pasará nada entre nosotros, eso es algo que tengo claro. Le he dicho a Lorenzo que lo nuestro no será una relación sexual con prisas y olvidando la parte de la amistad, e iba muy en serio. No quiero que empecemos a disfrutar de la parte carnal y luego forcemos la amistad. Él es compañero de trabajo de Dani y no podemos arriesgarnos a joder su relación profesional y de amistad.

Tenemos que conocernos, ser amigos y, como extra, practicar sexo. Al revés no sirve.

—¿Quieres que te preste ropa? —pregunta de pronto, sacándome de mis pensamientos.

Despego la vista de la tele y lo miro.

—¿Ropa?

—Para dormir. A no ser que quieras hacerlo desnuda, claro.

—No tendrás nada que me sirva.

—Cierto, mis jerséis te quedarán enormes, y sexys.

—Ah, o sea, que ése es el motivo oculto.Quieres verme con tu ropa puesta.

—Somos amigos, así que no tengo por qué mentir. He tenido alguna que otra fantasía con eso.

Me río y pauso la serie antes de girarme en el sofá y mirarlo fijamente.

—¿Vas a contarme esas fantasías?

—Creo que, si lo hiciera, mandaríamos al garete nuestro propósito de esperar un poco.

—Vale, pero dime... ¿Debajo llevaba ropa interior? —Lorenzo hace un sonido estrangulado y yo elevo las cejas—. Ya veo...

—Dime que quieres ponértela, por favor.

—¿La ropa interior? Claro, soy una chica decente.

Él suelta una carcajada y se pinza el labio inferior, mandando un estallido

de placer directo a mi... ¡Y ni siquiera me ha tocado!

—Haremos un trato. Te pones mi ropa y yo hago la cena.

—Hecho.

—Vaya, sí que has aceptado rápido.

—Te has ofrecido a cocinar, yo con tal de no hacerlo, haría cualquier cosa.

—¿Cualquier cosa? —pregunta en tono sugerente.

Me río y le doy un empujón amistoso antes de levantarme y guiñarle un ojo.

—Muéstrame tu armario, colega.

Él se levanta y nos dirigimos hacia el dormitorio. La verdad es que me ha sorprendido que, con la amplitud que tiene el salón, con su terraza y todo, el dormitorio sea tan estrecho. En el centro está la cama de matrimonio, a los lados las mesillas de noche y, casi rozando con éstas, las paredes. Es como un pequeño cajón, pero aun así es bonito. La cama parece cómoda, y ya puedo visualizarme aquí haciendo guarradas con Lorenzo. De hecho, me visualizo tan bien que tengo que hacer un esfuerzo enorme para concentrarme en el armario.

—Elige.

Lo primero que hago es alucinar, porque este hombre tiene más organizado el armario que yo mi vida en general. Las camisas están a un lado, junto a los pantalones de vestir y las chaquetas. En el centro, los jerséis, las camisetas y los vaqueros, y en el lado derecho la ropa de deporte. Mi armario lo abres y, si tienes suerte, no se te cae encima la ropa mal doblada del altillo.

Lorenzo es metódico, eso lo aprendí el primer día que lo vi. Bueno, no, el primero que lo vi, no, porque la situación era demasiado extraña, pero me refiero a que lo supe enseguida. Es ordenado y limpio, que no es que yo sea una cerda, pero ordenada no soy, la verdad. Soy de esas personas que pueden limpiar el polvo, encontrarse un pantalón encima de una cómoda, alzarlo,

pasar el paño y volver a dejar el pantalón. No puedo remediarlo, soy así de desastre.

—¿Lola? ¿Algún problema?

Lo miro y me doy cuenta de que me he quedado pasmada delante del armario. Mi mente va tan rápido en relación con esta situación que mi cuerpo se queda pillado. Demasiado hago con disimular mis nervios, así que sonrío, tiro de un jersey azul marino de lana y se lo enseño.

—Éste.

—Buena elección. Es cómodo.

—¿Crees que mis pezones se irritarán si me quito el sujetador?

Él mira de inmediato mi pecho y yo sonrío pagada de mí misma. Lo que no esperaba es que volviera a morderse el labio inferior al tiempo que sube su mirada hacia mí.

—Puedes comprobarlo y, si se te irritan, me ofrezco a masajearlos. O lamerlos hasta que dejen de molestar.

Bien, vale, se me olvidaba que este hombre es la sexualidad en persona. Me río y, cuando hablo, no puedo evitar que mi voz salga ronca.

—Vamos a dejar los lametones para más adelante, pero recordaré el ofrecimiento.

Le guiño un ojo y salgo del dormitorio dándome palmaditas en la espalda.

—¿Cuándo? —oigo que pregunta.

No me hace falta girarme para saber que ha salido de la habitación. Voy hacia el baño, entro y me vuelvo para mirarlo justo cuando él llega y apoya las manos en el marco de la puerta, haciendo que su camiseta se suba un poco e intuya una pequeña porción de estómago. Oh, joder, así será difícil. Lorenzo sonrío y me doy cuenta de que él también sabe jugar a esto de la provocación. Bien, será divertido, aunque puede que muramos calcinados.

—Cuándo, ¿qué?

—¿Cuándo vas a dejarme lamerte esos preciosos pezones?

—No sabes si son preciosos. A lo mejor están deformes, o son demasiado

grandes, o tan pequeños como espinillas, o...

—Déjame evaluarlos y así te quedas tranquila con respecto a mi opinión.

Me río y le cierro la puerta en las narices.

—Pórtate bien, colega.

—No puedo, Lolita, ahora que hemos firmado un contrato no puedo pensar en otra cosa que no sea cumplirlo al pie de la letra —dice desde el otro lado.

Suelto una carcajada y no le contesto, porque esto se nos puede ir de las manos con mucha facilidad, y de verdad pretendo retrasar el momento, mínimo, unos días.

Una hora después, estamos en la cocina, Lorenzo prepara algo que huele de muerte y yo tomo una copa de vino mientras lo miro. Su jersey es comodísimo y no sé si irrita mis pezones, porque me he puesto el sujetador y las braguitas. He pensado que, así, ya tiento bastante a la suerte. De pie, el jersey me llega casi a medio muslo, pero sentada se me sube y es mucho más sugerente. Como un vestido de minifalda, sólo que éste me queda bastante ancho y huele a algo rico.

—¿Qué suavizante usas? —le pregunto después de un rato intentando averiguarlo.

—¿Por?

—El jersey huele de maravilla.

—Oh, es porque tiene mi perfume.

—¿Tu perfume? ¿Me has dado un jersey usado, Fonsi? —Me mira mal y sonrío con inocencia—. Lorenzo.

—Les pongo perfume antes de colgarlos. Así, si una mañana me olvido de perfumarme, sé que, al menos, hay un pequeño rastro en mi ropa.

Me quedo boquiabierta con su explicación. ¿En serio? ¿Hay gente que planifica eso? Alzo el cuello del jersey, aspiro de nuevo y me doy cuenta de que sí, es perfume, y no suavizante. Alucinante.

—Eres la hostia —digo.

Él se encoge de hombros y remueve la sartén antes de echarle vino. No tengo ni idea de qué pretende hacer, pero ha puesto cebollas, higos, ajo y algunas verduras más. Para mí es extraño, pero huele rico, así que me fío de él.

—A veces me paso de calculador —dice con el ceño fruncido—. Soy consciente, pero me pone nervioso acostarme y saber que la ropa del armario no tiene perfume. Supongo que ya es una cuestión obsesiva.

Parece un poco cohibido, y no puedo evitar sonreír con dulzura, porque Lorenzo puede ser un hombre un tanto frío y serio, pero está lejos de ser el ogro que yo pensé que era aquel día en la playa.

—Yo te gano, mira.

Meto la mano por el cuello del jersey, alzo la tira del sujetador y se la muestro. Lorenzo deja la paleta y se acerca para mirar con atención mi colgante.

—¿Es una piña?

—Sí —contesto sonriendo—. Mi abuela me la regaló de pequeña y me dijo que es el símbolo de lo que somos Edu, ella y yo. Da igual dónde estemos o acabemos, porque siempre seremos una piña. Antes la llevaba colgada del cuello, pero cuando me ponía cierta ropa tenía que quitármela, así que acabé por colgarla de mi sujetador. Ahora, si no la llevo un día, me siento desprotegida.

—¿Y si te pones ropa que no precisa sujetador?

La pregunta no es sugerente ni sexual. Es curiosidad lo que siente, y por eso le contesto sin vacilar.

—Me la pongo en el borde de las braguitas, tanga o lo que sea que lleve, pero nunca salgo sin ella.

Él la acaricia con los dedos, poniendo mi vello de punta, porque vale que no ha tocado mi piel directamente, pero lo he sentido como si me hubiese desnudado por completo.

—Es preciosa. Tanto como tú.

—Gracias, tu jersey es una maravilla y me encanta tu perfume.

Estamos muy cerca; estamos tan cerca que siento su aliento en la cara. Nos miramos, nos sonreímos y no puedo evitar fijarme en su boca. Sería tan bueno besarlo ahora... Lo pienso durante unos segundos. Podemos tener sexo más adelante y besarnos ya, ¿no? No está prohibido, sólo sería una muestra de cariño. Lorenzo debe de estar pensando lo mismo, porque sus ojos también bajan a mis labios, pero, al final, besa mi nariz y se aleja para remover la comida.

Yo suspiro y agradezco en silencio que lo haya hecho, porque me he demostrado que, por mucho que pueda fingir, no estoy ni siquiera cerca de controlar esta situación con soltura.

Cenamos un pescado acompañado de la salsa que ha hecho Lorenzo, que es la verdura que tenía en la sartén con el vino. Hay que ver la de cosas ricas que se pueden hacer en la cocina, aunque yo no me acerque ni por disimular.

Después de cenar nos vamos al sofá, ponemos unos capítulos de «Stranger Things» y comemos un helado de galletas que Lorenzo tenía en el congelador, demostrándome que también es goloso. Aviso a los chicos de que no iré a dormir y, cuando me preguntan dónde estoy, hago una foto de la tele y la mando.

**Manu:** ¿Nos estás poniendo los cuernos?

Espero que valga la pena.

**Dani:** ¿Dónde estás? Dime que no te has ido a la casa de cualquier desconocido.

Me río y miro a Lorenzo, que está concentrado en intentar entender la serie.

—¿Dani no ha estado aquí nunca?

—No, aún no. ¿Por?

—He mandado una foto de tu tele y cree que me he metido en la casa de cualquiera. Voy a contestarle antes de que se preocupe.

Lo hago, les digo que estoy en casa de Lorenzo y las reacciones no se hacen esperar. Manu me manda un GIF de una pareja morreándose y Dani me dice que tendrá que mantener una charla con Lorenzo al respecto.

Ni se te ocurra. Oye, ¿dónde está mi hermano?

**Manu:** Ha salido a cenar con Alexia. Si no pasaras de nosotros, lo sabrías.

Doy un saltito en el sofá, sobresaltando a Lorenzo, que me pregunta qué ocurre.

—Alexia y Edu han salido a cenar y nadie me ha dicho nada.

—Bien, ¿no? Están locos el uno por el otro.

—¿Tú cómo lo sabes?

—Yo lo sé todo, Lolita —dice en tono presumido.

Bufo y contesto en el grupo.

Quiero toda la información.

**Manu:** Mañana, cuando vuelvas, trae Donetes.  
Si están ricos y recién hechos, te lo cuento.

**Dani:** Jajajajajaja, y café.

Les pongo el emoticono de una peineta y bufo, porque son unos idiotas. Le cuento a Lorenzo lo que me han dicho y se ríe entre dientes. Yo no le veo la gracia al asunto, pero bueno, me callo porque tampoco voy a sacar nada más.

—¿Crees que debería mandarle un mensaje de ánimo?

—¿A quién?

—A mi hermano.

Lorenzo suelta una carcajada, tira de mi brazo y me deja caer sobre su



pecho. Dios, qué duro está. Su pecho, digo.

—¿Te gustaría que él te mandara un mensaje de ánimo estando conmigo?

—Es distinto. Yo no necesito que me animen, sino que me aplaquen. — Lorenzo se ríe entre dientes y masajea mi espalda para que me quede pegada a su pecho—. ¿Cuánto crees que tardaremos en hacerlo?

—Lo estaríamos haciendo ya si no fueras tan remilgada a la hora de la verdad.

—¡No soy remilgada!

—Un poquito, sí, pero no importa, la serie está entretenida y mirarte es un placer.

—Gracias. Por cierto, ¿dónde dormiré?

—Conmigo.

—No, imposible. Nosotros sólo somos amigos. —Él me mira sin entender—. Los amigos no duermen juntos.

—Ah, ¿no? Y ¿qué pasa con las fiestas de pijamas? —Medito su pregunta, porque tiene razón y, antes de que pueda responder, sigue—: Dormirás en mi cama. No voy a permitir que te dejes la espalda en el sofá.

—Pensaba más bien en que te la dejaras tú.

—Ya me has sacado dos comidas gratis. No te pases, Lolita.

—No me llames Lolita. Me llamo Lola.

Lorenzo se ríe entre dientes y eleva las cejas. Sé bien lo que está pensando. Yo no dejo de llamarlo Fonsi, así que se está cobrando la venganza y, ahora que sabe que preferiría que no lo hiciera, lo hará más.

—Haremos una cláusula nueva —digo entonces, volviendo al tema. Él me anima a seguir con la mirada—. Podremos dormir juntos en la misma cama las noches que no tengamos sexo.

—Y ¿qué pasa con las que sí tengamos sexo?

—Cada uno tendrá que dormir en su casa, o en el sofá, o donde sea, pero juntos, no.

—Me parece que no lo entiendo muy bien.

—A ver, no es lo mismo dormir juntos, vestidos y sin haber llenado la cama de fluidos, como buenos amigos, que hacerlo desnudos, sudorosos y agotados por los orgasmos provocados por el otro. Amaneceríamos con la sensación de estar haciendo algo que sólo hacen las parejas.

Él medita sobre mis palabras y, pasados unos segundos, asiente y me da la razón, así que cogemos el contrato y, a boli, añadimos una nueva cláusula. Sonrío, contenta con este método, porque estoy segura de que así me resultará imposible enamorarme de él.

Es como cuando tu jefe te advierte que está prohibido fumar en el trabajo. Si sabes lo que te conviene y no quieres terminar jodida, no lo harás, por muchas ganas que tengas.

Vemos lo que resta de capítulo, nos levantamos y nos metemos en el baño para lavarnos los dientes. Lorenzo me ofrece un cepillo sin estrenar, pero si lo acepto, tendrá que quedarse aquí, y eso indicaría que somos pareja y tenemos cierta estabilidad, así que me niego y me los lavo con los dedos, aunque él diga que es una cerdada. Lo echo del baño para hacer pis, me lavo las manos y, cuando llego al dormitorio, me encuentro con que ya está en la cama. Sin camiseta.

—Ya puedes vestirme si quieres que entre ahí contigo.

—¿Qué? Venga ya, Lola, es un torso. En la playa todo el mundo va así y no te quejas, seguro.

—Las normas son las normas, colega. Te vistes y entro o te quedas a pecho descubierto y me largo. Tú decides.

Lorenzo resopla, pero se levanta y saca una camiseta del armario. Por el camino veo que se ha puesto un pantalón largo y azul marino de pijama. Este hombre tiene obsesión con el azul marino, pero no pienso quejarme, porque le queda de muerte.

Su pecho es esculpido, no tiene los músculos excesivamente marcados, pero no hay un gramo de grasa en él. Verlo alzar los brazos para meter las mangas en la camiseta hace que mi pulso se acelere y me doy la enhorabuena

a mí misma por haberlo obligado a vestirse más, porque no sé si podría soportar a Lorenzo sin camiseta toda la noche pegado a mí.

—¿Tienes alguna manía que deba conocer antes de que nos durmamos?

Él niega con la cabeza y sonrío, tapándose y mirándome con cariño.

—A veces ronco, pero sólo cuando estoy congestionado o muy cansado.

—Yo hablo en sueños —susurro.

—Y ¿dices cosas interesantes?

—No lo sé, pero si me oyes, no dejes de quedarte con el hilo para contármelo por la mañana. A no ser que sea demasiado vergonzoso, claro, en ese caso, mejor cállate.

Él se ríe entre dientes, se acerca y besa mi nariz, otra vez, poniéndome frenética.

—Buenas noches, Lola.

—Buenas noches, Lorenzo. —La luz se apaga y, en la oscuridad, vuelvo a hablar—. Ah, no te preocupes por la erección matutina. Vivo con tres hombres y sé que esas cosas pasan.

Él se ríe de buena gana en un tono bajo y masculino y a mí se me eriza el vello mientras me doy la vuelta y pienso en las ganas que tengo de arrancarme la ropa, subirme sobre él y averiguar si es tan sexual como me imagino, pero en vez de eso permanezco fiel a mis pensamientos y, después de dar muchas vueltas, consigo dormirme.

El despertar es extraño. Lorenzo está excitado, es obvio, por el bulto que tiene en la entrepierna, pero no se pega a mí. De hecho, está durmiendo boca arriba y tiene las dos manos apoyadas sobre el estómago. Ya sé que puede parecer lógico, pero, por lo general, en algún momento, si notas un cuerpo caliente durante la noche, te acercas a él, ¿no?

No me ha rozado más que cuando adoptaba una postura nueva, y no es porque no haya dormido, porque sí ha roncado ligeramente. No sé, es como si supiera cómo ser frío incluso de noche; eso me hace fruncir el ceño. De hecho, su postura me está dando mal rollo, es como si estuviera inerte; como si estuviera muerto. Mi cabeza, que suele ir más rápido de lo que debería, lo imagina dentro de un ataúd, y la angustia es tal que tiro de sus manos para romper la postura. Lorenzo abre los ojos sorprendido por el tirón y me mira pestañeando.

—Hola —dice con voz pastosa—. ¿Todo bien?

—Todo bien, pero, por favor, no adoptes posturas de muerto para dormir.

—¿Eh?

Su visión aún no está centrada. Sí que estaba dormido, porque le cuesta coger el hilo y tiene que estirarse un poco antes de sentarse y apoyarse contra el cabecero.

—Estabas así. —Lo imito un segundo y me siento a su lado—. No me gusta, es como si estuvieras muerto. Me ha dado mal rollo. Siento haberte despertado de este modo.

—Tranquila, si es por eso, no me importa. —Bosteza y sonrío un poco—.

¿Has dormido bien?

—Sí, ¿y tú?

—Sí, genial.

—No te has acercado a mí. —Él frunce el ceño y me mira, preguntándome sin palabras por qué eso es malo—. Pensé que lo harías. Otro lo habría hecho incluso dormido, pero te has mantenido en tu lado de la cama toda la noche.

—No me muevo mucho.

—Sí, sí que te mueves, pero en tu lado. Como si tuvieras prohibido cruzar una línea invisible en el centro de la cama.

—Será la costumbre —murmura.

Entorno los ojos y lo miro interrogante, pero él sale de la cama y me habla de desayunar tortitas con sirope, así que me distraigo momentáneamente. Después de todo, yo también intento despertarme. Aun así, para cuando llego a la cocina, he conseguido concentrarme de nuevo en mi intriga.

—¿Dormías así en Estados Unidos?

Él sonríe y me mira por encima del hombro, derritiéndome en el acto. Está guapísimo así, despeinado, con los ojos hinchados y una sonrisa torcida.

—Duelmo así siempre, Lola. No pensé que mis posturas durante el sueño te inquietarían tanto.

—No, no es eso, es que... No sé, eso que has dicho de la costumbre me ha sonado raro. —Él se encoge de hombros, pero no contesta—. Es un tema tabú, ¿verdad? Estoy metiéndome donde no me importa.

—Estás intentando hablar de algo tan natural como dormir, nada más.

Su tono es mucho más seco, así que no lo creo, pero, aun así, entiendo la indirecta: no quiere hablar de esto. Puedo respetarlo, porque yo misma he actuado así cuando me han preguntado demasiado acerca de la sordera de mi hermano, así que dejo estar el tema y pongo la mesa.

Desayunamos tortitas y zumo de naranja natural. Hablamos de que él irá esta tarde a ver a su hermano y a su sobrina, así que sólo tenemos la mañana para nosotros. Me parece bien, necesito tiempo para procesar todas estas

horas juntos. Cada vez nos conocemos más y a cada minuto que pasamos charlando siento que encajamos de una forma especial. Él es todo lo contrario de mí. Su frialdad se disuelve en la intimidad en su mayor parte, pero, aun así, es un hombre reservado. Es elegante en todos los sentidos: viste bien, no dice tacos casi nunca y habla con educación de todo y de todos. No se exalta como yo y sonrío sorprendido cuando tengo un estallido de histeria mientras le cuento la última genialidad que he comprado en internet. Puede parecer que, siendo así, lo normal sea que no encajemos, pero es todo lo contrario. Sus rasgos me parecen fascinantes, y diría que él empieza a pensar lo mismo de mí. Me aporta las partes que me faltan.

Que sí, Manu, Dani y Edu son mi vida, pero con ellos es distinto: a ellos no los deseo; sólo eso marca una diferencia brutal. Además, de todos ellos, el más formal es Dani, y aun así es un cabroncete en casa, por lo que nunca he lidiado con alguien que, incluso en la intimidad, parece comedido. O quizá sea algo que con el tiempo y la confianza vaya a menos, pero lo dudo.

Nos tiramos en el sofá, hablamos de nuestros estudios, de nuestros trabajos y de Alexia, preguntándonos cómo habrá ido su cita con mi hermano.

—Sara no habla mucho —dice en un momento dado.

—No, es muy pequeñita, pero, además, le cuesta, o eso creo. Alexia es hermética respecto a ella.

—Es normal, no ha de ser fácil.

Asiento y me quedo en silencio, pensando en la pequeña Sara y sintiendo cómo el corazón me duele un poquito, porque sé lo mucho que le queda por luchar. Lo he vivido con mi hermano y no es fácil, pero confío en que, con el apoyo de su madre, mi hermano y todos nosotros, aprenda a gestionar su sordera y consiga vivir su vida sin problemas.

—¿No piensa en operarla? Sé que hoy en día se pueden hacer implantes cocleares. He leído sobre el tema.

—Sí, lo sé. La verdad es que no sé qué tiene pensado Alexia. No quiero

ser entrometida.

—¿Y tu hermano? ¿No se opera?

—No, él tiene asumido que, a estas alturas, prefiere seguir siendo sordo. Dice que no se adaptaría bien a oír. No lo sé, yo he discutido muchas veces con él por este tema y ya estoy cansada. Es su vida, tiene derecho a hacer lo que crea mejor.

—Estoy de acuerdo. Sea como sea, tendrá a la mejor hermana del mundo con él.

Sonrío agradecida y beso su mejilla.

—Debería irme a casa. Quizá esta tarde vayamos a dar un paseo.

—¿No vais a ver a tu abuela?

—No creo. Esta semana vendrá un par de días a la ciudad; tiene que hacer gestiones, así que la tendremos en casa.

Lorenzo asiente, me dice que mi abuela le parece excepcional, y le doy la razón. Estoy cómoda con él, la verdad es que, de no ser porque tiene que marcharse a casa de su hermano, no me iría de aquí, pero ya hemos pasado mucho tiempo juntos y es bueno que nos separemos y evaluemos este inicio de extraña amistad por nuestra cuenta.

Me visto con mi ropa y le devuelvo su jersey, me despido de él en el umbral de la puerta y, cuando ya estoy caminando por el pasillo hacia el ascensor, me giro y lo llamo.

—¿Vas a dejar de contestarme los mensajes esta semana?

—No, no lo haré —dice sonriendo con sinceridad—. Te llamaré esta noche.

—¿Sí?

—Sí, quiero que me cuentes qué haremos el *finde* que viene.

—¿No nos veremos hasta entonces?

—Si eres buena...

Cierra la puerta y me quedo observando la mirilla y elevando las cejas. Al final suelto una carcajada y dedico una peineta a la puerta, por si me está

viendo; cuando oigo su risa, sé que he acertado.

Llego a casa con una caja de Donettes y café para todo el mundo, pero, para mi sorpresa, Edu no está.

—¿Dónde está mi hermano? —pregunto cuando entro en el salón.

Dani y Manu están despatarrados en el sofá y me miran con una sonrisa. Bueno, no, miran con una sonrisa la caja que traigo.

—Eres la mejor, cariño —dice Dani levantándose y besando mi mejilla—. ¿Cómo ha ido la noche? ¿Hubo sexo? ¿Se portó bien? Si hizo algo que te ofendiera, dímelo. Lo que sea, le daré una paliza como se haya pasado medio pelo.

Lo dice completamente en serio. Este chico es que es un poco troglodita, aunque vista de firma y no tenga un pelo fuera de lugar. Suelto una risotada, lo abrazo, porque me parece que su preocupación es muy dulce, y beso su hombro.

—Se ha portado genial, no hemos tenido sexo y hemos quedado en que somos amigos con derecho a roce.

—¿Crees que funcionará? —pregunta con evidente preocupación—. Tú no eres de mantener ese tipo de relaciones.

—Estoy segura —susurro sonriéndole—. Irá bien, hemos firmado un contrato.

—¿Un contrato? —pregunta Manu metiéndose—. ¿Qué tipo de contrato?

Me pinzo el labio, me siento en el sofá, con cada uno de ellos a mi lado, y les hablo del contrato que hemos creado para definir nuestra situación. Los dos se ríen a carcajadas, Manu, de hecho, tiene que limpiarse la lagrimita un par de veces, pero a mí no me hace gracia.

—Es una solución sensata y racional.

—A mí me parece una gilipollez, pero vaya, viniendo de ti no me extraña —dice Manu.

Abro la boca ofendida y le doy un empujón con todas mis ganas.



—¿Me estás llamando «gilipollas»?

—No, nada de eso. Lo que digo es que tú eres dada a tener ideas que acaban como el rosario de la aurora el noventa por ciento de las veces.

—Irá bien. Dani, díselo.

Miro a mi otro amigo, que tiene el ceño fruncido y me observa negando con la cabeza.

—No irá bien, Lola.

—¿Cómo que no? Yo estoy segura de que funcionará.

—Tú no eres tan cuadrículada. A él puede funcionarle, porque Lorenzo es muy calmado y calculador, pero tú te guías por tu instinto siempre. No puedes estar segura de que no vas a sentir nada sólo porque has firmado un papel.

—A mí me hace sentir segura. No es malo querer protegerse.

—¿Crees que funcionará? —pregunta él con dulzura.

—Tengo que intentarlo. No puedo enamorarme de él, chicos. Tiene mierdas en su pasado. No sé de qué tipo, ni si son graves, pero sé que no quiero cargar con los traumas de un tío que está cerrado herméticamente y no desea ni oír hablar de tener una relación seria.

Ellos están de acuerdo conmigo en eso. Manu no conoce tanto a Lorenzo, pero Dani sí que me dice que él también se ha fijado en cómo es su compañero y amigo. Siente cariño por él, pero cree que Lorenzo no está listo para salir en serio con una mujer.

—Lo que me preocupa es que seas su conejillo de Indias. Que te haga daño.

—No lo hará. De esta forma nos controlaremos los dos. Confía en mí.

Él asiente, pero sé que tiene dudas. Edu también las tendrá, es aún más intenso que Dani, aunque no lo parezca, y se preocupa mucho por mí. Manu se preocupa a su manera, que es tirado en el sofá zampándose los Donettes y cantando una canción tonta y sexual en la que ha incluido los nombres de Lorenzo y mío.

Me voy al baño a darme una ducha, me pongo mi pijama y me paso todo el día hibernando y esperando que llegue la noche para ver si Lorenzo me llama. Cuando lo hace, ya estoy en la cama y creo que mi sonrisa se intuye desde la luna.

Me cuenta que Alba aún está mosqueada con él, pero que hoy, al menos, le ha dirigido la palabra durante la comida. Yo le cuento que me he pasado la tarde rascándome el ombligo, de manera casi literal. Sólo he parado para mirar en AliExpress un par de cosillas sin importancia, y así se lo hago saber.

—¿Qué has comprado?

—Unos calcetines con orejitas de oso, un vaso con forma de flamenco y un perchero para pañuelos.

—¿Tienes muchos pañuelos?

—Sólo dos, pero tendré que ponerlos en algún sitio.

Él se ríe y me dice que empieza a entender por qué Manu, Edu y Dani me tenían vetada la aplicación. Yo me ofendo un poco, pero al final lo dejo pasar y le pregunto si ha adelantado algo en la serie.

—He llegado hace poco, así que me he duchado, me he metido en la cama y te he llamado.

—¿Vas a dormirte ya?

—Sí, estoy cansado y mañana madrugo. Quiero ir a correr antes de entrar a trabajar. ¿Te vienes? —Suelto tal carcajada que creo que he espantado a una bandada de pájaros que había en el alféizar de mi ventana—. Supongo que eso significa que no.

—Yo no corro, eso es de cobardes.

—¿No había un chiste más manido y anticuado?

—Seguramente, pero tengo la cabeza bajo mínimos. ¿Hablamos mañana?

—Sí, te llamo por la noche.

Y lo hace. Me llama el martes por la noche, el miércoles a mediodía, el

jueves por la noche y el viernes por la tarde, para invitarme a ir a su casa todo el fin de semana.

—No puedo, este domingo sí que voy a casa de mi abuela Carmen.

—Vente de todas formas. Iremos juntos al pueblo.

Acepto sin pensarlo demasiado, porque quiero estar con él. Además, esta semana todas nuestras conversaciones han sido estrictamente amistosas. Lorenzo no se ha insinuado ni una sola vez, y no sé si es porque está perdiendo interés en la parte sexual, que lo dudo, o porque siente que soy yo la que tiene que dar el pistoletazo de salida.

Sea como sea, el viernes por la noche lleno una mochila con mi pijama y la ropa del domingo y me voy a su piso después de decirles a los chicos que nos vemos el domingo en el pueblo.

—Pero... ¿no vas a volver? —pregunta Edu—. Tenía pensado ver una peli mañana por la noche contigo.

—¿Por qué no invitas a Alexia y a Sara? —Él sonrío, encantado con el nuevo plan, y yo pongo los ojos en blanco—. Pues eso, que nos vemos el domingo, panda.

—Ten cuidado —dice Edu.

—No hagas nada que no quieras. Si sientes que te agobias o algo, vuelve a casa, ¿vale? —sigue Dani.

—Cierra la puerta bien, que siempre te la dejas abierta y luego tengo que levantarme yo. —Éste es Manu, que es único en su especie hasta para las despedidas.

Llego a casa de Lorenzo en unos minutos, llamo al portero y, cuando subo, me encuentro con que la puerta está abierta, pero él no aparece por ninguna parte. Entro en el piso y voy al dormitorio, donde está poniéndose una camiseta.

—No quiero incumplir las normas de vestuario —dice sonriéndome—. ¿Quieres colocar tu ropa en el armario?

—Eso sería de parejas, Loren, céntrate.

Él frunce el ceño en el acto y asiente. Es increíble que tenga que estar recordándole las cosas que son románticas y las que sólo implican amistad, sobre todo porque el más alérgico de los dos a las relaciones es él, aunque luego actúe de esta forma. Lo hace por educación, claro, estoy segura, pero aun así tiene que intentar controlarse un poco más.

—Además —sigo— sólo he traído un pijama y una muda. Me cambiaré ahora de ropa y me pienso pasar la noche y el día de mañana así. Sólo volveré a cambiarme el domingo para ir al pueblo.

—Me parece bien, ya sabes dónde está todo, así que deja las cosas en cualquier sitio y ven al salón. Quiero enseñarte algo.

Sale del dormitorio y me deja a solas. Me cambio a toda prisa, me pongo mi pijama y voy al salón, donde lo veo colocando cuencos con patatas, pipas y otras cosas ricas que me flipan encima de la mesa.

—¿Qué vamos a ver? —pregunto encantada con su actitud.

Él me sonrío, alarga una bolsa en mi dirección y, cuando la cojo, se muerde el labio de esa forma tan suya.

—Dijiste que no podía perdérmela, así que...

Saco del interior un paquete con nueve temporadas en DVD de «The Big Bang Theory», aún precintado. Me río y lo miro, dándome cuenta de que está expectante por mi reacción. Me percató de eso y de que Lorenzo puede intentar ser un tipo frío, pero en el fondo es un trocito de pan.

—Me encanta —digo asintiendo y un poco emocionada, aunque no lo reconozca—. ¿Maratón de series?

—Lo preferiría de sexo, pero estoy tratando de ser un buen chico y esperar a que estés lista.

Eso me hace reír y pensar que, quizá, es hora de dar un paso más y acabar de sellar nuestro contrato. Después de todo, ya parecemos amigos; sólo necesitamos tiempo para afianzarnos y, mientras eso ocurre, podemos darnos placer mutuamente, ¿no?

El corazón empieza a palpitarme con rapidez y sonrío pensando en cuál será el momento en el que me lance e interrumpa nuestra sesión de series para cambiarla por una de sexo...

## Lorenzo

Pues yo me voy a ganar un montón de enemigos con esta declaración, pero tampoco veo que «The Big Bang Theory» sea para tanto. A Lola no se lo digo, porque está superentusiasmada describiéndome a los personajes con frases como «Este tío es la caña», «Penny es la jodida ama», «A mí Leonard me pone» y muchas más que ya no soy capaz de recordar. La serie está bien, tiene sus puntos, pero como para sentir esa devoción que siente ella... Claro que Lola es de engancharse y hacerlo para toda la vida, como si de una relación se tratara. Creo que convierte a los personajes en parte de su vida y por eso los idolatra tanto.

La semana sin verla ha sido dura, pero nuestras conversaciones han ayudado a que todo fuera mejor. He conseguido librarme del agobio que sentía antes, cuando pensaba que tener algo con ella era abocarme a una relación que no quiero. Gracias a nuestro contrato, la situación es cómoda y excitante, sin dejes de culpabilidad. Tengo que reconocer que fue una gran idea.

Ahora estoy aquí, preguntándome cuánto tiempo tardaremos en dar el siguiente paso, excitado, porque a su lado lo difícil es estar calmado, y deseando no dormir con ella porque eso significaría, según sus propias normas, que habríamos tenido sexo.

La verdad es que dormir con ella me gustó. Me sobresaltó un poco la forma en que me despertó, pero cuando me explicó que lo hizo por la postura

que yo tenía, me relajé. No quise admitir, cuando me preguntó, que es cierto que estoy acostumbrado a dormir en un lado de la cama y lo hago, incluso, estando solo. He pasado muchos años durmiendo en una cama compartida en la que no deseaba estar y, ahora, no consigo hacerme a tanto espacio. Pero eso no podía decírselo. Ella puede sacarme muchas cosas con su mera presencia, pero para hablar de..., bueno, para hablar de mi vida en Estados Unidos necesito tiempo. Por suerte, Lola es una mujer intuitiva y, en cuanto se dio cuenta de que había topado con un muro, lo dejó estar.

—¿Crees que mis pechos son mejores que los de Penny? —pregunta de buenas a primeras.

La miro de reojo sin saber si es que se ha quitado la camiseta de pronto, pero no, sigue llevándola puesta.

—No sabría decirte sin verlos en todo su esplendor.

—No lo necesitas, los de ella también están tapados.

Eso es verdad. La táctica me ha salido regular, tendría que haber dicho que los suyos son infinitamente mejores sin fijarme siquiera, pero ahora tengo que evaluar con sinceridad, o quedaría fatal. Por suerte, estoy seguro de que los pechos de Lola son mejores. O será que estoy obsesionado con ella y los de la tal Penny me traen sin cuidado.

—Entonces ganas tú, por goleada.

—No, así ya suena falso.

—¿Qué...? No es falso, de verdad creo que ganas tú por goleada.

—Porque yo estoy aquí y ella en la tele, ¿no?

—¿Qué tendrá que ver?

—Hombre, tiene que ver, claro que tiene que ver, porque con ella no tienes ninguna posibilidad y conmigo sí, a no ser que la cagues y digas que los míos son peores.

Tomo aire con calma y procuro no sonar demasiado borde cuando hablo, pero no puedo evitar que la voz me salga de acero.

—Según se ve, ya la estoy cagando, así que para el caso...

—Oye, no te pongas chulo, que te he hecho una pregunta sin importancia.

—Alguna importancia tendrá, cuando te estás poniendo en modo encabronada porque te he dicho que prefiero tus pechos.

—Mira, Lorenzo...

—Suenas como una novia —digo cortándola—. Suenas como una novia cabreada, y nosotros no somos pareja, ¿recuerdas? No irás a incumplir ya el contrato, ¿verdad?

Eso le cierra la boca y estoy tentado de sonreír, porque esto del contrato tiene más ventajas que inconvenientes, y cada vez estoy más convencido.

—Está bien, me callo.

—Vale.

—Pero las mías son mejores.

—¡Si es lo que he dicho! No me vuelvas loco, por favor te lo pido.

Ella resopla y yo también. Miro a la tele ceñudo, porque me frustran mucho estas situaciones, e intento calmarme porque tampoco es cuestión de parecer un ogro. Precisamente por esto es necesario que hablemos más, porque tenemos que conocernos, llegar a encajar y, de alguna forma, conocer los puntos que debemos evitar para no acabar así.

—¿Si te doy un besito me perdonas por ponerme así? —pregunta pasados unos minutos.

Sonrío, tiro de su mano y la pego a mi cuerpo en un santiamén. Me encanta tenerla así, rozándome y permitiéndome tocarla.

—Ya tardas.

Ella sonrío y besa mi barbilla. Yo gruño, porque el besito no lo quiero ahí, y ella se ríe con picardía.

—¿Así? —pregunta ascendiendo a mi mejilla y besándola con suavidad.

—Más.

—¿Así? —Esta vez pasa a mi mandíbula y baja por mi cuello, acariciándome con los labios y levantándome una erección instantánea.

—Más.



—¿Más?

—Más, mucho más.

—¿En la boca?

—Sí, joder, sí.

—Mmm, dices tacos cuando te excitas. Me gusta.

—Me aprenderé el diccionario de las palabrotas, entonces.

Ella suelta una carcajada ronca y se sube a horcajadas sobre mí. Gime y se aprieta contra mis caderas, haciendo presión entre nuestros sexos, lo que me provoca a mí otro gemido. La sujeto por la cintura y le paso una mano por la espalda para guiarla hacia delante y que se roce con mi pecho.

—¿No crees que vas muy rápido? Sólo me he subido aquí porque para darte un beso es más cómodo.

—¿Quieres que deje de tocarte? —pregunto yo en tono sugerente, retomando un poco del control perdido.

—No —susurra a milímetros de mis labios—. Quiero que me toques más, pero no hasta que yo lo diga.

—De acuerdo.

—¿Sí?

—Sí, no quiero tocarte si tú no lo deseas.

Lola gime y me besa, arrasando mi boca y haciendo que mi cuerpo entero se tense de emoción. Acaricio sus costados, pero no presiono en ninguna parte, porque quiero que sea ella la que decida cómo se acerca a mí y cuánto. Si por mí fuera, ya estaríamos desnudos, así que lo mejor es que me controle y me deje llevar por ella, al menos, de momento. Su boca se entreabre y su lengua busca la mía; la encuentra en medio segundo y empieza una danza que hace que pierda el sentido. El hecho de que haya comenzado a mover las caderas en círculos no ayuda, porque creo que, de seguir así, sería capaz de alcanzar el orgasmo de la manera más ridícula y bochornosa posible.

—Lola, cariño... —gimo cuando ella besa mi cuello.

—¿No te gusta?

—Sí, joder, me encanta, pero...

Me aferro a sus muslos y los pellizco justo donde empiezan sus glúteos, intentando controlarme pero sin poder parar.

—Disfruta, Lorenzo —susurra ella—. Esto se trata de eso, de disfrutar.

Obedezco, porque ¿qué otra cosa puedo hacer? Ella vuelve a besarme y noto cómo ralentiza el ritmo de su lengua, sus caderas giran y, de vez en cuando, cambian el sentido, haciendo que me cueste trabajo concentrarme en todo a la vez. Acaricio su cuello, su nuca y el nacimiento de sus pechos, animándola a seguir llevando el control. Ella se aprieta contra mis caderas y muerde mi labio inferior con una lujuria que a punto está de hacerme estallar. Dios, no aguantaré mucho si sigue así, pero, por fortuna, pasados unos minutos más, que a mí se me hacen eternos, se separa de mi boca y arrastra los labios hacia mi oreja.

—¿Alguna vez te han hecho sexo oral estando sentado en un sofá? —Gimo y noto su sonrisa en el lóbulo, que me raspa con los dientes. Lo muerde con suavidad y mete las manos bajo mi camiseta—. ¿Quieres que lo haga?

Mi gruñido debería ser respuesta suficiente, pero, por si las dudas, asiento y la separo de mí cogiéndola por los hombros.

—Sólo si quieres —consigo decir con la respiración entrecortada.

Su mirada es cariñosa y dulce, pese a lo pasional del momento. Se relame y yo siento que me muero de excitación. Empieza a descender por mi cuerpo y trago saliva mientras sus ojos me miran con intensidad. Me pierdo en lo distintos y preciosos que son ahora que se han oscurecido por el deseo, y pienso, no por primera vez, que podría perderme en esa mirada, aunque suene cursi. Creo que tiene un efecto hipnótico en mí, si no, no se explica.

Lola se arrodilla en el sofá y, en efecto, baja mi pantalón, liberando mi erección y haciéndome gemir cuando su mano fría, a pesar de las caricias, la agarra. Besa el interior de mi muslo y me veo obligado a echar la cabeza hacia atrás y cerrar los ojos debido al placer tan inmenso.

—Mírame mientras lo hago —susurra—. Quiero que no dejes de mirar

mis ojos mientras te hago el mejor sexo oral de tu vida.

Sus palabras suenan a promesa, y estoy tentado de decirle que sólo con esta imagen la ha cumplido. Cuando sus labios me tocan, elevo las caderas por inercia y le pido más sin palabras. Ella me aprieta los muslos y se niega, dejándome claro que llevará el ritmo que considere oportuno.

Es maravillosa, dulce, pasional, fuerte y caliente como el mismísimo infierno. No necesita ni dos minutos para que yo esté a punto, así que tiro de sus hombros y la tiendo en el sofá. Ella no protesta; supongo que era muy evidente que estaba a punto de acabar.

—Quiero verte desnuda.

Lola sonrío, se sienta y asiente mientras me señala.

—Lo mismo digo. Fuera ropa.

Me arrodillo en el sofá y, como si de una competición se tratara, observo cómo nos desnudamos a toda prisa. Casi me arranco la camiseta, y no me habría importado hacerlo con tal de cumplir su petición y pasar al siguiente punto. Lola se lo quita todo y, cuando se queda desnuda ante mí, mi erección vibra y ella se ríe.

—Me encanta ponerte tanto.

—Es que eres... —Suspiro y vuelvo a tumbarla en el sofá con suavidad—. No hay palabras para lo preciosa que eres, de verdad.

Beso su cuello y siento el placer recorrerme cuando suspira y eleva sus pechos, rozándolos con mi torso. Bajo la boca y los lamo, esta vez sí, de uno en uno y recreándome en sus pezones. Ella gime y me pide más, mi erección duele y yo siento que la impaciencia me devora, pero, aun así, me doy todo el tiempo del mundo para acariciar, besar, lamer y chupar su cuerpo. Bajo por su estómago y le hago cosquillas en el ombligo antes de separarle las piernas y perderme entre ellas. Paso la lengua por su entrada y noto su humedad de inmediato. Tan dispuesta, tan jodidamente lista para mí...

—No voy a aguantar mucho —dice con voz jadeante—. Deja que te lo haga.

Asiento, muerdo su muslo y me levanto del sofá con rapidez, dándome cuenta de que tengo los preservativos en la habitación. Podríamos irnos los dos allí, estaríamos más cómodos, pero supongo que el deseo y el instinto nos guía, porque ella espera en el sofá y yo voy al dormitorio y vuelvo al cabo de tres segundos, más o menos. Rasgo el envoltorio y se lo doy para que me lo ponga. Me siento en el sofá, Lola desenrolla la protección por mi erección y vuelve a colocarse a horcajadas sobre mí.

—¿Listo? —pregunta.

—Nací listo para esto, cariño.

Ella sonrío y se deja caer sobre mí poco a poco, haciéndonos gemir a ambos y obligándome a respirar, si no quiero acabar con esto en un par de minutos.

Lola besa mi hombro, lo muerde y se mueve en círculos, con lentitud al principio y con más ahínco después, arrancándome un gemido detrás de otro, haciendo que los dos sudemos y provocando en mí un deseo que hace muchísimo tiempo que no siento.

Chupo sus pezones, los muerdo y acaricio su culo, su espalda, su estómago, su cuello, sus mejillas y cualquier otra parte de su cuerpo que quede a mi alcance.

—¿Así o más fuerte? —pregunta en un momento dado.

Yo no contesto, sino que la cojo en brazos, la tumbo sobre el sofá y entro en ella de una estocada.

—Más fuerte, pero esta vez me toca a mí.

Ella gime por respuesta y yo empiezo a embestir, esforzándome por hacerla disfrutar y volviéndome loco en el camino. Siento la espalda sudada y el centro de sus pechos húmedos rozándose contra mi torso. Pienso, momentáneamente, si no acabaré irritándole la piel, pero descarto la opción en cuanto me doy cuenta de que no podría separarme de ella ni aunque quisiera. Necesito sentirla piel con piel para que el placer sea aún más intenso. Noto que se tensa, que busca más de mí, y bajo una mano para

acariciar su clítoris y ayudarla a llegar al orgasmo. No falla; Lola se contorsiona, grita mi nombre y se corre mientras yo acelero para multiplicar su placer. En cuanto su interior deja de apretarme, me dejo ir. Entierro la cara en su cuello, muerdo su clavícula sin darme cuenta y chupo su piel hasta que mi orgasmo pasa y caigo desplomado sobre su cuerpo.

Me esfuerzo por coger aire a trompicones y siento que ella está igual, con el añadido de tener que soportar mi peso, así que ruedo como puedo por el sofá y me quedo de costado entre su cuerpo y el respaldo.

—¿Estás bien? —pregunto cuando siento que puedo volver a hablar.

Ella suelta una carcajada por respuesta y me mira, sudorosa y satisfecha.

—Estoy mejor que bien, colega.

Sonrío y cierro los ojos, contento de que todo parezca fluir con normalidad entre nosotros después del orgasmo.

Acaricio su estómago, la base de sus pechos y sus pezones mientras, poco a poco, vuelvo a ser yo mismo.

—Preciosa... —susurro—. Indudablemente, mejor que Penny y que cualquier otra actriz. Y ahora sí sé de lo que hablo.

Ella se ríe y, en vez de llevarme la contraria, besa mis labios con dulzura. Acto seguido, se sienta en el sofá y busca su vaso de refresco para dar un trago.

—Pues he confirmado mi teoría: eres un portento en la cama.

Me río y me levanto del sofá para ir al baño a quitarme el preservativo. Ella me sigue y yo aprovecho para contestarle.

—Tú eres la que ha llevado la batuta en todo momento.

—De eso nada, hemos quedado en tablas. ¿Te gusta mandar?

—Soy demandante, que no sé si es lo mismo —digo—. Reconozco que soy de llevar el control, pero tampoco me importa que la otra persona lo haga.

—O sea, que te mola mandar, pero te adaptas.

—Algo así.

Me limpio un poco y la miro. Está frente al lavabo, enjuagándose las manos y mirándose la marca que le he hecho en la clavícula. Frunzo el ceño, voy hacia ella y me coloco detrás de su cuerpo, mirándola a través del espejo.

—Lo siento —susurro.

—Tranquilo —dice sonriendo—. Al menos no me has mordido en el cuello. No me gustaría volver a la adolescencia de esa forma.

Se ríe y se deja caer contra mi torso.

Beso su nuca y la abrazo por la cintura, acoplando la semierección que me queda en el final de su espalda.

—¿Te das una ducha conmigo? —Ella niega con la cabeza y siento el movimiento en mi torso—. ¿Por qué?

—Porque eso lo hacen las parejas, y nosotros no lo somos. ¿Cuántas cosas voy a tener que explicarte?

—Entonces ¿queda descartado el sexo en la ducha?

Eso hace que arrugue la frente y me río, acercando la nariz a su cuello y haciéndole cosquillas.

—Visto así...

—A la ducha —digo dándole una palmadita en el trasero—. Haré que valga la pena, lo prometo.

Y lo hago. Me arrodillo frente a ella, alzo una de sus piernas, la coloco sobre mi hombro y me la como hasta que se corre en mi boca arqueándose contra las baldosas. Yo no consigo un segundo orgasmo, debido a que mi erección aún no es firme por el poco tiempo que ha pasado y a que no tenemos preservativos aquí.

—Tienes que empezar a dejarlos por toda la casa —me aconseja Lola en un momento dado, mientras ambos nos secamos—. Ahora te has quedado con el calentón.

Miro abajo y me doy cuenta de que tiene razón. No tengo una erección completa, pero tampoco consigo calmarme. Me encojo de hombros y sonrío.

—Lo solucionaré en cuanto me vista. ¿Me ayudarás?

—¿A dejar preservativos en sitios estratégicos? —Se pone un dedo bajo la barbilla, como si estuviera pensándolo, y al final se encoge de hombros—. No veo por qué no. Es algo bastante amistoso.

Suelto una carcajada y salgo del baño pensando en esta extraña amistad. Nunca he tenido algo así y no tengo experiencia, pero yo diría que esto de ser amigos y practicar sexo se nos dará de maravilla.

A-lu-ci-nan-te.

Todo lo que diga para describir el sexo con Lorenzo es poco. Pasiona, intenso, caliente... Dios, es tan caliente que recuerdo ciertas cosas y me arden las mejillas. Ni él se corta a la hora de pedirme lo que necesita, ni yo tampoco. Conozco mi cuerpo, sé bien qué es lo que más disfruto, y no pienso conformarme con menos. Lorenzo, al parecer, piensa lo mismo. No tengo más que recordar cómo vino anoche a buscarme al sofá.

Al principio se enfadó cuando le dije que no pensaba meterme en su cama y que iba muy en serio con mi cláusula a la hora de dormir. Habíamos tenido sexo y, por lo tanto, uno de los dos tenía que quedarse en el sofá. Él se ofendió tanto que me dijo que la cama era suya, así, a lo caballero, y se largó al dormitorio dejándome con el sofá. Yo estaba tan cansada que ni siquiera me importó y me tapé con la manta pensando que el muy idiota podría haberme dado un juego de sábanas, al menos. Conociéndolo, seguro que hasta las plancha. Que, a ver, ya sé que mucha gente las plancha, pero en casa las hacemos una bola y las metemos en el armario porque no sabemos ni doblarlas. Somos unos inútiles en potencia.

El caso es que ya de madrugada noté un cuerpo cernirse sobre mí. Lorenzo estaba desnudo y me hizo el mejor sexo oral de mi vida, y mira que en la ducha y en el sofá ya se había lucido horas antes. Me hizo llegar al orgasmo dos veces y, cuando quise devolverle el favor, me lo impidió y me penetró con suavidad y con una sonrisa que vi gracias a la luz que entraba de la calle y del pasillo.



—Te lo debo por ser tan grosero —dijo con culpabilidad y cara de buen chico.

Me reí, alcé las caderas y dejé que se resarciera todo lo que quisiera. Después de eso me dio un juego de sábanas, planchadas, en efecto, me ayudó a colocarlas y luego me obligó a meterme en el dormitorio y a dejarlo a él durmiendo en el sofá.

Y aquí estoy, desperezándome y pensando que el día se presenta de lo más interesante. Mañana tenemos que ir al pueblo juntos, pero todavía tenemos muchas horas por delante para disfrutar. Huelo sus sábanas y me pregunto si también echará perfume sobre ellas, porque no es normal que todo esté impregnado con su aroma.

—¿Has resucitado ya?

Miro hacia la puerta y lo veo apoyado sobre ella, con una paleta de cocinar en la mano, su pantalón azul marino de pijama y el torso al descubierto. Dios, qué guapo es.

—Mmm, ¿me vas a dar de comer?

—Acabo de hacer tortilla francesa y he troceado un poco de fruta.

—Y ¿no tendrás unos pasteles? ¿Chocolate? ¿Crema pastelera? Si tienes un Pantera Rosa por ahí, te juro que te haré una mamada donde y cuando tú quieras.

Lorenzo se ríe y chasquea la lengua, debatiéndose entre asumir que se lo pasa bien con mis cosas o regañarme por ser tan malhablada.

—Vas a hacerme la mamada donde yo quiera, porque sabes que te recompensaré a cambio. —Lo miro fijamente y él se ríe—. No, Lola, no hay pasteles. No comes más que mierdas. Debes de tener las arterias a punto de reventar.

—Qué va, tengo un gran metabolismo.

—El metabolismo es lo de menos. Anoche cenamos porquerías y hoy no vamos a desayunar lo mismo.

Protesto un poco y le digo que no es mi padre, así que no tiene por qué

mandarme. Él me dice que no hay padre capaz de meterme en vereda, y yo le digo que por eso el mío se largó. El pobre se queda un poco cortado, pero luego se recompone y me cuenta que su madre murió hace tiempo y la echa mucho de menos, aunque no es lo mismo que ser abandonado de manera literal, claro.

Desayunamos y reconozco que la tortilla me sienta maravillosamente bien. La fruta apenas la pruebo porque yo es que soy más de otras cosas, y él lo deja pasar y se la come toda. Intento convencerlo de tirarnos en el sofá un rato, pero me asegura que no, que necesita salir a que le dé el aire y, cuando le recuerdo que no tengo ropa, aparte de la de mañana, me dice que me la ponga y luego iremos a mi piso a por más para el domingo.

—En serio, estoy agobiado aquí dentro.

—¿No vas a cambiar de idea ni aunque te soborne con un poquito de sexo?

—Ni aunque me sobornes con un camión de sexo. Me estresa mucho pasar tantas horas encerrado en casa. Vamos a dar un paseo.

—Vamos de copas, mejor, que lo de dar paseos suena romántico.

Él pone los ojos en blanco y entra en el dormitorio.

—Lo que diga la señora. —Abre el armario y me coloco detrás de él. Cuando lo veo coger una camiseta amarilla hago un sonido de desaprobación. Lorenzo la suelta, coge una verde y yo vuelvo a hacerlo. Coge una blanca y, antes de que yo pueda decir nada, se gira y me mira a conciencia—. No eres mi novia, no puedes meterte con cómo me visto.

Minipunto para él.

—Encima de que una lo hace para que vayas guapo y resultón...

—Te lo agradezco, pero creo que soy capaz de vestirme solo.

Suspiro con fuerza, como si me diera por vencida, porque así es, y me doy la vuelta para buscar la mochila con mi ropa. Cojo el vaquero y el jersey que había metido para mañana y, cuando me lo pongo, Lorenzo me mira y eleva las cejas.

—Pensarás planchar ese jersey, ¿no?

—No, Manu dice que ponerse la ropa sin planchar es tendencia.

—Manu puede decir lo que quiera, pero eso está feo.

—Pues él es un *influencer* en su canal de YouTube. ¿Qué eres tú?

Lorenzo me mira mal y yo sonrío. Minipunto para mí. Ay, qué divertido es esto de retarnos. Me quedo con el jersey arrugado, mal que le pese (y le pesa, porque es un maniático de cuidado), y salimos a la calle dispuestos a encontrar un sitio en el que tomar algo al aire libre, por petición de él, que se ve que sufre claustrofobia después de cierto tiempo. Irónico, siendo arquitecto.

El problema es que pasamos por una pastelería y le ruego que paremos a comer algo de azúcar, porque me noto como con el ánimo bajo.

—Lo que tienes es mono, porque estás enganchada, Lola. Lo tuyo es un problema.

—Sabrás tú lo que son problemas —mascullo con la boca llena de caña de chocolate—. ¡Esto es alegría de vivir!

Él no contesta porque le sienta muy mal que desoiga sus consejos alimentarios. Yo sé que me alimento mal, lo sé, pero es que creo que tiene un poco de razón y estoy enganchada al azúcar, porque no puedo dejarlo. Es mi droga, qué le vamos a hacer.

Me zampo una caña y estoy a punto de pedir una palmera rellena de Kinder cuando me coge de la mano y me saca del local.

—No pienso ver cómo te atiborras de mierda tanto tiempo.

—No eres mi padre.

—Podrías inventarte una frase nueva; ésa está manida y, además, la oigo mucho. Tengo una sobrina adolescente, ¿recuerdas?

Tiene razón, pienso en Alba y le pregunto cómo ha ido esta semana. Me cuenta que le ha contestado un par de whatsapps, aunque sea en tono seco, y que mañana espera hablar un poco más con ella. Yo reconozco el mérito que tiene la chiquilla, porque ponerse tan firme cuando tu tío está tan bueno tiene

mérito. Bueno, igual ella no piensa en su tío como en alguien que está bueno, claro; ella lo verá como a un adulto metomentodo y jodedor de polvos en la playa.

—¿Sigues con su novio?

—No lo sé —contesta—. Está hermética y mi hermano sigue sin enterarse.

—¿Y África?

—Según mi padre, esta semana ha entrado en casa dos noches. —Aprieta la mandíbula y puedo ver lo mucho que eso le molesta—. Podrían irse a follar a otro sitio, por lo menos.

—Es que cuando la calentura aprieta...

Paso una mano por su muslo y la llevo hacia su culo. Lorenzo se ríe y me mira con una intensidad que me monta un nido de avispas en el estómago. Sí, avispas, porque pican más fuerte que las mariposas.

—¿Y si volvemos a casa ya? —pregunto.

Él se ríe, niega con la cabeza y me rodea por la cintura para acercarme a su pecho.

—Eh. —Lo freno cuando está a punto de besarme y le hago una cobra en toda regla—. ¿Piensas follarme en la calle?

—No, pero...

—Pues entonces nada de besos, que de aquí a que claves la rodilla y me pidas matrimonio va un paso.

—Lola, soy yo quien no quiere una relación.

—Los dos.

—Tú me has tocado el culo.

—Es un culo precioso.

—Y ¿yo no puedo besarte? Tienes una boca preciosa.

—No puedes, porque lo mío ha sido una cosa así, casual y tonta, y lo tuyo es premeditación. Primero un beso, luego un manoseo y acabo mirando fotos de vestidos de novias en Pinterest en menos que canta un gallo.

Lorenzo resopla, pero sé que intenta ocultar una sonrisa, así que bato las

pestañas y le tiro un besito.

—No me tires besos si luego yo no puedo darte uno.

—Eres tan picajoso...

Él pone los ojos en blanco y yo pienso que, en mi presencia, lo hace mucho, pero no me importa porque hace buen día, el sol brilla y el paseo está siendo bastante relajante, a pesar de que yo en un principio me haya opuesto. En realidad, estamos caminando en dirección a un bar que Lorenzo conoce y quiere enseñarme, así que no estamos incumpliendo ninguna cláusula.

Paseamos por las calles que rodean a La Manquita, que es como los malagueños llamamos a la catedral de Málaga, y llegamos a un bar que le encanta a Lorenzo. Nos sentamos en la terraza con las gafas de sol puestas y pienso, no por primera vez, en la suerte que tengo de poder vivir en la que, para mí, es la mejor ciudad del mundo. Amor por la tierra, supongo, pero también está el clima, la gente, el bullicio, la música que siempre suena en alguna parte, las cañas frías y las tapas, sin contar con los monumentos, su calle Larios, el puerto, el Soho, el museo Picasso, la Alcazaba, el arte naciendo en cada rincón, las playas y un sinfín de cualidades más que la han llevado a ser conocida por muchos como Málaga la Bella. Y no es porque yo viva aquí, de verdad, es porque este rincón del sur tiene magia.

Nos pasamos las horas hablando de nuestras vidas, trabajos y temas como el deporte, la comida, películas que debemos añadir a la lista de pendientes y lecturas actuales, entre otras muchas cosas. A mediodía pedimos un par de tapas y, a eso de las cuatro, Lorenzo me pide que volvamos a su piso.

—Recuerda que tenemos que ir al mío a por ropa antes —digo—. Ésta era la que tenía para mañana.

—Podemos ir, sí..., o podemos volver a mi piso, desnudarte a conciencia, poner una lavadora y luego una secadora.

—Ya... Tú lo que quieres es tenerme en pelotas, colega.

—Qué bien me estás conociendo, cariño.

—Que no soy tu cariño. Llámame Lola.

—Tú me llamas «colega» todo el tiempo.

—Es que somos colegas.

Lorenzo resopla y se pasa una mano por el pelo.

—Mira que soy el más interesado en no tener una relación, pero qué complicado lo pones todo, Lolita.

—Lola. —Él resopla de nuevo y yo me río—. Venga, gruñón, vamos a comprar unos frutitos secos y...

—En casa hay comida.

—¡Pero no digas «en casa»! ¿No ves que suena a casa compartida? — Suspiro con cansancio y niego con la cabeza—. Podrías colaborar un poquito más.

—Lola.

—¿Qué?

—Pasa de mí hasta que llegemos al piso, ¿vale?

Me río, porque lo ha dicho con una seriedad y una calma que me han dejado a cuadros. Compruebo, minutos después, que él sí pasa de mí. Supongo que está cansado de que vaya inventándome normas sobre la marcha, pero es que creo que son necesarias. Él no sabe que, en realidad, yo tengo pánico de acabar enamorada hasta las entrañas, porque Lorenzo es inteligente, buen conversador, educado, amable, guapo, simpático cuando no está frunciendo el ceño... Tiene muchísimas cosas que me hacen pensar que podría caer rendida a sus pies y no puedo permitir eso.

Justo así, como estamos, es como deben seguir las cosas. Nos conoceremos más, adquiriremos confianza y cada vez estaremos más cómodos el uno con el otro, pero de ahí no pasará.

Llegamos a su piso, Lorenzo me desviste con mimo en el recibidor y luego, cuando estoy excitada y expectante, se va a poner una lavadora mientras yo maldigo y oigo su risa de fondo. La parte buena es que, al regresar, lo hace sin ropa y con un preservativo en la mano.

—Ven aquí, voy a intentar que quemes todo ese azúcar.

Me río mientras me alza en brazos y me enrosca en sus caderas. Camina conmigo hacia el dormitorio, me deposita en la cama y me sonrío como un lobo hambriento a su presa.

—¿Vas a ponerte mandón? —pregunto con voz melosa.

—Mmm, sí, necesitas que te meta en vereda después de desatender mis consejos alimentarios.

—He sido una chica muy muy mala.

Mi voz de actriz porno ha sido de nota, pero Lorenzo, en vez de excitarse, rompe en carcajadas y se echa sobre mí mientras acaricia mi nariz con la suya y luego me besa en la punta de la misma.

—Eres tan adorable cuando intentas ser una pervertida...

Pongo los ojos en blanco y clavo los talones en sus caderas para que comience a trabajar en condiciones. Él capta el mensaje y, minutos después, los dos jadeamos mientras nos entregamos a un placer indescriptible.

El resto del día se nos pasa así: sexo increíble, pelis, series y una partida de póquer, porque Lorenzo es un gran aficionado. ¿Quién lo diría? Por la noche estamos tan cansados que ni siquiera protesto cuando él me dice que se quedará en el sofá. Nos acostamos temprano y el domingo por la mañana nos vestimos y nos preparamos para irnos al pueblo.

El camino es entretenido, y yo no puedo dejar de pensar en lo genial que ha sido este *finde*.

—¿Te veré esta semana?

Él sonrío tras sus gafas de sol y pellizca mi muslo antes de contestar.

—Algo haremos, ¿no? —Asiento y sonreímos como idiotas—. Me gusta estar contigo, Lola.

Sonrío por respuesta e intento, por todos los medios, aplacar el revoloteo que de nuevo ha empezado a cobrar vida en mi interior.

No pasa nada, todo está bajo control. Todo va a las mil maravillas y,

cuando llegamos a la calle de mi abuela y veo a Edu correr con la pequeña Sara, mi alegría es tal que ni siquiera pienso en que ha llegado la hora de despedirme de Lorenzo.

—Ya nos veremos —le digo antes de bajar del coche.

—¡Lola! —exclama él.

Me giro y lo miro. Se quita las gafas de sol, hace amago de hablar y, al final, se encoge de hombros.

—¿Sí? —pregunto intrigada por su actitud.

—Nada, quería darte las gracias porque lo he pasado genial y decirte que sí, que ya nos veremos.

—Vale.

—Pronto.

Me muerdo el labio inferior con fuerza antes de contestar inmediatamente y, al final, asiento, porque no quiero demostrar excesiva alegría ni tampoco parecer borde. Él arranca y se pierde por la calle justo cuando Manu se asoma al jardín y me llama a gritos para que entre y salude a mi abuela.

Obedezco y me prometo a mí misma no echar de menos a Lorenzo ni un solo segundo.

Por desgracia, cuando llego a la cocina y mi abuela me pregunta por él, falto a mi palabra. Sólo un segundo, pero lo hago, así que me prometo algo un poco más fácil: me permitiré echarlo de menos unos segundos y luego lo olvidaré y seguiré con lo que esté haciendo porque, si intento bloquear el sentimiento, éste renacerá con más fuerza y ahí sí que puedo salir bien jodida.

Es fácil. Lo tengo controlado, en serio.

Te lo juro por Sheldon Cooper.



## Lorenzo

La comida en casa de mi padre es como todas las comidas de los domingos. Mi hermano riñe a Alba por casi todo, la niña se enfada por todo eso y más, y mi padre suspira y me mira pidiéndome ayuda. Sonrío y, mientras mi hermano hace un par de llamadas, le indico a mi progenitor que salga conmigo al porche.

Él pone una cafetera, sirve un par de tazas y me da una antes de seguirme.

—¿Cómo van las cosas? —pregunto cuando nos sentamos en las sillas de mimbre que hay sobre el porche de madera con vistas al mar.

—Igual. —Mi padre niega con la cabeza y da un sorbo a su café—. Tu hermano pierde el norte por momentos y no se da cuenta del daño que hace.

—Si se diera cuenta, no lo haría.

—Eso me gusta pensar, sobre todo porque cuando pasa la noche con ella puedo ver sus ojeras, su arrepentimiento al día siguiente. Acostarse con ella es como una droga; creo que depende tanto de sus migajas que ya se ha rendido y piensa que nunca podrá tener algo mejor.

—Suenas muy triste.

—Lo es. —Mi padre suspira y vuelve a beber de su copa—. A veces me pregunto por qué mis hijos tienen tan mala suerte en el amor.

—No es para tanto —contesto restándoles importancia a sus palabras, aunque sean ciertas—. No todo el mundo puede encontrar lo que mamá y tú tuvisteis.

—No fue siempre fácil, ¿sabes? —Su mirada se tiñe de un anhelo que me duele, porque sé que la echa de menos cada día—. No fue nada fácil, pero, como todo lo complicado en esta vida, cuando lo conseguimos, supimos que había valido la pena.

Mira al mar y sé que está pensando en ella; siempre lo hace. No quedan tan lejos los días en que mi hermano me contaba, después de que mi madre muriese, que mi padre apenas hablaba y parecía haber perdido la alegría de vivir, pese a ser joven todavía.

—Aún podrías encontrar a alguien, papá —digo de pronto.

Él frunce el ceño y me mira. Yo no sé qué hacer o decir, porque lo cierto es que ni siquiera sé de dónde vienen mis palabras. Nunca me he planteado el hecho de que mi padre necesitara estar con alguien, creo que no es así, pero me doy cuenta de que lo que he dicho es verdad. Todavía está a tiempo de encontrar a alguien. Sé que amaba a mi madre con locura, pero ella no está y él se merece seguir adelante.

—Estar con otra mujer sería injusto.

—Papá, no le debes nada a mamá, ella murió.

—No, sería injusto para la mujer con la que estuviese, porque en cada una de sus sonrisas yo buscaría a tu madre. Ninguna mujer se merece algo así. Para estar con alguien, tendría que desearlo, y no es el caso.

—Si le pusieras empeño, podrías enamorarte.

—Es irónico que tú, con tu historial, me digas algo así. —Me tenso y cuadro los hombros, pero él se limita a sonreír con la calma que lo caracteriza—. Tú mejor que nadie sabes que el amor no se fuerza. Si algo bueno te enseñó Alison fue eso.

Alison.

Su nombre ya no duele dentro de mi pecho, hace mucho que dejó de hacerlo. No siento nada cuando lo oigo. Por fin he dormido a la bestia del resentimiento, la culpabilidad y la desesperación, y es tan relajante que, a veces, me parece mentira estar tan tranquilo.

—Alison me enseñó muchas cosas. En su mayoría malas, por desgracia.

Mi padre asiente, entendiendo lo que digo y, cuando hace amago de hablar, mi hermano sale con una taza de café en la mano.

—¿Cotilleando sin mí?

—Estaba diciéndole a tu hermano los nombres de las mujeres que aún están solteras en el pueblo —dice mi padre.

—Me parece injusto. A mí no me dices nombres de mujeres.

—Tú ya tienes una jodiéndote la cabeza, el corazón y el cuerpo.

—Me encanta lo dulce que eres hablando, papá. Tu cariño por África es palpable desde aquí.

—Mi cariño por África no tiene nada que ver. Ella tendrá sus cosas, como todos, pero es a ti a quien he de decirte lo tonto que estás siendo.

Mi hermano resopla y se enzarza con él en una discusión que sólo acaba cuando Alba sale y pregunta si puede ir a dar una vuelta con sus amigas.

—¿Qué amigas?

—Cristina y Maca —dice de inmediato.

Miente. Lo sé en el acto. Su mirada es inestable y los dedos de una mano no paran de tamborilear su pierna derecha, pero mi hermano no se da cuenta y accede sin problemas. La niña entra en casa y yo también lo hago, con la excusa de ir al baño.

—Eh —le digo cuando está a punto de salir—. Si vas con él, ten cuidado.

—Voy con mis amigas Cristina y Maca —contesta.

—Ya... Yo llegué a inventarme nombres de amigos con tal de salir por ahí con chicas a tu edad, así que a mí no me vengas con tonterías y mentiras absurdas.

Alba titubea un poco, me mira evaluando si debe tener miedo de que me chive o, por el contrario, lo voy a dejar pasar. Supongo que, después de que me callase lo de la playa, llega a la segunda conclusión, porque levanta el mentón con altanería y me mira desafiante.

—¿Alguna vez fuiste joven? Quién lo diría, viendo que te comportas como

un señor mayor.

Me río entre dientes, lejos de sentirme ofendido. Sus palabras llenas de la rabia propia de los adolescentes no me afectan lo más mínimo. No hoy y no después de todo lo que ya hemos pasado.

—Espero que sepas sacar ese genio también con él si se pasa de la raya.

—No lo hará —dice, admitiendo que va a salir con él—. Y deja de darme la vara. No eres mi padre.

—No, eso es cierto. Si fuera tu padre, no me dejaría engañar de una manera tan absurda.

—¿Qué puedo decir? —pregunta con una sonrisa fría y canalla—. Mi madre y yo sabemos bien qué teclas tocar para que no arme ruido.

Ha sido una frase tan malintencionada que, cuando intento contestar, ya se ha ido. Aprieto los dientes y pienso que esa niña necesita que alguien le enseñe a respetar a sus padres, pero, claro, su madre es África y mi hermano tampoco se está coronando como el mejor padre del mundo, así que supongo que debo dar las gracias si Alba no se dedica a salir de fiesta hasta las tantas y meterse de todo.

Vuelvo al porche y veo a mi hermano acabarse el café y contarle a mi padre algo acerca de una competición de motos de agua.

—Tienes que hacer algo con tu hija —le digo cortando la conversación. Él me mira frunciendo el ceño y yo sigo—: Está desatada, Antonio.

—¿Por qué dices eso?

—Te miente.

—¿En qué?

—En cosas, Antonio, maldita sea, no voy a dártelo todo hecho. Tu hija te miente en la cara y a ti ni siquiera se te ocurre la posibilidad de dudar de ella. Tienes que ponerle límites y normas.

—¿Te crees que no lo hago? Qué fácil es educar cuando no tienes hijos.

—Tú no educas. Tú pasas de ella hasta que hace algo que no te gusta, la castigas y, una vez levantado el castigo, vuelves a pasar de ella. —Miro a mi

padre con impaciencia—. ¿Tengo razón?

—No metas a papá en esto —me advierte Antonio.

—Creo que tiene razón —dice mi padre.

—¡Que no te metas! —exclama mi hermano de mal genio—. Mi hija es responsabilidad mía, así que ninguno de los dos tiene derecho a decirme nada. Alba es una buena chica, responsable y adulta.

—Alba acaba de mentirte en la cara y se ha largado vete tú a saber con quién.

Mi hermano se enfada y dice que eso no es cierto. Para demostrarlo, llama a Cristina, que le dice que sí, que está con Alba en su casa. Cuando nos lo dice, lleno de satisfacción, me río y le recuerdo que es imposible que su hija haya llegado ya a casa de Cristina.

—Llama a Maca —dice mi padre—. Pregúntale, antes de nada, dónde está. Si te dice que está en su casa y respalda a Alba, sabrás que te miente, a no ser que tu hija haya encontrado la forma de estar en dos sitios a la vez.

Mi hermano obedece y, tal como yo imaginaba, Maca le dice que está en su casa estudiando y que Alba está con ella. Mi hermano cuelga el teléfono y empieza a llamar a su hija, que no le coge el teléfono, claro, porque estará con su novio. Pienso en todo lo pasado en la playa y, aunque odio ser un chivato, pienso que ya es hora de ponerle las pilas a mi hermano, así que se lo cuento todo y veo cómo se pone lívido a cada segundo que pasa.

—¿Por qué no me lo dijiste aquella misma noche?

—Habrías matado al chaval y, aunque nos moleste, él no tiene toda la culpa. Tu hija quería estar con él, Antonio. Ella quería emborracharse y perder su virginidad entre matorrales de cualquier manera, estoy seguro.

—No hables de la virginidad de mi hija —dice con la mandíbula tensa—. Es una niña, joder.

—Empieza a ser una adulta. Está en un momento delicado en el que no sabe bien cómo sentirse, y ver cómo su madre se cuela en casa para follar con

su padre no ayuda. Sobre todo porque muchas veces África se va y ni siquiera se despide de ella.

—Tu hija está empezando a ver el sexo como una forma de pagar sus frustraciones, no como un acto placentero y de respeto entre dos personas que se desean —dice mi padre.

—Yo... no... Alba no...

—Tartamudea lo que quieras, hijo, pero es hora de que mires de frente a la realidad. Tus acciones están empezando a tener consecuencias, y yo sólo espero que no sean demasiado graves, sobre todo por mi nieta.

Antonio se pasa una mano por el pelo y nos habla de llamar a África y contárselo, pero creo que, dada la situación, no es la mejor idea del mundo. Conociendo a mi cuñada, sería capaz de llevarse a su hija a un sex-shop y comprarle todo lo necesario para tener una relación satisfactoria.

Pasado un rato, como Antonio tiene que volver al restaurante y no ha conseguido hablar con su hija, me hace prometer que me quedaré aquí hasta que regrese a casa y pueda comprobar que está sana y salva. Mi hermano es que, o pasa de muchos aspectos de la educación de mi sobrina, o se preocupa tanto que se la imagina al borde de la muerte constantemente. No hay términos medios para él.

Mi padre sale a dar un paseo y yo me quedo en el sofá de casa viendo una peli chorra y pensando en Lola y en lo bien que lo pasamos juntos. Miro mi móvil y pienso unos instantes si mandarle un mensaje o no, pero al final la lógica gana la partida y no le escribo, porque no quiero parecer desesperado.

Recuerdo el sexo que hemos tenido juntos y me remuevo en el sofá. Decir que es bueno es quedarse muy corto. Es tan desinhibida que me excito sólo con recordar unos segundos cualesquiera de las escenas que ya hemos protagonizado. Es guapa, sexy, lista, graciosa y practica el sexo como los ángeles. ¿O debería decir como los demonios, teniendo en cuenta eso de que los ángeles no tienen sexo?

Como sea, es espectacular y yo no puedo esperar a repetir. Antes, cuando

me he despedido de ella, he estado a punto de pedirle un beso más sólo porque sabía que iba a echarlo de menos cuando nos separásemos. No es que esté enganchado ni nada de eso, es sólo que ella es genial y yo aquí me aburro como una ostra.

Lo del contrato ha sido la idea del siglo, eso sí que es cierto. Lola se empeña tanto en cumplirlo que, de no ser porque yo tampoco quiero enamorarme ni tener una relación seria, acabaría ofendiéndome. Lo de no dejarme besarla en público no me parece del todo justo, teniendo en cuenta que ella me provoca con cada gesto y caricia disimulada, pero tampoco voy a ponerme a discutir porque, al fin y al cabo, tiene razón en una cosa, y es que toda precaución es poca. Debemos evitar hacer gestos que nos lleven a engancharnos. Lola no es Alison, eso lo tengo más que claro, pero prefiero no tentar a la suerte y seguir esta pauta que nos hemos marcado, así que, si el martes no me ha escrito, lo haré yo en tono casual y veré por dónde nos va llevando todo esto que iniciamos hace una semana.

Alba llega a casa por la noche, mi hermano le pide una explicación a gritos y me delata sin el menor disimulo, ella llora y me chilla que me odia, yo me siento como una mierda, pese a que creo que he hecho lo correcto, y mi padre niega con la cabeza y resopla, cansado de tantos dramas. Cuando la niña se encierra en su habitación, me cabreo con mi hermano por no tener más tacto y salgo de su casa con los hombros tensos y la mandíbula dolorida de tanto apretarla. ¿Hacía falta gritarle a la cría de ese modo? Si todos fuéramos así, él estaría sordo, de tanto como se merece que le griten, pero es que no tiene término medio. O está calmado y pasota, o desquiciado. Es su hija, tiene que educarla según sus criterios, pero como su actitud me cabrea lo indecible, me subo a mi coche y vuelvo a la tranquilidad de mi casa.

Una casa que, en cuanto entro, me regala el olor a Lola. Inspiro y sonrío en un acto reflejo, pensando en el tiempo que hemos pasado aquí juntos. Me pongo a limpiar, cambio las sábanas, porque no quiero dormir excitado toda

la noche con su olor, ceno algo ligero y me acuesto preguntándome si ella habrá pensado en mí, aunque sea un poco.

El lunes no recibo ningún mensaje, ni tampoco el martes, pero el miércoles por la mañana me llega al trabajo una foto que me hace atragantarme con el café.

—¿Todo bien? —pregunta Dani.

—Sí, sí, perdona.

Carraspeo y miro la pantalla de mi móvil con disimulo. En la foto se ve a un hombre con un bóxer ajustado y un empalme considerable. ¿Que cómo lo sé? Porque el bóxer tiene una especie de funda de tela en la que ese chico tiene metida su erección.

No me digas que no es molón. Te lo voy a regalar y te lo tienes que poner para nuestros ratitos de juegos.

Me río en alto, porque no pienso ponerme eso. Vamos, antes muerto que meter mi pene en un preservativo de tela. Es feo, hortera y tiene pinta de incómodo. Así se lo hago saber y, cuando me contesta con una carita triste, le digo que esta noche la llamo y hablamos del tema.

Acepta y sonrío, inevitablemente, porque ya tengo excusa para llamarla y no parecer desesperado por volver a verla.

—Algún día tendrás que contarme qué os traéis entre manos, ¿no?

Miro a Dani, que lleva desde ayer intentando sonsacarme algo con respecto a Lola.

—¿Perdón?

—Lola —dice él sin más—. ¿Qué pasa con vosotros?

—Nada, somos amigos.

—No, amigos nada más no sois, porque yo soy su amigo y no me acuesto con ella. Ni Manu tampoco. —Me quedo en silencio y él mira en derredor



para cerciorarse de que no nos oyen, antes de acercarse y hablar en voz baja  
—: Sé lo del contrato, tío.

—¿Qué? ¿Te lo ha contado?

—A nosotros Lola nos lo cuenta todo. —Hace una mueca y me mira mal  
—. Pensé que éramos amigos.

—Lo somos.

—Y ¿por qué no me lo has contado?

Pienso en Lola, en el contrato que firmamos y en nuestra situación actual.  
Encontrar una respuesta no me lleva mucho.

—¿Qué habrías pensado de mí si te hubiese dicho que hemos hecho un  
contrato para tener sexo libre de compromisos? —Él guarda silencio y yo  
sigo—: No quería que pensaras que la uso, porque no es así. Nos acostamos,  
pero todo es amistoso, sin sentimientos de por medio.

—Lola no es de tener ese tipo de líos. A ella le van las relaciones serias.

—Te aseguro que Lola lleva nuestro contrato al pie de la letra. De hecho,  
es ella la que no deja de añadir cláusulas para que nos aseguremos de no  
enamorarnos.

Dani se ríe sarcástico y yo frunzo el ceño, porque no entiendo a qué viene  
su risa.

—¿Cláusulas? Es Lola, amigo. Es la tía más especial y genial que hay  
sobre la Tierra, y no hay cláusula capaz de librarte de que caigas rendido a  
sus pies.

—Bueno, tú no te has enamorado de ella en todo el tiempo que hace que la  
conoces, ¿no?

Dani se ríe a carcajadas y niega con la cabeza.

—Para mí sería como enamorarme de Manu, o de Edu. Nuestras  
situaciones son distintas, porque a ti ella te excita.

—¿A ti no?

—No.

—¿Seguro?

Dani eleva las cejas y, acto seguido, entorna los ojos.

—Seguro, ¿por qué tanta insistencia? No irás a decirme que tienes celos de mí, ¿no?

—No, claro que no.

—Bien, porque, según el contrato que has firmado, sólo eres el amigo que empieza a conocer y tiene sexo con ella. —Me guiña un ojo y se pasa la lengua por los labios. Está intentando chincharme, lo sé, ya conozco a Dani lo bastante como para saber que le encanta dejar caer perlas que hacen que, inevitablemente, pensamientos de todo tipo empiecen a fluir por mi mente—. Se acuesta contigo, pero Manu, Edu y yo somos su día a día, estamos en su vida y no pensamos salir de ella, así que es mejor que no sientas celos de nosotros, porque lo pasarías muy muy mal.

Se va hacia el despacho de nuestro jefe, que justo acaba de llamarlo, y me deja aquí, pensando que yo no estoy celoso. Ni tengo derecho a estarlo, ni quiero estarlo, pero sus palabras, por alguna razón, me han molestado más de lo que deberían.

—No vas a convencerme, digas lo que digas.

Escucho la voz sosegada de Lorenzo y resoplo. Es miércoles por la noche, estoy en mi cama y me ha llamado hace un ratito para hablar del mensaje que le he mandado esta mañana.

—Estarías muy guapo con algo así.

—Estaría ridículo. ¿Por qué no buscas mejor un picardías o algo que pueda arrancarte con los dientes la próxima vez que juguemos?

La sola imagen hace que tenga que juntar las piernas para sostener el cosquilleo que se activa entre ellas.

—Si tú no te pones ese bóxer, yo no pienso ponerme un picardías.

Su risa suave y ronca hace que suspire. Esta semana lo he echado de menos más de lo que debería. Está mal, lo sé, pero es algo instintivo. Intento refrenarlo y, al final, de alguna forma, siempre sale, superándome durante unos segundos; como esos muelles encerrados en cajas de juguete cuando se disparan.

—Quiero verte, Lola —dice sobresaltándome un poco.

—¿Ahora?

—¿No puedes venir?

—Trabajamos mañana. Si nos viésemos ahora, apenas dormiríamos.

—¿Tantas ganas me tienes? —pregunta en tono sugerente. Mi silencio debe de servir de respuesta, porque suspira y su voz se vuelve más ronca—. Quiero verte, joder.

Cada vez que dice una palabrota, algo se dispara entre mis piernas. Qué

facilona soy.

—El viernes.

—Ahora.

—No, no puedo ir.

—Pues voy yo.

—¿Te daría igual dormir en el sofá y encontrarte mañana con Dani, Edu y Manu?

—Dormiré contigo.

—Si quieres dormir conmigo, no podemos tener sexo. —Su gruñido me hace reír—. Lo pone en la cláusula.

—Esa maldita cláusula me da más dolores de cabeza que otra cosa.

—Es por un bien común. —Él farfulla algo y yo me pinzo el labio—. ¿Y si me llamas por FaceTime? Podría enseñarte un par de cosas que guardo en la mesilla de noche.

—Interesante...

Me cuelga el teléfono sin decir nada más y no puedo evitar reírme de buena gana. Ay, cuando se excita es tan impulsivo... Me encanta eso. Eso, y que diga tacos. Es tan raro en él que, cuando lo hace, siento que es mérito mío. Me siento poderosa y es una sensación genial.

El teléfono vibra con la llamada entrante y, cuando descuelgo, lo veo recostado sobre los almohadones de su cama.

—¿Y bien? —pregunta—. ¿Dónde están esas cosas que guardas en la mesilla de noche?

—Impaciente... ¿Estás pensando en guarradas?

—Contigo, siempre.

Dos palabras y un pellizco en el estómago.

«Así no, Lola. Así, no.» Tomo aire y sonrío con una seguridad que no siento. No al cien por cien, al menos.

Abro el cajón de la mesilla, saco mi vibrador y, como me faltan manos, le pido a Lorenzo que espere un poco. Cojo una pila de libros que tengo en la

estantería, los pongo en la cama a modo de torreta y apoyo el móvil contra un Funko de Tyrion Lannister para que Lorenzo pueda verme.

—¿Estás listo para flipar?

—Nací listo, princesa.

—No me llames «princesa», es cursi y yo prefiero ser una guerrera. Quiero ser una *khaleesi*, como la de «Juego de tronos».

—No voy a tener cibersexo pensando en ese nombre, no he visto la serie y lo sabes.

—¿Quién te ha dicho a ti que vamos a tener cibersexo? —pregunto con fingido tono ofendido—. Te vienes arriba muy pronto, colega.

—Lola...

—¿Sí?

—Quítate la ropa y enséñame cómo funciona el vibrador de las narices.

—¿Cómo sabes que tengo un vibrador?

—¡Porque lo has restregado ya por toda la colcha mientras ponías la torreta de libros! —Suspira con impaciencia y mira la pantalla intentando sonar calmado—. ¿Quieres hacer esto, o prefieres que tengamos una de nuestras conversaciones de amigos y nos vayamos a dormir?

—Quiero hacerlo —contesto sin vacilar.

—Bien, entonces desnúdate y déjame verte. Me muero de ganas de ver tus pechos otra vez...

—Vale, pero hazlo tú también. Quiero verte.

Lo hacemos a la vez. Nos desnudamos uno frente al otro y, cuando estamos listos, puedo ver cómo Lorenzo se muerde el labio y me mira con deseo. Me pregunto cómo es posible que me caliente sólo con un par de gestos hasta el punto de no poder pensar en nada que no sean las ganas de tenerlo aquí.

—Eres tan bonita... —susurra—. Pellízcate los pezones, me encantaría hacerlo ahora mismo.

—¿Así? —pregunto, haciéndole caso.

—Sí, así, justo así. Ojalá pudiera estar ahí. Los pellizcaría, los mordisquearía y luego pasaría la lengua por ellos para calmar el escozor. Me encantaría comerte de arriba abajo. —Gimo y agarro mis pechos con más ganas—. Acaríciate más abajo.

—¿Por aquí? —pregunto pasando la yema de los dedos por mi estómago.

Él sonríe y niega con la cabeza.

—Más abajo, ya sabes dónde.

Me río y lo observo levantarse, me pregunto adónde va y, cuando veo su salón, empiezo a entenderlo. Él monta una torreta en la mesita, coloca el móvil y se sienta en el sofá, ofreciéndome un primer plano de su cuerpo desnudo. No puedo evitar mordirme los labios para no gemir en alto. Lorenzo rodea su erección con una mano y se da un tirón que me hace jadear, porque quiero ser yo quien lo endurezca de esa forma.

—Lola, más abajo —repite mirándome—. Quiero ver cómo te tocas así, con las mismas ganas que me toco yo cuando imagino que es tu boca, tu mano o tu interior lo que me aprieta con fuerza.

—Dios, ya me estoy arrepintiendo de no haber ido a tu piso —digo entre suspiros.

—El plan B me está gustando también, no te creas.

Sonreímos y bajo mi mano hasta el vértice de mis piernas. Las abro para ofrecerle una visión completa y me acaricio con suavidad, notando en el acto mi humedad y calentándome más con la mirada de Lorenzo.

—La próxima vez que nos veamos quiero hacer un sesenta y nueve —le digo—. Me encantaría chuparte y sentir tu lengua al mismo tiempo.

Él gime y asiente, moviendo la mano con más fuerza y pellizcándose un pezón. Adoro que haga eso; he descubierto que le encanta que mordisquee su torso y no pierdo oportunidad de hacerlo, pero que él tenga la libertad y la confianza de mostrarme cómo se masturba me parece increíble.

—Te lameré entera. Te juro que te haré un jodido traje de saliva —dice mirándome con lascivia—. Tengo tantas ganas de darte duro... —Gimo y

sonríe—. ¿Quieres?

—Sí, sí... Me encantaría.

—Te pondría a cuatro patas, me agarraría a tus caderas y entraría en ti con fuerza, haciéndote gritar. Quiero que el sonido de nuestros cuerpos chocando una y otra vez consiga que te corras y pidas más, aun después de haber tenido un orgasmo.

Gimo y oigo cómo relata todo lo que quiere hacerme, que no es poco. Lorenzo habla con voz ronca, está excitadísimo y no me extraña, porque yo estoy igual.

—Si sigues así, no tardaré mucho.

—No quiero que tardes, quiero que te corras y veas cómo lo hago yo sobre mi estómago, imaginando que es el tuyo, o tus pechos, o tu boca... —Gime y echa la cabeza hacia atrás un segundo—. Dios, Lola, te necesito aquí.

Me muerdo el labio con fuerza y me reprendo por no estar a su lado. Malditas sean mi boca y mis ganas de hacerme la dura. Ahora sólo quiero estar allí y recibir su semen donde él quiera, porque la idea me excita como pocas cosas.

—En mis pechos —le digo a punto del orgasmo—. Quiero que te corras en mis pechos y me abracés después; que nos quedemos pegados por culpa de los fluidos, aunque suene cerdo.

Él gruñe, se rodea los testículos con la mano libre y me pide que me corra con voz estrangulada. Lo hago, acaricio mi clítoris y ni siquiera pienso que, al final, no he usado el vibrador, que sigue sobre la cama. Presiono en el punto exacto y tiemblo sobre el colchón, intentando mantener los ojos abiertos, porque sé que Lorenzo se irá conmigo y no quiero perdérmele. Él alza las caderas, levanta el trasero del sofá y gime mientras se corre sobre su estómago y aprieta un cojín con fuerza.

Está guapísimo, sudado, agitado y, a pesar de todo, elegante. Tiene clase hasta para llegar al orgasmo.

Es perfecto, maldita sea.

—Dios... —Suelta el aire a trompicones y se ríe entre dientes—. Vas a matarme, Lolita...

Me río y pienso que sí, me gustaría matarlo, pero de placer, sólo de placer.

Nos limpiamos y, de pronto, siento que mis mejillas arden de vergüenza y que necesito cortar esta videollamada cuanto antes.

—Bueno, pues... hablamos mañana, ¿no?

—Ajá. —Me mira fijamente y siento su intensidad incluso en la distancia—. Estás preciosa así. Te juro que me pasaría la vida provocándote un orgasmo después de otro sólo para poder verte con ese aspecto ruborizado y satisfecho.

Me ruborizo más, claro, porque después de un momento tan intenso físicamente estoy débil y me cuesta mantener mis emociones a raya.

—Me voy a dormir, colega —susurro sonriendo—. Hasta mañana.

—Hasta mañana, princesa. —Abro la boca para protestar y lo veo sonreír justo antes de colgarme.

Agradezco disponer de baño propio, porque así puedo entrar a limpiarme sin tener que salir al pasillo y exponerme a que me vean desnuda. Me lavo un poco y, cuando estoy lista, me meto en la cama pensando en lo genial que es esto que tengo con Lorenzo y en lo feo, feísimo, que estaría estropearlo con sentimientos absurdos.

Menos mal que hicimos el contrato.

Qué listos hemos sido.



Por la mañana me levanto con una sonrisa tontorróna en la boca y pensando que ojalá a Lorenzo le gustara tanto la ración de cibersexo como a mí, porque no puedo esperar para repetir. Entro en el baño, me quito el pijama y me miro en el espejo. Todavía me queda una leve marca en la clavícula de nuestro primer encuentro. El pobre no pudo contenerse y ahora, cada vez que la ve, me pide perdón, pero a mí no me importa que lo haya hecho, sobre todo porque ya tengo excusa para llenarlo de bocaditos cada vez que lo vea. Miro el reloj y me doy cuenta de que son las diez. Lorenzo llevará un rato en el despacho y yo debería ponerme a trabajar, pero, en vez de eso, cojo mi móvil, adopto una postura sexy y me hago una foto en la que me las ingenio para tapar mi entrepierna y uno de mis pechos con un brazo. El otro se queda a la vista y me pregunto, justo antes de hacer la foto, si será buena idea fiarme de él hasta el punto de hacer esto, pero un segundo después imagino su cara cuando reciba la foto y no lo pienso más. Si un día de éstos aparezco por los mundos de internet con una teta fuera, pues bueno..., más enseño en la playa a veces. La vida hay que tomársela con filosofía. Además, dudo mucho que, con lo serio y estirado que es Lorenzo, sea de los que hacen ese tipo de cosas. Me hago la foto, le doy los buenos días y la adjunto. Cuando la envío me entra ese pánico que siento a veces al pensar que quizá me he equivocado de ventana de WhatsApp y ahora mi abuela tiene una foto mía en pelotas, pero al comprobar el nombre respiro tranquila y, aunque me quedo unos segundos esperando, él no se conecta, así que supongo que está haciendo lo que yo debería: trabajar.

Salgo de mi dormitorio, voy a la cocina a preparar café y, cuando llego al despacho, me encuentro con que Edu no está.

—¿Por qué tengo la sensación de que últimamente apenas veo a mi hermano?

—Porque tú follas y él parece que también. El sexo y el tiempo en familia, como no seas un pervertido de toma y daca, no fusionan bien.

Me río de las palabras de Manu, pero cuando me siento en mi silla me giro y le pregunto sin medias tintas:

—¿Ha pasado algo con Alexia que yo no sepa?

—Algo ha pasado, porque tu hermano se tira la vida con ella, pero por más que le pregunto si ya han hecho algo, él se hace el sordo. —Suelta una carcajada—. ¿Lo pillas? —Lo miro con gesto neutro, porque esta broma ya la han gastado todos, incluido Edu, hasta el aborrecimiento—. Hija, qué sosa eres. Parece que la que no pillas eres tú. Si no fuera porque anoche te oí gemir, pensaría que sigues en dique seco.

Me pongo de todos los colores, pero sólo sirve para que Manu se carcajee más. Hoy está especialmente pletórico, el mamón.

—¿Estabas espiando detrás de la puerta?

—No seas absurda. Fui a prepararme una infusión porque la cena me sentó como un tiro y te oí, pero no me quedé en el pasillo tocándome ni nada. —Pongo cara de horror y él se ríe con ganas—. Te juro que no lo hice, pero es tan gracioso verte perturbada...

—Vete a la mierda.

—Ahora en serio, Edu vendrá dentro de un rato. Ha ido a acompañar a Alexia a llevar a Sara al cole y luego iban a desayunar juntos, antes de que ella entre a currar en lo de Santi. Creo que están haciendo las cosas del modo tradicional. Ya sabes: citas, paseos, manitas, besito... Vaya, todo lo contrario de lo que haces tú con esa idea del contrato y todo lo demás.

—Es distinto. Edu quiere una relación con Alexia, y ni Lorenzo ni yo buscamos algo serio.

Manu me dice que a veces, cuando menos lo buscamos, o queremos, es cuando nos llega el amor de nuestras vidas. Yo le aconsejo que deje de escuchar la lista de reproducción con canciones románticas, él me insulta, yo le devuelvo el insulto y nos ponemos a trabajar, porque, como sigamos así, nos da la hora de comer y ninguno ha hecho nada.

Lorenzo no me contesta en toda la mañana, lo que es raro, porque ayer sí que lo hizo. Supongo que hoy tendrá el día más liado, pero, a medida que pasa el tiempo, me pongo más y más ansiosa por conocer su reacción.

A las cuatro de la tarde miro el WhatsApp y me doy cuenta de que la palomita está en azul. Me ha leído y no me ha contestado. Aprieto los dientes y cojo aire con fuerza, porque no hay nada que me reviente más que la gente que lee mensajes y no contesta, y este tío, por alguna razón, parece disfrutar de eso. Me obligo a controlarme, porque no quiero empezar a insultarlo por WhatsApp, pero cuando, mucho más tarde, Dani llega a casa, porque la jornada laboral se ha acabado, mi indignación es casi insostenible. Saluda a mi hermano y a Manu, que están tirados en el sofá, esperando la cena, y luego se fija en mí.

—¿Todo bien, cielo? Tienes mala cara.

—Todo bien. ¿Qué tal en el trabajo?

—Bien, genial. Ha sido un día bastante tranquilo. Bueno, Lorenzo ha estado raro.

Mi estómago se aprieta en un puño y empiezo a temerme lo peor. Me muerdo el labio y, aunque trato de preguntar en tono neutro, creo que se me nota mucho que me muero de ganas por saber más.

—¿Y eso?

—Es un tipo serio, tú lo sabes mejor que nadie. —Sonríe y se encoge de hombros—. Claro que, con lo que le ha ocurrido, es normal.

—¿Qué le ha pasado? —Mi sutileza ya es obra del pasado.

—Alguien le ha mandado una foto en bolas. Una foto que, por desgracia, también ha visto Jorge, que es un imbécil de toma y daca y en ese momento

estaba a su lado. Ha soltado una obscenidad y Lorenzo se ha tensado tanto que, por un instante, he pensado que iba a soltarle una hostia. A mí, desde luego, no me han faltado ganas. —Abro la boca para decir algo, pero las palabras no acaban de salirme. Dani me mira con dulzura y termina sonriendo—. La que has liado, pollito.

Manu estalla en carcajadas y mi hermano intenta no reírse, pero al final no le sale y los dos empiezan a partirse mientras Dani los riñe para que paren. Yo me levanto, me voy a mi dormitorio, me quito el pijama, que ya tenía puesto, y me coloco un vaquero y una sudadera vieja y raída; la primera que he pillado. Vuelvo al salón, pero paso de largo después de coger las llaves y avisar que no me esperen, por si llego tarde.

El corazón me late desbocado y recorro las pocas calles que nos separan con una ansiedad impropia en mí porque, a pesar de ser inquieta, no acostumbro a perder los nervios.

Llego a su piso y llamo al portero deseando que ya esté en casa. Sería lo normal, pero también puede ser que haya salido por ahí, o esté comprando, o...

—¿Sí?

—Soy yo, Lorenzo.

El portal se abre de inmediato y, cuando llego arriba en el ascensor, lo veo apoyado en el quicio de la puerta, con cara de sorpresa pero con una pequeña sonrisa en los labios.

—Menuda sorpresa, pensaba escribirte ahora.

Me lanzo sobre él y me encaramo a su cuerpo en cuanto me rodea con los brazos y me alza, permitiendo que me enganche en sus caderas. Lo beso con intensidad y siento cómo responde a mis gestos pasados unos segundos de *shock*. Entra en casa, cierra con el pie y va hacia el sofá, donde se sienta conmigo en brazos, dejándome a horcajadas sobre él.

—¿Estás bien? —pregunto—. Dani me ha contado lo que ha pasado. Siento mucho haberte mandado esa foto y...

—Tranquila, cielo —susurra él acariciando mis mejillas con dulzura—. La foto me ha encantado. Siento no haber contestado, pero prometo que pensaba hacerlo ahora. Acabo de llegar porque he estado en el súper y... —Vuelvo a besarlo y él suspira en mi boca—. Joder, qué bueno.

—Vamos a la cama —murmuro.

Lorenzo no lo piensa, me lleva a la cama y, en menos de cinco minutos, estamos haciéndolo como animales en celo; como si tuviésemos un tiempo limitado para alcanzar el orgasmo. Es rápido, intenso y placentero al máximo. Cuando acabamos los dos tenemos la respiración entrecortada y yo, además, no puedo dejar de mirar su sonrisa.

—Pensé que te habrías enfadado o distanciado otra vez.

—¿Por recibir una foto tuya desnuda? —Se ríe y tira de mi brazo, pegándome a su torso—. Si alguna vez me enfado por eso, quémame vivo, por favor.

Me río y acaricio su estómago, que aún sube y baja con rapidez, debido al esfuerzo de nuestra sesión.

—Siento que tu compañero la haya visto.

—Jorge es un imbécil. No me cae bien y él lo sabe, así que aprovecha cualquier ocasión para intentar fastidiarme. —Suspira y se restriega los ojos—. Como si tuviéramos cinco malditos años. Tiene suerte de que sea un hombre pacífico, porque hoy por poco pierde los dientes.

—¿Pelearte por mi honor es de novio? No quiero que incumplas el contrato.

—Pelearme por tu honor es de hombre decente, nada más, así que no te ralles. —Besa mi frente y, cuando abro la boca, me la tapa con un beso y habla sobre mis labios—. No se te ocurra quejarte porque estoy besándote después de follar, porque pienso repetir muy pronto, así que son más bien preliminares.

—De acuerdo, te lo compro —contesto riéndome y abrazándome a él.

—Te quedarás a dormir —susurra girando nuestros cuerpos, dejándome

boca arriba en la cama y colándose entre mis piernas—. Lo harás.

Parece una orden, pero no lo es. Es una petición y, con el día de nervios que he pasado, no puedo menos que asentir y aceptar.

—Pero en el sofá —susurro.

Él no contesta, pero, por su mala cara, sé que sigue en contra de esa cláusula.

Lo abrazo y beso su cuello para que se relaje; él acepta mis caricias y besa mis hombros mientras me dice, no por primera vez, lo preciosa que soy a sus ojos.

—¿Estás listo para la segunda ronda? —Él niega con la cabeza y besa mi ombligo—. ¿Necesitas más preliminares?

—Oh, sí, hoy necesito horas de preliminares.

Me río y asiento, entendiendo que vamos a pasar la noche entera buscándonos a la mínima de cambio, intentando mantenernos en contacto y echándole la culpa a un calentamiento que, en algún momento, alcanzará su punto álgido.

Se podría decir que rompemos el contrato al hacernos arrumacos, pero no es así, porque los dos somos del pensamiento de que los preliminares o se hacen bien o no se hacen.

Repetimos, está claro, y, cuando me voy al sofá, Lorenzo se enfada un poco y dice que es absurdo y que dormir juntos no hará que amezcamos enamorados, pero yo creo que no tenemos necesidad de aumentar el porcentaje de posibilidades, porque puede que él sea un tipo calmado y sepa manejar con soltura situaciones difíciles, pero yo soy de sentirlo todo a lo grande y, si un día me levanto y descubro que estoy enamorada, igual me da por componer canciones de desamor, lo que sería terrible para mí, pero, sobre todo, para mi hermano, Manu y Dani, que acabarían teniendo impulsos suicidas y, pobrecitos, ¿qué culpa tienen ellos? Le hago saber a Lorenzo mi teoría y él me deja ir al sofá después de mirarme con cara de alucine y asegurarme que, si un día me quedo en el paro, podría plantearme trabajar

como guionista de telenovelas, porque tengo una mente privilegiada para crear historias enrevesadas a partir de un hecho aislado. Yo me río, le hago una peineta y me desplomo en el sofá con una sonrisa en los labios y pensando que quizá, con un poco de suerte, mañana tendré sexo matutino y empezaré el día con una sonrisa muy similar a la que tengo ahora.

## Lorenzo

Los días empiezan a sucederse con tanta rapidez que, cuando quiero darme cuenta, estamos a mediados de noviembre y llevo acostándome con Lola algo más de dos meses. Si me paro a pensarlo me sorprende mucho porque, para mí, es como si acabáramos de empezar esta relación de amigos con derecho a sexo. Nuestro contrato sigue vigente y cada día disfrutamos más de todos los beneficios que nos reporta. Si tuviera que poner una pega, sería con respecto a la maldita cláusula que nos impide dormir juntos cuando practicamos sexo. Hay noches en las que me levanto tantas veces para buscarla y tener una ronda más que me planteo seriamente ponerme el reloj que me cronometra y cuenta los pasos cuando voy a correr. Me apuesto lo que sea a que esos absurdos paseos deben de quemar calorías. Ella sigue empeñada en que es lo mejor y yo lo dejo estar, porque ya no sé cómo explicarle que dudo mucho que algo tan básico como dormir juntos nos lleve a enamorarnos. Además, yo estoy acostumbrado a hacerlo en mi lado de la cama; no soy de abrazar ni hacer arrumacos, gracias a Alison, así que lo único que alteraría que nos metiéramos en el mismo colchón sería que sólo tendríamos que estirar una mano para empezar a calentar al otro. Y eso, en noviembre, sería de agradecer, porque ya hace frío, aunque estemos en el sur, y no apetece nada ir desnudo y con un preservativo en la mano hasta el sofá, si ella está allí, o hacia la cama, si el que está en el sofá soy yo.

Por lo demás, todo va de maravilla. El sexo es sublime, sobre todo las



noches en las que usamos el RomeoNight de Lola para jugar. Cuando me lo entregó en un paquete a modo de regalo por poco me desmayo pensando que quería experimentar conmigo, pero luego me explicó que, como nunca hacemos nada en su casa, mejor lo guardaba yo y así lo teníamos siempre a mano. Me pareció una solución acertada, por lo que lo metí en el cajón de mi mesilla de noche, pero luego Lola lo sacó y lo metió bajo la cama, porque dice que ese sitio es más impersonal y menos de pareja. Cuando hace esas cosas yo pongo los ojos en blanco y lo dejo estar, porque he aprendido que es inútil discutir con ella según qué.

Ahora mismo estamos en casa de su abuela Carmen, que ha hecho pescado frito, como cada domingo. El plan es ver una peli todos juntos, pero yo dudo de que haya sillas para tantos aquí porque, además de Edu, Dani y Manu, han venido Alexia, la pequeña Sara, mi padre, mi hermano y también mi sobrina, que no hace más que fruncir el ceño cuando alguno de nosotros le habla y babear cuando lo hace Dani.

La primera vez que Lola me habló de juntar a nuestras familias me pareció un poco comprometido, pero ella expuso una teoría enrevesada acerca de por qué no era raro y me explicó que, si somos amigos de verdad, tenemos que conocer a nuestras respectivas familias. Creo que algo de razón tiene y, además, pensé que sería una buena oportunidad para que Alba tratase con Lola y, con suerte, le confiara a ella sus dudas de chica adolescente problemática. Lola podría aconsejarla y devolverla al buen camino. Ella sabe esto y está de acuerdo, pero de momento la niña es un libro cerrado. Lola dice que es porque va uniendo un castigo con otro y tiene tal frustración que ya no confía en nadie. Yo qué sé... Entiendo lo que dice, pero no aprobó ni un examen de recuperación, con lo que está repitiendo curso, se ha escapado de casa en varias ocasiones, ha metido a su novio a escondidas en su cuarto más de una noche, y un día mi hermano tuvo que recogerla de un botellón borracha. O sea, entiendo lo que Lola dice, pero creo que los castigos que Alba tiene son merecidos y, si me apuras, pocos. Mi hermano está intentando

hacerlo lo mejor posible, ha dejado de liarse con África en casa y dice que ahora lo hacen menos y que confía en poder dejarlo del todo un día de éstos. Habla de esa mujer como si fuera heroína, lo juro, pero como veo que se esfuerza, no le digo nada.

Además de todo, creo que a mi padre le va bien salir y despejarse porque, si yo acabo con dolor de cabeza cada vez que voy a comer a casa de mi hermano, no puedo ni imaginarme cómo se siente él estando allí de continuo.

—Ay, Lolita, cómo me mimas —dice mi progenitor mientras ella le sirve café por segunda vez.

—Para el jefazo, lo mejor.

Me río y pienso en la primera vez que entró en casa de mi hermano. La niña armó un escándalo de los suyos y mi hermano, en vez de callarse, teniendo en cuenta que sólo había visto a Lola el día de la fiesta, decidió ponerse a dar gritos también. Yo estaba tan abochornado que no podía ni hablar y, al final, fue mi padre el que dio un palmetazo en la mesa tan grande que mi hermano y mi sobrina se callaron en el acto y se sentaron a comer. Desde ese día, Lola dice que mi padre es un jefazo y que igual me lo roba cuando en su piso los chicos se pongan más tontos de la cuenta. Yo me río y lo dejo estar, sobre todo porque mi padre parece encantado con que ella lo mire con tan buenos ojos.

—Esta chica vale oro, Carmen —le dice a su abuela en un momento dado.

—Desde luego que sí. Todas mis chicas valen oro.

Alexia sonrío y achucha a Sara contra su pecho, consciente de que eso va por las dos. Edu pasa un brazo por el respaldo de su silla y besa su frente. Llevan saliendo algo más de un mes, al menos en serio, porque al pobre le costó la vida lanzarse y confesar que estaba enamorado de ella. En cuanto lo hizo, Alexia admitió que también sentía algo muy fuerte, pero que debían ir paso a paso por Sara, y los dos estuvieron de acuerdo, aunque, a la hora de la verdad, pasan casi todo el tiempo libre juntos y la niña ya se siente rara cuando Edu no se queda con ella los fines de semana que Alexia trabaja. Es

de lo más normal llegar al piso de Lola y encontrar a la pequeña corriendo de un lado a otro. Creo que es algo positivo, porque Sara no se comunica mucho, pero cuando está con él, parece mucho más abierta y dicharachera, aunque lo deje ver en forma de gestos y no de palabras.

—Pero yo soy la mejor, *abu*, porque llevo más tiempo en la familia.

—Ya tardaba en decirlo —dice Dani riéndose y tirando de Lola para sentarla en su regazo—. Ven aquí, celosilla, voy a darte un beso para que te sientas mejor.

Ella se ríe y se engancha a su cuello mientras Dani le besa la mejilla y todos sonrían abiertamente. Todos menos yo, que lo hago de una forma un poco forzada, porque estas muestras de cariño no las entiendo del todo. Lo sé, sé que Lola y yo no somos nada, que tan sólo practicamos sexo por el placer físico que nos reporta, pero firmamos una exclusividad en el contrato; ni ella puede estar con otros hombres, ni yo con otras mujeres. Todo bien, sé que no se acuesta con Dani, ni con Manu, pero a veces me da la sensación de que se tratan como si lo hicieran, sobre todo con el primero, la verdad. Mi amigo habla tanto de ella que más de una vez le preguntan si es su novia. Yo mismo me confundí al principio, cuando lo conocí. Alguna vez le he preguntado a Lola si se ha planteado tener algo con él, pero siempre se ríe a carcajadas y me dice que estoy loco, que jamás se le ocurriría. Yo la creo, de verdad, pero luego veo estas escenas y..., no sé, hay algo desagradable en observar cómo pasa la mano por su cintura o roza su trasero con total impunidad. No puedo decirle que no me parece bien, sobre todo si sólo son amigos, porque entonces me dirá que nosotros también somos amigos y hacemos de todo en cuanto nos quedamos a solas, así que estoy un poco atrapado en mis propios pensamientos y sentimientos con respecto a este tema.

—¿De qué queréis ver la peli? —pregunta Manu.

Todos empiezan una batalla campal y Lola, riéndose, se levanta del regazo de Dani para recoger los platos. Me incorporo en el acto para ayudarla y, en

cuanto estamos en la cocina, me pego a ella por detrás y la rodeo por la cintura.

—¿Te quedarás aquí todo el día? —pregunto mordisqueando su cuello.

Ella echa el culo hacia atrás, provocándome y consiguiéndolo. Sonríe con mis caricias y alza una mano para rodear mi cuello mientras nos mecemos y deseo que me diga que nos vamos ahora mismo.

—No lo sé. Después de la peli, si tienes un plan interesante, podría irme contigo.

—Tú, yo, chocolate caliente cayendo por tu ombligo hacia abajo y...

—Sí —dice gimiendo—. Me has convencido.

—Bien, y luego peli y capítulo de algo. ¿Te quedas a dormir?

—Sólo si puedo elegir el capítulo y la serie.

Pongo los ojos en blanco, beso su coronilla y consiento, porque quiero que se quede en mi piso. Ella se gira y mordisquea mi mandíbula, pero, por más que lo intento, no consigo besarla. Me trago la frustración que me produce que siga negada a darme un beso si no estamos en plena faena. Es sólo un beso, un roce de labios, por Dios, ¿qué más le da? Pero ella se pone en plan dictatorial y dice que no, que calentarnos a base de mordiscos y caricias es una cosa y empezar a besarnos como una pareja de enamorados, otra.

Como a su boca no me deja llegar, me agacho y muerdo su cuello sin dejarle marca, pero con la fuerza suficiente para que gima en mi oído.

—Joder, ya estamos —dice Manu entrando en la cocina—. A la que nos descuidamos, estáis enganchados como monos.

Suelto el trasero de Lola, que había apretado con las manos sin darme cuenta, y le sonrío a Manu sin un ápice de culpabilidad.

—¿Envidia? —pregunto en tono jocosos.

—Envidia tendría si estuvieras aquí con dos rubias despampanantes de tetas operadas, pero es Lola, tío.

—Vaya, gracias por la parte que me toca —dice ella ofendida.

Entiendo su punto. Creo que, entre dos rubias de pechos operados y Lola,

yo tendría bastante claro que ella sería mi elegida de lejos.

—Me refiero a que tú me despiertas el mismo morbo que Shrek.

—Déjalo, majo —dice ella, consiguiendo que yo me ría. Me mira y señala el salón—. Andando, quiero que te sientes conmigo durante la peli. A ver si tenemos suerte, encontramos una manta y te hago cosas indecentes delante de todo el mundo, pero sin que nos vean.

Manu hace como si estuviese a punto de vomitar y yo me río entre dientes, porque sé que eso no pasará, pero, aun así, siento un indicio de excitación que me obligo a calmar cuanto antes si no quiero quedar en ridículo frente a todo el mundo.

La peli me parece un completo coñazo. Avispas gigantes, ¿en serio? ¿No había algo mejor? Es tan irreal... Y encima, para rematar, Dani se ha quejado del dolor de cervicales y le ha pedido a Lola que le masajeara como sólo ella sabe, así que ella se ha levantado de mi lado y ha ido presta a aliviar el dolor de nuestro amigo.

Lo entiendo, de verdad, pero no puedo evitar que, otra vez, se me apriete la mandíbula. No debería molestarme, por lo que me obligo a ser coherente, pero cuando la peli acaba y sugieren ver otra, yo alego un cansancio extremo y digo que me voy mientras la miro directamente a los ojos.

—Sí, yo me voy a ir contigo, porque también estoy agotada.

Paso por alto la sonrisita sabihonda de mi padre, que ya me ha interrogado en más de una ocasión acerca de nuestra relación. Siempre le digo que sólo somos amigos y omito lo del sexo, porque entonces se pondrá de un pesado importante y yo no necesito que, a mi edad, me den la charla. Aun así, él parece haberse montado una película, porque en cuanto nos ve juntos se pone a echarme miraditas y a sonreír, de manera que me obliga a ponerle mala cara para que se corte un poco, porque lo último que me falta es que Lola intuya algo de eso y se aleje de mí cada vez que estemos en público. Conociéndola, hasta sería capaz de hacer una cláusula nueva.

Llegamos al piso y, ya en el ascensor, no puedo evitar meter la mano por debajo de su jersey y acariciar el inicio de sus pechos, ahogando un gemido cuando me doy cuenta de que no lleva sujetador.

—Quería ponértelo fácil —susurra en mi cuello con una sonrisa traviesa.

—¿Cuándo te lo has quitado?

—No me lo he puesto en todo el día.

Esta vez el gemido ha sido más alto. La miro con lascivia y me muerdo el labio mientras pellizco sus pezones.

—¿Has estado así todo el día?

—Ajá.

—¿Podría haberte tocado mientras estábamos en la cocina y no me has dicho nada?

—No has preguntado... —Su sonrisa me hace entornar los ojos.

No quiero pensar que, cuando se ha subido sobre el regazo de Dani, también estaba así, porque no tengo derecho y sé perfectamente lo que hay entre ellos. También sé lo que hay entre nosotros, así que no puedo, ni debo, pararme en ese pensamiento.

—Has hecho bien en no decírmelo, en realidad —respondo cuando las puertas del ascensor se abren.

Salimos y, en cuanto me cercioro de que no hay nadie, la cojo en brazos y la enrosco en mis caderas mientras ella se sorprende, pero se ríe en mi oído.

—¿Y eso?

—Bueno, si hubiese sabido que estas preciosidades estaban sueltas bajo tu jersey, me habría pasado la comida y la película empalmado, y no quiero que tu abuela tenga esa imagen de mí.

Lola suelta una carcajada mientras yo abro la puerta del piso y entramos.

—De acuerdo, ahora estamos solos, así que puedes empalmarte todo lo que quieras y, de paso, darle uso a esa erección.

—Lo haré, nena, no te quepa la menor duda.

No llegamos a la cama. La siento en la mesa del comedor y alzo su jersey

de un tirón para descubrir sus preciosos pezones erguidos y duros, debido al roce del propio jersey y de mis manos. Me llevo uno a la boca sin pensarlo y paso un brazo por la espalda de Lola, rodeándola y arqueándola contra mí para no perderme nada. Ella cuele las manos por debajo de mi jersey blanco de lana y maldice cuando se topa con una camiseta interior.

Sonríó sobre su piel y me separo lo justo para quitármelo de un tirón.

—Quítatelo todo —me pide entre jadeos—. Todo, te quiero desnudo y dentro de mí ya, ya, ya.

Sonreiría por su impaciencia, de no ser porque estoy igual. Los días que salimos juntos y hacemos vida con nuestras familias siempre me pasa que, cuando nos quedamos a solas, siento la necesidad de penetrarla y sentirla al cien por cien; como si el resto del tiempo tuviera que compartirla con el mundo y ahora, justo en este momento, ella perteneciera sólo a mis brazos y yo a los suyos. Como si no existiera nadie más que nosotros dándonos placer y olvidándonos hasta de nuestros nombres.

Me desnudo y, antes de deshacerme del pantalón, cojo un preservativo que tenía en el bolsillo trasero, por si surgía la ocasión de hacerlo en algún punto en el pueblo. Ahora me alegro de que no haya sido así, porque me ha evitado separarme de Lola más que lo justo para desnudarnos. Su pantalón sigue puesto, pero la alzo de la mesa con un brazo y tiro de él con mi mano libre. La siento y se lo saco por las piernas en un santiamén, con braguitas incluidas. Me pongo el preservativo y acaricio su entrada con mi glande para cerciorarme de que está húmeda y dispuesta para mí.

—Hazlo ya... —dice ella en tono suplicante.

Me aferro a sus muslos, la miro a los ojos y la penetro con lentitud mientras Lola rodea mis hombros con las manos y me mira con esos preciosos ojos bicolores. Joder, cómo me gusta que me mire así.

—Preciosa... —susurro antes de besarla—. Llevo todo el día deseando tu boca, maldita sea, no es justo que me la niegues fuera de esto.

Entro y salgo de su cuerpo mientras ella baja las manos y se agarra a mi

trasero, clavando las uñas en él y guiando el ritmo de mis embestidas.

—Disfruta ahora que es toda tuya —gime cuando me inclino hacia un lado y la penetro en diagonal—. Dios, sí, otra vez.

—¿Quieres más? —Ella asiente y yo niego con la cabeza, notando el sudor que perla el inicio de mi frente—. Dímelo, princesa, dime que quieres más. Pídeme que te lo haga.

Lola apoya la frente en la curva de mi cuello, lo besa y lo chupa antes de cumplir mis deseos. Me pide que se lo haga más profundo, más fuerte, más duro. Y yo me deshago e intento alargar este momento, porque cuando se acabe se separará de mí, y ahora mismo es lo último que quiero. Me encanta tenerla entre mis brazos, sudorosa, jadeando y pidiéndome más de todo: caricias, besos, lengua, penetraciones... Tan insaciable como yo, fundiendo mis neuronas a la velocidad de la luz y haciendo que sienta un placer indescriptible.

Su orgasmo se desata cuando bajo una mano y acaricio su clítoris con suavidad; me aprieta con sus músculos vaginales y pierdo la poca cordura que me queda. Me dejo ir temblando y aferrándome a sus muslos con fuerza, rodeándola por la cintura después y abrazándola para que no se separe todavía de mí; pidiéndole, sin palabras, que me acaricie, como yo hago con ella, para alargar los estertores del orgasmo.

—Si fuera rica me pasaría la vida sin hacer nada, salvo follar contigo —dice ella en mi oído, arrancándome una risotada.

—Yo no pondría ninguna pega.

Ella se despega de mí con una sonrisa perezosa, me hace salir de su cuerpo y me mira con dulzura.

—Vamos a ver «The Big Bang Theory».

Tuerzo el gesto, porque sé que prometí que ella podría elegir serie y capítulo, pero es que sigo sin verle la gracia del todo a esa serie. Aun así, asiento, vamos al baño, nos aseamos, yo me quito el preservativo y, al volver, me pide que le haga palomitas.



Podría negarme, pero es que está desnuda, tirada en mi sofá y con el mando de la tele en la mano, sonriéndome con plena confianza y haciéndome sentir que, si el precio por tener una visión como ésta es hacer palomitas, me parece ridículamente pequeño y lo pagaría un millón de veces.

Este abeto es soso. Lorenzo dirá que es elegante, pero a mí me parece soso. Estoy ayudándolo a montar la decoración de Navidad, puesto que mañana es Nochebuena. Hace meses que estamos liados. ¡Meses! Y, si lo pienso, me parecen días. Todo marcha de maravilla y nos llevamos tan bien que Lorenzo me pidió que lo ayudase hoy con los adornos, pero, sinceramente, a mí esto me deprime.

—En Estados Unidos eran lo más de lo más —dice él después de que yo vuelva a repetirle que me parecen aburridos—. Alison no dejaba de hablarle a todo el mundo de los mercadillos en los que los había comprado.

Quiero decirle que Alison podría decir misa, pero estos adornos de ángeles dorados y palomas blancas son feos. En casa hemos montado un árbol superchulo. Le hemos colgado nuestros Funkos, botellas de cerveza pintadas a mano, bastones de caramelos y guirnaldas de palomitas. He rescatado las luces del balcón y las he colgado rodeando todas las ramas, lo que ha alegrado mucho a Dani y a Manu, que dicen que prefieren un árbol de Navidad capaz de provocar ataques epilépticos que un balcón que parece la entrada de un burdel. Hemos colocado guirnaldas por los cuadros, las puertas y hasta la nevera. Nuestra casa está preciosa, aunque Lorenzo diga que parece hecha a conciencia para matar de un infarto a un daltónico. Tiene un sentido del humor especial, este hombre.

El caso es que quiero decirle que Alison era una hortera, pero las ocasiones en que la nombra son tan escasas que me callo. Quiero que se sienta cómodo conmigo, que confíe en mí al cien por cien. Él dice que ya lo

hace, pero no habla de ella y, si le pregunto, se cierra en banda. No voy a decir que no me importe, porque me duele un poco. Se supone que somos algo así como mejores amigos, aunque yo ya tengo a Dani, a Manu y a Edu. No sé, cuando hace eso, siento que me echa de esa parcela de su vida; que sólo tengo derecho a un tanto por ciento de él, a nivel físico y personal.

—¿Lo pasabas bien allí? En Navidad, digo.

Lorenzo se encoge de hombros y niega con la cabeza.

—No —contesta lacónico.

—Entonces ¿por qué te trajiste los adornos?

Él suspira y mira una estrella nevada que tiene en las manos. Cuando habla, lo hace con un tono suave pero frío como el acero.

—Pensé, de manera ilusa, que, ya que no podía devolverle todo lo que me había hecho, le haría perder una de las cosas que más le gustaban.

—¿La Navidad?

—Los adornos —dice riendo—. Son caros, ya te lo he dicho, y fardaba de ellos continuamente.

Entorno los ojos y miro un ángel con cara regordeta que asoma por una caja y me da un yuyu tremendo.

—A ver si lo he entendido. ¿Le quitaste los adornos de Navidad a modo de venganza? —Él asiente, y yo me río—. Pues te voy a decir una cosa y espero que no te ofendas, pero a mí me robas estos adornos y me haces un favor, porque más feos no pueden ser.

Lorenzo intenta reprenderme, pero, al final, sin darse cuenta, acaba riéndose conmigo.

—Eres un poco arpía.

—A ti te encanto así.

Él me mira fijamente y sus ojos azules se achinan cuando sonrío con cariño y asiente.

—Es verdad.

Suspiro y trato de retener a manotazos el impulso de abrazarlo. ¿Sabes esa

comparación que hice una vez del muelle que sale de la caja de juguete? Pues, si lo comparas con mis sentimientos, te diré que cada vez es más difícil mantener la caja cerrada y evitar que salte.

—Te hizo mucho daño, ¿verdad? —pregunto con suavidad.

No hay nada para acallar mis sentimientos como hablar con él de su ex. Lorenzo se gira hacia el árbol y asiente.

—Mucho.

—¿Algún día me contarás lo que pasó?

Puedo ver sus hombros tensos y sé, sin necesidad de mirarlo a la cara, que su mandíbula está cuadrada y su mirada se ha vuelto cortante. Si algo he aprendido estos meses es que Lorenzo es templado tirando a frío a veces y a hielo otras. Cuando no quiere hacer algo, me lo zampa y mis tácticas para convencerlo e, incluso, aturullarlo no sirven de nada, porque se mantiene impasible mientras me mira con esos ojazos que deberían estar prohibidos.

—¿Quieres eso como regalo de Papá Noel?

La sorpresa que siento es tanta que, cuando él se gira, no puedo evitar que me pille con la boca y los ojos ligeramente abiertos.

—¿En serio? ¿Me lo contarás?

Él asiente despacio, como si le costara, y yo lo imito y asiento también, deseando y temiendo el momento de saber toda la verdad acerca de su pasado. Sé que es más frío aún de lo que parece debido a algo que ocurrió, igual que sé que él de por sí ya es bastante hermético, pero que quiera contármelo es un regalo enorme, porque significa que por fin confía en mí al cien por cien. Está diciéndome con este gesto que entre nosotros dejará de haber secretos y seremos amigos en toda la extensión de la palabra.

Meses de sexo, risas, confidencias y, ahora, sinceridad plena nos otorgarán el título de mejores amigos del mundo antes de que acabe el año, estoy segura.

—Quédate esta noche a dormir conmigo, en mi cama —susurra—. Te lo contaré todo.

—Si me quedo a dormir en tu cama...

—Nada de sexo, lo sé.

Me mira fijamente y habla, provocando que mi corazón redoble sus latidos y la saliva deje de fluir por mi boca, secándomela a causa de los nervios. La cláusula de dormir juntos sólo si no tenemos sexo sigue vigente y es el motivo por el que, quitando la primera noche, en la que aún no nos habíamos liado, no hemos vuelto a dormir juntos. A Lorenzo el tema lo crispa sobremanera, pero yo cada vez me convengo más de que he hecho lo correcto. Sobre todo cuando siento que algo está cambiando, lo quiera yo o no. Es mucho más sencillo autoengañarme desde el sofá.

—Esta noche no quiero sexo —dice—. Necesito que te quedes a mi lado y escuches mi historia como la amiga que eres. No quiero tu cuerpo hoy, Lola, te quiero a ti. Quiero que todo lo que eres como persona se quede a mi lado toda la noche.

Asiento con solemnidad, me levanto y lo abrazo, porque estoy segura de que este momento acaba de marcar un antes y un después en nuestra amistad, aunque él esté más tenso que nunca y yo tenga el estómago del revés por culpa de la anticipación.

—¿Quieres que cenemos antes?

—Sí, ¿quieres canelones? Tengo un plato congelado de lo que cenamos la otra noche.

—Sí, o puedo hacer algo. —Lorenzo suelta una carcajada y yo entorno los ojos—. Puedo cocinar.

—Puedes, pero no quiero morir esta noche, así que mejor lo evitas.

Le hago una peineta, suelto una piña dorada que más rimbombante no puede ser y voy hacia su cocina para sacar una cerveza.

—¿Te has comido mis galletas? —pregunto cuando, después de abrir el botellín, me encuentro con que el cajón donde pongo las guarrerías que compro está vacío.

—Ayer me apetecía algo dulce. Si te sirve de consuelo, después me odié y

te odié a ti, porque esas galletas seguro que son, en su mayor parte, azúcar y mierdas insanas.

—Pues ya sabes, la próxima vez dejas mis mierdas insanas en su sitio, o tendré que cortarte las manos.

—Te encanta que te toque con estas manos. Sería una pena perderlas, ¿no crees?

Medito su respuesta y llego a la conclusión de que tiene razón. Él también, porque se ríe entre dientes y besa mi nariz en un acto que repite a menudo y me hace sentir más nerviosa de lo que me gustaría.

Calentamos los canelones en el horno y me siento a esperar en una silla de la cocina mientras lo miro beber su vino ultracaró. Está descalzo, viste un vaquero desgastado que usa para estar en casa y no lleva camiseta, porque hace un mes o así ganó la batalla de la ropa y ahora le permito ir a medio vestir, aunque eso implique estar tentándome constantemente. Y todo porque vio un día a Manu pasearse por casa con un calzoncillo largo de Batman y nada más. Alegó que si Manu, como amigo, podía ir en calzoncillos, él podía ir igual. No me quedó otra que claudicar y luego echarle la bronca a Manu, que se limitó a aconsejarme un polvo relajante y pasar de mí.

Lorenzo se gira de cara a la encimera para servir unos picos de pan con frutos secos y yo no puedo evitar mirar su espalda, su trasero y sus piernas y morderme el labio.

—Estás para comerte —susurro sin poder contenerme.

Me mira por encima del hombro y sonrío.

—Sé buena, recuerda que hoy no podemos tener sexo.

Asiento, porque además estoy muy interesada en que me cuente, por fin, su pasado, pero eso no evita que babeo mientras lo observo moverse por la cocina como un gran chef. Es metódico, organizado y cuidadoso con lo que hace. Todo lo contrario de mí. Tenemos tantas peleas por mi alimentación que a veces siento como si fuera mi padre, en vez del tío con el que me acuesto. Que se lo diga lo pone frenético, por cierto. Normalmente cuando le

digo algo así se quita la ropa y me demuestra a base de sexo que puede ser un poco mandón, pero su comportamiento conmigo no es el de un padre.

—¿Crees que hay una mínima posibilidad de que adorne, al menos, el cabecero de tu cama a mi gusto?

—Si eso implica pósteres de series, muñecos de esos cabezones o guirnaldas de colorines, no.

—Eres un aburrido.

—Y tú una friki.

—¿Una friki sexy?

—Por supuesto, la más sexy. —Su tono es tan solemne que me hace reír—. ¿Qué? —pregunta poniendo el cuenco en la mesa y acuclillándose frente a mí—. ¿De qué te ríes?

—Eres muy mono cuando dices cosas bonitas como si fueran verdades prácticas y nada más. —Entorna los ojos y me mira con una pequeña sonrisa.

—Decirte que eres sexy y preciosa no es una verdad práctica, es una verdad universal, princesa.

—Que no me llames «princesa».

—Sí, princesa.

—Lorenzo...

—¿Sí, princesa?

—Dios, te odio cuando te pones así.

Él se ríe entre dientes, se levanta, revuelve mi pelo de una forma que me pone de los nervios y va hacia el horno para controlar nuestra cena. Le encanta llamarme «princesa». Lo hace durante el sexo, durante nuestras charlas, durante nuestras llamadas y hasta por WhatsApp. Sabe que no me gusta, pero ¿hace caso de mis peticiones? No, nada de eso. Al contrario, cuanto más me quejo, más lo hace.

Si él supiera que no es que me moleste el apelativo en sí, sino que me remuevo un poco por dentro cuando me lo dice... No puedo evitar recordar las veces que me llama «princesa» en la cama y, acto seguido, me susurra un

montón de obscenidades que no pegan en absoluto con un apelativo tan dulce. Es una fusión tan extraña y morbosa... Es Lorenzo en estado puro.

Cenamos hablando de un proyecto que me tiene atascada en mi trabajo. Él me da algunas ideas tan buenas que estoy deseando ponerlas en práctica. Comentamos lo genial que será la cena de mañana y me confiesa que está ilusionado, porque es la primera vez que pasa la Nochebuena en España después de muchos años. Yo le sonrío y le aseguro que será genial, sobre todo porque vamos a estar juntos. El plan era celebrarlo con su hermano y su padre, pero cuando mi abuela Carmen los invitó a casa, ni lo pensaron. Cada uno de nosotros tiene que hacer un plato de comida y llevarlo mañana a casa de la *abu*. Bueno, a mí me han pedido que, en vez de hacer un plato, compre una tarta. Me ofendería un poco por la falta de confianza en mis dotes culinarias si no fuera consciente de que tienen toda la razón del mundo.

La Nochebuena en casa de mi abuela Carmen es genial. Manu vendrá cuando acabe de cenar con su familia y Dani cenará con nosotros, porque su familia es del pueblo pero no se lleva muy bien con ellos. De hecho, hace ya muchos años que sólo cena con ellos en Nochebuena o Nochevieja, pero no las dos noches. Dice que con una cena en familia al año tiene más que suficiente, y va turnándolas.

Alexia y Sara también vendrán y dormiremos todos allí para abrir los regalos a la mañana siguiente. No puedo esperar a que Lorenzo abra el mío. Le he comprado un mono enterizo de rayas rojas y blancas y un gorrito con borla a juego. Manu me preguntó por qué quiero disfrazarlo de Wally, pero yo creo que va a estar supermono. Dani me ha advertido que antes mato a Lorenzo que conseguir que se lo ponga, pero Dani no sabe que yo tengo unas dotes de persuasión infinitas.

—¿Vamos a la cama? —pregunta cuando acabamos de cenar.

—Sí, pero antes quiero darme una ducha y ponerme el pijama.

Él asiente y parece un poco aliviado. Está nervioso, no se nota desde fuera porque es Lorenzo, el impasible, pero lo conozco y sé que está inquieto. Voy



al baño mientras él recoge la cocina y deja, con total seguridad, los platos en la pila para que los lave yo, como es costumbre. Es lo justo, si él cocina siempre.

Me meto en la ducha y, cuando estoy enjabonándome, Lorenzo abre la mampara, completamente desnudo, y se mete dentro.

—Deja que te ayude con eso —susurra.

Me quita la esponja de las manos y me pega a los azulejos mientras la frota contra la curva de mi cuello y hace crecer la espuma. Ya hemos hecho esto otras veces; nos duchamos juntos a menudo, pero siempre como preliminar del sexo. Nunca después de practicarlo, porque sería algo de pareja y, desde luego, nunca un día normal y sin motivo aparente, como ahora.

Podría quejarme, recordarle nuestro contrato y parar la mano que viaja por mi canalillo y dibuja círculos en mi estómago, pero su mirada es tan fija y está tan concentrado que comprendo que sólo intenta calmarse a sí mismo. Necesita que lo deje hacer esto, lo sé, y se lo concedo de buen grado, porque es mi amigo, primero, y porque quiero ponérselo fácil para que pueda relajarse y abrirse a mí, segundo.

—¿Podré enjabonarte? —pregunto.

Él sonríe sin despegar los labios, besa mi frente y me pasa la esponja para que haga mi trabajo.

Su erección es tan fuerte que se roza contra mí cada vez que nos movemos, pero ninguno de los dos le hace caso. Estamos excitados por el roce natural de las caricias, pero esta noche la cosa no va de sexo, así que masajeo su cuerpo y dejo que haga lo mismo, nos enjuagamos y nos vestimos, él con su pantalón de pijama azul marino y yo con el mío de estampado infantil. Nos metemos en la cama, nos tapamos y pienso en lo raro que es tenerlo al lado, después de tantos meses, para dormir. Me pregunto si echaré de menos el sofá, y llego a la conclusión de que seguramente no lo haga.

Sin embargo, algo me dice que, después de esta noche, es posible que eche de menos dormir en la cama y sentir su cuerpo caliente al lado.

—¿Estás listo? —pregunto en tono suave.

—Estaría mejor si me abrazaras, la verdad.

Me sorprende un poco de que lo pida con tanta franqueza, pero me pego a su torso y paso un brazo por su estómago. Él besa mi frente con calma, sus movimientos son relajados, tranquilos, pero su corazón late con más fuerza de la normal, así que sé que está muy lejos de sentirse en calma. Sólo espero que de esta noche salgamos más fortalecidos como..., bueno, como los grandes amigos que somos.

## Lorenzo

Tengo que empezar a hablar. Lo sé, soy consciente, aunque parezca un pasmarote aquí, mirando al techo. No quiero que Lola piense que me cuesta porque me duele. Me cuesta porque me avergüenza, que es distinto. No siento dolor cuando pienso en Alison. A estas alturas, ni siquiera siento rabia hacia todo lo que me hizo. Vergüenza, sí, mucha, porque no comprendo cómo me limité a dejar que me pisoteara de una forma tan ruin día sí, día también. Sin luchar, sin oponerme y sin buscar una salida real; dándole el poder de decidir por mí.

—Si no estás listo... —dice ella.

Tuerzo el gesto, porque a esto es a lo que me refiero, así que tomo aire y decido empezar sin meditar mis palabras. Que salga directamente de mis recuerdos.

—Estuve con ella varios años, pero sólo fuimos una pareja como tal el primero. Alison era... —Frunzo el ceño porque, a pesar de todo, no quiero insultarla—. Tenía muchos problemas.

—¿Problemas? ¿De qué tipo?

—Depresión, baja autoestima, tendencia a dramatizarlo todo y, además, era celosa compulsiva.

—Joder, qué joyita. —La miro y se muerde el labio—. Lo siento, sigue.

Sonrío sin despegar los labios para que vea que no estoy molesto por sus palabras. Era una joyita, en realidad.

—Al principio no me di cuenta de que nuestra relación sufría pequeños cambios. Ella pasó de ser una chica simpática, inteligente y de buena conversación a enfadarse por lo que, a mi parecer, eran tonterías. Si intentaba que viese que su enfado no tenía sentido, me tachaba de insensible y, aunque en un primer momento tenía muy claro que el problema era de ella, en algún punto acabé convenciéndome de que también debía de ser mío. Quizá yo no servía para empatizar. A lo mejor no estaba siendo tan buen novio como pensaba, así que me esforcé más. Si ella se enfadaba porque a veces comía con compañeras de trabajo, dejaba de hacerlo. Si descubría que algún amigo me había invitado a una fiesta, se ponía enferma y me hacía sentir culpable por pretender salir, dejándola sola, así que me quedaba en casa cuidándola.

Le cuento a Lola que, a veces, sus enfermedades ni siquiera eran reales. Se inventaba gastroenteritis, gripes, virus de todo tipo, vómitos y hasta infecciones de orina. Lo que hiciera falta con tal de detener mis planes de salir a tomar algo con algunos compañeros. Si además en el plan entraban las compañeras, la enfermedad se agravaba. No me di cuenta al principio, aunque parezca absurdo. Pensé que era una mala racha, que su cuerpo estaba débil; quizá tenía pocas defensas, o anemia, así que insistí en que se hiciera revisiones médicas, que ella me prometió que hacía. No le pedí informes al principio; me bastaba su palabra. Cuando tu pareja está mal y te dice que va al médico, no se te ocurre pensar que está mintiendo. En realidad, con Alison el problema fue que confié en ella sin condiciones.

En algún momento los celos dejaron de ser el único problema. A ella le diagnosticaron depresión, o eso me dijo después de acudir a la consulta de una amiga. Sin embargo, no tomaba medicación. Al parecer, no la necesitaba. Lo único que necesitaba era que yo fuera un buen novio de una vez, lo que se traducía en ir del trabajo a casa y viceversa. Si me retrasaba demasiado en el supermercado, haciendo la compra, me llamaba hasta el cansancio. Si un día no le cogía el teléfono, cuando llegaba a casa la encontraba histérica. Me acusaba de haber estado con otras mujeres, aunque sólo hubiese pasado fuera

una hora. Me sentaba con ella y le explicaba que era imposible en sólo una maldita hora ir al súper, hacer la compra y echar un polvo con nadie en otro lugar. Al principio lo entendía, pero luego...

Suspiro y hago un alto en la historia mientras Lola se sienta en la cama. Ya no me abraza, se ha sentado con las piernas cruzadas y me mira con el ceño fruncido y la boca abierta.

—Te manejaba emocionalmente —dice. Asiento y hago una mueca, porque todavía me da rabia haberme dejado atosigar de esa forma—. ¿Fue a peor?

—Lo que te he contado es la parte bonita —respondo con una sonrisa irónica.

—Vale, ya me cae como el culo, pero adelante, remata la faena.

Me río entre dientes, porque es tan ella... Suspiro y sigo con mi historia.

—Pasados unos meses, como no veía mejoría, avisé a su hermana, que vivía en otra ciudad, para que me aconsejara. Ellas no tenían mucha relación, Alison le tenía muchos celos, pero lo cierto es que Lisa siempre quiso lo mejor para ella, así que pensé que podría echarnos un cable.

—Y no fue así.

—Alison montó en cólera cuando la vio en casa un día al volver de su supuesta visita a la psicóloga. Lisa se enfrentó a ella y, para mi consternación y sorpresa, empezó a preguntarle si estaba mintiendo acerca de su depresión.

—Se ve que la tenía calada.

—Bueno, sí, supongo. Alison se enfadó tanto que nos acusó de estar acostándonos juntos y querer librarnos de ella. Por supuesto, era mentira, pero ella no atendía a razones. Cuando quería salirse con la suya jugaba a atacarme, hasta que, en algún punto, yo me sentía culpable, sin saber bien ni por qué, y acababa pidiendo perdón, sin tener ni idea de por qué me disculpaba, sólo para acabar con la escena. Aquella vez no fue distinto, pero Lisa se negó a disculparse. Al contrario, avisó a sus padres, que vivían en otro estado, y los hizo viajar para que viesan a Alison.

Lola me mira con sus enormes ojos y yo miro al techo y sigo contándole todo lo ocurrido. Los padres de Alison llegaron a nuestra ciudad un par de días después. Quedamos en un restaurante y jamás olvidaré la mirada de reproche que me echaron cuando Lisa les contó que su hermana estaba mal, que no parecía ser feliz y que no dejaba de acusarme de cosas que yo no hacía sólo para poder salirse con la suya. Para mí sorpresa, no sólo pasaron de creernos, sino que además me acusaron, con indirectas, de no hacer feliz a su niña. Recuerdo que Lisa intentó que comprendieran que pensaba que Alison ni siquiera tenía una psicóloga como tal. Estaba segura de que mentía, y se basaba en que la conocía demasiado bien. Yo no sabía qué pensar, la verdad. Me parecía demasiado rastrero que mi novia me engañase con algo así, pero, por otro lado, su comportamiento no estaba siendo normal.

Sus padres se fueron de vuelta por donde habían venido después de hacerle una visita «sorpresa» a Alison, mimarla con regalos y palabras dulces, como si de verdad estuviese convaleciente, y largarse.

Lisa no se rindió. No me dijo nada, pero contrató a un detective que siguió a Alison los días que supuestamente iba a la psicóloga. Mentía, tal como decía ella. Resultó que se iba a comer o a tomar café durante hora y media, más o menos, y luego volvía a casa como si nada. Al principio no me lo quise creer, pero me enseñó fotos de ella en distintos restaurantes. Fue un palo tremendo, pero todavía confiaba en que hubiese alguna explicación, así que cogí todas las fotos y el informe y me marché a casa. Cuando le enseñé a mi novia todo lo que tenía, diciéndole que había sido yo quien había contratado al detective para no meter a Lisa en problemas, ella montó el drama de su vida. Me acusó de no confiar en ella (aunque fuese obvio que me había mentado), de no respetar su privacidad como persona (justo lo que llevaba haciendo ella meses) y de no quererla lo bastante como para creer en su palabra. Cuando nada de aquello funcionó, lloró y lloró y lloró, pidiéndome perdón y asegurándome que tenía un problema. Necesitaba ayuda y se arrodilló, literalmente, pidiéndome que no la dejara sola.

No podía ser una rata rastrera, era mi novia y no podía dejarla estando tan mal, así que me mantuve tranquilo y, pese a todo, le prometí olvidarlo todo si buscaba ayuda de verdad. Le hice prometer que me permitiría buscar al mejor psicólogo de la ciudad y llevarla en persona. Accedió, claro, estaba desesperada.

Encontramos el psicólogo, la llevé y vi cómo le recetaban los antidepresivos que tanta falta le hacían.

Todo mejoró... una semana.

Las paranoias volvieron, los celos, las escenas, incluso en público, los gritos, los llantos... La situación se volvió insostenible. Lisa me llamaba preocupada mínimo una vez a la semana, pero yo le pedí que dejara de hacerlo cuando, después de ver su número en mi registro de llamadas, Alison amenazó, por primera vez, con suicidarse. «Tienes que dejar de follarte a mi hermana. Tienes que dejar de hacerme este daño tan profundo», decía. Y yo, que no hacía nada, dejé de tener comunicación con la única persona que sabía lo que pasaba, porque pensé que no tenía derecho a hacerle daño a mi novia. Consiguió que me sintiera inepto, insuficiente, tan pequeño como un grano de arena en el desierto.

Lisa intentó ayudarme, vino a verme al trabajo algunas veces junto con su marido, que estaba al tanto de la situación y no dejaba de aconsejarme que dejara a Alison. Su hermana me contaba que ya de pequeña había tenido episodios graves de celos y que no los habían parado a tiempo porque sus padres, en vez de plantarle cara, habían adoptado mi actitud: la habían dejado ganar una y otra vez. Ella aprendió que así podía manejar a la gente y no dudaba a la hora de dar un paso más.

La primera vez que intenté dejarla, amenazó con tragarse el bote entero de antidepresivos. La segunda se hizo unos cortes estratégicos en las muñecas y fingió estar cortándose las venas. Me pasé la noche llorando y pensando que había llevado a mi novia al suicidio.

Lola me mira horrorizada, pero yo sonrío con tristeza y cuento el resto de

la historia, porque, desde ahí, todo fue cuesta abajo. Ella se saltaba la medicación, yo pedí una reducción de jornada que no me concedieron, pero me permitieron trabajar ciertas horas desde casa para poder estar con ella. Lisa intentó hablar con sus padres, en vano, porque éstos me culpaban a mí de que su niñita tuviese una depresión tan grande.

Alison fue a peor, aunque parecía imposible. Los intentos de suicidio falsos se convirtieron en sus aliados y llegó al punto de usarlos para chantajearme cuando no quería dormir con ella. Del sexo ni hablo, se acabó después de un año de relación, por más que ella lo intentó todo. Me amenazaba, me chantajeaba y, aunque yo lo intentaba, por miedo a que hiciera una tontería, mi cuerpo no reaccionaba, así que ella creyó que era impotente, porque no podía tener una erección en su presencia, y empezó a reírse de mí y a machacarme con que no era hombre ni siquiera para poder echarle un polvo a mi novia. Me llamaba «enfermo», me decía que seguro que era un perverso que sólo se excitaba con cosas raras, me insultaba, me vejaba, me hundía de tal manera que, una vez, pensé que ojalá uno de esos intentos suicidas funcionara y se muriera. Luego me sentí tan mal que yo solo me sometí aún más. Aprendí a dormir en la misma cama que ella, pero sin moverme de mi sitio. Me tumbaba boca arriba, ponía los brazos a los costados, o sobre mi estómago, y me pasaba la noche quieto como una tabla mientras soñaba con el día en que todo acabara, para bien o para mal.

Años así, se dice pronto, pero hubo momentos en que pensé que, para estar así, era mejor no estar. Quería volver a España, estar con mi familia, volver a vivir.

Joder, cómo deseaba volver a vivir.

Todo acabó cuando Lisa me vio un día en el súper. Me puse tan nervioso que estuve a punto de irme con tal de no hablar con ella. Ni siquiera se me ocurrió pensar que ella había ido allí a conciencia, porque vivía en otro barrio. «Esto se tiene que acabar. Es ella o tú, Lorenzo.»

Y qué razón tenía... Estaba en un punto en el que ya no había más



soluciones. Perdí las esperanzas, Alison no iba a mejorar porque muchas veces ni siquiera se tomaba la medicación, estaba seguro. Necesitaba ayuda para internarla en algún centro en el que pudieran ayudarla, pero yo sólo era su novio; no tenía poder sobre ella. Denunciarla por malos tratos me resultaba inconcebible, porque no quería hacerle daño, pese a todo, pero también porque temía que no me creyesen. Al fin y al cabo, ella era estadounidense y yo español. Alison buscaría la manera de hacerme quedar como un aprovechado y yo acabaría peor. Me miné a mí mismo hasta dejarme sin alternativas.

Un día, sin embargo, Lisa tuvo una idea; íbamos a grabar a Alison en acción. Tendría que poner cámaras por toda la casa cuando no se diera cuenta y grabarlo todo, sin remordimientos y sin pensar que estaba atacando directamente a su intimidad.

Acepté, porque estaba harto, cansado, triste, acabado. Estaba tan jodido que ni siquiera me planteaba la posibilidad de que saliera bien, porque no quería tener esperanzas. No quería pensar que quizá, con suerte, podría liberarme y volver a España, a casa.

Lo hicimos, grabamos a Alison durante un mes entero, para tener material de sobra, y luego recopilamos sus peores momentos. Amenazas, chantajes y dos intentos de suicidio. En un solo mes. Lisa llamó a sus padres, quedamos con ellos en casa de Lisa y convencí a Alison de que tenía trabajo hasta tarde. Sabía que al llegar a casa iba a sufrir su ira, pero esperaba que, al menos, sirviera de algo. Esta vez sus padres no pudieron negar la realidad. Lloraron viendo los vídeos y me miraron, por primera vez, como a la víctima que era, y no como al verdugo. Me prometieron ayudarme y me aseguraron que tenía su apoyo.

Desde ahí empezó una guerra corta pero intensa. Sus padres se mudaron de nuevo a la ciudad, a nuestra casa, y trataron de convencer a Alison de que se internara en un centro psiquiátrico; cuando ella se negó, pagaron multitud de estudios para demostrar que no podía tomar decisiones por sí misma,

porque estaba descontrolada. Alison lloró, gritó y me acusó de maltrato psicológico, físico e incluso de violaciones. Por suerte teníamos los vídeos y, además, su propia familia estaba dispuesta a testificar a mi favor, así que después de mucho luchar Alison fue internada y yo, por fin, liberado.

Lo primero que hice fue pedir un traslado a España, sin embargo, no era posible, porque no había un puesto libre. Pensé en dejar el trabajo, venir aquí y buscar otro, pero las condiciones en mi empresa eran buenas y no podía permitir que la paranoia me ganara. Alison ya no estaba, así que yo alquilé un apartamento, empecé a vivir de nuevo y esperé durante meses, más de un año, que se diera la posibilidad de volver a España. Mientras tanto me ocupé de ir a un psicólogo para superar mi situación vivida; entendí que había sido víctima de un maltrato continuado y me esforcé por volver a ser yo. Y lo conseguí, porque puse todo mi empeño y me autoconvencí de nuevo de que no había hecho nada malo, salvo intentar ayudar a mi novia.

El problema es que, después de aquello, mis ganas de tener una relación seria se extinguieron. No porque esté dolido, ni porque sienta rencor hacia las mujeres, ni porque piense que va a volver a pasarme. No es nada de eso. Es, simplemente, que no sé si puedo volver a confiar en alguien tanto como para entregarme sin reparos. No sé si puedo dar el cien por cien de mí mismo; creo que no y, para ser sincero, sería injusto estar con alguien que me quiere sin barreras ni condiciones pero que no recibe a cambio lo mismo. Quise a Alison, pero la odié más de lo que la quise, y no sé si puedo enamorarme y estar a gusto con ese sentimiento. No sé si puedo aceptar que quiero a una persona tanto como para compartir mi vida con ella, con todo lo que eso implica. No sé si puedo amar a alguien con fuerza, porque no quise así nunca. Alison me despertaba amor, sí, pero no era desmedido, no era intenso, desgarrador y vapuleador. No era como el miedo que sentí a su lado a última hora. Ese pánico agarrado a las entrañas día y noche, sin dejarme dormir, comer ni vivir tranquilo.

No sé si, al estar con una mujer, voy a poder olvidarme de ese miedo.

No sé si voy a poder querer a alguien sin medida y sin condiciones.

No sé si, alguna vez, el amor podrá superar el pánico que me da volver a confiar en alguien.

No lo sé y, como no lo sé, prefiero no arriesgarme, porque ya he dejado demasiadas cosas al azar en mi vida.

Por eso mi trato con Lola es tan bueno y por eso estoy convencido de que no vamos a enamorarnos, ni aunque durmamos juntos. Ella se merece a alguien mejor que yo, y yo no necesito más de lo que tenemos ahora mismo.

El plan perfecto.

—Menuda zorra. —Miro a Lola, que se limpia las lágrimas de los ojos y me abraza con fuerza—. No te mereces lo que te hizo.

Estrecho nuestro abrazo y sonrío besando su pelo y acariciando su espalda.

—Ya acabó, que es lo que importa.

—No te la merecías. Eres demasiado bueno para ella. Eres demasiado bueno, punto. Otro habría aguantado mucho menos.

—No lo creo. Cualquiera con un poco de conciencia habría pasado por lo mismo. Nadie quiere cargar con una desgracia sobre sus hombros, y yo estaba convencido de que ella podría hacer una locura.

Lola asiente, entendiéndome, y besa mi torso.

Yo cierro los ojos y pienso en lo gratificante que es tenerla aquí. Es la primera vez que cuento toda la historia, porque mi padre y mi hermano no la conocen con detalle. No quería que sufrieran y, aunque tampoco quiero que lo haga ella, estoy convencido de que me entenderá mejor que nadie. No sé por qué. Quizá porque Lola sabe cómo escuchar a las personas. Quizá porque no lo ha tenido fácil con su hermano y ha aprendido que los seres humanos somos más de lo que hablamos o cómo actuamos. Quizá porque, cuando esos enormes ojos bicolors me miran, pienso que sería capaz de confesarle hasta el número de veces que pienso en ella al día, aunque me tomara por loco.

O mejor no, mejor eso me lo guardo para mí, junto a esos otros pensamientos y sentimientos que debo dejar a buen recaudo, donde no sufran,

donde no sean vapuleados y donde nadie los trate mal; ni siquiera yo.

No es justo.

Que Lorenzo pasara por todo aquello. Que nadie lo creyera al principio. Que se viera solo, desamparado, sin salida ni alternativa. Que estuviese a punto de tirar la toalla para siempre.

No es justo, porque él se merece todo lo bueno que la vida tenga para dar y, al parecer, no piensa lo mismo.

No se culpa de lo ocurrido, pero asume que tenía que ser así, que no podía hacer otra cosa y que, quizá, él no fue el novio que Alison necesitaba. Eso es lo peor, que todavía piensa en los «quizá» y no se da cuenta de que la apoyó, intentó ayudarla y lo hizo lo mejor posible, pero él, como persona, no tenía la culpa de lo sucedido. No puedes culparte hasta por respirar. Si la otra persona se obsesiona y empieza a tener un problema contigo, lo único que tienes que hacer es salir corriendo. Tu forma de ser jamás debe ser justificación para que lo usen contra ti, como si fuese un arma.

Por eso siento rabia, porque me habría gustado estar con Lorenzo en aquel momento para zarandearlo emocionalmente. Aunque, tras unos minutos meditando esto, comprendo que no habría sido tan fácil y que lo que hizo Lisa era lo máximo que se podía hacer. Al menos tuvo la suerte de que ella se cruzara en su vida y no se rindiera hasta liberarlo de una relación tan tóxica.

Cuando me doy cuenta de que, de no ser por ella, Lorenzo seguiría sometido a Alison, siento tal angustia que lo abrazo con fuerza y beso su pecho.

—Me alegra que estés aquí —susurro—. En España, en casa y en esta

cama, conmigo.

Él se queda en silencio un momento, pero, pasados unos segundos, acaricia mi espalda y besa mi cabeza.

—A mí también.

Suspiro y me relajo contra su torso. Necesito calmarme, porque ahora mismo lo que siento son ganas de estrangular a Alison, pero también de desnudarme y demostrarle a Lorenzo que la vida sigue mereciendo la pena. No lo hago, porque eso sería mezclar nuestra amistad con nuestra relación de follamigos, pero lo deseo con tantas ganas que tengo que apretar los músculos.

Dios, ¿estaré enferma? ¿Seré de esas personas que intentan arreglar el mundo con sexo? Si Lorenzo supiera lo que estoy pensando...

—Lola —dice interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Sí?

—¿Estás bien? Te has quedado inusualmente callada.

Trago saliva y miro arriba, a sus perfectos y preciosos ojos azules. Asiento y sonrío, no sé ni cómo, porque mis instintos asesinos no menguan, y estoy segura de que, si Alison estuviera en España, ya iría camino de su casa, cuchillo jamonero en mano.

Bueno, no, eso es mentira. No voy a ponerme bravucona porque todos sabemos que no haría eso. De hecho, después de unos minutos entiendo el pensamiento y la forma de actuar de Alison. Ella sí está enferma. Lo que hizo no tiene justificación, por descontado, pero realmente necesita ayuda y me alegra que la esté recibiendo, sobre todo por las personas a las que ya no podrá atosigar y hundir a base de manejar sus emociones.

—Estoy impactada. —Carraspeo y me siento, suspirando y controlando las ganas de besarlo—. ¿Sabes? Creo que es un buen momento para preparar un chocolate caliente.

Lorenzo se ríe. Empieza con una risa baja, ronca y sexy, pero acaba riendo a carcajadas mientras yo frunzo el ceño.

—Es tan adorable que todo lo arregles con comida...

—En realidad, más que adorable es algo que debería controlar en algún momento, si no quiero acabar con un problema de azúcar —digo poniéndome seria un momento—. Por suerte para ti, ese día no será hoy, así que vamos, prepararé el chocolate, cogeré mi portátil, nos meteremos en la cama y veremos la serie o la peli que tú quieras, aunque sea un coñazo.

—Gracias por la confianza —dice en tono sarcástico. Me río y, cuando estoy a punto de salir de la cama, me agarra la mano y me hace mirarlo a los ojos—. En serio, gracias por la confianza.

Me doy cuenta, entonces, de que una frase puede ser repetida en varios segundos y referirse a dos cosas completamente distintas, porque esto último va dirigido a su historia, a que por fin me lo haya contado, a que yo no lo juzgue, supongo. Me acerco, beso su nariz, como tantas veces hace él conmigo, y sonrío, encogiéndome de hombros.

—No te he dado nada que no te merezcas de sobra.

Le guiño un ojo y voy a la cocina intentando aplacar el coro de monos cantores que tengo en el pecho.

Monos cantores, sí, ¿qué pasa? La comparación con las mariposas sigue pareciéndome cursi y manida, lo siento.

Me pongo a trastear por la cocina, buscando el chocolate para fundir que guardo en el fondo de un cajón para ocasiones especiales. Oigo que Lorenzo entra en la estancia un segundo antes de notarlo pegado a mi espalda, abrazándome por detrás, acariciando mi estómago y besando mi cuello.

—Deja que te bese, Lola.

Su susurro me eriza el vello en el acto. Tiene la voz ronca, está tenso, lo noto, igual que noto su excitación. Me giro y lo miro a los ojos tragando saliva y dándome cuenta, por primera vez, de que su necesidad de sellar esta nueva etapa de confianza con sexo es tan fuerte como la mía.

Podría ceder, Dios, estoy deseando ceder, pero es que no soy una suicida emocional. Lorenzo sólo quiere hacer algo para liberar estrés y tensión, y

yo... Yo siento más, en este instante. No puedo evitarlo, quiero consolarlo, quiero que entienda que yo jamás le haría lo mismo que Alison, y quiero que necesite mi cuerpo tanto como yo necesito el suyo a un nivel emocional. Es aterrador y por eso, con todo el dolor de mi corazón, lo separo de mí y niego con la cabeza, sonriendo con dulzura.

—No, colega, es mejor así.

—Sólo es un beso. No es más que un roce de labios.

No, no es sólo un beso, y no quiero explicárselo porque temo que salga corriendo. Me pongo de puntillas, beso su mentón y, cuando se agarra a mis caderas, bajo sobre mis talones y niego con la cabeza de nuevo. Él retira las manos de mi cuerpo, porque si algo tiene Lorenzo es que sabe respetar mis decisiones al cien por cien. Yo lucho contra el impulso de besarlo, devorar su boca y convencerlo, a base de dientes, saliva, lengua y gemidos, de que quizá haya una pequeña posibilidad de que nosotros seamos algo más que amigos.

Lucho, porque sé que no es así y porque sé que él lo tomaría como una traición. Lo sé, así que intento, por todos los medios, acallar estas voces de mi interior, que cada vez gritan más alto, y convencerlas de que lo mejor para mí es no dar más pasos en su dirección.

—Tenemos un contrato —susurro—. No podemos romperlo.

—No lo romperíamos. Un beso ahora mismo no hará que nos enamoremos.

«No estés tan seguro», quiero decirle, pero, en cambio, sonrío, pellizco su estómago y me giro para partir el chocolate en trozos pequeños que se puedan derretir bien.

—Colega, yo soy tan buena besando que, si quisiera, haría que salieras corriendo a por un anillo de compromiso.

—Permite que lo dude —dice en tono de broma.

El tono es de broma, lo sé, lo conozco. Pero duele.

Ay, cómo duele.

Y es que, sin querer, he caído en el pensamiento rápido, intenso y dañino



de que no soy lo bastante buena para él, y está tan seguro que sabe que un beso no cambiará las cosas entre nosotros. Ése es el problema, que Lorenzo no lo hace adrede, pero está convencido de que un beso, dormir juntos o romper ciertas cláusulas del contrato no harán que él se enamore, porque está negado a la posibilidad de sentir amor por nadie. Se permite sentir deseo después de mucho tiempo, y para él es suficiente.

Para mí también lo es. Tiene que serlo. Los contratos no se rompen, porque entonces él podría despedirme de esta relación por incumplimiento y yo acabaría jodida y con fama de no cumplir mis promesas.

Y eso sí que no puedo permitirlo.

La noche se nos pasa entre chocolate caliente, conversaciones larguísimas acerca de Alison primero, pero más tarde acerca de su vida en Estados Unidos, sus gustos, los míos y, de alguna forma, recordamos nuestra infancia. Él fue un niño feliz y yo también, porque no tenía padre ni madre, pero mi abuela Carmen cubrió todos los papeles y lo hizo a la perfección. Nos contamos anécdotas, nos reímos y nos emocionamos, o yo lo hago, cuando hablo de la sordera de Edu y de lo difícil que fue algunas veces. Por suerte, todo eso queda en el pasado y ahora tengo la vida que siempre quise.

Dani, Manu y Edu completan mis días, además de mi abuela y, ahora, Alexia y Sara. Cuando se lo digo a Lorenzo se ofende un poco, porque dice que quiere un hueco, y yo sonrío y le aseguro que tiene uno inmenso en mi vida. No le digo que también lo tiene en mi corazón, porque sería cursi y me echaría de su casa, pero lo tiene, vaya si lo tiene...

Intento convencerlo de que quememos los adornos de Alison en la terraza. Podemos hacer una hoguera y regalarle todos esos cachivaches rimbombantes y demasiado dorados al universo. Hacerlos cenizas y comprar bolas de colorines y luces de todo tipo y figuritas de su serie favorita, pero él se ríe y me asegura que los adornos van a quedarse y que, para adornos frikis, ya están los de mi casa. Me ofendería si no tuviera razón.

Por la mañana nos vestimos, vamos a mi piso, recogemos a los chicos, a Alexia y a Sara, que han pasado la noche allí, y vamos a desayunar a una pastelería del centro que me encanta. Es una tradición que adquirimos hace un tiempo, y este año no podía ser menos.

La decoración es de lo mejor que he visto; todo es caótico, hay bidones reciclados y pintados que hacen las veces de sillas, sofás *vintage*, tazas colgadas del techo y sillas antiguas pintadas de blanco o incluso turquesa. Mesas de tablones sueltos, bancos de palés y distintos colores en las paredes, así como tapizados, según la esquina en la que te pongas. ¡Es tan genial! De sus batidos de chocolate blanco no hablaré, porque entonces igual quieres venirte aquí a agotar las existencias y no puedo permitir eso. De sus pasteles tampoco, porque si te digo que la tarta de queso es la mejor que he probado en mi vida, o el *red velvet*, igual me discutes, y no puedo consentirlo, entiéndeme.

Con todo, sólo es una de mis pastelerías favoritas, porque en esta ciudad otra cosa no, pero tenemos las mejores palmeras gigantes de chocolate con distintos rellenos, a cuál más rico. Hay restaurantes que sirven el pescado más delicioso del mundo, y otros en los que las parrilladas son tan míticas que, al acabar, te ofrecen bicarbonato para aligerar el estómago.

Mi ciudad es la mejor ciudad del mundo por muchas cosas, pero la comida es, sin duda, una de sus mejores virtudes.

Y después de esta oda a la comida del sur, te puedo contar que pedimos un montón de postres, batidos de chocolate y hasta Donettes. Nos ponemos como verdaderos cerditos, sobre todo Manu y yo, que en estos sitios comemos como si fuesen a quitarnos los platos de un momento a otro.

Cuando acabamos, compro una bandeja entera de pasteles para esta noche, salimos y vamos hacia el parking para coger los coches e ir al pueblo. Yo ya estoy pensando en la sal de frutas que tomaré al llegar. No puedo permitirme afrontar la gran cena de esta noche con sensación de pesadez. Manu dice que

lo mejor para aligerar nuestros estómagos es tomar una copita de anís, que para eso estamos en Navidad y esta noche es Nochebuena. Yo creo que es una gran idea, pero Lorenzo tira de mi mano para que vaya con él a su garaje y me hace prometer que no empezaré con el anís, ni el Marie Brizard, ni nada que esté dulce y lleve alcohol hasta, mínimo, las seis de la tarde.

—Bueno, pero luego no te quejes cuando la botella de Anís del Mono no suene igual a la hora de cantar villancicos, porque todo el mundo sabe que suena muchísimo mejor cuando ya le falta un poquito.

—Puedes tocar la pandereta en vez de aporrear una botella. ¿No te parece?

—Puedo —admito—. O puedo darle la pandereta a Sara, porque darle la botella a ella estaría feísimo. A lo mejor hasta es delito. —Frunzo el ceño y lo miro a conciencia—. Espera, ¿lo sería?

—¿Darle a una niña de tres años una botella de anís y una cuchara? —Asiento y él hace una mueca con la boca y se encoge de hombros—. *Nah*. ¿Quién podría decir que eso es delito?

Entorno los ojos y giro la cara para mirarlo a conciencia.

—Estás siendo sarcástico, ¿a que sí?

—Pues claro, Lola, ¡joder! No puedes darle a la niña la botella de anís ni para que toque música ni para nada.

—Ya, lo que yo decía entonces, que tengo que tocarla yo.

Él suspira exasperado, coge mi mano otra vez y me arrastra por los callejones del centro hasta llegar al parking en el que tiene el coche. Intento no reírme, pero es que se pone tan mono cuando se desespera...

El camino hasta el pueblo lo hacemos cantando villancicos.

Bueno, vale, yo lo hago cantando villancicos y él frunciendo el ceño tanto que, de seguir así, cuando lleguemos al pueblo va a tener la frente donde la barbilla y viceversa. Se lo digo y se ríe, porque en el fondo piensa que soy adorable, o eso espero.

—Oye, acabo de caer en que no llevas tu plato.

—Se lo he encargado a Antonio. Él tiene un restaurante y yo no tenía

tiempo de cocinar.

—Ya, estabas muy ocupado haciendo guarrerías conmigo.

Se ríe, posa una mano en mi muslo y lo acaricia en dirección ascendente, hasta llegar a mi ingle y hacerme contener la respiración.

—No me negarás que ha sido un plan perfecto.

—No podría ni aunque quisiera.

—Esta noche tenemos que escaparnos un rato, aunque sea a la playa.

Sus palabras me sorprenden, porque he notado perfectamente el tono sexual, y Lorenzo no es de hacer locuras en la playa, o eso pensaba yo.

—¿Pretendes que nos portemos mal?

—Oh, sí.

—Y ¿tiene que ser en la playa? Porque con el frío yo no sé tú, pero yo igual te rayo el torso con los pezones. —Él suelta una carcajada y yo me vengo arriba—. Y tú a lo mejor no consigues que el caracol salga de su casa, ya sabes...

Esta vez la carcajada es estruendosa; palmea mi muslo para que deje de decir chorradas y, cuando se calma, me promete que pasaremos de la playa, pero encontraremos el modo de estar a solas. Yo le hablo del garaje de mi abuela y noto cómo su excitación crece a medida que le cuento que está lleno de trastos, pero se está calentito y hay un espejo viejo de cuerpo entero en el que se nos vería reflejados mientras...

Él me para en este punto y me pide que me guarde esa fantasía para esta noche, porque no quiere llegar a casa de mi abuela con la erección del siglo. Yo me río entre dientes, pero, cuando miro su entrepierna, me doy cuenta de que tiene razón y necesita calmarse.

Sonrío pagada de mí misma, porque puede que no sepa cómo dominar mis sentimientos, pero está claro que sé cómo dominar el morbo entre nosotros.

Mi abuela Carmen nos espera con los brazos abiertos y un montón de trabajo. Nos pasamos la mañana colocando mesas, sillas, sirviendo comida en

bandejas y preparando las habitaciones con colchones hinchables para poder apañarnos y dormir todos juntos. El padre de Lorenzo, su hermano y Alba dicen que mejor ellos se van a dormir a su casa, que estarán más cómodos y mañana vendrán igualmente a primera hora, así que la repartición es mucho más fácil. Lorenzo dormirá en mi antigua habitación con Manu y Dani. Edu y Alexia, junto a Sara, dormirán en el cuarto de mi hermano, y yo dormiré con mi abuela, que es algo que me gusta porque me recuerda a mi niñez, y más en Navidad, pero también es algo que me obliga a ser astuta.

Tengo que conseguir encontrar un hueco en mitad de la cena para arrastrar a Lorenzo hasta el garaje y, no sé si es por la excitación de pensar en lo que haremos, o por el reto que supone conseguir que nos escabullamos, pero siento que tengo adrenalina como para parar un tren.

Lo miro interactuar con Sara, que se ríe mientras él intenta hacer algunos gestos con las manos, bajo las indicaciones de Alexia, que sonrío complacida de que siga tratando de aprender la lengua de signos para poder comunicarse con Sara.

Todavía puedo ver la sorpresa en su cara cada vez que se da cuenta de hasta qué punto pretendemos ayudar a la niña. Creo que es la primera Navidad que no se siente sola y no sé qué pensará, pero sé que mi hermano nunca ha parecido tan feliz como hoy. Ni mi abuela, al verlo. Ni yo, al verlos a los dos sonreír.

Claro que, en mi caso, se suma ver a Dani y a Manu bailar un villancico lento en el salón, que Alba hable con su padre y se ría, como si fuese una adolescente normal, que el padre de Lorenzo beba una copa de vino y palmeo el sofá con elegancia al ritmo del villancico o que Lorenzo aproveche cada ocasión para mirarme y sonreírme, como si yo fuese la persona que más le importa de esta casa.

Sí, definitivamente, lo que a mí me hincha el corazón es tener a las personas más importantes de mi vida concentradas en un espacio reducido y pensar que da igual cómo me sienta con respecto a Lorenzo y el miedo que

esté empezando a sentir. No importa que el coro de monos siga cantando, cada vez con más fuerza, porque, pase lo que pase, salga indemne de esto o me haga el corazón trizas por el camino, tengo la seguridad de contar con personas que me sostendrán y me ayudarán para que todo vaya mejor.

Tengo lo que Lorenzo no tuvo durante mucho tiempo, y me doy cuenta de que, por más que lo intente, no podré llegar a imaginar nunca la desesperación que sintió al lado de Alison.

Qué suerte que ya esté aquí. Qué bueno que consiguiera rehacerse y qué bien que tengamos un contrato, ¿verdad?

## Lorenzo

—¿De verdad te vas a quedar a dormir aquí? Estarías más cómodo en casa.

Miro a mi hermano Antonio y me doy cuenta de que tiene razón. Estaría mucho más cómodo en su casa, pero Lola no estaría allí, y yo esta noche quiero estar donde esté ella.

Me debe una excursión al garaje de su abuela y, además, quiero estar aquí mañana para verla despertarse el día de Navidad, aunque parezca una tontería. Lola es una mujer que amanece con la energía a tope. A mí me recuerda siempre a esos muñecos virtuales, los Sims. Los acostabas en la cama y veías la barrita cargarse hasta ponerse verde. Al despertar, era como si fueran hiperactivos. Pues así despierta Lola, como si le hubiesen cargado a tope las energías y estuviera lista para comerse el mundo, por lo que imagino que en Navidad es mucho peor, o mejor, según se mire, porque, para mí, amanecer rodeado de la alegría que emana es una de las mejores cosas de la vida.

A su lado será difícil pensar en Alison y en cómo estará. No porque sienta algo por ella, sino porque, me guste o no, compartimos muchos años juntos. Malos, sí, pero fue parte de mi vida y, pese a todo lo que me hizo, deseo que encuentre el camino y la paz que tanto necesita en el centro donde está internada.

—¿Lorenzo?

Miro a mi hermano, que sigue esperando una respuesta, y asiento.

—Sí, estoy seguro. Me parecería feo rechazar la invitación a estas alturas.

—Ya..., es por la invitación.

—Ajá.

—No es porque quieras estar con Lola.

—Yo dormiré con Manu y Dani, así que no sé de qué hablas.

Antonio sabe que he mantenido sexo con Lola, pero también sabe, o debería, a estas alturas, que es algo amistoso. Y digo que debería saberlo porque él se empeña en decir que no parecemos sólo amigos, sino una pareja. No estoy de acuerdo con él y, como no me gustan las discusiones, intento evitar el tema por todos los medios y, cuando sale, cortarlo cuanto antes.

—¿Santa no va a traerte un poco de sexo por Navidad? —pregunta son sorna.

Por un momento estoy tentado de justificarme, pero sólo me dura un momento, porque luego recuerdo que él es quien más tiene que callar.

—¿Y tú? ¿Estarás fresco mañana para abrir los regalos junto a tu hija, o te interesa más que su madre se pase la noche en tu cama?

—África no vendrá a casa.

—Ah, ¿no? ¿Irás tú a la suya?

—Tampoco. Se ha acabado. —Elevo las cejas y sonrío con incredulidad, pero él cuadra la mandíbula y asiente—. Se acuesta con otro. Y ¿sabes lo más patético? Me lo contó Alba anoche.

—Vaya... Lo siento.

—Yo no. Ayer por la tarde estuve hablando con Alba. —Su sonrisa es sincera y, por primera vez en mucho tiempo, llega a sus ojos—. Me explicó que lleva tiempo sabiéndolo, pero no quería hacerme daño. No me reprochó nada, a pesar de tener motivos, y quizá por eso me hizo ver que mi hija no debería tener que medir la cantidad de noticias que me da para no dañarme. Soy yo quien debe velar por sus sentimientos, no al revés. Le prometí romper con África y lo hice anoche, sin esperar y sin darme tiempo a pensar en nada más que en mi hija y en mí. Esta vez es en serio, Lorenzo, cuando volví a



casa, Alba me esperaba para cenar pizza. Era tardísimo, pero no me importó. Cenamos, vimos una peli, reímos y sentí que tenía a mi niñita de nuevo.

Parece contento de verdad. Puedo ver que esta vez sí que está convencido de sus palabras y entiendo, de pronto, el buen rollo que impera hoy entre ellos. Es cierto que han estado de buenas, pero pensé que habían llegado a una tregua por Navidad. Esto, desde luego, es mucho mejor. Me alegro de corazón por él y deseo que sus ideas no cambien en cuanto sienta la necesidad de tener a África a su lado. No lo digo porque ella me parezca mala persona. Es una mujer consentida y mimada, pero en el fondo sé que no es mala. Simplemente creo que, cuando están juntos, se vuelven tan egoístas que olvidan a su hija, y eso no es admisible de ninguna de las maneras. Ojalá por fin se den cuenta.

—Me alegro. Estoy orgulloso de ti.

—Y yo de ti —dice él sonriendo—. Lo estaré más cuando tengas los huevos de hacer que Lolita sea tu novia, pero vaya, aun así, estoy orgulloso.

Bufo y entro en casa, porque no voy a tener esta discusión. Ya he dicho que soy experto en retirarme antes de que la cosa se ponga fea para mí.

Busco a Lola con la mirada y la encuentro jugando con Manu a tirar cacahuetes al aire y cogerlos con la boca. Me da pánico ese juego, maldita sea. Siempre pienso qué pasaría si se le fuese uno directamente a la garganta, pero la única vez que le pedí que dejara de hacerlo me miró con sus preciosos ojos y me recordó, con mucho tacto y dulzura, que ella hace lo que le da la gana. Más tarde, en pleno acto sexual, me confesó que mi preocupación le resultaba dulce, pero no podía demostrarlo delante de los chicos o la tomarían por el pito del sereno.

Hemos recopilado tantas escenas en estos meses... Y, sin embargo, ninguna me parece tan especial como las que vivimos ayer, cuando yo confié en ella y vi la forma en que se ponía de mi lado mucho antes de que acabase la historia. También vi la furia en su mirada por todo lo que viví, pero, cuando intenté aplacarla a base de besos, me lo prohibió. Suspiro y pienso en

la rabia que me da no poder besarla a placer en cualquier momento. Ahora mismo, por ejemplo, iría hasta ella y la besaría hasta que olvidara ese estúpido juego; hasta que olvidara, incluso, el número de personas que hay en este salón.

No lo hago, porque sé que me haría la cobra o, peor, me lo permitiría y más tarde me echaría la bronca del siglo. No quiero saltarme las normas que son importantes para ella, pero necesito que comprenda que besarnos a todas horas no hará que nos enamoremos. Sólo servirá para que los dos nos encontremos mejor con nosotros mismos y con el otro.

Estoy convencido de que mis días serían más bonitos si pudiera llevarme un beso suyo antes de ir a trabajar, o al llegar, o en medio de un capítulo de «The Big Bang Theory», cuando Sheldon me exasperase con esa actitud suya. Giraría la cara, la besaría y me olvidaría de que tenemos la tele encendida.

Pero no, esa cláusula sigue vigente y, por más que me cueste, entiendo sus motivos, así que la respeto y espero que algún día sienta la suficiente confianza en mí, y en sí misma, como para eliminarla.

Quizá ése sea el día en que también la convenza para que duerma conmigo...

La cena en casa de Carmen es un auténtico caos. Manu no deja de cantar a gritos, Lola lo sigue alguna que otra vez, todos hablan sin parar, incluso Edu, que hoy está especialmente habilidoso para llevar varios hilos al mismo tiempo. Juro que no tengo ni idea de cómo demonios consigue hacerlo, pero, cuando veo la adoración con que Sara y Alexia lo miran, no me extraña, porque casi parece un superhéroe. Se las ingenia, sin oír, para manejar a su familia sin ningún problema.

Alba está siendo un ejemplo de adolescente; sonriente y educada como pocas veces la he visto en los últimos tiempos. Mi hermano casi no cabe en la silla de orgullo y mi padre, lo mismo. Carmen nos controla a todos con una

sonrisa en los labios, y yo estoy aquí, mirando a Lola y pensando que ojalá la cena acabe pronto para poder perdernos un ratito.

Por desgracia, mi deseo no se cumple tan rápido como deseo. Eso sí, pasada la medianoche, mientras todos toman una copa, Lola tira de mi mano con disimulo y me hace seguirla hacia el patio. Intento coger mi abrigo, pero ella niega con la cabeza, supongo que no quiere levantar sospechas, así que salimos y, en cuanto sentimos el frío, veo a Lola encogerse un poco. Sonríe, hace tintinear las llaves del garaje y echa a correr. Yo me río entre dientes y la sigo, sintiendo los primeros indicios de excitación recorrerme el cuerpo; notando el picor de las manos que me dice que, o la toco en cuestión de segundos, o arderé de anhelo.

El garaje está lleno de trastos, era cierto lo que decía Lola, como también lo era que aquí dentro no hace frío. No tanto como cabría esperar. En cuanto la puerta se cierra, tiro de su mano y la pego a mi pecho.

—Esa boca.

La beso y ella se ríe sobre mis labios, provocándome un burbujeo que termina de ponerme a tono.

—Ansioso —gime cuando muerdo su labio inferior y meto las manos bajo su vestido.

—Por ti, siempre.

Ella suspira y yo siento la adrenalina correr. Tenemos poco tiempo y, aun así, es probable que tengamos que soportar risitas varias cuando volvamos, pero ahora mismo lo único que me importa es tocarla, sentirla cerca, que su aliento se vuelva tan caliente como para ser capaz de empañar los cristales de este garaje. ¿Qué digo? De toda la casa. No, no, quiero que su aliento empañe los cristales del maldito pueblo cuando su pulso se acelere y su orgasmo esté próximo gracias a mí.

—Para un poco —susurra cuando intento subirle el vestido, pero tironea de mi cinturón con fuerza, así que no pillo bien el mensaje—. A la esquina, colega, vamos a la esquina.

Frunzo el ceño de primeras, porque no la entiendo, pero cuando me señala una esquina en la que hay un espejo de cuerpo entero me río, porque ya no recordaba su fantasía de hacerlo mientras nos miramos reflejados.

—Acepto el reto —digo antes de dejarme arrastrar por sus manos y su risa.

Pensé que nos quedaríamos de pie, pero me empuja y me sienta en una mesa de dudosa resistencia. No me importa, nada me importa porque ella está desabrochando la cremallera de su escote y, en cuanto veo su sujetador, todo lo que quiero es poner la boca en cada parcela de piel que va descubriendo.

Abro las piernas y Lola se cuela entre ellas, se arquea para darme acceso a sus pechos y entierra las manos en mi pelo, guiándome en cada movimiento. Joder, cómo me gusta que lleve el ritmo. Mis manos se posan en sus costados y pienso, por un momento, que no voy a tener bastante de esto nunca. No voy a poder hartarme de Lola ni aunque quiera, pero no es algo que deba pensar ahora. Bajo las manos, acaricio sus muslos y vuelvo a subirlas, esta vez por dentro del vestido. Encuentro sus braguitas y las bajo de un tirón.

—Esto será rápido —susurro separándome de ella, enterrando los dedos de una mano entre sus piernas y pasando la otra por detrás de su cuello para acercarla a mi boca y poder besarla— pero repetiremos y haré que valga la pena, princesa.

—Así ya vale la pena —susurra ella sacando mi erección y acariciándola, haciéndome gemir con fuerza—. Y no me llames «princesa», maldita sea. No lo soy. ¡Soy una guerrera!

Me río, porque sé eso de sobra, pero hay algo extremadamente placentero en que ella odie el apelativo. Cuanto más la repele, más me atrae a mí. Mi princesa, mi jodida guerrera con corazón de oro...

—Preservativo —jadeo alzando un poco una pierna para llegar a mi bolsillo trasero.

Lo saco, se lo doy y dejo que me lo ponga con impaciencia; la suya y la mía, porque no estamos para más preliminares. Necesitamos correr y

corrernos con urgencia, no sólo por el poco tiempo del que disponemos, sino también porque anoche no hicimos nada y, al menos a mí, las horas me pesan. Me pesan más de lo que debería, pero es algo que tampoco voy a pensar ahora.

—Dios, sí —gime ella cuando se sube sobre mí y se deja caer sobre mi erección, enterrándose en ella, eligiendo el ritmo, encargándose de llevarnos a ambos a la locura.

—Mírame, Lola. —Ella lo hace y sonrío—. Feliz Navidad, nena.

—Feliz Navidad, colega —dice sonriendo con dulzura, parando el ritmo un poco, lo justo para besarme y que no tengamos que separar nuestros labios, pese a sus movimientos.

Y lo hacemos; besarnos, movernos, corrernos, sonreírnos y sentirnos invencibles. Al menos yo, que siempre me siento como un superhéroe de esos que tanto le gustan a Lola cuando llego al orgasmo con ella. Como si nada fuese capaz de pararme y pudiera con cualquier cosa en este mismo momento. Lola sonrío, me besa una vez más, lo que es raro en ella, porque normalmente, después del orgasmo, no se acerca a mi boca. No cuestiono mi suerte, la beso y me recreo en sus labios calmados y en la forma que tiene su respiración de ralentizarse poco a poco. Acaricio sus mejillas y, en menos de un minuto, se separa de mí, se levanta de mi cuerpo y mira al espejo, sonriendo y guiñándome un ojo cuando nuestras miradas se encuentran en nuestro reflejo.

—Tendremos que dejar la fantasía para otro día, porque yo no he visto nada.

—Yo tampoco —admito—. Verte sólo a ti es mucho mejor que vernos a los dos.

Lola vuelve a sonreír, yo me muerdo el labio y pienso en las ganas que tengo de besarla, pero ya me ha dado más que otras veces, así que me levanto, beso su nariz, como cada vez que siento el impulso de bajar a su boca, y palmeo su trasero con cariño.

—Tenemos que darnos prisa —susurro con voz ronca—. No queremos perdernos ni un villancico, ¿verdad?

—Verdad. ¿Cantarás conmigo?

—¿Eso quieres? ¿Que cante contigo por Navidad? —Ella asiente con la ilusión pintada en los ojos y yo me maravillo con su capacidad para disfrutar de cosas tan simples como cantar un villancico—. Está bien, pero sólo uno.

Ella me abraza, como si le hubiese hecho un gran regalo, y yo pienso en lo bueno que es ser capaz de olvidarme de mi rigidez natural para ciertas cosas. Mi sentido del ridículo es altísimo, y estoy seguro de que no voy a pasarlo bien cantando, pero ella trae tanta luz a mi vida sin ser consciente que lo mínimo que puedo hacer a cambio es pasar vergüenza un par de minutos antes de llenarme una copa de algo fuerte y empezar a fantasear con nuestro próximo momento a solas.

Al final, no es sólo un villancico, sino tres. Manu me exige un baile y luego Dani se pone celoso y quiere otro. Edu es el único que no dice nada, porque está perdido en los brazos de Alexia mientras ambos bailan, dejando fuera al resto del salón, así que no me extraña. Veo a Lola bailar con mi padre y siento que algo aprieta mi pecho; una sensación agradable que pasea por mis extremidades y me hace sonreír de manera un poco boba. Lo sé porque mi hermano me ha dado un empujón y me ha susurrado que debería ver la cara de panoli que tengo.

Carraspeo, vuelvo a echar un vistazo y me muevo para ir hacia mi próxima pareja de baile. Estiro la mano y, cuando me mira, sonrío.

—¿Puedo bailar con la mujer más guapa de este salón?

Carmen se ríe y se levanta con esfuerzo del sillón en el que se ha sentado hace un rato, cansada y con un té entre las manos. Ya se mueve con más lentitud, pero, teniendo en cuenta su edad y que no ha parado en todo el día, no me extraña. La llevo hacia el centro y empujo sin muchos miramientos a

Manu y a Dani, que estaban jugando a ver quién salta más alto. Es un juego que consiste en saltar. Ya está.

Sí, tienen cerca de treinta años los dos.

—Eres un gran chico, Lorenzo —dice Carmen cuando empezamos a movernos.

Sonrío, encantado con su apreciación, y niego con la cabeza con toda la humildad que soy capaz de sentir cuando una mujer a la que admiro tanto me alaba.

—Soy un hombre normal. Tengo muchos defectos —susurro.

—Como todos, hijo, como todos. Nadie es perfecto, pero, de entre todas las personas imperfectas que conozco, tú eres de los mejores. —Sonríe y se aferra a mis hombros con más fuerza—. Me gusta saber que, cuando me vaya, mis nietos van a estar tan bien rodeados; que tendrán gente que los quiera de la forma en que los chicos, Alexia, Sara, tu familia y tú queréis a Edu y a Lola.

—No vale hablar de marcharse, ¿eh? Mira que llamo a Lola y te pone firme en un momento.

Ella se ríe y palmea mi mejilla con dulzura pero con firmeza.

—Sólo digo que estoy contenta, nada más.

—Me alegro, Carmen.

—Y el día que la muerte llegue... —La miro mal y se ríe—. Era broma, esta vez era broma.

Me río entre dientes y niego con la cabeza, moviéndola un poco hacia la ventana para tener más intimidad.

—Ahora veo de dónde ha sacado Lola su sentido del humor.

—Ay, mi niña tiene más que yo. —Suspira y la mira sonriendo. Puedo ver el amor infinito que siente por ella sin necesidad de fijarme demasiado, porque rebosa por cada poro de su arrugada piel—. Ella, junto a su hermano, son lo más especial que tengo en la vida. Mi Lola es una niña de diez, ¿a que sí?

—Desde luego —admito con sinceridad.

—Quiero que me prometas que, cuando me vaya, vas a cuidar muy bien de ella, Lorenzo. No dejes que se regodee mucho en el dolor, ¿vale? Ella es de esas personas que lo sienten todo con intensidad, y no quiero que se pase los días llorando por algo que ya no tendrá remedio.

Siento una oleada de rechazo por todas sus palabras y niego con la cabeza.

—No tengo que prometer eso, porque no vas a irte pronto, Carmen. No hables así. Vas a vivir muchos años todavía, ¿verdad? —Lo pregunto con temor a que me confirme que sufre algún tipo de enfermedad, pero ella sonrío con sinceridad y asiente. Yo suspiro aliviado y sigo negando con la cabeza—. Además, Lola no necesita que nadie la cuide. Ella sabe bien cómo cuidarse sola, créeme. Es fuerte, sabría salvarse a sí misma de cada problema que tuviera en la vida e impediría a los demás que la ayudaran, estoy seguro. —Carmen me mira con dulzura y hace una mueca de tristeza con los labios—. ¿Qué ocurre?

—Nada. Sólo... pensé que ya conocías a mi nieta.

—La conozco.

—Si la conocieras, sabrías que Lola puede salvarse de todo, menos de sí misma. Es capaz de enfrentar cualquier problema, por duro que parezca, y hacerlo de maravilla. Mi niña Lola es capaz de matar cada monstruo que intente hacerle daño, pero no tiene ni idea de cómo manejar sus propios sentimientos, y sólo espero que tenga a alguien al lado que pueda ayudarla con eso, si se da el caso. —Sonríe y traga saliva—. Por suerte, no tengo pensado morirme, porque, según veo, tú estás igual que ella, ¿no?

No contesto. No sé qué decir, y Carmen debe de darse cuenta, porque tira de mi hombro para que me agache y pueda besarme las dos mejillas, con el cariño y la dulzura que sólo las abuelas ponen en esos besos tan de verdad.

Cuando se aleja de mí, miro a Lola, que está sirviéndose una copa. Ella alza la mirada y se encuentra con la mía, me guiña un ojo y yo siento que algo tiembla dentro de mí.



Y lo niego, pensando que, a veces, los temblores son pasajeros y no siempre significa que detrás vaya a venir un terremoto de alta categoría. Me convengo de eso y, sólo cuando lo logro, me reincorporo al grupo para seguir disfrutando de la noche.

—Que bien que estamos aquí las dos, *abu*, ¿verdad que sí? —Mi abuela sonrío y asiente—. Como cuando era pequeña y me contabas cuentos de Navidad antes de dormirme.

Estamos en la cama tumbadas, tapadas hasta la barbilla y sintiendo el peso de las mantas, porque mi abuela es de esas personas que odian los nórdicos. A ella le gusta sentir que está abrigada y, además, recogida bajo todo este peso. Y a mí también me encanta, la verdad, pero me compré una funda nórdica al mudarme porque creo que no sería lo mismo dormir con mantas antiguas sin ella al lado. Es algo que guardo para ocasiones especiales y, así, lo disfruto más.

—Duérmete, mi niña.

—*Abu*, es que estoy nerviosa porque mañana viene Papá Noel. —Ella se ríe y yo frunzo el ceño—. ¿Qué?

—Nada, cariño, me gusta mucho que todavía te haga tanta ilusión pasar la Nochebuena aquí.

—Siempre me hará ilusión. ¿Me has comprado algo bonito? Seguro que sí, tú nunca fallas. Bueno, menos el año que me compraste un jarrón de cerámica.

—No lo compré, lo hice yo y fue porque suspendiste varias asignaturas.

—¿Hiciste aquel jarrón tan feo, *abu*? —Ella asiente, encontrando mi sinceridad la mar de divertida, y yo me pego más a su cuerpo enjuto, arrugadito y caliente—. Pues, ¿sabes qué? Que acaba de convertirse en mi jarrón favorito.

—Eres tan adorable, mi niña...

Mi abuela es la mejor abuela, madre y mujer del mundo. Puede que pienses que no, que la tuya es mejor, pero hazme caso, que sé lo que me digo. No hay nadie como la *abu* Carmen.

—Tú sí que eres adorable.

—Oye, ¿y Lorenzo? ¿Qué pasa con él?

Me tenso un poco, porque mi abuela es muy abierta, pero no sé cómo podría sentarle que le dijera que sólo tenemos una relación de amistad y sexo. Sobre todo porque ella me conoce mejor que nadie y puede que me cueste un mundo ocultarle que lo que empezó como algo amistoso y carente de sentimientos, más allá del cariño, se ha ido torciendo de manera peligrosa para mí. Además, tengo la esperanza de que sea cosa de la Navidad, que me vuelve aún más intensa.

Quizá, cuando estos días pasen, volveré a ser la mujer despreocupada que era el primer día que nos acostamos.

Tal vez, si me lo propongo, el coro de monos se vaya y vuelva cuando puedan cantar por el hombre adecuado.

Y, si todo falla, puedo tratar de encontrar algún remedio con suficientes estrellas en Amazon o AliExpress. No seré yo la única con ese problema, ¿no?

—Es mi amigo, ¿por?

—No es sólo tu amigo, niña, a mí no me engañes.

—Ay, *abu*, es que es demasiado complicado todo.

—Cuando fui la primera vez a clases para aprender la lengua de signos volví a casa pensando que era demasiado complicado. Abrí la puerta y me encontré con tu hermano mirándome con sus grandes y dulces ojos. Y ¿sabes qué, Lolita? Decidí que eliminaría la palabra *complicado* de mi vida. Iba a ser demasiado emocionante, demasiado intenso y demasiado gratificante, pero no sería demasiado complicado, ya me encargaría yo de eso.

Sonrío y beso su hombro. ¿Ves cómo es genial?

—Yo no soy como tú; yo no tengo tu fuerza.

—Tú tienes la fuerza que necesites tener, cariño, ni más, ni menos. Nadie sabe cuán fuerte es hasta que le toca sacar pecho y afrontar los problemas mirándolos a la cara y no esquivándolos.

—Abu...

—No he criado a unos cobardes. Me esforcé mucho para asegurarme de que ni tú ni tu hermano lo fuerais, así que no me decepciones. Buenas noches, mi niña.

Apaga la luz de su mesilla de noche, cierra los ojos y yo me quedo aquí, con la sensación de haber recibido, una vez más, una lección imprescindible para el resto de mi vida.

No puedo tener miedo. ¿Que los monos quieren cantar? Pues que canten, que el canto alegra la vida. Desde hoy voy a ser valiente, mi abuela Carmen confía en que lo sea y no puedo decepcionarla. Si para eso tengo que admitir que las cosas han cambiado para mí, lo haré.

Además, de los cobardes nunca se ha escrito nada, que lo dice mi abuela a menudo, y yo quiero que un día escriban sobre mí. Dirán que un día, en el sur de España, existió una mujer que se enfrentó a sus propios sentimientos con la fuerza de una gladiadora. No, no, como una gladiadora, no, borra eso. Hablarán de una mujer con la fuerza de una *khaleesi*.

Jo, qué guay voy a ser en el futuro, cuando ya no exista.

La mañana de Navidad es caótica. Manu se ha levantado hiperactivo, más de lo normal, quiero decir, y no deja de gritar que es hora de abrir los regalos. Yo me levanto dando tumbos y lo primero que me encuentro es a Lorenzo en el pasillo, esperando para entrar en el baño.

—Hola, colega —digo con la boca pastosa.

—Princesa —dice él con seriedad y la voz ronca.

Me río, porque el contraste entre su actitud sosegada, fría y recta, incluso recién levantado, y ese apelativo tan cariñoso es llamativo.

—¿Estás nervioso?

—¿Debería estarlo?

—Hombre, Papá Noel ha pasado por casa y, si has sido un chico malo, igual no te ha dejado muchas cosas. ¿Has sido un chico malo, Lorenzo?

Él sonrío de medio lado, mira a ambos lados del pasillo y, cuando se cerciora de que no nos ve nadie, me pega a la pared y se aprieta contra mí.

—No lo sé, ¿lo he sido?

—Lo de anoche en el garaje no fue una acción de buen chico, eso seguro.

—Mmmm, cierto, pero tú tampoco fuiste una buena chica, entonces.

—No, yo lo tengo asumido, pero Santa me tiene cariño y siempre acaba cayendo algo.

Lorenzo se ríe, se agacha para besarme y, cuando le hago la cobra, hace una mueca.

—La puta cláusula. Perdón.

—Vaya, una palabrota sin que estés excitado. Debe de enfadarte mucho — digo con recochineo. Él me mira mal, pero yo sigo—: Más de tres meses y no te entra, ¿eh?

—Todavía no tengo las neuronas despiertas, Lolita. Me guío por instintos.

Me río, siento su erección pegada al estómago y me pinzo el labio porque, si hubiese justicia divina, yo empezaría la mañana disfrutando de su cuerpo en una sesión de sexo en la ducha. Sería mi primer regalo de Papá Noel.

Como eso no va a pasar, porque la familia entera está armando jaleo y no queremos traumatizar a nadie, lo aparto de mí, después de besar su hombro, y me dirijo al salón.

Cinco minutos después, cuando el padre, el hermano y la sobrina de Lorenzo llegan, todos abrimos los regalos. A Dani le encantan los calzoncillos y los calcetines a juego de «The Walking Dead». Llevar zombis junto a los huevos es algo que debe de subir mucho la moral, porque me lo ha agradecido un montón.

Y, hablando de huevos, Manu está encantado con el rascador de testículos

plateado que le he comprado por Amazon. No te rías, que existe: tiene ciento veintitrés comentarios y cuatro estrellas, así que debe de ser la repera. Él ha querido probarlo en público, pero mi abuela ha amenazado con echarlo de casa.

A Edu le he comprado unas esposas. A ver, la idea era hacer la gracietta de que ya está esposado de por vida, pero cuando he visto la mirada pervertida que le ha echado a Alexia y cómo a ella se le han subido los colores, he pensado que debería haberme cortado, porque ahora tengo un trauma más que sumar a la lista.

Cojo la caja de Lorenzo, que lleva evitándola toda la mañana, no sé por qué, y, cuando se la doy, me mira con precaución.

—Prométeme que no será algo ridículo.

—No será algo ridículo.

—Mentira. —Me río y chasquea la lengua—. Lola...

—Te va a gustar, ya verás.

Él abre la caja que contiene el pijama de rayas rojas y blancas, junto al gorrito, y me mira mal, pero no tan mal como cuando descubre otra caja dentro y empieza a temerse lo peor. En un principio pensé en meter un vibrador nuevo que he comprado, pero luego, por fortuna, me di cuenta de que sería algo muy raro que sacase eso frente a toda mi familia, así que me limité a meter un paquetito de tarjetas que hice a mano. Hay cuatro en total: una en la que he escrito «Pide un deseo», otra válida para un masaje donde y cuando él prefiera y otra que le permite besarme cuando desee, una sola vez, saltándose la cláusula. Su sonrisa me indica que el regalo le ha gustado y, cuando me mira con tanto cariño, el coro de monos vuelve y, además, se han traído a un par de jirafas, un elefante y creo que, incluso, a Timón y a Pumba, de *El Rey León*. Dentro de este corazoncito mío ahora mismo no cabe ni un alfiler.

—Me encanta —susurra.

—Te falta una.

Él vuelve a mirar la caja y descubre que, en efecto, le falta una tarjeta en la que le prometo que, en casa, le daré un regalo más; el que más va a gustarle de todos. Lorenzo se muerde el labio y mi deseo se dispara en menos de lo que dura un pestañeo.

«Dios, qué ganas tengo de salir de aquí...»

Por suerte, consigo aguantarme las ganas de saltar sobre él y me concentro en abrir todos mis regalos. Los chicos me han comprado unos auriculares nuevos, que falta me hacían, unas mallas para correr con un estampado de «Juego de tronos» que usaré para estar en casa o comprar el pan, porque ya hemos quedado en que yo no corro, a no ser que me persigan, y un libro de curiosidades que me encanta. Estos chicos siempre aciertan, oye.

Mi abuela me ha regalado un jersey enorme de esos que tanto me gustan con un estampado navideño que me voy a estar poniendo hasta marzo, que me conozco. También me ha comprado un lapicero con forma de piña y no he podido evitar emocionarme y pensar en el pequeño colgante que llevo sujeto con un imperdible al sujetador. Pienso, para bien, que da igual lo que pase en un futuro, porque Edu, ella y yo siempre seremos una piña. Bueno, supongo que ahora Alexia y Sara entran también en el lote, claro. La pequeña está feliz con su muñeca, su carro de muñeca y su cuna de muñeca. Le encantan las muñecas, por si no lo sabías.

Los dos Antonios me han regalado un pijama enterizo con forma de oso que me ha hecho gritar de ilusión y que pienso ponerme hoy mismo, un colgante, unos pendientes y un reloj. ¡Estas Navidades estoy triunfando!

—Y aún faltan los Reyes Magos, que éstos son los caros.

—¿Quieres hacer el favor de disfrutar de esto? Eres una agonías —me dice Manu.

Y es verdad, lo soy, no me voy a poner digna y negarlo porque sería absurdo y se reirían de mí.

Nos pasamos el día comiendo las sobras de anoche, que es una tradición que tenemos en esta casa y en la gran mayoría de las casas españolas, diría

yo. El hermano de Lorenzo se va pronto, porque tiene que estar hoy en el restaurante, y nosotros no volvemos a la ciudad hasta las siete de la tarde.

—Vente a casa —dice Lorenzo cuando salimos.

—He quedado con los chicos para ver una peli navideña. ¿Por qué no te vienes?

—¿Plan amigos? Hoy prefería el otro...

Sé a lo que se refiere. Si se viene a nuestro piso en plan amigos, no habrá sexo, porque además nunca lo hemos hecho allí. Me da un poco de corte que puedan oírnos, y está el tema de que tendría que dormir en el sofá, pero hoy es Navidad y estoy empezando a ser muy pasota, así que sonrío y me pongo de puntillas para poder susurrar en su oído:

—Plan amigos para la peli, y luego podemos encerrarnos en el cuarto y así te doy tu último regalo.

Sé que lo he convencido antes de dar un paso atrás para ver su cara. Su sonrisa sólo me lo confirma, así que beso su torso y me subo en su coche pensando que, este año, las Navidades están siendo aún más especiales de lo que yo esperaba.

La película que hemos elegido es un truño. Lo saben los chicos, lo sé yo y lo sabe Lorenzo, que se ha dormido dos veces ya.

—Es que siempre te pasa igual, jolín —me quejo cuando lo despierto, ya en los créditos.

—Es que eliges películas que no me gustan.

—Ésta la ha elegido Manu.

—Manu es un clon tuyo.

—¡Ya querría ella tener mis tetas! —exclama Manu.

Yo me río y él se viene arriba y se masajea el torso entero poniéndole caras viciosas a Lorenzo. Él intenta no reírse, para no darle coba, pero no le sale y, al final, es Edu el que tiene que cortar la situación, porque Dani se ha quedado frito también.



—Bueno, mejor nos vamos a la cama.

—Ah, ¿que os quedáis? —pregunta Manu.

—Sí, ¿algún problema?

—Ninguno —contesta mi amigo—. ¿Tú tienes problemas, Edu?

Mi hermano no debería decir que tiene problemas, teniendo en cuenta que Alexia duerme aquí a menudo. De hecho, hoy no se ha quedado porque Sara estaba agotada y prefería darle un poco de calma. Edu las ha dejado marchar, pero seguro que mañana se presenta allí para desayunar. Lo de estos dos y su plan de ir despacio me parece a mí que se va a ir al traste. Bueno, ya se ha ido, pero no se dan cuenta. Son un poco lentos.

—Soy sordo, así que no, ningún problema —contesta mi hermano al fin.

Pongo los ojos en blanco, pero le sonrío con cariño y todos miramos a Dani.

—Esperad, esperad —susurra Manu.

Se va un momento a la cocina y, cuando vuelve con el bote de nata, ya sé lo que viene a continuación. Lorenzo me mira con la pregunta formulada en la cara y yo le hago una señal para que aguarde. Dani tiene una mano estirada y dejada caer boca arriba en el sofá, y ése es el primer fallo de todos. Manu le coloca sobre la palma abierta un montón de nata con sumo cuidado y luego, con delicadeza, le hace cosquillas en la cara. El mentón, la nariz, los párpados..., vale, cualquier zona, pero evitando que se despierte, como si fuera una mosca pesada. Dani se remueve y nosotros contenemos el aliento, pero Manu es experto en este juego, así que nos pide un segundo, se va a su cuarto y vuelve con la pluma de las torturas. Es una pluma y sirve para hacer torturas, así de simple y aterrador. La pasa por su cuello, su nariz y sus labios y esta vez no falla: Dani se da un manotazo y se estampa la nata él solito en la cara. Nosotros empezamos a reírnos como si fuera la cosa más graciosa del mundo, Lorenzo nos llama «inmaduros», pero también se ríe, y Dani nos insulta y nos jura que cualquier día hace las maletas y se busca otro piso, pero es un farol. ¿Dónde va a estar él mejor que aquí? En ningún sitio, hombre, lo

que pasa es que, claro, en el acto se ofende y suelta amenazas sin pensar. Yo lo entiendo, porque levantarse así molesta, pero, ay, qué gracioso es este juego siempre, menos cuando me toca a mí.

—Vamos a la cama —susurra Lorenzo en mi oído.

Edu, Manu y Dani siguen a la gresca; los dos primeros riéndose y el último ofendido. Yo me giro, tiro de la mano de Lorenzo y lo llevo a mi dormitorio porque, de pronto, nada me importa más que cumplir las promesas sexuales que veo en sus ojos.

—¿Dónde está mi regalo? —pregunta en cuanto entramos, abrazándome y besando mis labios.

Es lo primero que siempre ataca y no puedo evitar pensar que, si no fuéramos tan cobardes, podríamos tener la boca del otro y mucho más, pero sé que, si se lo digo, saldrá corriendo, así que sólo sonrío y le pido que me espere un momento mientras voy al baño. Agradezco, una vez más, haberme quedado con la habitación que tiene baño propio, me acicalo y, cuando salgo, veo cómo los ojos de Lorenzo se abren de la sorpresa.

—¿En serio? ¿Dónde demonios has encontrado eso?

—Adivina... —Elevo las cejas y él se ríe.

—Dime que venía embalado al menos, porque estoy deseando comerte entera.

Asiento, claro, tonta no soy. Llevo un tanga hecho de caramelos y, cuando me acerco a la cama, Lorenzo tira de mi cintura, se tumba boca arriba y me mueve sobre él con tanta facilidad que me hace sentir una pluma. Dios, me encanta que me guíe. Me pone a horcajadas sobre su cara y gimo cuando el primer mordisco me roza el pubis. Es tan raro y placentero...

Pensaba que adoptaríamos otra postura, porque nunca hemos practicado sexo oral así, quitando los sesenta y nueve que hemos hecho alguna vez, pero ni siquiera así era lo mismo, porque ahora puedo ver sus ojos, clavados en mí mientras se come algunos caramelos y me devora. Dios, es tan morbosos, y él tan perfecto, que me preparo para hacer el ridículo y tener un gatillazo, pero

en mujer. Vamos, que me voy a ir en nada. Se lo digo y noto su risa entre mis piernas, lo que no ayuda. Lorenzo juega conmigo, muerde, mastica, lame y me vuelve loca de una forma intensa y bestial. El orgasmo se desata y caigo hacia delante, quedando a cuatro patas y temiendo aplastarlo. Él tira de una de mis piernas, me deja caer boca arriba sobre la cama y se baja el pantalón del pijama lo justo para penetrarme, después de echar el tanga comestible a un lado, mientras mi orgasmo aún me mantiene vibrando. Gimo y me contorsiono, porque es tan bueno, joder, tan caliente, tan...

—El condón —jadeo cuando él embiste de nuevo en mi cuerpo—. Lorenzo, el condón.

Él se para en seco, me mira y comprendo que está tan excitado que no ha caído. Podría salir ahora; debería hacerlo, en realidad, los dos lo sabemos, pero nos quedamos aquí, mirándonos, jadeando y sintiéndonos piel con piel. Tan calientes, tan excitados, tan unidos...

—¿Quieres que salga? —susurra con voz apenas audible, como si temiera que le dijera que sí.

Intento hablar, pero el deseo de sentirlo así me lo impide. No quiero un preservativo separándonos. Ahora no. Ya no. Niego con la cabeza, enlazo mis brazos detrás de su cuello y lo atraigo hacia mí para besarlo.

—Sigue... —susurro.

Él gime y yo siento la dicha y la plenitud llenarme por dentro, porque confirmo que él deseaba esto tanto como yo. No sé si es por el placer carnal o porque, sin querer, hemos roto una gran cláusula del contrato, pero qué bien sienta tenerlo así, al cien por cien. Beso sus labios con fuerza y, cuando él ralentiza los movimientos, noto que me deshago. Nuestros besos se vuelven lentos, eternos; gemimos a un compás tan exacto que llega un momento en que no puedo distinguir sus jadeos de los míos. Su cuerpo se deja caer sobre el mío y las embestidas dejan de ser mecánicas para convertirse en el resultado de nuestras medidas. Nuestros torsos se rozan, mis pezones piden

más y Lorenzo besa mi barbilla, mi mentón y mis labios, intentando dármelo; queriendo calmar todo lo que él mismo provoca.

Es tan perfecto, tan increíble y tan placentero que no quiero que acabe nunca.

Si él supiera, si sólo imaginara todo lo que estoy sintiendo, saldría corriendo, estoy segura, por eso hago lo posible por retener mis emociones, pero ellas no están de acuerdo, han decidido que es hora de romper con todo y salir, desbordándome y dejándome en evidencia, porque estoy segura de que mis ojos ahora mismo son tan transparentes como el aire. Me mira, lo miro y veo cómo suspira. Me besa otra vez, y otra, y otra, no deja de repetir que soy su princesa, y yo, por primera vez, siento que el apelativo me atraviesa, porque sólo él me llama así y porque quiero que sea verdad, quiero ser su princesa y que él sea mi príncipe, aunque suene cursi. Quiero hacer esto cada día, que me mire como si fuese única y especial; que desee estar a mi lado tanto como lo hago yo; que me eche de menos cuando no me ve; ser la persona a la que quiera contar todos sus pensamientos, noticias, alegrías y decepciones. Quiero que quemese ese maldito contrato, y el conocimiento me perturba tanto que me abrazo a él, entierro la cara en su cuello y me dejo llevar sin pensar en nada más. Cierro los ojos con fuerza, sabiendo que esta noche y este momento lo cambiarán todo entre nosotros, y me dejo arrastrar por el placer que me provocan sus caricias. Lorenzo nota mi rendición absoluta, estoy segura, porque gime en mi oído, me besa y se roza más a conciencia, logrando que llegue al orgasmo más largo, intenso y precioso de mi vida. Él alcanza el clímax poco después. Siento cómo estalla, me abraza con más fuerza, y eso que parecía imposible, e intenta mirarme, pero me niego, dejando la cara enterrada en su cuello. Repite mi nombre una y otra vez, con dulzura, con desespero, con la misma incertidumbre que tendría yo en mi voz si me atreviera a hablar ahora.

—Lola, mi Lola... —susurra cuando todo acaba.

Y yo, que de mantener la compostura entiendo poco cuando las emociones

me dominan, noto las lágrimas acudir a mis ojos y hago hasta lo imposible por no derramarlas, porque no puedo ser como Alison. Puede que me haya caído con todo el equipo y ni siquiera un contrato me haya librado de enamorarme de la forma más absurda e intensa, pero no voy a convencer a Lorenzo de que me quiera a base de lágrimas.

Saldré de este lío. Lo haré, de verdad, sólo necesito tiempo y un plan, pero, mientras pienso en ello, voy a quedarme aquí, dejándome mimar por sus besos y sus caricias, imaginando que existe un mundo paralelo en el que tenemos la posibilidad de ser algo más que amigos.

## Lorenzo

—Tomo la píldora —dice Lola volviendo del baño cuando mi respiración aún intenta regularse.

Pienso en todo lo que acaba de pasar y suspiro, sin saber si sonreír o empezar a preocuparme. Tener sexo sin preservativo ha sido... No sé, no tengo palabras para describir cómo me he sentido, la verdad. He tenido otras veces sexo de esta forma, pero no así. Igual, pero distinto, porque es Lola y con ella todo sabe a nuevo, a descubrimiento. Cuando la toco siento que es la primera vez que toco a una mujer, porque no me importa nada más que aprenderme su cuerpo, sus reacciones a mis caricias y su forma de gemir cuando acierto y toco un punto que la complace especialmente.

Ha sido perfecto, pero soy consciente de que también ha sido diferente y fuera de la normalidad que implantamos. No por variedad, lo que solemos tener en cuenta, sino por..., bueno, por todo.

—Genial —susurro respondiendo a sus palabras—. ¿Estás bien?

—Sí. ¿Tú? —pregunta metiéndose en la cama.

—Sí.

—Bien.

—Bien.

Suspiro y me giro, mirando al techo y pensando en lo extraño que es todo esto ahora. Y no es porque hayamos tenido sexo sin condón, es porque... porque..., no sé. Quizá es porque estamos en su piso y eso cambia nuestra

rutina por completo. Lo normal es que nos quedemos en el mío, así que me siento fuera de lugar, eso es todo.

—¿Tienes una manta para el sofá? —pregunto.

Ella asiente y yo me subo el pantalón del pijama, que sigue en mis piernas. Mañana tendré que enfrentarme a Manu, Edu y Dani recién levantados, después de haber pasado la noche en el sofá, y ése es otro de los motivos por los que estoy tan tenso. Debe de serlo.

—Aunque, si quieres, puedes quedarte aquí.

La miro atentamente, para decidir si está de broma o habla en serio, pero su mirada es dulce y serena. No me está mintiendo. Quiere que me quede con ella, y eso, que es algo que he esperado mucho tiempo, porque me parece absurdo lo de dormir separados, ahora me resulta extraño. Lola jamás ha roto el contrato, nunca, bajo ninguna circunstancia. No sé qué ha cambiado, pero no voy a pensarlo demasiado, primero porque no quiero dormir en el sofá, y segundo porque puede que, después de esto, se atreva a romper la cláusula de los besos. Estaría genial, la verdad, así que le sonrío y asiento, convencido de que lo mejor y más cómodo para los dos es que me quede aquí, sobre todo si queremos repetir esta noche. Y, conociéndonos, vamos a querer.

—¿Qué te está pareciendo tu primera Navidad en España después de mucho tiempo? —pregunta girándose de lado y mirándome con ojos cansados.

—Inmejorable —susurro poniéndome también de costado y quedando frente a ella. Lola sonrío y sus ojos se entornan, pero no puede evitar un bostezo que me deja ver lo cansada que está—. Duerme, pequeña.

—No tengo sueño —murmura, pero cierra los ojos.

Sonrío, porque siempre es así con Lola. Da igual lo que le pida o le aconseje; de primeras, intenta llevarme la contraria. Creo que ya lo hace por inercia y, aunque antes me molestaba mucho, ahora que la conozco sólo me parece un detalle más de tantos que la hacen adorable.

—Duerme sin sueño, entonces.

Ella abre los ojos un momento, me guiña uno y sonrío.

—Descansa, colega.

Se duerme y yo me quedo aquí, pensando en todos los fluidos que hemos derramado, no por asqueroso, sino porque son el resultado evidente de una intimidad y una conexión emocional que no he tenido con nadie, ni siquiera con Alison. En gran parte porque nunca conseguimos tener plena confianza, pero, sobre todo, porque todo se torció mucho antes de tener la oportunidad de avanzar como una pareja normal.

Pensar en ella me inquieta, así que me levanto y voy al baño para asearme un poco. Me miro en el espejo y compruebo las ojeras que tengo. Las últimas noches han sido demasiado intensas; primero, contarle a Lola todo lo de Alison, luego la Nochebuena en casa de su abuela, durmiendo en un colchón que se me quedaba un poco pequeño por altura, pero, sobre todo, lidiando con el deseo que me provocaba tenerla cerca y no poder ir a buscarla, y ahora con esto...

¿Que qué es esto? Pues todo, el sexo sin preservativo, sus caricias, las mías, dormir juntos... Es lo que yo quería, he dado mucho la tabarra para conseguirlo, pero ahora me pregunto si Lola no estará empezando a cambiar para mal.

¿Será una estrategia para conseguir que me quede cerca de ella y...?

No, no, paro el pensamiento a tiempo. Lola no haría eso. Ella jamás me engañaría de ese modo. Simplemente se ha dado cuenta de que me daría bastante corte amanecer mañana a la vista de los chicos y ha decidido, con toda la lógica del mundo, que lo mejor es que durmamos juntos. Además, yo estoy mecanizado para dormir, no consigo soltarme y soy como una estatua, así que ni siquiera nos rozaremos demasiado.

Vuelvo a la cama, me tumbo y me tapo, después de tapparla a ella. Cierro los ojos y me esfuerzo en dormirme.

No sé qué hora es, pero sé que hay algo que no cuadra cuando me



despierto. Su perfume, su piel, su aliento en mi cuello. Miro hacia la ventana y veo que ya es de día, así que lo de tener sexo en medio de la noche no ha podido ser; supongo que estábamos demasiado cansados. Yo sigo en mi postura habitual, recto, mirando hacia arriba, pero hay algo distinto. Lola sigue de costado, pero se ha pegado al máximo a mí. Sus pechos se aprietan contra mi brazo, una de sus manos está posada en mi estómago y su aliento se estrella contra mi cuello. Es una sensación placentera, pero extraña. Nosotros no hemos amanecido así nunca, ni siquiera cuando dormíamos juntos como amigos. Hay algo extremadamente íntimo en esta postura que no llega, siquiera, a ser un abrazo.

Me giro con cuidado para mirarla de frente y me doy cuenta de que duerme profundamente cuando ni siquiera se inmuta. No lo ha hecho a conciencia, lo sé, siempre lo he sabido, pero, aun así, una parte de mí se ha sentido propensa a desconfiar. Y el caso es que está preciosa así, dormida y buscando mi contacto. En un principio la idea era salir de la cama y vestirme, pero no puedo evitar besar sus labios adormilados. Ella se remueve y yo intensifico el beso cuando me doy cuenta de que empieza a responder. Acaricio sus mejillas, pego mi cuerpo al suyo aún más, y eso que hace un minuto intentaba separarme, y siento cómo poco a poco ella despierta.

—Más vale que tengas pensado darme sexo matutino, o habrás gastado tu tarjeta del beso.

Sonrío en su boca y asiento, dispuesto a regalarnos una sesión de sexo, porque no pienso gastar esa tarjeta todavía. Son demasiadas las veces que deseo besarla fuera de la cama y sólo tengo una oportunidad, pero sí que me separo de su cuerpo para coger el taco de tarjetas que dejé anoche sobre la mesilla de noche. Saco la del masaje y se la doy.

—¿Ahora?

—Sí. Dame un masaje, pero desnuda y con aceite, mucho aceite.

Ella se ríe, se restriega los ojos y se sienta en la cama bostezando.

—Ni siquiera estoy peinada, Lorenzo.

—Estás preciosa.

—Si te doy el masaje desnuda y con aceite, gastarás dos tarjetas: la del masaje y la del deseo.

—No estoy de acuerdo.

—Me da igual si estás de acuerdo o no. La cosa es así: el masaje te lo doy como yo quiera, o como tú quieras y pierdes las dos tarjetas.

Lo pienso durante unos segundos y, al final, como el hombre inteligente que soy, decido que lo mejor es que reserve también la tarjeta del deseo.

Claudico, me tumbo y dejo que Lola me desnude y masajee mi cuerpo a placer. Es tan creativa de un modo placentero, joder... No es una queja, conste, me encanta que sea así.

Tardamos más de una hora en salir de la cama, entre el masaje y la sesión de sexo. Cuando lo hacemos, estamos pringosos, pero lucimos una sonrisa tontorrón importante.

—Me pido ducharme primero.

—¿No aceptas compañía? —pregunto.

Ella se ríe y se encoge de hombros, que es más de lo que ha hecho nunca. Elevo las cejas con sorpresa y no pierdo mi oportunidad. La sigo y, cuando entro en la ducha, no dice nada. Es la segunda vez que hacemos esto como amigos. La otra fue hace dos noches, antes de que yo le contara lo de Alison. Entré sin avisar y la enjaboné con mimo para intentar calmarme. Esta vez hay algo diferente en los gestos que realizamos. Las caricias son distintas; más dulces, más sensuales, más íntimas... Si no acabáramos de tener sexo, estaría excitado. Lo estoy, aunque mi erección no sea completa, pero tengo claro que no vamos a repetir aquí. Aun así, me pego a su espalda y disfruto cuando ella misma coge mis manos y las lleva a sus pechos.

—¿Quieres más? —susurro en su oído mientras pellizco sus pezones.

—De ti, siempre.

Gimo, porque esa respuesta me ha encantado, y bajo una mano al centro de sus piernas. La masturbo y me recreo en su placer hasta que consigo que

estalle en un orgasmo con la cabeza apoyada en mi torso, los ojos cerrados, la cara llena de unas gotas de agua que me encantaría lamer y, finalmente, una sonrisa satisfecha que me hace sentir más vivo de lo que me he sentido en mucho tiempo.

—Preciosa —murmuro antes de besar su mejilla y separarme con delicadeza de su cuerpo.

Ella no contesta, pero me mira con tanta dulzura que se me dispara el pulso. No me gusta tener estas reacciones, porque me siento como si fuésemos nuevos en este juego o las cosas entre nosotros fuesen distintas. Ella es Lola, mi amiga, tenemos un contrato y, aunque nos hayamos saltado ciertas cláusulas en algún momento, ninguno de los dos está dispuesto a que el asunto se nos vaya de las manos.

El problema es que, durante el desayuno, Lola está distinta. Me toca más, me mira diferente, como si hubiese descubierto algo nuevo en mí; me sonrío con descaro, como siempre, pero también con algo que no estaba ahí antes. No soy un paranoico, sé que tengo razón, pero no quiero preguntarle si todo está bien y quedar mal sin razones, así que desayuno y, cuando acabo, le digo que me voy a casa para descansar lo que resta de día. La Navidad este año ha caído en domingo, así que hoy lunes no trabajamos. Ahora mismo me siento raro, necesito regresar a casa, pasarme el día solo y volver mañana al trabajo para recuperar la sensación de normalidad que estoy perdiendo por minutos.

Lola no pone impedimentos, sonrío y me besa la mejilla, como siempre, pero no es como siempre. Hay algo distinto, cada vez lo veo más claro, no sé si en ella, en mí o en los dos, pero no me gusta que las cosas cambien, así que decido que estoy paranoico y que estos días han sido muy intensos y me voy a casa.

Me paso el día frente a la tele, echándola de menos y viendo series que no me gustan sólo porque imagino que es lo que está haciendo ella. Cuando me doy cuenta de lo patético que es, me levanto enfadado y decido salir a correr.

El martes evito a Lola. Vuelvo a las andadas, lo sé, soy un imbécil y no me merezco que me mire, sobre todo cuando el miércoles me invento un dolor de cabeza para no quedar con ella. El jueves no tengo que inventar nada, porque ella no me escribe ni hace amago de acercarse a mí, y yo, que debería sentirme aliviado, me cabreo con ella por no insistir más, y conmigo por ser tan imbécil, porque no quiero que se acerque, pero lo necesito, y esta dualidad está empezando a causarme más molestias de las que quiero y necesito en mi vida.

Hoy, viernes, me ha mandado un mensaje bastante frío. Sé que está mosqueada, pero ha dado su brazo a torcer y, aunque siento el impulso de negarme a quedar con ella, comprendo que mañana es fin de año y teníamos pensado celebrarlo junto a nuestras familias de nuevo. Además, tengo unas ganas tremendas de verla y me pregunto, segundo sí y segundo también, si no estaré preocupándome sin motivos. Lo hicimos sin preservativo, sí, ¿y qué? Sólo es un trozo de látex, no debería tener la más mínima importancia, aparte del aumento de placer natural. Por la mañana, Lola estaba cariñosa, pero es que es Navidad y a ella le encantan estos días, ya me avisó de que se vuelve una moñas de categoría, como dice ella. Y a mí me parecía adorable, así que no entiendo por qué el día después de que todo esto pasara empezó a resultarme agobiante.

Lola nunca me ha mentado, si algo la caracteriza es que es capaz de mandarme al infierno en menos de lo que dura un pestañeo. No me sigue el juego sólo para tenerme contento y no se calla nunca lo que piensa, ni siquiera cuando debería, así que, si ella no se preocupó lo más mínimo y me escribió al otro día como si nada, yo debería haber contestado, pero es que, a veces, me vuelvo un cobarde. Le contesto y le digo que he estado muy liado, pero que, sí, que podemos vernos esta noche.

Prepararé la cena, charlaremos, reiremos, tendremos un sexo tremendo y glorioso, como siempre, y luego ella insistirá en la necesidad de dormir separados y yo volveré a sentirme normal.

Lo sé, sé que es patético que me haya pasado todo el tiempo diciéndole que la cláusula de dormir separados era una tontería, pero creo que empiezo a verle el sentido. Ella quería evitar malos rollos y, visto mi comportamiento esta semana, tenía toda la razón del mundo.

El día en el trabajo es raro, Dani está tirante conmigo, sé que aguanta a duras penas las ganas de cantarme las cuarenta por estar tan raro últimamente, pero creo que todos nos contenemos un poco porque mañana es Nochevieja. Estoy seguro de que, si esto llega a pasar después de Reyes, ya me habría llevado una bronca.

Llego a casa por la tarde, recojo un poco todo lo que tengo por medio, que no es mucho, pero suficiente para hacerme sentir incómodo, y me pongo a hacer la cena favorita de Lola, pensando, iluso de mí, que con eso bastará para arreglar las cosas.

Ella llega a las ocho con un cabreo que se ve a kilómetros. Pasa de largo cuando abro la puerta y va directamente al mueble en el que tengo las copas de vino.

—Traigo esto —dice señalando una botella de mi vino favorito— pero no pienso darte ni una gota, porque eres un mamón. He venido sólo para bebérmela en tus narices y que te mueras de envidia. Y yo prefiero la cerveza, así que imagínate cómo estoy.

Intento no reírme, pero es que es adorable incluso cuando se enfada.

—¿Hueles lo que estoy haciendo?

—No me vengas con chorradas, ya sabía que harías mi plato favorito. —Suelta la copa y la botella en la mesa con una fuerza que me hace fruncir el ceño y se acerca a mí con los brazos en jarras y mirada desafiante—. ¿A ti qué narices te pasa? Y no me vengas con que nada, porque te juro que te estampo esa botella en la cabeza.

—Ha sido una semana rara.

—Prueba otra vez.

—He tenido mucho trabajo.

Ella eleva las cejas y yo trago saliva, porque sé bien que estoy comportándome como un niño pillado en falta, pero es que, de pronto, me siento más cobarde que nunca.

Pienso, con cierta amargura, que no es que me sienta cobarde, es que soy un cobarde, me guste o no.

—Pensé que éramos amigos.

—Lo somos.

—¡Y una mierda, Lorenzo! En cuanto algo no te cuadra, desapareces. No es la primera vez, y estoy harta de que luego, cuando te calmas, aparezcas como si nada y pretendas que todo se arregle con una cena.

—Oye, Lola...

—¿Qué hice que te molestó tanto? Dímelo.

—Nada.

—Algo haría. ¿Fue porque en la ducha te dejé sin orgasmo? Pensé que no podrías llegar dos veces en tan poco tiempo, pero si fue por eso me pongo de rodillas ahora mismo y quedamos en paz.

—Por favor, no hables así.

—Así, ¿cómo?

—Con tanta frivolidad. No fue por eso, me encanta que llegues al orgasmo y jamás me he sentido insatisfecho ni he tenido quejas en el aspecto sexual.

Lola eleva las cejas y gira un poco la cara.

—¿En el aspecto sexual? ¿En algún otro sí las tienes?

—No, joder, no empieces a tergiversarlo todo.

—¡Pues explícate de una maldita vez y así no tendré que sacar mis propias conclusiones!

—Me sentí sobrepasado, ¿vale? Llevábamos juntos varios días, Lola. Te conté lo de Alison, dormimos juntos, pasamos el día de Nochebuena juntos, dormimos en casa de tu abuela, no juntos, pero tú me entiendes. Pasamos todo el día de Navidad juntos y el lunes, al despertarme, sentí que necesitaba

ir a mi casa y estar a solas. Lo siento si eso me hace parecer un cretino, pero es lo que sentí.

—No, eso no te hace parecer un cretino, Lorenzo. Si me hubieses dicho que eso era lo que ocurría, yo misma te habría animado a irte, pero desapareciste, como ya hiciste al principio de conocernos. Cuando hay algo que no te cuadra, te quitas del medio y me evitas. No me gusta, no me lo merezco.

—Desde luego que no, en eso te doy la razón.

—¿Entonces?

Me encojo de hombros y la miro con impotencia.

—Entonces soy un capullo, sin más explicaciones. No sé qué más puedo decir.

No voy a decirle que su cercanía y su modo de mirarme al día siguiente de mantener sexo sin protección me parecieron distintos. No quiero decirle que noté que algo cambiaba en ella y por eso hui, porque entonces se sentiría ofendida, así que decido que lo mejor que puedo hacer es olvidarme de todo y hacer como si nada hubiese pasado. Lola sonrío un poco, lo que es buena señal, y yo siento que algo dentro de mí se afloja, porque odio como nadie se imagina meter la pata con ella. El problema es que, al parecer, tengo un don para hacerlo.

—Te perdono, pero que no se repita.

Y ya está. Tiene un corazón tan grande que con eso le vale. Va hacia el mueble, saca otra copa y decide que soy, de nuevo, merecedor de tomar un poco de su vino.

La miro y siento ganas de besarla y de correr lejos de ella al mismo tiempo, pero, como no puedo hacer ninguna de las dos cosas, me quedo en el centro, me tomo la copa que me ofrece y pienso que esto que siento se desvanecerá en algún momento. No puedo estar incómodo, ni empezar a desconfiar de ella, por culpa de mis fantasmas pasados. No puedo darles a

mis vivencias pasadas la oportunidad de cruzarse en mi presente y estropear mi amistad con Lola.

Ella no es como Alison, jamás lo será, y no se merece que yo desconfíe, así que voy a tratar, por todos los medios, de olvidarme de mis absurdas sensaciones y disfrutar de esta amistad tanto como lo he hecho todos estos meses.



Está raro. No sé qué es exactamente lo que le pasa a Lorenzo, pero está muy raro. Más frío y distante de lo normal.

Estamos en casa de mi abuela de nuevo. Ayer, al final, conseguimos disfrutar de la cena, pero luego, cuando nos fuimos al cuarto para nuestra ración de sexo habitual, Lorenzo se comportó de manera extraña. Evitó mi boca por primera vez. Me besó, sí, pero sólo cuando yo iniciaba el roce. No sé si son cosas más, pero dolió.

Quizá tenga que ver el hecho de que yo lleve una semana sufriendo como una condenada por no verlo, asimilando, poco a poco, que he cometido la peor infracción que podía cometer con respecto a nuestro contrato. Me he enamorado de él. Así, tan triste, patético y absurdo como suena. Me he enamorado de Lorenzo y no sé cómo demonios desenamorarme, porque en Amazon no venden nada para eso.

Lo he buscado, sí.

Pensé en disimular y fingir que no ocurre nada, pero mi sorpresa vino cuando él empezó a evitarme, otra vez, así que a mi descubrimiento se le sumó la incertidumbre de no saber qué ocurría y el miedo de que él se hubiese percatado, de alguna forma, de mi revelación. Ese miedo sigue vivo, en realidad, lo he alimentado durante días y ni siquiera haber estado juntos y haber hecho, supuestamente, las paces ha ayudado a extinguirlo, porque, como ya he dicho al principio, él está raro.

Ahora, por ejemplo, estamos reunidos frente a la tele. Hemos cenado y en escasos minutos daremos fin a este año y comenzaremos uno nuevo. Algo

que hace una semana me ilusionaba sólo por poder pasarlo con toda la gente que quiero ahora me entristece, porque en los ojos de Lorenzo algo ha dejado de brillar, o brilla para mal. No está a mi lado, y vale, podría justificarlo diciendo que está al lado de su padre, su hermano y Alba, y que es normal, y que no pasa nada, pero sí pasa, claro que pasa, porque hasta hace unos días él habría estado pegado a mí, susurrándome tonterías para hacerme reír o acariciándome con disimulo, como hicimos en Nochebuena.

Sólo hace una semana de aquella noche y, sin embargo, hoy ya no han existido insinuaciones en el coche. Nada de nombrar el famoso garaje, nada de tocarnos, y ni siquiera ha insistido una sola vez en besarme desde el lunes. Ni una. Puede parecer una tontería, pero me siento rechazada, porque él era el que juraba y perjuraba que no pasaba nada, que podíamos controlarlo y que sólo eran besos. ¿Qué ha cambiado ahora?

Suspiro y cierro los ojos para calmarme, porque sé de sobra la respuesta, aunque no quiera verlo. Él ha adivinado, de alguna estúpida forma, que para mí sí significaría algo. Intuye que he cambiado y está haciéndome ver que lo nuestro no va a tomar otro camino. Nosotros somos así, no hay más. Nos reservamos el derecho a disfrutar de nuestros cuerpos cuanto quisiéramos, pero sin complicarlo con sentimientos. Yo he roto mi parte del trato, él lo intuye y está haciéndome cumplir las cláusulas una a una. Al principio traté de no pensar mal, pero anoche, por ejemplo, usó un preservativo. Una tontería, si lo miras con objetividad, pero una forma más de alejarse, si lo miras como yo, dándote cuenta de que está empezando a alzar las pocas barreras que hemos dejado caer. Sexo placentero y bestial, sí. Dulce, duro, intercalando, como lo quiera, pero sin sentimientos y sin dejarnos llevar por las emociones. O sea, eliminando todo lo que hicimos la semana pasada. Anoche fue la primera vez que me costó llegar al orgasmo con él. Lo conseguí, porque Lorenzo no es tonto y se esmeró en lograrlo, pero fue tan... mecánico; vacío y distinto de todo lo experimentado con él. Hemos tenido sexo infinidad de veces, pero nunca, jamás, ha sido vacío. En todas nuestras

sesiones había amistad y complicidad. No eran emociones de amor, vale, pero eran emociones de confianza, incluso cuando no nos conocíamos. Eso, anoche, no existió. Había recelo, gestos mecánicos y un fin, pero poco más.

—¿Estáis listos? —pregunta Manu—. ¡Que empiezan los cuartos!

Miro de nuevo a Lorenzo y siento un apretón en el costado. A mi lado, mi abuela me sonrío y yo no puedo evitar devolverle la sonrisa, porque sé lo que está intentando decirme sin palabras: «No dejes que te estropee la despedida de un año y el inicio de otro».

Suspiro y me preparo para comerme las uvas. Despido el año con una sonrisa falsa, la boca llena y un abrazo de mi abuela que me hace pensar, por un momento, que esto es lo que de verdad debería importarme. Un año más con ella a nuestro lado, un año lleno de promesas y posibilidades para tratar de ser mejores, cometer errores e intentar arreglarlos. Un año para aprender de nosotros mismos y de los palos que vamos a recibir. Un año lleno de cosas bonitas, seguro, no tengo más que ver a Edu, Alexia y Sara para darme cuenta de ello.

Y, aunque todos me hayan felicitado ya con un par de besos y un abrazo, a excepción de Lorenzo, yo sigo sonriendo, porque aprendí hace mucho que no hay nada mejor para tapar la tristeza que una buena sonrisa.

—Feliz año, princesa —dice él cuando se acerca a mí, por fin.

Sonrío y sigo sonriendo, sólo porque no hacerlo me llevaría a llorar. Asiento, acepto el abrazo forzado que me ofrece y beso su mejilla.

—Feliz año, colega.

Y ya está. Nos apartamos y cada uno se va a un extremo del salón. Él, con su hermano y yo, con mi abuela. Nos separan una mesa y un par de sillas, pero la sensación es como si tuviéramos un mar entero alejándonos cada vez más.

El resto de la noche no es mejor. Bailamos, tomamos algo y, pasadas las dos de la madrugada, los chicos deciden que es hora de llevar la fiesta a otro sitio o descansar, porque a mi abuela se la ve agotada. Manu, Dani, Edu,

Alexia y Lorenzo van a salir de fiesta. Manu quiere ir a un pueblo que hay a pocos kilómetros de aquí, donde todo el mundo se disfraza, hacen carrozas manuales y celebran la primera noche del año en las calles y no encerrados en un local o en casa, pero el resto se niega, porque todos hemos bebido y nadie quiere conducir de ida, pero menos aún de vuelta. Antonio, su hija y su padre se marchan a casa y aquí nos quedamos mi abuela, la pequeña Sara, que ya duerme hace rato, y yo.

—¿No vas a venir? —me pregunta Lorenzo, sorprendido y receloso.

—Estoy cansada —contesto sin olvidarme de sonreír.

Sonreír. Sonreír. Sonreír. Ése es el secreto.

—Vale. —Se rasca la nuca y sonrío, pero sin hacer brillar sus preciosos ojos—. Oye, hoy me quedaré en casa de mi hermano, ¿de acuerdo?

—Oh. —Eso sí que me pilla por sorpresa. Un pasito más, una ola más en el mar interpuesto entre ambos—. Como quieras.

—Es por comodidad y eso, ya sabes.

—Claro.

—Bueno... Nos vemos. —Asiento y él besa mi mejilla con rapidez, como si temiera recrearse más de la cuenta—. Cuídate, Lola.

«No hagas esto —pienso—. No seas tan cobarde, dime qué ocurre.»

Lo deseo con todas mis fuerzas, pero él, simplemente, se va, dejándome con una sensación de oscuridad en el pecho, porque sé que esto sólo es el comienzo del declive.

—¿Estás bien? —pregunta mi abuela cuando la puerta se cierra.

—Sí, sí. Ahora podré dormir en la camita junto a los chicos, así no te molesto.

Ella sonrío, coge mis manos y las une en una bolita, rodeándolas con las suyas, arrugadas y preciosas para mí.

—A mí nunca me molestas, mi niña. ¿Quieres dormir conmigo? —Asiento, porque hablar no puedo—. Pues vamos, prometo contarte un buen cuento.

Me río y tomo aire para no echarme a llorar como una tonta. Me pongo el pijama, me desmaquillo y pienso en lo inútil que ha sido arreglarme tanto para no salir de casa. ¿Por qué la gente tiene la necesidad de hacer eso? Emperifollarse para recibir el año en casa, cuando podríamos hacerlo en pijama, en chándal o como fuera, pero siendo nosotros mismos. Tiro los algodones negros a la papelera del baño y pienso que mejor me acuesto ya, porque hoy veo en cada gesto, por nimio que sea, un motivo para deprimirme.

Mi abuela me cuenta un cuento que trata sobre una niña que, de tan valiente como era, se creía invencible y un día, sin previo aviso, se vio obligada a aprender que no hay nadie invencible y que el dolor, la tristeza y las lágrimas no restan valentía.

—Ay, *abu*, qué difícil es todo —susurro antes de dejar caer las lágrimas que tanto me ha costado retener.

—Lo sé, Lolita, lo sé.

Quiero contarle todo lo que me pasa, pero es que estoy convencida de que mi abuela Carmen no lo necesita, porque tiene poderes telepáticos y ya sabe de qué estoy enferma.

La noche es larguísima, apenas puedo dormir y, cuando los chicos llegan, ya al amanecer, pienso, no por primera vez, que Lorenzo ha estado de fiesta con ellos. Imaginarlo disfrutando me duele, porque yo estoy aquí, hecha un guiñapo, incapaz de mantener en pie un contrato que ideé yo, y él habrá estado por ahí, bebiendo, riendo con unos y con otros, siendo feliz sin mí.

Y duele, maldita sea, cómo duele.

Me levanto de la cama tarde y con una migraña importante. Por suerte, los chicos están tan resacosos que no se percatan de mi mala cara. Alexia sí lo hace, pero, cuando intenta hablar conmigo, niego con la cabeza y le pido que lo dejemos para otro día. Ella, que comprende que estoy a punto de echarme a llorar, no insiste y tratamos de pasar el primer día del año lo mejor posible.

Volvemos a casa ya por la noche y, cuando no llevamos aquí ni diez minutos, llaman al portero.

—Es Lorenzo, Lola —dice Dani—. Me ha escrito para saber si ya estábamos aquí. —Lo miro y siento que el corazón se me para—. Déjalo que hable, mándalo a la mierda y vuelve aquí, para que podamos unir todos los pedazos que ese imbécil va a romper. —Niego con la cabeza, con los ojos cargados de lágrimas que no quiero derramar, pero él besa mi frente y señala el portero, que sigue sonando—. Ve, cariño, y no olvides que tú no estás sola.

Me levanto sintiendo que la confusión, el miedo y la incertidumbre me aporrean el pecho. Los monos ya no cantan, se fueron cuando se dieron cuenta de que la música de mi interior se había vuelto triste. Los monos odian la tristeza. Yo también, pero no puedo escapar de mí misma.

Le doy acceso a Lorenzo para que suba y salgo al rellano, porque no quiero que los chicos sean espectadores de lo que ocurra. Cuando lo veo aparecer con un ojo negro no puedo evitar exclamar de sorpresa y acercarme a toda prisa a él.

—¿Qué te ha pasado?

—No es nada —susurra tenso—. Lola, tenemos que hablar.

Bajo la mano que he alzado automáticamente para acariciar su hematoma. Tiene el ojo cerrado a causa del golpe, pero ni siquiera así su mirada, con el ojo que tiene bien, deja de ser penetrante.

—Tú dirás —susurro.

Sé a lo que viene, lo sé, por eso tengo que hacer acopio de fuerza y mantenerme imperturbable, pero, ay, qué complicado es.

—Creo que necesito un descanso en nuestro contrato.

Directo. Conciso. Frío. Doloroso.

—Entiendo.

—Anoche, yo... —Se relame y niega con la cabeza—. Fui un capullo, ¿sabes? Intenté ligar con otra.

Siento que el dolor me atraviesa, porque eso sí que no lo esperaba. Mis

ojos se cargan de lágrimas mucho antes de poder hacer nada para impedirlo y el aire se vuelve extraño, como viciado. No entra en mis pulmones con facilidad y eso me está jodiendo viva.

—Vaya... —consigo decir.

—No llores, por lo que más quieras, no llores, porque ya me siento como una mierda y, si lloras, no tendré forma de superar mis remordimientos.

Niego con la cabeza y el gesto hace que, de manera irónica, las lágrimas caigan. Aun así, consigo hablar.

—Nosotros sólo teníamos un contrato y, al parecer, tú lo diste por acabado anoche, así que la exclusividad ya no existía.

—Lola, no hicimos nada. Te juro que ni siquiera llegué a besarla.

—No es de mi incumbencia, Lorenzo. No importa —digo llorando, con lo que mis palabras suenan de todo menos creíbles.

—Sólo me acerqué a ella. Sólo quería saber si... —Aprieta la mandíbula y niega con la cabeza—. Quería comprobar si podía desear a otra. Quería demostrarme a mí mismo que todo esto no se nos ha ido de las manos.

—Entiendo.

—No lo entiendes, joder, ¿cómo lo vas a entender? —Parece enfadado y no sé cómo pararlo—. Estás llorando y yo no sé... Maldita sea, no quiero sentirme culpable porque no te prometí nada. No lo hice, Lola. Siempre te dejé muy claro que no pensaba enamorarme de ti.

—Y has cumplido —susurro—. No lo has hecho.

—Tú no has cumplido —dice a las claras—. Tú me has traicionado.

Está enfadado, ofendido, dolido, triste. Intento negárselo, porque empiezo a confirmar mis sospechas, pero no puedo, porque no voy a dejar que me cargue a mí con todas las culpas. No haré eso.

—Es verdad, yo no he cumplido. Me he enamorado de ti. —Su gesto se crispa tanto de indignación y dolor que me río con sequedad y sarcasmo—. Pero ¿sabes qué? Tú también incumpliste el contrato.

—No lo hice. Yo no te quiero.

Duele, maldita sea, cómo duele oírlo hablar así.

—No digo que me quieras, pero estabas allí mientras todo cambiaba y pedías más y más. Querías que durmiéramos juntos, querías besarme cada cinco minutos, querías dármelo todo, pero me dejabas a mí con la responsabilidad de negarme porque no querías entender que, si seguías así, en algún punto yo querría coger lo que me ofrecías.

—¿Tengo la culpa porque quería besarte? Los besos sólo son besos. Un simple roce de labios. No entiendo por qué lo pusiste tan difícil.

—¡Porque para mí no era un simple roce de labios! Era un roce de tus labios, una invasión en mi boca y en mi vida. Sólo te pedí que respetaras eso y lo hiciste, pero sin dejar de intentarlo. Insististe hasta el cansancio. No me digas que es porque estabas seguro de que no podrías enamorarte de mí, porque ya no cuela. Lo hiciste porque querías que te lo diera todo y, cuando lo hice, te cagaste, pensaste en tu historia pasada, que es muy jodida, sí, pero no tiene que repetirse, y me culpaste a mí de cosas que, en gran parte, provocaste tú. —Él intenta frenarme, pero creo que ya me he callado suficiente y, aun llorando, nunca me he sentido tan valiente—. Tú no querías quererme, pero lo hiciste cada vez que me tocaste, y lo más grave es que te lo niegas y me culpas a mí. No supiste parar a tiempo a Alison y, como crees que todas somos como ella, piensas que yo iba por el mismo camino, así que has decidido cortar por lo sano.

—No, no, no. Yo jamás he pensado que tú fueras como Alison.

—¡Mentira! ¡¡Eres un cobarde y un mentiroso!! —exclamo fuera de mí—. Y ¿quieres saber más? Lo de anoche me parece una cerdada. Querer follarte a otra sólo para demostrarte a ti mismo que la culpa de que estemos así es sólo mía te convierte en un hipócrita, Lorenzo. —Me río con sequedad y lo miro con desprecio—. ¿Qué pasó? ¿Se negó a follarte en los baños? ¿O es que apareció su novio y te dejó ese bonito tatuaje en el ojo?

—No fue su novio —dice con los dientes apretados—. Y corté yo la situación. Me di cuenta de que estaba haciéndolo mal antes de besarla, me



disculpé con ella y me alejé.

—Oh, qué caballeroso. ¿Quieres que te felicite? —Él niega con la cabeza y yo doy un zapatazo en el suelo, porque la rabia no me deja hacer más—. Entonces ¿qué quieres? ¿Eh? ¿Un premio? ¿Quieres que te pida perdón? ¿Has venido para dejarme claro que no piensas cargar con ninguna culpa?

—He venido a decirte que necesito un tiempo.

—¡Bien! Pero ¿sabes qué? Te puedes ahorrar la petición, porque después de esto la que necesita un tiempo definitivo soy yo. Ya puedes tirar tu copia del contrato, porque yo la mía pienso quemarla en cuanto entre en casa.

—Lola, por favor. Esto no tiene que ser así.

Está sufriendo, lo sé, puede que su tono sea comedido, como siempre, pero conozco lo suficiente sus expresiones como para saber que está tan dolido como yo. Aun así, decido que esto no nos lleva a ninguna parte, así que doy un paso atrás y, cuando Lorenzo hace amago de acercarse de nuevo a mí, alzo las manos, indicándole que se quede quieto.

—No quiero verte nunca más, ¿me oyes? Sé que eres amigo de Dani y de los chicos, pero eso no significa que yo tenga que verte. Si vienes a esta casa, me meteré en mi cuarto, si quieren salir en grupo, me quedaré en casa y nos turnaremos. Haremos lo necesario, pero no pienso verte nunca más.

—No digas eso —murmura en un tono atormentado.

—Te odio —susurro yo de vuelta, antes de ponerme a llorar de nuevo—. Te odio, te odio, te odio, Lorenzo. —No grito, no me sale. De hecho, es probable que no pueda oír mis susurros, así que me esfuerzo por imprimir un poco más de fuerza a mis palabras—. Ojalá no hubieras aparecido en mi vida nunca.

Me giro, entro en casa y cierro la puerta sin mirarlo, porque sé que, si lo hago, voy a sentir el peso de mis palabras sobre mí. No lo odio, no podría ni aunque pusiera todo mi empeño en ello, pero ahora mismo hay una parte de mí que sólo quiere causarle una mínima fracción del dolor que él me ha causado a mí.

Una semana, ése es el tiempo que hemos necesitado para acabar con un millón de recuerdos y con una amistad que, hasta hace tan sólo unos días, era una de las cosas que más orgullosa me hacían sentir.

—¿Quién le pegó? —pregunto a los chicos, que me miran con gestos serios y cabreados—. ¿Quién fue? ¿El novio de la tía que intentó ligarse?

—No —dice Manu—. Ella no tenía novio y, de hecho, estaba más que dispuesta a acabar la noche con él.

—Pero él la rechazó antes de besarla —señala Dani. Lo miro y chasquea la lengua—. No lo justifico, sólo digo lo que vi. Le pegó tu hermano, Lola.

Abro los ojos sorprendida y miro a Edu, que me devuelve una mirada cargada de frialdad que me deja anonadada.

—¿Tú? —Él asiente con la cabeza y tira de mi mano para que me siente a su lado—. ¿Por qué?

—Porque soy sordo, pero no ciego. Llevo una semana viéndote sufrir cada vez más, y anoche, cuando volvió a donde estábamos, después de su ridículo intento de ligar con otra, decidí que era hora de demostrarle que, cuando quiero, y por ti, puedo ser un energúmeno.

—La violencia gratuita es una cosa horrible y... —Intento acabar mi discurso, pero las lágrimas vuelven. Niego con la cabeza cuando acaricia mi espalda y palmeo su rodilla—. No quiero que pegues a nadie por mí, Edu, no merece la pena.

—Créeme, ahora que te veo así, lo único que me consuela es saber que, al menos, él está sintiendo algún tipo de dolor.

Manu se ríe, aunque puedo notar su tensión desde donde estoy, Dani chasquea la lengua y yo me dejo abrazar por él un segundo antes de que todos me rodeen.

—Todo irá bien, cariño —dice Manu en mi oído—. No estás sola. —Lloro más fuerte y él me coge la cara y me obliga a mirarlo—. Eh, no estás sola, necesito que lo entiendas. —Asiento y él sonrío con dulzura—. Podrás con esto, Lola. Tú puedes con todo.

Dani y Edu asienten, como si ésa fuese una verdad absoluta, pero yo, que me siento tan pequeñita y deshecha, no apostaría por mí en estos momentos.

## Lorenzo

Todo se torció la noche que hicimos las paces. Serví su cena favorita y, mientras nos reíamos de algo que había visto en YouTube, me di cuenta de que me miraba distinto. No sé describirlo, pero supe que algo había cambiado para siempre. Aquella noche el sexo fue diferente, para mal. No fui capaz de disfrutar de las caricias, porque me daba demasiado miedo que las cosas siguieran cambiando. No quería que ella me mirase como si yo fuera el hombre más especial de la Tierra; como si mereciera todo el amor del mundo. No porque tenga razón o deje de tenerla, sino porque eso significaba que había dejado de verme con ojos de amiga. Estaba intentando pasar de nivel y, cuando me pidió que no me pusiera el preservativo, sentí tanto miedo y, de pronto, tanto recelo y reticencia, que me lo puse. Le hice daño, lo sé. Le costó llegar al orgasmo, también lo sé.

Aquella noche puse la primera piedra del muro que construí entre nosotros en cuestión de horas.

Después, todo se fue descontrolando. La Nochevieja en casa de su abuela la pasé incómodo y deseando irme, preguntándome cómo habían podido cambiar las cosas tanto en una semana. La fiesta de después fue un desastre. Intenté ligar con una chica sólo para demostrarme que el tema de Lola no me afectaba, pero lo único que me demostré fue lo imbécil que puedo llegar a ser porque, cuando ella dio muestras de estar interesada y se acercó para

besarme, yo me separé y me largué como el cobarde que soy; huyendo, que es una cosa en la que estoy haciéndome especialista.

Tenía muchas formas de hacer las cosas y habría valido cualquiera de ellas. Cualquiera, menos la que elegí. Arremeter contra ella, culparla de todo y hacerle un daño irreparable sólo me ha llevado a darme cuenta de que, de la experiencia con Alison, me llevé algo más que el miedo a las relaciones. Me llevé un poco de su maldad y la he aplicado en Lola, que es la persona más buena y honesta que he conocido en mucho tiempo.

Ahora estoy aquí, en su rellano, mirando la puerta que acaba de cerrarse frente a mí y pensando que, en realidad, Edu se quedó corto, porque debería haberme dejado los dos ojos a la funerala.

Y ¿sabes qué es lo peor? Que ya la echo de menos.

Vuelvo a casa, abro una botella de vino y me tiro en el sofá. Bebo a morro y observo la tele, sin saber qué hacer para entretenerme, porque está claro que tengo que encontrar la forma de distraerme para dejar de pensar.

Pasada una hora, he acabado con la botella de vino y la tele sigue apagada, porque no le encuentro mucho sentido a ver alguna serie o peli y recordar que todo era más divertido cuando Lola estaba a mi lado soltando comentarios jocosos o sacándole puntilla a todo. No quiero recordar que, con ella, la vida era más sencilla y a la vez más emocionante, más bonita, más... más todo.

Me voy a la cama siendo consciente de que estoy borracho y mañana va a pesarme haberme bebido esa botella, pero, al menos, consigo dormir del tirón.

El despertar es otra historia. Entro en el baño, vomito y me preparo para afrontar un día que no será fácil, porque Dani me dejó claro que nuestra amistad es cosa del pasado. Tenía muchas maneras de hacer las cosas con Lola y elegí la peor y la que más le iba a doler, así que puedo dar gracias si me mira sin partirme la cara él también. Palabras textuales tuyas.

Aun así, me tomo un café, me pongo un traje, teniendo cuidado de no elegir ese azul marino que tanto le gusta a Lola porque, al parecer, realza mis

ojos, y bajo al garaje para coger mi coche y conducir hasta el despacho.

Y allí... allí todo me pesa. Me duele la cabeza, el trabajo no consigue llenarme hoy, y Dani me mira como si acabara de matar a un puñado de gatos.

Me pregunto una y otra vez cómo demonios he conseguido salir de Estados Unidos, volver a España y cagarla en tan poco tiempo. ¿No se suponía que iba a tener una vida tranquila y pacífica? ¿En qué momento tiré por la borda mis propósitos y olvidé mis prioridades? Lola tiene toda la razón del mundo cuando me dice que soy un hipócrita, porque rechacé las culpas, se las cargué todas a ella y esperé, como un estúpido, que las aceptara y me dejara ser la víctima, otra vez.

Qué idiota he sido, primero por pensar que yo estaba libre de culpa y, segundo, por creer que Lola iba a conformarse con la mierda que yo le echara sin dejarme su postura clara. Las cosas se pueden hacer bien, regular o mal. Yo he pasado la línea del mal y he llegado a lo nefasto.

Aun así, no voy a pedirle perdón, no porque no lo desee, sino porque no quiero liar más esta pelota que, a estas alturas, no nos lleva a ninguna parte. Ella se ha enamorado y yo no la quiero.

No la quiero, aunque algo me esté quemando por dentro.

No la quiero, yo no puedo querer a otra mujer todavía. Necesito, mínimo, unos años de tranquilidad. Por lo menos, los mismos que tuve de tormento con Alison, aunque ya no sea un niño.

No la quiero, estoy seguro de que no la quiero. Firmé un contrato sin pestañear y cumplí todas las cláusulas.

Y ahí, justo ahí, en ese razonamiento, me doy cuenta de que, si cumplí, fue porque Lola me obligó. Si por mí hubiese sido, el segundo día me habría saltado la mitad de las cláusulas, así que más me vale encontrar otra excusa y hacerlo pronto, porque lo que sea que está sangrando dentro de mi pecho cada vez se desborda más, y la urgencia de taponarlo empieza a ser desesperante.

Cuando salgo de trabajar siento que hoy, en esta ciudad, el aire es distinto. Está más viciado, más cargado, enrarecido, espeso. Cuesta respirar y, cuando se lo digo a un compañero, se ríe y me dice que a mí lo que me pasa es que necesito un polvo que me libere.

No le río la gracia, nunca suelo hacerlo, así que no se extraña. Las bromas relacionadas con el sexo nunca me han parecido especialmente graciosas, porque creo que no son más que un intento de jactarse de algo que, muchas veces, no es más que una fantasía. No necesito un polvo y, si lo necesitara, no sería con Lola. No sería con ella, aunque la necesidad ahora mismo sea tan grande como la sombra de una manada de elefantes.

Me voy a casa, hago la cena, aunque sea pronto, y luego abro una botella de vino.

Me bebo el vino y no ceno.

El día siguiente es igual, con el agravante de que mi migraña ha empeorado. Tengo que dejar de beber vino al llegar a casa. Dani sigue sin hablarme y yo me siento un poquito menos valiente que ayer.

Uno más, y empiezo a darme cuenta de hasta qué punto he metido la pata.

Dos días más, llega la noche de Reyes y me voy a casa de mi hermano. Mi padre, Antonio y Alba me regalan una caja de vinos y pienso que es algo positivo, porque estoy agotando las existencias de mi casa peligrosamente rápido.

Guardo los regalos que tenía para Lola en el fondo del armario y me obligo a no pensar en ello.

Ojalá lo haya disfrutado. Ojalá me recuerde, pero, ahora que lo pienso, ojalá no.

Los días pasan de forma extraña. No siento ilusión por ir a trabajar, ni hacer ejercicio, ni salir por ahí, y tengo un agujero en el pecho que se agranda de manera dolorosa, rápida y profunda.

Ya no me queda vino bueno, ni siquiera el de Reyes. Mi sobrina vino a verme ayer, me dijo que sabía por Carmen que había discutido con Lola. Me

llamó «idiota» y me dijo que soy patético. Se quedó a dormir y me obligó a ver películas románticonas. Me preguntó si la echaba de menos y sólo pude encogerme de hombros, porque no quería decirle a una adolescente que ni siquiera puedo dormir tres horas desde que salió de mi vida si no es adormeciéndome con alcohol.

Dani aún no me habla, y Manu ha hecho un vídeo en YouTube que trata de los hombres cobardes que se portan como capullos con las mujeres, y amigos que son de todo menos amigos. Le di a *like* y me suscribí, porque tiene más razón que un santo.

Después de unos días más he descubierto que Sheldon Cooper, ahí donde lo ves, tiene su gracia. Qué lástima no haberlo visto antes para poder valorarlo frente a Lola. Qué pena no haber valorado a Lola tanto como merece.

He dejado de beber vino porque tengo miedo de volverme alcohólico, pero ahora todo duele más, así que no sé qué es peor.

Lola se dejó una crema en mi baño. Me unto un poco en las manos cada noche para sentir que no se ha ido para siempre. Estoy convirtiéndome en la peor versión de mí mismo.

He empezado a ir al súper todos los días. Me paseo un rato por todos los pasillos esperando verla y, cuando me desanimo y asumo que no irá, compro un bote de especias para no parecer patético. Debería comprar otro especiero, porque empiezo a no saber dónde meter tanto bote.

Febrero llega y yo me pregunto cómo es posible que haya conseguido alejarse de mí un mes. Un maldito mes sin verla. Voy a volverme loco y mi familia está preocupada. Mi padre me ha obligado a ir este fin de semana al pueblo y me ha hecho dormir allí. Quiere vigilar que no haga ninguna tontería, dice, como si no pudiera hacerlas de lunes a viernes. Además, tengo más de treinta años, no necesito que cuide de mí como si fuera un niño. ¿No se da cuenta de que eso me hace sentir peor?

—Haremos una barbacoa y verás cómo te animas —dice mientras abre mi



mochila y se da cuenta de que sólo he metido un chándal. Me mira, reparando en mi pantalón de deporte y mi camiseta raída, y suspira—. Esto se tiene que acabar.

—¿El qué?

—Vestirte así, hijo. No pareces tú.

Me encojo de hombros y me callo que no me siento yo, tampoco. No sé qué ha sido del hombre decidido, sereno y un poco frío que siempre he sido. No está, se ha ido y me ha dejado con esta copia barata, taciturna y negativa.

Echo de menos ser yo, sonreír, aunque sea con la gente de mi confianza, levantarme con una ilusión cada día o trabajar pensando que, al finalizar la jornada, podré verla, abrazarla y tirarme con ella en el sofá. Eso es lo peor de todo, que me he dado cuenta de que echo de menos los momentos en que sólo éramos Lorenzo y Lola. El sexo me maravillaba, pero no más que tirarme en el sofá con ella pegada a mi lado, ver una serie y verla parlotear, reír, abrazarme y mirarme como si yo fuese alguien digno de todo su cariño. Como si lo hubiese merecido alguna jodida vez.

—Llámala —susurra mi padre—. Por favor, hijo, llámala y vuelve con ella.

Niego con la cabeza y me trago el nudo que se forma en mi garganta cada vez que alguien me habla de esa posibilidad. Ahora ya no es porque me engañe y piense que no la quiero. Ahora ya las mentiras no me sirven, ni el autoengaño. Ahora es porque he entendido que ella era todo lo que yo necesitaba para ser feliz, tuve la plenitud al alcance de la mano y me lo cargué por egoísmo, porque no podía permitir que nadie me cambiara los planes, sin darme cuenta de que esos planes ya ni siquiera me llenaban. Hice lo mismo que hizo Alison conmigo; la culpé de todo y procuré convencerme de que yo era, otra vez, la víctima.

Ella se había enamorado faltando a su palabra, no yo.

Yo, que no duermo desde que no está.

Yo, que no puedo dejar de pensar en ella ni un maldito minuto completo.

Yo, que sueño con sus ojos noche sí, noche también.

Yo, que he dejado de ver mi casa como un hogar. Ahora sólo son las paredes entre las que me escondo.

Yo, que sólo pienso en lo bonito que sería superar todo lo pasado y convencerla de que valgo la pena.

Yo, que llevo un mes comprando cosas absurdas por Amazon sólo porque así siento que ella no se ha ido del todo.

Yo, que sólo quiero que vuelva y me abrace, prometiéndome que todo estará bien.

Yo, que empiezo a ver como un reto eso de hacer algo más en la vida, aparte de echarla de menos.

Yo, que le eché las culpas a ella de enamorarse y no vi, en mi obstinación, que el único problema que existía entre nosotros se llamaba «miedo» y estaba a mi lado, susurrándome cosas aterradoras que ni siquiera son reales, porque el miedo siempre te pone en las peores situaciones. Te amenaza, te invalida como persona y te obliga a hacer daño a las personas que más quieres.

Yo, que daría un brazo por no haberlo estropeado todo de aquella forma, ahora no puedo pensar en ser valiente, no porque no quiera, sino porque pienso que no la merezco.

—No soy bueno para ella —susurro al final—. Se merece algo mejor que lo que yo le he dado. Se merece a alguien que esté a su altura de verdad, no a un cobarde que salga corriendo cuando las cosas se complican.

—Y, en vez de trabajar en ello y tratar de ser tú ese alguien, te dejas arrastrar por esta versión patética y autocompasiva de ti mismo. Eso te parece mejor, ¿no? —No contesto, y él niega con la cabeza y chasquea la lengua—. He hecho muchas cosas mal como padre, pero juré que jamás dejaría que mis hijos actuaran como unos estúpidos. Y fíjate —dice señalándome— se ve que el karma tiene un sentido del humor peliagudo.

—Papá...

—Echo de menos a tu madre cada día, hijo. Cada maldito día me levanto y

pienso en lo que sería mi vida si ella estuviera a mi lado. En lo fácil que sería todo si, por las noches, pudiera tumbarme junto a ella y contarle todas mis preocupaciones. En lo bonito que sería que volviera y me dijera de nuevo que lo estoy haciendo bien, o mal, pero que no me preocupe, porque está conmigo y juntos conseguiremos salir adelante. —Él suspira y yo carraspeo, porque echo de menos a mi madre, pero en este momento esas palabras me sirven para definir cómo me siento con respecto a Lola—. ¿Sabes cuál es la diferencia entre mi situación y la tuya, hijo? —Niego con la cabeza, porque yo me siento exactamente así, y él habla—: Que tu madre está muerta y Lola, no. La diferencia es que lo que yo sueño es imposible y lo tuyo, no. —Señala la mochila y suspira con pesar, como si le doliera decirme todo esto, supongo que porque así es—. Deja de usar ropa que normalmente no te pones sólo para cambiar hábitos y crear una rutina nueva, porque la rutina que tenías antes no fue lo que falló. Fuiste tú, y admitir que eres un cobarde pero no hacer nada por solucionarlo no te convierte en valiente. Sólo te convierte en un cobarde consciente, consentido y preso de tus miedos, y eso, Lorenzo, es muchísimo más grave de lo que crees.

Sale de la estancia y me deja a solas, pero sólo físicamente, porque los sentimientos que me han estado atosigando desde hace un mes se manifiestan a la vez, girando alrededor de mí y haciéndome ver, sin negaciones ni medias tintas, que mi problema fue no asumir que quería y quiero a Lola más de lo que he querido a ninguna mujer nunca. Y me da pánico que lo nuestro no salga bien, pero es que, por culpa de ese pánico, la he perdido. Pensé, de manera estúpida, que estaba a tiempo de alejarme y no entendí que alejarme de Lola dejó de ser una opción el día que ella me miró con sus preciosos ojos bicolors. Se coló en mi vida, la llenó de colores, a pesar de que yo no quería, y dejó rastro en cada rincón de mi casa y de mi cuerpo, marcando a fuego su presencia y haciéndola imborrable.

Creo que me enamoré de ella antes de estampar mi firma en aquel contrato y, desde entonces, dejé que mis sentimientos dominaran mis acciones y mis

pensamientos mi boca. Y ella me correspondió, pero lo hizo como lo hacen las personas valientes de verdad; de frente, en cuerpo, alma y mente, sin reparos. Intentó pararme los pies y fui yo el que insistió una y otra vez en dar un paso más. Quise besarla cada minuto que estuvo a mi lado, no porque fuese un simple roce de labios, sino porque eran los labios de ella, de Lola. Mi Lola. Quise hacerle el amor sin preservativo aquella noche porque necesitaba que nuestra unión fuese lo más pura posible, sin nada que nos impidiese fundirnos el uno en el otro. Quise que durmiera conmigo porque necesitaba que me enseñara a dejar mi rigidez de lado y deseaba, aunque jamás lo admití, ni siquiera ante mí mismo, que borrara los pocos rastros que quedaban de Alison. Quería abrazarla una noche entera y amanecer enredado en su cuerpo porque estaba convencido de que despertar así era asegurarme un gran día. Eso no llegué a hacerlo, no tuve tiempo, y eso que estuvimos juntos varios meses.

No fuimos amigos con un contrato firmado. Fuimos una pareja desempeñando un rol que, en algún punto, se nos quedó pequeño.

Me dejo caer sobre la cama, cierro los ojos y me hago, por fin, la pregunta del millón: ¿estaré aún a tiempo de ser alguien valiente y digno de ella?

Estoy en el sofá de casa de mi abuela, donde me he pasado la mayor parte del tiempo desde que Lorenzo me dejó.

Bueno, a ver, hablemos con propiedad: Lorenzo se acojonó, porque tiene menos valor que un niño de tres años frente a un tigre, se portó como un imbécil y lo nuestro se acabó rompiendo.

Pero el caso y lo importante es que, después de eso, pasé unos días bastante mal en el piso y vi cómo mi ánimo empezaba a afectar a los chicos, así que para Reyes hice una gran maleta y los informé de que iba a quedarme en el pueblo unos días. Ellos protestaron y, al final, me convencieron de pasar media semana en cada sitio, así me despejaba. Estuve de acuerdo, porque tampoco es cuestión de encerrarme en casa de mi abuela durante días y días, así que ahora me paso la vida de un sitio para otro, lloriqueando por Lorenzo no sólo en los rincones de mi casa, sino también en los de casa de mi abuela, que la pobre ha intentado de todo para animarme. Me sugirió que me apuntase con ella a yoga, pilates o natación, pero la verdad es que no me apetecía lo más mínimo y, además, me da miedo que ella me gane en todo, porque yo soy un paquete en los deportes. También intentó llevarme a la pelu, que me cortase la melena, literalmente, y me pusiera un color llamativo. Ella lo lleva verde ahora, pero yo me conformé con cortarme las puntas y ponerme unas mechas de fantasía en rojo que me duraron un par de lavados. Lloré el día que, frente al espejo, me di cuenta de que a mí es que me dura todo poco: las mechas, los hombres, el amor...

No, mentira, el amor me dura mucho, porque aquí sigo, enamorada como

el primer día, o más, de un tío al que no he vuelto a ver.

Dani dice que no se hablan aún y, a pesar de que le he pedido que no lo ignore más, no me hace caso. Creo que no es justo que le haga pagar con su amistad algo que no lo incumbe directamente, pero él es un cabezón y yo estoy cansada de discutir, así que ya ni siquiera le pregunto cómo les va, porque me imagino que tienen la relación justa para trabajar y ya.

He comprado un montón de cosas en Amazon durante este mes. Empecé por un llavero de trébol que se dividía en cuatro partes, una por cada hoja, y regalé los tres restantes a Edu, Manu y Dani para demostrarles cuánto los quería. Ellos me lo agradecieron mucho y se pusieron muy contentos, así que me vine arriba, claro.

En este mes he comprado botes vacíos para viajar, aunque yo sólo voy de la ciudad al pueblo, unas manoplas con estampado de cebra, un gorro con antenas de extraterrestre, bragas de «The Big Bang Theory», una barra de labios negra, como mi alma ahora mismo, una funda de plástico para meter el móvil dentro y así poder ducharme con él, aunque no la he estrenado, un cactus con forma de corazón que ha resultado ser de plástico, una cuchara en forma de calavera, pero sólo una, porque eran muy caras, un portafotos negro, una mochila negra, un cojín negro y una botella vacía roja, porque me parecía que me estaba pasando con el negro. Una funda nueva para el móvil, una caja *vintage* para meter cosas y un dispensador con una parte para el jabón y otra para el estropajo, para la cocina. También he comprado un cargador solar que no funciona muy bien y una bata manta con capucha y antifaz, para cuando quiero olvidarme del mundo y hacerme invisible. Y, bueno..., algunas cosillas más que no voy a decir, porque igual estoy quedando como una friki, y tampoco es plan.

Edu ha amenazado con bloquearme la tarjeta de crédito y yo lo entiendo, porque está harto de abrirle la puerta al mensajero. Manu y Dani no están mucho más contentos, pero me consienten más, porque saben que tengo el corazón roto.

Y, hablando de corazón roto, debería contar que, la primera semana sin Lorenzo, puse en bucle a Alejandro Sanz con su *Corazón partío* a un nivel altito en el piso. Los chicos pensaron que debían dejarme, porque estaba triste, pero he ido desfasando y últimamente pongo a todo volumen a Rocío Dúrcal, Vicente Fernández y Alejandro Fernández, que no sé si es primo o algo. La verdad es que este tipo de música tiene algo que me gusta, porque me permite cantar, gritar y llorar en modo dramática y me desahogo más. Mención especial a *La bikina* de Luis Miguel. Te la recomiendo especialmente si te gusta beber a morro del vino blanco perruno de cartón, llorar y cantar, todo junto. *La bikina* habla de una mujer que tiene pena y dolor y llora por alguien que vino y se fue, y se pasa las noches llorando por él. No me digas tú que no es para cantarla a gritos.

Si es que..., qué puto genio es Luis Miguel.

Manu, Edu y Dani están un poco cansados, pero se callan. Últimamente me han sugerido que quizá es buena idea que me quede más tiempo con mi abuela. El caso es que ella ha empezado a decirme que los problemas se afrontan de cara y no huyendo. Creo que quiere que me largue a mi casa también.

He empezado a escuchar la música con auriculares, porque no quiero verme cantando *La bikina* debajo de un puente. Con mi suerte, seguro que Lorenzo pasaría con una nueva novia y me vería allí, haciendo un concierto íntimo y exclusivo con mi corazón roto como invitado especial.

Como verás, no ha sido un mes fácil, pero ahora, al menos, puedo mantener una conversación concentrándome en lo que me dicen. Ya no pienso en Lorenzo todo el tiempo, ahora sólo es el noventa por ciento y estoy pasando de sentirme triste a sentirme indignada y cabreada, con él y conmigo misma, así que supongo que por fin voy a empezar a pasar fases.

—Oye, ¿has visto el nuevo vídeo de Manu? —dice mi abuela.

—No, no tengo ganas de reírme.

—Estás de suerte, porque es de todo menos gracioso.

Frunzo el ceño y la miro. Su rostro refleja sorpresa y confusión a partes iguales, así que voy hacia ella, que está sentada en el sillón, y le cojo el móvil.

—A ver qué tontuna se le ha ocurrido ahora —murmuro.

—Tú este mes no eres las más indicada para hablar de tontunas, Lolita, te lo digo desde el cariño.

Me lo dice desde cariño, pero me lo dice, la tía. Anda que se corta últimamente...

Me concentro en la pantalla del móvil y escucho al Manu del vídeo, que está en nuestro despacho, con sus gafitas, su pelo rizado rubio oscuro, su barba y su..., pues Manu, en su esencia pura y sin nada raro.

—¡Hola, gentucilla! Hoy vengo con un vídeo especial. ¿A cuántos de vosotros os han dejado vuestras chicas? ¿Y vuestros chicos? ¿A cuántos de vosotros os han dejado alguna vez, en general? A muchos, ¿verdad? A todos nos han dado la patada en alguna ocasión y sabemos lo que duele, por eso estoy convencido de que este vídeo os va a gustar. Tengo a mi lado, aunque aún no lo veáis, a un tío que se portó como un capullo hace algo más de un mes. Dejó a Lola, a la que muchos ya conocéis, porque vive conmigo, de una manera un tanto fea. Lorenzo, di algo, colega.

El corazón se me para cuando veo cómo Manu mira a su lado, asiente y Lorenzo entra en el plano. ¿Qué demonios hace él en YouTube? ¿Es consciente de los miles de seguidores que tiene Manu y estarán viéndolo ahora mismo? Ay, Dios, tengo que parar esto. El problema es que, obviamente, ya está grabado y no hay forma de pararlo, a no ser que Manu retire el vídeo, que no lo hará, como si no lo conociera ya.

—Hola —dice Lorenzo.

Sigue igual de sobrio y elegante. Viste un traje de chaqueta azul marino con camisa blanca. Sus ojos azules son preciosos, mucho más ahora que no tiene moratones en el que mi hermano golpeó. No sonrío y se nota que está



incómodo. Trago saliva, porque no quiero que pase un mal rato, pero una parte de mí desea venganza y está deseando saber qué ha hecho Manu.

—Lorenzo vino a buscarme ayer. No voy a contaros toda la historia que tuvo con Lola porque montaríamos una telenovela, y lo importante aquí es que él se portó como un imbécil y ahora quiere resarcirse. Está aquí porque este tío, aquí donde lo veis, es un estirado que no hace el ridículo nunca, jamás. Es arquitecto y de los buenos, pero además es de esas personas que disfrutan de ponerse traje y camisas. Ya sabéis, perfumes y chorradas de gente elegante.

Cierro los ojos y me río, porque para Manu ponerse perfume es una chorrada, sí. Él coge el desodorante y se emborriza el cuerpo entero, asegurando que el efecto es el mismo que si llevara el perfume más caro.

Lorenzo, sin embargo, sí que usa uno, que huele de maravilla, además.

—Para él salir aquí es un castigo enorme, pero, encima, está dispuesto a someterse a una prueba para demostrarle a Lola que está arrepentido y que quiere una nueva oportunidad, porque la quieres, ¿no?

Lorenzo mira a Manu, sonrío un poco y afirmo con la cabeza mientras yo me agarro a las orejas del sillón y me siento en el reposabrazos. ¿Cómo que quiere una oportunidad? Y ¿por qué no me lo dice a mí? ¿Qué pasa? ¿De pronto se ha dado cuenta de que yo tenía razón? Ay, joder, ¿y si se ha dado cuenta de que yo tenía razón? ¿Habrá posibilidad de que él y yo...? No, pero espera, no se lo puedo poner tan fácil, jolín, que estoy a punto de coger el móvil y esto no es así, porque me hizo daño, aunque sepa que lo hizo por miedo, y...

—Lolita, deja de distraerte con tus pensamientos y presta atención —dice mi abuela pausando el vídeo—. Esto te interesa, así que intenta concentrarte.

Tiene razón. Ella retrocede un poco el vídeo hacia donde lo he dejado justo antes de perderme en mis pensamientos y esperanzas, y vuelve a darle al *play*.

—Voy a someterme a las cinco pruebas o retos que me pongan tus

suscriptores —dice él con voz ronca, pero sin vacilar.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Por Lola? ¿Crees que merece la pena?

Él sonrío sin despegar los labios, asiente y habla, poniéndome la carne de gallina.

—Por ella merece la pena hacer hasta lo imposible.

—¿La quieres?

Yo me muerdo el labio con fuerza, porque estoy esperando que diga que no, que él sólo quiere mi cuerpo, pero Lorenzo asiente sin vacilar y habla.

—Más que a mi vida.

Y yo no sé dónde meterme, porque esto es demasiado, no sé por qué lo hace y... y... Ay, Dios mío, que se le ha ido la pinza de la peor manera. ¡Que me quiere más que a su vida, dice! ¡Pero si rompió el contrato! Yo lo quemé en una sartén y por poco echo a arder la cocina, sí, pero él fue el que lo rompió simbólicamente primero.

—Ya lo habéis visto —dice Manu—. Un hombre enamorado, arrepentido y dispuesto a resarcirse. ¿Qué me decís? ¿Le damos una oportunidad? — Espera un segundo, como si fuesen a contestarle desde el otro lado, y sigue —. Los cinco comentarios que consigan más *likes* serán los ganadores, siempre que no sea algo que perjudique su salud o lo ponga en un riesgo innecesario. Tened cabeza y pensad que es serio, por favor. Podéis tener en cuenta a la hora de elegir que es un hombre elegante, de esas personas que se sienten incómodas siendo el centro de atención si no es por su trabajo, un tanto frío y, hasta hace unos meses, no sabía quién era Sheldon Cooper ni había visto la mayoría de las series punteras que todo buen friki tiene en su calendario de cosas importantes. Con eso tenéis material de sobra para trabajar, ¿verdad? —Guiña un ojo a la cámara y sonrío—. Mañana mismo cerraré el cupo, cogeremos los primeros comentarios y nos pondremos manos

a la obra. Todo quedará grabado, así que iré colgando un vídeo por cada reto. ¡Atentos al canal! Hasta luego, gentucilla.

La pantalla se queda en negro y mi corazón se desborda. Me toco las mejillas y me doy cuenta de que estoy llorando. Siento la mano de mi abuela apretar mi muslo y, cuando la miro, veo su sonrisa ensancharse.

—¿Lo ves, Lolita? Al final, la gente que de verdad te quiere hace lo que sea para demostrarlo. Qué buen chico es este Lorenzo.

—Tengo que llamarlo, tengo que...

—¡No! De eso nada. Vamos a dejar que haga su trabajo hasta el final, Lola. —Intento protestar, pero ella se levanta, quedando así un poquito más alta que yo, que sigo sentada en el reposabrazos—. Permite que te demuestre cuánto te quiere y, de paso, deja que esto sirva para reafirmarte. No corras a sus brazos, porque entonces te quedará la duda de si sería capaz de hacerlo o no.

Tiene razón, la tiene, aunque la mente apenas me dé para pensar algo que no sean las ganas que tengo de llamarlo y hablar de nuevo con él. Me agunto y, en cambio, llamo a Manu, que me asegura que todo está controlado y que esto va a ser genial.

—Eso sí, esta semana no puedes volver por aquí, Lola —dice con seriedad—. Vamos a hacer las cosas bien.

—¿Cómo ha conseguido que lo escuches?

—Lo vi ayer día comprando especias en el súper y se puso tan pesado que le dije que sólo lo escucharía si hablaba con Edu y Dani también, así que lo llevé a casa y nos sentamos todos en el sofá. Al principio fue tenso de narices, pero conseguimos aclararnos y llegar a un acuerdo.

—Ah, o sea, que la idea de YouTube fue vuestra, ¿no? —pregunto con voz dudosa.

—A medias. Me dijo que necesitaba demostrarte que no hay nada que le importe más que tu perdón y que haría lo que fuera. Él quería declararse por mi canal, pero me pareció cursi y le dije que lo de los retos era mejor. A su

favor diré que ni siquiera dudó a la hora de aceptar, lo que nos dio una idea de lo desesperado que está.

—O sea, que volvéis a ser amigos.

—En efecto, y ahora te dejo porque tenemos que preparar muchas cosas.  
¡Un beso!

Esto es una locura. Una maldita locura. No saldrá bien, no puede salir bien porque Lorenzo es demasiado serio y tiene un sentido del ridículo que le impide hacer cualquier cosa en público que no sea comportarse. ¡Si le costó la vida cantar un villancico en familia!

Ay, Dios, ¿qué ha hecho?

Estoy pegada a la pantalla de mi ordenador en casa de mi abuela. El vídeo de Manu tuvo tantísimo éxito que, antes del anochecer, ya estaba claro cuáles serían las pruebas ganadoras, porque tuvieron muchísimos *likes* y se desmarcaron del resto.

Me gustaría decir que no son nada del otro mundo, pero es que, cada vez que las leo, siento que el corazón se me dispara y no sé si es para bien, porque no quiero que Lorenzo haga todo eso, y no puedo ni imaginarme qué estará pensando ahora mismo. Por un momento hasta me atrevo a pensar que no lo hará. No le merece la pena pasar un ridículo así por mí. El Lorenzo que yo conozco mandaría a Manu al infierno y se iría a casa a escuchar música tranquila y ver algo cultural en la tele.

Sin embargo, cuando Manu cuelga el primer vídeo, por la tarde, me doy cuenta de que ni siquiera sé si yo conozco a Lorenzo al cien por cien, porque el escenario ya me hace ser consciente de que esto va en serio.

Están en el despacho, como siempre, pero Lorenzo tiene los ojos vendados y mi paleta de sombras abierta sobre la mesa, igual que mis pintalabios, coloretes y demás. Podría matarlos por cogerme el maquillaje, pero es que sé cuál es la prueba y estoy demasiado sorprendida como para hacer algo más, aparte de flipar.

—Ay, se va a poner bonito —dice mi abuela—. Eso es amor del bueno, Lolita.

No digo nada, no puedo moverme del sitio y lo único que hago es mirar cómo Lorenzo acepta el reto de maquillarse a ciegas.

¡Primero! Él jamás habría permitido que le pusiera ni cacao en los labios, mucho menos maquillaje.

Y ¡segundo! ¿A ciegas? Está claro que la finalidad de esto es que quede hecho un cuadro, más que maquillarse.

¿Lo va a hacer de verdad? Veo cómo coge a tientas un pincel y empieza a pasarlo por el estuche. Cuando se da el primer brochazo, gimo, porque la impresión para mí es fuerte. Asisto, anonadada, a su espectáculo mientras oigo de fondo las risas de Manu, Dani y Edu, que no se cortan lo más mínimo a la hora de dejar ver lo bien que se lo están pasando.

La prueba no dura mucho, pero a mí se me hace eterna. No puedo imaginarme lo mal que lo estará pasando él y, cuando todo acaba, se quita la venda y se mira en la pantalla del ordenador; temo que monte en cólera, pero Lorenzo sólo sonrío y saca un cartel que muestra a cámara: «PROMETO COMPRARTE OTRAS PINTURAS Y NO TOCAR LAS TUYAS NUNCA MÁS. TE ECHO DE MENOS, PRINCESA».

Hago un esfuerzo alucinante para no echarme a llorar y, si lo consigo, es sólo porque con esa cara llena de churretes cuesta mucho mantenerse neutra y no reírse, aunque sea un poquito.

Cuando la pantalla queda en negro, miro las visitas y me doy cuenta de que ya hay cientos de ellas.

Dios, esto va a ser tremendo.

El segundo reto tiene lugar al día siguiente por la noche. Lorenzo debe convencer a los dependientes de tres floristerías de que le regalen, al menos, tres rosas rojas cada uno. Las frases que usa para lograrlo consiguen removerme, sobre todo, por la seriedad con que las dice. «Necesito que me perdone», «Tengo que convencerla de que fui un capullo, pero ahora soy más valiente que nunca», «Ella es mi vida» y otras tantas que guardaré en mi memoria mucho, mucho tiempo. La verdad es que suena tan sincero y real que consigue el reto relativamente rápido. Cuando acaba, Lorenzo mira a

cámara y vuelve a sacar un cartel: «TENGO NUEVE ROSAS Y UNA CUENTA NUEVA D E ALIEXPRESS ESPERANDO EN CASA A QUE VUELVAS. SIGO ECHÁNDOTE DE MENOS».

Al día siguiente vuelve a estar en el despacho. El reto esta vez es, bajo mi punto de vista, una asquerosidad. Tiene que comerse, por separado, tres huevos crudos con una cucharada de canela cada uno. No puede batirlo, así que Manu le pone el huevo entero en una cuchara grande, le rocía la canela por encima y Lorenzo se los come e intenta soportar, a duras penas, las arcadas. Dios, lo paso tan mal mirándolo que a punto estoy de llamarlo y decirle que no vuelva a hacer una estupidez como ésa jamás. Cuando acaba, su rostro está pálido y sé que se siente mal y tiene unas ganas inmensas de vomitar, pero se las ingenia para sacar un cartel nuevo: «PROMETO COCINAR ALGO MUCHO MÁS RICO QUE ESTO CADA NOCHE SI VUELVES CONMIGO. ME FALTAS TANTO...».

Esta vez sí lloro, porque no puedo creer que esté haciendo todo esto por mí. Mi abuela lo anima gritándole a la pantalla y yo ni siquiera intento frenarla y recordarle que Lorenzo no la oye. Todo es tan bonito, tan original, tan... tan... tan Lorenzo en estado puro, permaneciendo impasible a pesar de lo que hace. Mirando a la cámara con la barbilla bien alta, como desafiándola, pese a saber que miles de personas a estas alturas siguen su redención y esperan con ansia los próximos vídeos.

El cuarto reto consigue que me ponga mala sólo de pensarlo, pero él aparece en el vídeo como si nada. Vuelve a ser de noche y me lo imagino saliendo del trabajo y dirigiéndose al centro, donde están ahora, sabiendo lo que tiene que hacer. Está vestido con un traje de chaqueta gris marengo, camisa y corbata, pero, cuando Manu le da la señal, empieza a desvestirse sin pensarlo ni un segundo. Estamos en febrero y, aunque esto es el sur, en estas fechas hace bastante frío y humedad, así que sólo eso ya es un reto en sí, pero

lo difícil viene cuando se queda en bóxer delante del coro de gente que ya se ha reunido a su alrededor. Lorenzo agarra el megáfono que Dani le tiende con una sonrisa cariñosa y asiente en su dirección, como diciéndole que está seguro de hacer esto. La sonrisa de mi amigo se amplía y yo me alegro de que, al menos, su amistad haya vuelto a ser tan buena como siempre. De lo que no me alegro es de que Lorenzo esté haciendo esto, porque sé que será una de las cosas que más lo avergüencen durante el resto de su vida. Manu pone a su lado una radio, porque el reto es cantar una canción en el centro de la ciudad casi desnudo. Así de absurdo y loco. La sorpresa llega cuando Lorenzo pulsa el *play* y la música que suena es la de *La bikina*, de Luis Miguel. Yo empiezo a llorar, porque estoy segura de que los chicos le han dicho que me he pasado días cantando esa canción a todo trapo y él no ha dudado en elegirla para demostrarme, otra vez, que está dispuesto a hacer lo que sea para que lo perdone. Canta regular, pero le pone ganas y no se limita a susurrar la letra, sino que le da un tono bastante alto que hace que muchísima gente se congregue a su alrededor. El espectáculo acaba cuando aparece la policía y le recomienda encarecidamente que se vista y se vaya a casa si no quiere acabar detenido. Él asiente, pero, antes de que el vídeo se corte, Edu, que es el que graba, se acerca y enfoca el cartel que Lorenzo ha cogido de manos de Dani. Sigue siendo su letra, así que lo tenía preparado: «SI VUELVES CONMIGO, CANTARÉ ESTA CANCIÓN CONTIGO EN EL SALÓN Y DEJARÉ QUE TE RÍAS DE MÍ TANTO COMO DESEES. —Saca de detrás uno nuevo y continuó leyendo—: SI VUELVES, HARÉ LO QUE SEA, PERO, POR FAVOR, LOLA, VUELVE».

Después de que la cámara grabe el tiempo suficiente para que yo pueda leerlo, la policía vuelve a insistir en la necesidad de vestirse; Manu se ríe, se despide de sus seguidores mientras Lorenzo recoge su ropa y luego la pantalla queda en negro.

Última prueba. Anoche apenas pegué ojo porque esto me parece un despropósito y no sé cómo demonios van a hacerlo. Vuelve a ser de noche, lo



que sólo lo empeora todo más. Están encima de un puñetero puente junto a un chico que no conozco de nada y que está atando el arnés en los tobillos de Lorenzo. Sí, lo has adivinado: va a hacer *puenting*. ¡*Puenting!* Se le ha ido la olla del todo. Vale, él no tiene vértigo ni nada de eso, pero, aun así, es una locura, sobre todo porque vuelve a estar en calzoncillos y Manu le ha pintado con barra de labios mi nombre en el torso. Es tan... tan... Dios, es especial, único y... No sé, no tengo palabras. Yo sólo sé que mi nombre en su torso queda bien, pero porque en el cuerpo de Lorenzo queda bien cualquier cosa.

—Hay que ver el frío que debe de estar pasando —dice mi abuela Carmen.

—Yo con lo que flipo es con la capacidad de edición que tiene Manu, porque esto deben de haberlo grabado hace una hora o así.

—Nuestro Manu, en el fondo, sabe lo que se hace.

Estoy de acuerdo, pero no contesto porque en este momento Lorenzo está recibiendo las instrucciones para tirarse del puente. Ay, Dios, me estoy poniendo mala. Tengo ganas de vomitar y no soporto estar lejos de él ni un segundo más.

Lorenzo no lo piensa, coge aire una sola vez y salta, gritando y haciendo que el vello se me ponga de punta.

Lo ha hecho. Lo ha hecho por mí, para convencerme a base de acciones de que está dispuesto a jugársela por nosotros. Esta vez no hay cobardía en lo que hace; está decidido y, como metáfora, no podría haberle quedado mejor. Manu, Dani y Edu gritan y lo jalean desde arriba. Enfocan hacia abajo, pero sólo se ve un puntito rebotando en la cuerda. ¿A cuánta altura habrá saltado? Creo que prefiero no saberlo. El que vuelve a grabar es Edu, pero le piden al chico que ha ayudado a Lorenzo a saltar que sujete la cámara un momento y, cuando lo hace, Dani, Manu y Edu sostienen cada uno un folio, formando una frase que leo con los ojos anegados en lágrimas: «YA NO HAY MIEDO, NI DOLOR, NI COBARDÍA. YA NO TE PIDO QUE VUELVAS COMO PRINCESA, SINO COMO GUERRERA. VUELVE CONMIGO Y LUCHA JUNTO A MÍ PARA QUE HAGAMOS DE NUESTRA HISTORIA ALGO MEMORABLE. TE QUIERO, LOLA».

Oigo un sollozo y miro a mi abuela, que se sorbe la nariz intentando relajarse. Me río, pero estoy tan nerviosa y soy tan feliz que ni siquiera me salen las palabras. Asiento a la pantalla una y otra vez y, cuando se queda en negro, refresco la página y miro todas las visitas que ya tiene. En los comentarios la gente habla de crear una página de Facebook en apoyo a Lorenzo, pero no hará falta, porque, después de esto, tendría que estar loca para no volver con él.

—*Abu*, creo que es hora de regresar a casa —susurro.

Ella palmea mi mano, se la lleva a los labios y me besa los dedos con una dulzura que me hace llorar de nuevo.

—Sí, mi niña, creo que ya no pintas nada aquí.

Me levanto, entro en mi cuarto y cojo la maleta, que ya tenía hecha. Sí, soy una facilona que daba por hecho que el vídeo de hoy sólo era la guinda, porque perdonado está desde que se atrevió a aceptar los cinco retos.

Ahora es mi turno de demostrarle que yo también puedo ser valiente. Puedo olvidar sus errores, los míos y mirar hacia delante sin pensar que algo puede salir mal, porque ahora sé, con total seguridad, que los dos estamos dispuestos a conseguir que salga bien, así que cojo el coche de Dani, que es el que me traje la última vez, y conduzco los cuarenta minutos que me separan de la ciudad pensando en lo que haré primero. ¿Besarlo y saludar? ¿Saludar y besarlo? ¿Saludar y sonreír? Me muerdo el labio, cojo aire y me repito que no hay de qué preocuparse, que lo importante es que haremos todo eso, y el orden, a estas alturas, es lo de menos.

Aparco en nuestro garaje y camino las tres calles que me separan del bloque de Lorenzo con el corazón en un puño. Llamo a su portero y, cuando me abre, siento tal zumbido en la cabeza que temo desmayarme. Subo a su planta y, al entrar en el rellano y verlo apoyado en el quicio de la puerta, vestido con su pantalón de pijama y una camiseta blanca, estoy a punto de saltarle encima. Por suerte, logro controlarme, pero me quedo aquí, quieta,

esperando que él dé el primer paso y, de pronto, tan asustada como un cervatillo frente a un camión en una carretera perdida de la montaña.

«Que se mueva él, por favor, por favor, por favor, que se mueva él...»

## Lorenzo

Algo más de media hora para prepararme no ha sido suficiente. Carmen, la abuela de Lola, me ha llamado por teléfono en cuanto ella ha salido de casa. Primero me he alegrado de que me llamara, porque significa que no me odia, después he pensado que, si Lola venía de camino, significaba que, al menos, quería hablar conmigo, y ahora estoy aquí, viéndola temblar como si fuera gelatina y observando cómo se debate entre acercarse o salir corriendo. Entro en casa sin darle explicaciones, corro hacia el salón y cojo lo que tengo preparado desde hace días. Salgo al rellano y le muestro las dos tarjetas que me faltan por gastar. Me las regaló para Papá Noel, en una tengo derecho a pedir un deseo y en la otra tengo derecho a pedir un beso fuera del contrato. Está claro que ese contrato ya no vale, pero, aun así, necesito que comprenda la finalidad de lo que estoy haciendo.

—Un beso y un deseo, ¿te acuerdas? —Ella sigue en el rellano, asintiendo y mirándome con sus enormes ojos—. Deseo que ese beso se multiplique por infinito. Quiero poder besarte a placer el resto de mi vida, Lola. ¿Qué me dices?

Ella se queda quieta. No se mueve, ni siquiera hace amago de hablar, y yo estoy empezando a ponerme nervioso de verdad. ¿Y si la he cagado? ¿Y si todo esto no ha servido de nada y sólo viene a decirme lo ridículo que he sido todos estos días?

No le faltaría razón, desde luego, porque yo no he sido capaz de ver un

solo vídeo de los que he grabado. Para mí la finalidad era que Lola entendiera que, por ella, sería capaz de hacer hasta lo imposible. Pensé que lo había conseguido, pero ahora, viendo sus lágrimas otra vez, empiezo a dudar.

Lola da un pasito, por fin, y después otro, y uno más, y otro, y otro, y otro y, cuando está a escasos centímetros de mí, deja ir un sollozo que me parte en dos.

—¿Me abrazas ya? Porque tengo las piernas demasiado flojas como para saltar sobre ti.

Me río, soltando el aire retenido, y la alzo en brazos mientras entierro la cara en su cuello, beso la curva del mismo y aspiro su aroma, que tanto he echado de menos. Me doy cuenta, al abrazarla, de que da igual cuánto haya pensado en ella, porque nada se asemeja al sentimiento de tenerla aquí y, si tuviera que dejarla marchar ahora, necesitaría darme al alcohol y los antidepresivos para siempre, estoy seguro.

—Princesa... —Ella solloza y yo la bajo y retiro los mechones de pelo de su cara—. No llores. Ya no más lágrimas, por favor. Ya te he causado demasiadas.

—Son de felicidad —dice sonriendo e inspirando, para calmarse un poco—. ¿Puedo pasar?

—No si antes no me dices que puedo besarte. —Ella se ríe y yo sonrío y tiro de las solapas de su chaqueta para pegarla a mí—. ¿Sí? ¿Puedo?

Lola suelta una carcajada, se pone de puntillas y me mira, retándome con esos maravillosos ojos que me cautivaron en el baño del restaurante de mi hermano hace ya una eternidad, o eso me parece.

—Ya tardas en darme esa boquita, colega.

Me río y la beso, primero despacio y después aumentando el ritmo, entendiéndome que esta vez no iré a ninguna parte, porque estoy seguro de que ha venido dispuesta a luchar por esta relación. La alzo en brazos y la llevo como si fuera un péndulo hacia el interior. Cierro la puerta con el pie y voy hacia el sofá, donde la dejo caer con cuidado. Lola me mira con una sonrisa

perezosa y, cuando se arquea sobre los cojines, hace una mueca y mete la mano por detrás de su espalda. Saca un portavasos con unas pinzas enormes en un extremo que se usan para engancharlo a la mesa y así tener el vaso a mano. Una tontería, porque también puedes poner el puñetero vaso en la mesa y ya está, pero esta mujer me ha sorbido el cerebro con esto de comprar chorradas y, cuando se da cuenta de qué es, estalla en carcajadas, se sienta y tira de mi camiseta, haciéndome caer sobre su cuerpo. Pongo las manos a los lados de su cabeza e intento no aplastarla, pero a ella parece darle igual, porque enrosca las piernas en mis caderas y me mira como si fuese el hombre más maravilloso del mundo por haber comprado algo tan tonto como eso.

—Al final resulta que eres perfecto para mí, ¿no? —susurra segundos antes de que yo la bese.

—Eso espero, porque ya no me imagino al lado de nadie que no seas tú. —Ella sonrío y yo beso su nariz—. Te quiero, Lola.

—Te quiero —susurra de vuelta, emocionada de nuevo—. Ahora sólo necesito una promesa más para ser completamente feliz.

—Tú dirás.

—Quiero que me prometas que, si algún día vivimos juntos, lo haremos en un piso grande en el que pueda tener mi despacho y un montón de cachivaches inservibles.

—Prometido.

—Y quiero que este año las luces de Navidad sean de colorines.

—Hecho.

—Y quiero hijos, algún día.

—Los que desees serán los mismos que desee yo.

—Y quiero...

—Lola —la interrumpo—. Te daré lo que desees, pero voy a empezar por mi cuerpo, ¿te parece?

Ella se ríe, asiente y yo beso sus labios de nuevo y me prometo, en silencio, hacer que cada día, desde hoy, se despierte sintiendo que es la mujer

más feliz del mundo.

Hacemos el amor por primera vez, sin barreras, sin mentiras, sin secretos; sólo nosotros, Lorenzo y Lola, entregándonos en cuerpo y alma y demostrándonos todo lo que llevamos sintiendo desde hace meses. Cuando acabamos, estiro una mano para coger una manta y tapo nuestros cuerpos. Cojo el mando de la tele y la enciendo. Pongo una de esas series que tanto me gusta ver con ella, la abrazo y pienso que da igual cuántos retos haya tenido que cumplir para llegar aquí, porque ha merecido la pena con creces.

—Te haré feliz, Lorenzo, aunque para eso tenga que comprarte una chorrada distinta cada día —susurra ella—. Te haré feliz, ¿sabes por qué? —Sonrío esperando una respuesta y ella suspira antes de hablar—. Porque me has hecho perder el sur.

Me río entre dientes y retiro un mechón de pelo que cae sobre su ojo izquierdo.

—¿Perder el sur? ¿No sería «perder el norte»?

—No estamos en el norte, estamos en el sur, así que lo que yo pierdo de vista cuando tú me besas, o me tocas, o me miras, es el sur. —Me río entre dientes y ella frunce el ceño—. ¿A ti no te pasa?

—Yo perdí el norte el día que me fui de aquí, y el sur... —Sonrío, sintiéndome lleno por primera vez en mucho tiempo, y beso su nariz con dulzura—. El sur lo encontré en tus ojos.

Lola sonrío, acaricia mis labios con esa nariz que tanto me gusta y susurra a milímetros de mí:

—Entonces ¿también estás seguro de que puedo hacerte feliz?

Me río, porque la pregunta es tan absurda... ¿Seguro? Apostaría mi vida a que lo conseguiré, y ojalá al revés también se cumpla. Aun así, como sé que espera una confirmación en forma de palabras, hablo:

—Para hacerme feliz sólo tienes que quedarte a mi lado. Viviremos juntos, tendremos hijos, y ¿sabes qué es lo más importante de todo?

—¿Qué?

—Que compartiremos las contraseñas de Amazon y AliExpress.

Lola se ríe, muerde mi labio inferior y me mira con todo el amor del mundo concentrado en sus ojos.

—Eso sí que es amor del bueno, colega.

Sonrío, la beso y pienso que sí, que esto sí que es amor del bueno.



## Epílogo

—¡Abuela, abuela! ¿Me has visto? ¿Has visto lo bien que lo hago ya?

—Sí, cariño, ha sido fantástico. ¡La mejor voltereta del mundo!

Gaia suelta una carcajada y mira a su padre, que está embobado grabándola con el móvil.

—¿Me has visto, papi?

—Ha sido un diez; ¿tú que dices, mami?

Miro a Lorenzo y me río, asintiendo con la cabeza y dándoles la razón. Mi hija aplaude, salta y demuestra que, a sus cuatro años, es capaz de presumir de una coordinación que ya querría yo para mí.

Si me paro a pensar en lo que ha sido nuestra vida desde que Lorenzo y yo nos reconciamos, me mareo un poco, porque creo que pocas personas han ido tan rápido alguna vez en su vida. Me quedé embarazada la noche de la reconciliación, o ésa es nuestra teoría, porque yo, dando por hecho que nos habíamos separado definitivamente, dejé la píldora y decidí tomar un descanso. En el calor del momento ni siquiera me di cuenta, pero pasado un rato le conté lo ocurrido y le pedí que fuéramos a una farmacia para comprar la pastilla del día después. Él sonrió y me dijo que, por él, no había ningún problema, y yo, como pensé que era imposible que me quedase a la primera, me reí y lo dejé estar, asegurándole, de broma, que iba a ser un papá maravilloso.

La broma dejó de serlo con la primera falta. Recuerdo que Lorenzo se quedó blanco como la pared cuando le comenté mis sospechas. Bajamos juntos a la farmacia, dimos un paseo por el barrio, como si intentáramos

calmarnos, subimos a su piso y, allí, después de realizar la prueba, asumimos, como pudimos, que íbamos a ser padres. Fue una noticia muy feliz, pero nos trajo muchísima incertidumbre. Creo que aquella noche que nos reconciamos ninguno de los dos era consciente de que existía un riesgo verdadero de quedarme embarazada. Todo parecía una broma, una forma de sellar nuestro maravilloso amor y, para demostrar que podíamos ser más inútiles todavía, repetimos la faena y volvimos a hacerlo sin preservativo.

Si, total, yo no estaba ovulando ni nada. Conozco gente que para buscar un bebé se ha pasado meses intentándolo. El problema es que se ve que nosotros somos muy fértiles, así que nueve meses después recibimos en nuestras vidas a Gaia. Acojonados, no voy a mentir, pero con la ilusión desbordándonos aprendimos a ser papás y lo hicimos lo mejor que pudimos. Ahora, mirando a mi hija, creo firmemente que la hemos cagado en incontables ocasiones, pero, a un nivel general, lo hemos hecho bastante bien. Es una copia exacta de su padre, pero con los rasgos más femeninos. Se parece mucho a su prima Alba, que a estas alturas ejerce más de tía consentidora que de prima. El pequeño Leo, en cambio, se parece mucho a mí. Incluso creemos que tiene heterocromía, como yo, pero aún no estamos seguros, porque sólo tiene cuatro meses y sus ojos aún son un poco grises. En este momento juguetea con mi pecho mientras da patadas en mi regazo y se altera al oír cómo su hermana se acerca.

—Eh, quieta, que antes me he pedido yo cogerlo.

Me giro y miro a Sara, mi sobrina. Al final, Edu y Alexia decidieron operarla y ahora lleva un implante coclear que le permite oír sin problemas. Aprendió a hablar y es una niña feliz que adora a sus primos, pero, en especial, a Leo, al que trata como si fuese su bebé, quizá porque es con el que más diferencia de edad nota.

—Es mi hermanito, no tuyo —dice mi hija muy digna.

—¡Yo voy a tener uno ya mismo, así que no te pongas chula!

—Haya paz, por favor —pide Alexia desde un extremo del jardín.

Estamos en casa de mi abuela celebrando el final de las clases y el inicio del verano, pero la pobre Alexia no parece muy cómoda, y no me extraña, con ese barrigón que carga.

—Las dos podréis coger a Leo cuando acabe de comer —dice Lorenzo acercándose— pero primero voy yo.

—¡Jo, papá, no es justo! Eres un abusón.

Mi chico se ríe, lejos de ofenderse, y le revuelve el pelo a nuestra pequeña gruñona.

—Soy el jefe de la familia, ¿recuerdas?

—Pues el tío Manu dice que tú en casa de jefe tienes lo mismo que él de Adriana Lima. No sé quién es Adriana Lima, pero, como está claro que es mujer y el tío Manu es un hombre, supongo que no se parece en nada, y lo que quiere decir es que tú, en la familia, no mandas nada.

Suelto una carcajada con las palabras de Sara y pienso en los días en los que era una niña tímida que apenas hablaba, ni siquiera por señas. Lorenzo me mira mal y yo intento, a duras penas, contener mi risa. Si hay algo que no ha cambiado es que él sigue siendo un hombre sobrio y un poco estirado. Ahora mismo, por ejemplo, todos vestimos bermudas y ropa fresca, pero él se ha puesto un pantalón chino beige y un polo blanco. Tiene un criterio muy marcado en cuanto a la ropa, y a mí me parece bien que no lo cambie por nadie. No le gusta llamar la atención y, sin embargo, tendrías que ver cómo se pone cuando Gaia lo convence de salir a la calle vestida con un tutú y la cara llena de brillantina. Se pasea por el parque como si fuese el padre de la niña más guapa, lista y buena del mundo, porque así es, y no es amor de madre, pero es que se le cae tanto la baba... Y, sí, a mí se me cae con él, es inevitable.

—Ya cogeré yo al tío Manu —dice al final.

—Lo tienes fácil, viene por ahí. —Señalo la entrada del jardín y miro a Manu y a Dani saludar y acercarse.

Ninguno de los dos tiene novia, ni pensamientos. Yo creo que se van a

quedar mocitos, y ellos, de hecho, también lo piensan, pero no como algo malo; están encantados de la vida compartiendo piso y montando fiestas que más que fiestas son orgías. Les recomendamos alquilar un piso más pequeño cuando Edu y yo nos mudamos con nuestras respectivas parejas, pero aseguran que están encantados con el espacio y, como los dos ganan bastante bien en sus respectivos trabajos, se lo pueden permitir.

La parte buena de que aún no tengan novia es, aunque suene mal, que están centrados en nosotros como familia. Mis hijos tienen a Antonio y a Edu como tíos biológicos, pero Manu y Dani también lo son, y ellos lo sienten con la misma fuerza que nosotros. Los llevan de paseo, nos hacen de canguros y, a veces, se quedan con ellos mientras nos escapamos un fin de semana, porque mi abuela ya está mayor y dos niños pequeños dan mucha guerra. En definitiva, son los amigos perfectos, así que no me verás quejarme de que no sienten cabeza.

Y, hablando de Antonio, mi cuñado, por si te lo preguntas, consiguió cumplir su promesa y no volvió a liarse con África. Ahora mantienen una relación cordial y apenas se ven, puesto que Alba ya es mayor de edad y va a ver a su madre cuando le place por sus propios medios. Él empezó a salir con una abogada del pueblo que lo tiene loquito, y no es para menos, porque es lista, simpática y preciosa, entre otras muchas virtudes.

Antonio padre sigue igual que siempre, pero ahora su mirada brilla más. Sus nietos son su pasión y, además, se ha apuntado a una agencia de viajes organizados, por lo que se mueve mucho, conoce a mucha gente y ya no se limita a sentarse en un sillón y echar de menos la vida que tuvo en el pasado.

Mi abuela Carmen sigue siendo la mejor del mundo mundial. Cada vez está más cansada, pero confío en que aguante algunos años más con nosotros, porque imaginar una vida sin ella se me hace, simplemente, insoportable.

—Princesa —dice Lorenzo en mi oído—. ¿Estás bien? Te has quedado muy callada.

Sonrío, giro la cara y beso sus labios.

—Genial. ¿Quieres coger a Leo?

Él asiente encantado y yo desteto al pequeñajo y, entre las protestas de las dos niñas, le doy el bebé a su padre.

—Ven con papá, cosita. ¿Has comido bien? ¿Mmm? ¿Tienes más hambre, o quieres dormir? —El niño hace unos gorgoritos y él se ríe, como si hubiese hecho la monería más adorable del mundo—. ¿Cómo dices? —Se acerca la boquita de Leo al oído, frunce el ceño y asiente—. Sí, yo estoy de acuerdo contigo.

—Y ¿en qué estás de acuerdo con él, si puede saberse? —pregunto.

Lorenzo mira a Sara, que acaba de salir corriendo después de que mi hermano la haya llamado para enseñarle algo en el móvil. Se agacha frente a nosotras, mira a Gaia y después a mí, antes de hablar entre susurros, como si estuviera a punto de desvelar un gran secreto.

—Leo me ha dicho que no lo cuente, pero creo que es tan importante que debéis saberlo.

—¿Qué es, papi? ¿Qué te ha dicho?

—Verás, quiere que te diga que has hecho una pirueta increíble y que está deseando aprender a caminar para que le enseñes a hacerla.

—¡Sí! —Gaia se ríe, besa las manitas de su hermano y le hace unas monerías que consiguen que el niño se ría—. Yo te enseñaré a hacer la voltereta, el pino y un montón de cosas chulas, colega, ya verás.

Me río, porque eso de «colega» es algo que Gaia tiene muy interiorizado en casa, supongo que de oír una y otra vez cómo se lo digo yo a su padre. Lorenzo también se ríe entre dientes y me mira, dejándome noqueada por un momento, porque aún, a veces, me sorprende cuando veo en sus ojos con tanta claridad el amor que siente por mí.

—También quiere que mami sepa que está muy contento de ser su hijo, porque cree que es la mejor mamá del mundo.

—Jo, qué listo es este Leo —dice Gaia en tono de admiración—. ¡Y cuántas cosas es capaz de decir en tan poco tiempo!

Lorenzo y yo estallamos en carcajadas y nuestra hija nos mira con el ceño fruncido y gesto enfurruñado, porque no le gusta nada, pero nada, que nos riamos de algo que ella no comprende.

Salió a papi, la nena...

—¿Qué te parece si dejas a Leo con la abuela para que le cuente cositas a ella, Gaia los acompaña y tú y yo vamos un momento al garaje? —pregunto.

—¿Al garaje?

—Ajá, sí, necesitamos un par de sillas más por aquí, y creo recordar que allí había alguna.

Lorenzo se muerde el labio con tanta lascivia que siento que las mejillas me arden, y miro a Gaia de inmediato para cerciorarme de que no se ha enterado de nada. Ella sigue con su ceño fruncido y, cuando su padre se la lleva, junto al bebé, y los deja a ambos con la *abu* Carmen, el *abu* Antonio y el resto de la familia, me levanto disimuladamente y me voy hacia el garaje.

Sé muy bien que todos averiguarán dónde estamos en cuestión de minutos, pero con dos hijos pequeños he aprendido a pasar mucho de lo que piensen de mí. Necesito tener a Lorenzo para mí sola y, cuando llego al garaje y siento su cuerpo cernido sobre el mío, me doy cuenta de que no soy la única.

—Tendrá que ser rápido —le digo rememorando aquella Nochebuena de hace años, en la que sentí que todo empezaba a cambiar entre nosotros.

—Tranquila, princesa, haré que valga la pena.

—Y dale con el «princesa»... ¡Que soy una guerrera!

Lorenzo se ríe entre dientes, levanta la falda de mi vestido y baja mis braguitas antes de subirme sobre la misma mesa que usamos la primera vez.

—Princesa, guerrera, Lola... Mi Lola.

Cierro los ojos y suspiro, sintiendo cómo la electricidad pasea por mis articulaciones y esbozando una sonrisa de pura felicidad, como siempre que él me toca o me habla en un tono tan necesitado.

—¿Pensaste alguna vez que llegaríamos a estar así?

—¿Antes de nuestra reconciliación? No. ¿Después? —Sonríe y asiente—.

Lo soñé cada día. Sigo soñándolo cada día.

Me muerdo el labio inferior, lo beso y permito que me lleve a ese lugar en el que sólo estamos él, yo y el puñado de sueños que aún nos quedan por cumplir.

## Agradecimientos

Llevo días dándole vueltas a este apartado. Me he sentado aquí, frente al ordenador, pensando que muy pronto Lorenzo, Lola y toda su *troupe* estarán en las librerías, y de inmediato se me ha llenado la cabeza con nombres de personas que han estado a mi lado en este proceso. No sabéis lo afortunada que me siento al recibir el cariño de tanta gente que me anima y me impulsa a diario a dar un pasito más en este sueño mío; personas que han hecho posible que hoy esté aquí, escribiendo estas palabras con la emoción contenida y un poquito de miedo, porque no quiero olvidarme de nadie.

A mis padres, por fabricar y sujetar cada día, incansables, las alas que me han traído hasta aquí.

A Alberto, mi marido, por la confianza absoluta y por apoyar sin titubear cada locura que ideo, cuando ni siquiera yo estoy segura de poder hacerlo.

A Minicherry, porque rompiste mis esquemas con tu llegada al mundo, porque tu sola presencia hace que cada día quiera ser mejor persona, mujer y madre, y porque me enseñaste lo que significa amar a alguien más que a mi propia vida, literalmente.

A mi hermana, Marina, por las opiniones sinceras, las risas, las confidencias e incluso las lágrimas compartidas. Fuiste y eres el mejor regalo que papá y mamá pudieron hacerme.

Al resto de mi familia, por apoyarme tanto en todos los sentidos, por los libros que me pedís que firme con tanta ilusión y por animarme a seguir luchando por mi sueño.

A Red Lips, por aparecer en mi vida y pulsar el botón que lo hizo estallar todo. Por hacerme cumplir mi sueño, por las noches en vela hablando de personajes que no existen, por esas cubiertas tan preciosas, por las risas, las lágrimas, los ánimos, las desilusiones que nos hemos llevado juntas y las buenas noticias que hemos compartido. Por coger la toalla por mí cada vez



que yo la tiraba en un ataque derrotista. Por allanar el camino con tu presencia y hacerlo conmigo. Ojalá esta amistad no acabe nunca.

A Nuria. Da igual de cuántas formas intente agradecerte lo que haces por mí, porque nunca encontraré las palabras exactas. Gracias por estar ahí cada día, cada hora y cada minuto. Tu amistad es uno de los grandes regalos que me ha dado la escritura, y espero no perderla nunca.

A Elena, mi Cukita. Ahora mismo, no sé por qué, te imagino en una librería tocando la cubierta de este libro, emocionada hasta las lágrimas y sintiendo el impulso de alzarlo y gritarle a todo el mundo que lo he hecho: he logrado lo que tanto soñé. Gracias por demostrarme cada día que la amistad, cuando es sincera y real, no entiende de kilómetros.

A Deborah, por enseñarme que siempre hay otra forma de ver las cosas. Una mejor y más bonita.

A mis lectoras, las antiguas, las nuevas y las que vendrán, porque sin vosotras yo no estaría aquí. Os lo debo todo.

A mis lectores chicos, que son minoría pero me sorprenden con cada comentario que hacen de mis libros.

A los blogs, cuentas de Instagram, YouTube, Facebook, Twitter y todas las redes sociales existentes que se dedican a ayudarnos de manera desinteresada. Hacéis una labor vital por los que luchamos por escribir cada día, así que GRACIAS.

A Neïra, Saray, Susanna y Alejandra. Compañeras, consejeras, paños de lágrimas y, por encima de todo, amigas. De las de verdad, de esas que aparecen cuando menos lo esperas y se hacen imprescindibles. Gracias por tanto.

Al resto de las compañeras de profesión, muchas de ellas ya amigas, por estar ahí día a día, aconsejándome, prestándome apoyo y animándome a dar un pasito más.

A las redes sociales y a toda la gente que me sigue, porque es una ventana que me acerca a lectoras y lectores de todo el mundo.

A mi editora, Esther Escoriza, por aparecer en mi vida cuando menos lo esperaba y abrirme las puertas al sueño que hoy vivo. Millones de gracias por la confianza depositada en mí.

A mi pueblo. A mi Málaga. Al sur. El bendito sur en el que despierto cada día. La tierra que me ha visto nacer y crecer. Ojalá no te pierda nunca de vista.

Y a ti, que acabas de leer esta historia. Es un honor que me hayas elegido y espero no haberte defraudado. GRACIAS por dedicar a mi libro una de las cosas más valiosas de la vida: tiempo.

## Referencias a las canciones

*Arrasando*, EMI Latin, interpretada por Thalía. *(N. de la e.)*

*Corazón partío*, Warner Music Netherlands B. V., interpretada por Alejandro Sanz. *(N. de la e.)*

*La bikina*, WEA International Inc., interpretada por Luis Miguel. *(N. de la e.)*

## Biografía



Me llamo Lorena, aunque en los mundos de internet ya todos me conocen como Cherry Chic. Nací en mayo de 1987 y no recuerdo cuándo fue la primera vez que soñé con escribir un libro, pero sé que todo empezó cuando mis padres me compraron una Olivetti y me apuntaron a mecanografía siendo una niña. Hasta el momento he publicado *Mi canción más bonita*, la serie «Sin Mar» y *Mantendré las luces encendidas para ti*. ¡Espero que este sueño no acabe aquí!

Mi vida es sencilla. Vivo en el sur rodeada de familia, amigos y tranquilidad la mayor parte del tiempo, y tengo la inmensa suerte de poder dedicarme a lo que más me gusta: dar vida a personajes que sólo existen en mi cabeza y contar sus idas y venidas mientras yo río, lloro, disfruto y sufro con ellos, como si fueran mis niños, porque así los siento.

Cuando no estoy escribiendo, me encanta pasar tiempo con mi familia, pasear, leer, viajar, las zapatillas, las series, la tecnología y un sinfín de cosas más. Mis sueños en esta vida siempre han sido publicar un libro y que me toque el sueldo Nescafé. ¡Ya me queda menos para cumplirlos! Creo que no me dejo nada. ¡Ah sí!

Puedes seguirme en mis redes sociales; tengo un montón y a veces no me aclaro ni yo, pero me mola cantidubi subir fotos de Minicherry, tíos buenorros, cosas que me inspiran, primicias de mis proyectos y, por qué no, alguna que otra chorrada.

<[Facebook: Cherry Chic](#)>

<[Instagram: Cherrychic](#)>

<[Twitter: Cherrychic](#)>

<[Pinterest: CherryChic](#)>

¡También tengo un blog! —Tengo un montón de cosas, lo sé—.

Te dejo la dirección y tú si quieres te pasas y, si no, pues no:

<http://mundocherrychic.com/>

*El sur lo encontré en tus ojos*  
Cherry Chic

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la cubierta: Shutterstock / BestPhotoStudio

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Lorena González, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

ISBN: 978-84-08-20524-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima  
lectura!**

NOVELA  
**ROMÁNTICA**



**¡Síguenos en redes sociales!**

